

Arturo Costa Alvarez

Nuestra Lengua

*Sociedad
Editorial
Argentina*



Buenos Aires
—
1922

Sociedad Editorial Argentina

(COOPERATIVA LIMITADA)

DIRECTORIO:

Dr. MARIANO DE VEDIA Y MITRE [Presidente], Dr. JUAN CARLOS RÉBORA, Dr. MANUEL MARIA OLIVER, Sr. JOSE FERNANDEZ CORIA, Sr. MARIANO ANTONIO BARRENECHEA [Secretario-Tesorero]

Correspondencia: Casilla de Correo, 1112

LITERATURA, POESIA, TEATRO, FILOSOFIA, HISTORIA, SOCIOLOGIA,
CRITICA, BIBLIOGRAFIA, TRADUCCIONES.

PUBLICA TAN SOLO LAS OBRAS DE SUS
ACCIONISTAS:

Obligado Pedro Miguel Dr.
Olivera Lavié Héctor
Quirós Herminio J. Dr.
Iribarne Julio Dr.
Stock Guillermo
Leuman Carlos Alberto Dr.
Melian Lafinur Alvaro
Latham Urtubey Arturo I.
Fessolano Ventura Dr.
Castiella Leopoldo G. Dr.
Cabral Jorge Dr.
Carbia Rómulo D.
Ravignani Emilio Dr.
Barrechea Pablo
Costa Alvarez Arturo
Herrera Armando
Herrero Mayor Avelino
Wapnir Salomón
Jordán Luis María
Hintermeyer Esteban
Peña David Dr.
Echagüe Juan Pablo
Fingerit Julio
Ramos Juan P. Dr.
Méndez Delfor B. Dr.
Giménez Pastor Arturo Dr.
Otelza Quirno Roberto
Warnes Manuel
Rivero Julio O.
Girondo Alfredo
Zalazar José María Dr.
Paz Ricardo A. Dr.
Caronno Atilio Enrique
Maciá Mariano
López Rocha Carlos
López Rocha Adela C. de
Nin Frías Alberto

Olivieri Acosta Mario
Zeballos Estanislao S. Dr.
Reyna Almandos Luis Dr.
Larran de Vere Alberto
Vigliani Juan Andrés Dr.
Meyer Arana Alberto Dr.
Orlandini Enrique
Acevedo Díaz E. Dr.
Pico Manuel
Di Carlo Adelia señorita
Castro Vicenta señorita
Kojas Paz Pablo
Amieva Fernando S.
Ravenna Arturo B.
García Salaberry A. Sta.
Casa Agustín R.
Gazcón Julio César
Belbey José C. Dr.
Cotta Juan M.
Herrera Ataliva Dr.
Carranza Adolfo S.
Fariña Núñez Eloy
Laclau Ernesto Dr.
Mac Cargo Pedro
Molinari Diego Luis
Labougle Eduardo Dr.
Urien Julio César Dr.
Lucero Enriqueta Sta.
Luque Lobos Jorge
Lupi Angel
Burgos Fausto
Sullivan Guillermo
Rohde Jorge M.
Agüero Vera J. B.
Cámara Rosa B. de

UNICOS AGENTES Y REPRESENTANTES COMERCIALES:

MORO & TELLO

CALLE TALCAHUANO, 74 - BUENOS AIRES

DEL MISMO AUTOR
(aparecerá próximamente)

El castellano en la Argentina (Análisis ideológico de las peculiaridades idiomáticas de nuestros escritores).....1 vol.

Arturo Costa Alvarez

Nuestra Lengua

1922

—
Sociedad Editorial Argentina
Buenos Aires

Introducción



Este libro

Ha de saber el lector bondadoso que, en su origen, este libro no fué escrito para él; fué escrito para el autor mismo. Y como esta particularidad de su génesis influye necesariamente en la naturaleza del libro, dándole aspectos de intimidad desnuda, el autor se apresura a hacer esa declaración para que la pudicia del lector bondadoso no se alarme al tropezar con tales desnudeces. Porque, entre un libro que uno escribe para sí y el que se escribe para otro, hay tanta diferencia como la que distingue al monólogo del diálogo, visto que en el soliloquio uno se toma libertades que en el coloquio prohíben la urbanidad y el decoro. Y como lo general es que un libro sea un diálogo, hay que advertir que este libro es un monólogo, para que el lector bondadoso no corra el riesgo ya dicho y se sienta ofendido creyendo ver una irreverencia en la desenvoltura con que el autor expresa alguna vez su idea o su emoción, cuando refunfuña hoscamente, o suelta interjecciones, o bosteza ante algún personaje o hecho trascendental, o parece burlarse de cosas respetables. Con esta prevención el autor demuestra su celo por el bienestar del lector bondadoso, a cuya bondad quiere corresponder con las más solícitas atenciones; y la primera es ésa.

La segunda es declararle la razón que ha hecho de este libro un monólogo en vez de un diálogo. Esta razón es una y simple: la falta de interlocutor. El autor no ha encontrado en su vida quien se resigne a dialogar con él sobre el tema que informa este libro: las trivialidades lingüísticas; como insistiera en hallar ese interlocutor, con el tiempo fué perdiendo los amigos que tenía. Cuando el último de ellos hubo desaparecido, quiso buscar por otro lado el interlocutor indispensable. Cuatro veces en el curso de veinticuatro años publicó en el más culto de nuestros diarios bonaerenses una pequeña parte, una ración mínima, una dosis homeopática de esas trivialidades:

los artículos que están marcados en este libro con ese timbre prestigioso; y el resultado de sus tentativas fué, en cada caso, un consejo de familia que cuatro veces resolvió la internación preventiva del autor si reincidía. El autor no reincidió después de la cuarta vez; al fin se convenció de que, si en nuestro medio hay algo que no interesa absolutamente a nadie, ese algo son las cosas de la lengua; llegó a ver que la lengua es para nosotros *res nullius*, un bien de nadie y de todos, una especie de quinto elemento natural, del que hay que ocuparse tan poco como del agua que no moja, del aire que no asfixia, de la tierra que no empolva y del fuego que no quema. Cuando el autor se hubo convencido de esto se acogió suspirando al monólogo; pero, temeroso del consejo de familia si se le sorprendía monologando a solas, resolvió darse un oyente. Recordó que al mismo recurso han apelado, en sus monólogos, varios personajes conspicuos: Hámlet habla con las paredes, o con el alma en pena de su padre, o con la calavera de Yórick; Segismundo increpa a los cielos; Carlos Quinto apostrofa a Carlomagno en su tumba; Sócrates consulta a su demonio propio; san Agustín conversa con su razón en sus célebres soliloquios. El autor consideró más sencillo crear un ente imaginario, paciente y benévolo como el coro de la tragedia antigua, que representara al interlocutor indispensable, inútilmente buscado; y cuando lo hubo creado lo llamó Lector, siguiendo el ejemplo de los afortunados escritores que tienen motivo para anticiparse ese venturoso don del cielo, y lo introducen en sus libros desde el momento mismo en que los hacen, es decir, antes que persona alguna pueda haberlos leído. Pero, en el caso del autor, la creación no respondió a esa confianza en la propia suerte sino a la necesidad ya apuntada. De modo que, cuando el lector bondadoso de este libro vea en él un vocativo que parece interpelearlo en ciertos momentos críticos, no debe darse por llamado, porque el lector a quien el autor nombra así, a secas, sin epíteto lisonjero, es otro lector, es un mito, una imagen quimérica, un fantasma inasequible, la personificación irrealizable de un argentino a quien interesen las cosas de nuestra lengua. Y el lector bondadoso no tiene por qué llevar su bondad al extremo de identificarse con ese ente imaginario.

La tercera atención con que el autor debe corresponder al lector bondadoso es decirle por qué ha sido hecho para él este libro, que fué escrito para el autor mismo. La historia es larga y pesada, y empieza así:

Nada estaba más lejos del pensamiento del autor que la publicación de un libro cuando, hace veinticuatro años, tuvo principio la acumulación de datos que constituye el fondo de la presente obra. El autor empezaba a traducir entonces, sin saber que Sarmiento había declarado patriótica esa tarea; por tanto debe confesar que no fué el patriotismo lo que lo llevó a eso; tampoco fué la vocación, que se desarrolló más tarde. Declarar la causa, después de estas confesiones, sería ocioso; en consecuencia, se limita a decir que se propuso traducir bien, un poco por escrúpulo de conciencia, porque se le llamaba a ser intérprete de otros, y mucho más por respeto al diario que iba a ser responsable directo de la fidelidad de esas interpretaciones. Este propósito hizo que, desde el primer momento, fuera anotando, como apuntes destinados a ahorrar en adelante la repetición del esfuerzo, el resultado de las investigaciones que, para resolver las dudas, le imponía a cada paso el difícil ejercicio de la traducción consciente. Era forzoso examinar en la obra de otros las diferentes maneras de traducir para descubrir el mejor procedimiento, a fin de hacer de él la norma; no menos necesario era escudriñar la lengua propia para tener a mano todos sus recursos, a fin de reproducir hasta las más delicadas gradaciones de la expresión en lengua ajena; en fin, para discernir tales gradaciones en las lenguas extranjeras era también preciso conocer estas lenguas literariamente ante todo, e idiomáticamente luego, como si dijéramos: en su figuración social y en las interioridades de su vida íntima. Sucedió que, con el tiempo, estas notas, que ora se referían a los traductores y a sus traducciones, ora a nuestra lengua y a sus diccionarios, ora a simples curiosidades literarias o idiomáticas de las lenguas más generalizadas, iban acumulándose sin método alguno, y por tanto su consulta se hacía cada vez más penosa; además, la compilación presentaba un aspecto informe, desordenado, absolutamente inexpresivo, y esto chocaba al espíritu de orden del autor, para quien las cosas sueltas, inconexas, abigarradas, sujetas como están a asumir en conjunto diversos significados,

lo sobresaltan, toman para él los caracteres de enigmas inquietantes, le parecen fuerzas que de pronto van a soltarse y a obrar ciegame, Dios sabe en qué forma imprevista y lamentable. De esto resultó la necesidad de poner freno a esos elementos, de someterlos por lo pronto a la disciplina de la clasificación para encasillarlos en géneros y especies, y de imponerles luego una coordinación por causa o por efecto que, al vincularlos entre sí, impidiera el desbande de los ariscos y alegrara la vida a los mansos, entreteniéndolos a unos y a otros con la contemplación de sus semejanzas o diferencias comunes.

Esta tarea duró largos años por tres razones. La primera, porque, con el andar del tiempo, iban agregándose al acervo nuevos datos que obligaban a un retoque continuo, interminable, de todas las partes del trabajo. La segunda, porque el autor no podía dedicar a eso sino los rarísimos momentos de asueto que, muy de tarde en tarde, le permitía su colaboración en la obra de un diario que, fiel reflejo de las actividades múltiples de su genial fundador, abarcaba permanentemente, con su material informativo e ilustrativo, un campo de acción único por su amplitud en la historia mundial del periodismo. La tercera, porque el trabajo de coordinación implicaba la investigación, en la literatura o en la ciencia, de las muchas y diversas materias a que se referían los datos, y si esta investigación es fácil en nuestro medio cuando atañe a las cosas de este suelo, por el contrario es difícil, muy morosa y muy insegura, cuando se aplica a las cosas extranjeras, y se hace en esta parte del mundo, tan distante de los centros en que las lenguas tuvieron su cuna, tan lejos de los monumentos del saber humano que acumulan las bibliotecas y los archivos de Europa, aquí donde toda la información filológica, y casi toda la literaria clásica, hay que tomarlas de segunda mano, lo que es causa frecuente de error y constante de insuficiencia.

Al fin, hace pocos años, la compilación empezó a ofrecer cierto aspecto ordenado: los datos homogéneos se agrupaban en familias, las familias en géneros, los géneros en especies; había entre ellos unidad de tema, y también ilación en sus relaciones mutuas. Pero el efecto que esto hizo al autor fué curioso: había logrado su propósito de coordinar los datos, y este propósito realizado no tenía para él ningún fin práctico, porque,

a fuerza de barajar esos datos, había acabado por aprenderse los todos de memoria, y ya no los necesitaba escritos. Con un suspiro de pena por el esfuerzo que consideraba perdido, metió la compilación en el rincón más inaccesible de su escritorio, y trató de olvidarse de ella. Pero no es posible olvidar lo que ha costado crear; un día sacó otra vez a luz el mamotreto y se puso a contemplar tanto trabajo largamente, con una mirada de amor y de amargura, como la que debió echar Dios al mundo inmenso después del pecado. Y estando en esa contemplación se le ocurrió pensar que le sería de mucho entretenimiento, y de mucha enseñanza tal vez, aplicar la crítica a los hechos observados; inmediatamente se dispuso a hacerlo por simple curiosidad, para ver si, también en ese caso, la reflexión sacaba de la observación algún provecho. La tarea, a medida que adelantaba, era cada vez más fascinadora, y durante algunos años ésa fué la recreación favorita del autor en sus momentos de asueto. Este trabajo crítico iba dando, en cuanto a forma, una variada serie de monografías, o disertaciones sobre tema restringido, siempre relacionado con la lengua; en cuanto a enseñanza, su mérito era relativo: sólo al traductor, al lexicógrafo o al filólogo podían interesar tales cosas.

Hay que repetir que nada estaba más lejos del pensamiento del autor que la publicación de un libro cuando la compilación empezó a asumir ese carácter de estudio crítico. Escribir para uno mismo, por simple delectación artística, no para ostentar ideas, ni divulgar hechos, ni mover voluntades, ni transmitir emociones, ni pregonar principios o dictar preceptos, sino para ejercitar las fuerzas mentales como se ejercitan las musculares, al solo fin de dilatar el ánimo con la sensación de euforia, desafiar con tal propósito a nuestras aptitudes y facultades, únicamente para ver hasta donde nos es posible concretar el pensamiento, complejo y difuso por naturaleza, y refrenar a la imaginación, voluble por fuerza, y hacer que las palabras registren nuestra idea o nuestra emoción con tal arte que, al releerlas, esa idea vuelva a embargarnos o esa emoción vuelva a agitararnos, esta empresa lleva a una lucha entre nuestras fuerzas y la natural resistencia de las cosas, tan excitante que encuentra su finalidad en sí misma, en lo más íntimo de nuestro ser; porque, o el esfuerzo se frustra y muere así, o se logra, y

entonces el triunfo causa una fruición intelectual, rayana a veces en contemplación mística, para la cual no hace falta la apreciación ajena, favorable o desfavorable, del resultado obtenido. Por esto verá el lector bondadoso cómo es posible escribir para sí mismo y cómo puede haber en ello un deleite tan grande como el que deben sentir los afortunados que, seguros de ser leídos, escriben para otros. El autor no desdeña esta fortuna; la envidia profundamente.

Se adivina que, sólo cuando el estudio crítico estuvo terminado, fué cuando surgió en la mente del autor, por primera vez, la idea de convertir eso en libro, para que su obra recreara e instruyera también a otros. Esta idea fué rechazada con violencia al fondo del cerebro; si algo sabía el autor era que las cosas de la lengua no interesan en nuestro medio absolutamente a nadie. Pero la idea es femenina; tiene el angelical carácter de un sexo en el que la reflexión se subordina al sentimiento, de un sexo que vive de impresiones, y las busca en cualquier cosa y por cualquier medio. De ahí que los reflexivos tengan que estar siempre luchando con alguna de ellas. En el caso del autor, su idea era tierna en las maneras y cruel en las intenciones: quería acariciarlo y engañarlo a la vez. Continuamente salía de su escondite para halagarlo con la visión mirífica de su sueño dorado: legiones, hordas, huestes innumerables de lectores benévolos; y con ese espejismo trataba de ocultarle la realidad del mundo nuestro, que no está hecho para trivialidades lingüísticas. Encastillado en su resolución, el autor libraba un combate sistemático con su idea; y para afirmarse en sus trece, en cuanto la veía aparecer iba hasta el sitio de su biblioteca donde brilla el Quijote, lo tomaba como por excepción toma siempre ese libro, con ambas manos y apretándolo contra el pecho, tal como el sacerdote toma el breviario, lo abría en el capítulo que habla del viaje a la cueva de Montesinos, y una vez más releía aquello del humanista « que compone libros para dar a la estampa, todos de gran provecho y entretenimiento, que averigua las cosas y las declara por gentil estilo », cosas de tal naturaleza que sacan a Don Quijote de su medida y comedimiento, lo arrebatan contra el humanista, le hacen decir en voz alta esta reflexión abrumadora: « Hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que,

después de sabidas y averiguadas, no importan un ardite al entendimiento ni a la memoria». Esta lectura bastaba para que la idea volviera a su retiro.

Como se está viendo, en el génesis de este libro hay más de una rareza; no es la menor de ellas eso de que la firme resolución de no publicarlo haya tenido por consecuencia su publicación. Permítase al autor que suprima detalles dolorosos en esta relación de los sucesos. La idea tiene, no sólo el angelical carácter de su sexo, sino también sus artes diabólicas; entre éstas, la pertinacia necesaria para salirse en definitiva con la suya. Este libro representa el triunfo, en aquella lucha porfiada, del eterno e invencible femenino. La idea venció la resistencia del autor haciéndole esta serie de consideraciones, continuamente repetidas con un tesón y una fuerza tales que acabaron por impresionarlo:

«Estás en un error craso cuando piensas que, en este medio, las cosas de la lengua no interesan absolutamente a nadie. Y dudo de tu inteligencia cuando veo que persistes en ese error a pesar de todo lo que la observación te está mostrando. Abre de una vez los ojos; empezando por lo más alto, mira cómo al gobierno mismo interesa la lengua sobremanera, y la cuida tanto que los mensajes presidenciales son citados como modelos de lenguaje (¡oh, sombra de Avellaneda!)... Se empezó por hacer esto en cierto vocabulario de color celeste patrio, y sellado con las armas nacionales, que sólo una vez has hojeado en tu vida; después, en los últimos tiempos, esos mensajes, especialmente los telegráficos, se transcriben en todos nuestros diarios. Observa cómo el afán de aprender lleva a las nueve décimas partes de nuestras niñas a estudios tan extremos que al fin obtienen el difícil título de maestras infantiles, elementales o normales; y después, el afán de enseñar, índice seguro de una vocación ferventísima, las lleva a clamar desesperadamente por un puesto en el magisterio. Ve cómo ese mismo afán de aprender se manifiesta también en nuestros niños, que de tiempo en tiempo se apoderan *manu militari* de los colegios y universidades para recluirse en ellos como en un convento, para hacer de ellos su mundo único, y del estudio su tarea única, y hostigan de tal modo a sus cátedráticos y profesores con solicitudes de clase a toda hora,

sin tregua ni respiro, que son pocos los docentes que no se han extenuado, y en cambio son muchos los que, al ver su salud comprometida, han tenido que renunciar a sus cargos. Nota cómo nuestra prensa inferior, diaria y semanaria, antes populachera, destinada a fomentar y a explotar la vanidad y la curiosidad frívola de la plebe, tiende ahora a ennoblecerse, ya no cuenta sino cosas edificantes, no provee sino de ideas útiles y de emociones sanas, se acerca así cada vez más al libro, y no trasciende ya a libelo ni a pasquín. Advierte cómo, a consecuencia de esta afición popular a las buenas letras, todos nuestros escritores viven opíparamente de su pluma, y toda vez que anuncian la preparación de un libro nuevo, a la puerta de sus palacetes van a hacer cola los automóviles de los ricachos editores. Contempla cómo todo esto se eslabona magníficamente: del gobierno y la lengua a la juventud y el estudio, y de la juventud y el estudio al pueblo y la literatura: y reconoce que, si Voltaire nos hubiera visto en su época tales como somos hoy, habría localizado en nuestra tierra y no en el centro de la América del sur el mejor de los mundos posibles que describe en *Cándido*, o tal vez, ante esta realidad, habría renunciado a ridiculizar al bueno de Leibniz. Admite también que a este estado ideal no habríamos llegado sin el cultivo de la lengua, fuente única de tanta felicidad, y confiesa tu error craso; porque, para los argentinos, después de la patria, lo primero es la lengua. Si la vez pasada no encontraste aquí el interlocutor que buscabas para hablar de este tema universal entre nosotros, bien merecido lo tuviste por cicatero: querías satisfacer con un poco de agua en la palma de la mano la insaciable sed de instrucción que sufre un pueblo entero. Cambia de plan: haz una oferta razonable, que por su magnitud esté en relación con la demanda. Junta las mil y una fruslerías de tu tesoro de trivialidades lingüísticas, no perdones bocado alguno, arrebaña hasta el último mendrugo, no deseches ni la espuma ni la zupia, escarba bien tus cacerolas, saca hasta la raspadura; agrega a las originalidades de nuestras ideas sobre idioma nacional, las curiosidades de la traducción, y las particularidades de los diccionarios, y también las singularidades de las lenguas; y hecho este apresto, ofrece generosamente, no una dedada de miel, sino un barril repleto. Verás cómo,

●

agradecido, el pueblo te da un lector por cada línea de tu libro ».

Un día, al oír por centésima vez esta música lisonjera, el autor no fué ya en busca de Cervantes; miró de lejos al Quijote, recordó al humanista y lo admiró: notable arrojo es dar a la estampa libros que nadie va a leer. El autor quiso ser también héroe. Pensó en la frase histórica del general a su administrador: « No importa, don Enrique; siempre habrá que imprimir tres ejemplares: el del corrector, uno para usted y otro para mí ». A su vez, el autor se dijo: « El del corrector, uno para el lector bondadoso y otro para mí »; y envolviéndose ufano en este nuevo y glorioso manto de Elías, dió a la estampa este libro.

Los idiomólogos

Documentos

(Base de esta relación histórica)

- 1834 Esteban Echeverría, *Obras completas*, pássim.
- 1835 Florencio Varela, Carta a Thompson y a Gutiérrez (en *Obras completas* de Echeverría, tomo V, pág. XIII).
- 1837 Juan B. Alberdi, *Obras completas y Escritos póstumos*, pássim.
- 1841 Domingo F. Sarmiento, *Obras*, pássim.
- 1876 Juan M. Gutiérrez, en *La Libertad* (enero 5, y enero 22 a febrero 8) y en *Relaciones históricas* de Vicuña Mackenna (2ª serie, p. 976).
- * Francisco A. Berro, en *La Nación* (enero 14 a febrero 4).
 - * Mariano A. Pallza, en *La Nación* (enero 19 a febrero 5).
- 1879 Bartolomé Mitre, Carta a Hernández (Prólogo de *Martín Fierro*).
- 1880 Vicente F. López, Prólogo del diccionario de Calandrelli.
- 1883 Vicente G. Quesada, *El idioma nacional* (en *América Literaria* de Lagomaggiore, ed. 1883).
- * Vicente F. López, *Historia de la República Argentina* (I, 148 a 179).
- 1885 Calixto Oyuela, *Carta a Rafael Obligado*.
- 1889 Juan A. Argerich, en *La Nación* (agosto 6 y 14).
- * Rafael Obligado, en *La Nación* (agosto 7 a 11).
 - * Alberto del Solar, *Cuestión filológica* y en *La Nación* (agosto 25 a septiembre 7).
 - * Mariano de Vedia (Juan Cancio), en *La Nación* (septiembre 4 a 8).
- 1891 Juan Carballido, en *Memoria del Ministerio de Instrucción Pública* (tomo I, pág. LV).
- 1894 Rafael Obligado, *Sobre el arte nacional* (en *La Nación*, junio 30).
- 1900 Carlos O. Bunge, *El espíritu de la educación* (o *La educación contemporánea*).
- * Roberto J. Payró, Prólogo de Montaraz por Leguizamón.
 - * Luciano Abella, *Idioma Nacional de los Argentinos*.
 - * Mariano de Vedia, en *Tribuna* (julio 30 y agosto 7).
 - * Carlos Olivera, en *Tribuna* (agosto 7).
 - * Ernesto Quesada, *El problema del idioma nacional*.
 - * Miguel Cané, *La cuestión del idioma* (en *La Nación*, octubre 5).
 - * Paul Groussac, *A propósito de americanismos* (en *Anales de la Biblioteca*, I, 385).
 - * Eduardo Wilde, *El idioma y la gramática* (en *Anales de la Facultad de Derecho*, V, 105).
- 1902 Ernesto Quesada, *El criollismo*.
- * Estanislao S. Zeballos, *El castellano en América* (en *Notas al castellano en la Argentina* por Monner Sans).
- 1906 Juan B. Terán, *Estudios y Notas*.
- 1910 Leopoldo Lugones, *Didáctica*.
- * Estanislao S. Zeballos, *Fundación de la Academia Argentina de la Lengua* (en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, XLI, 171).
- 1911 Rafael Obligado }
 * Ernesto Quesada } *Notas a la Academia Argentina de la Lengua* (*Revista de Derecho, Historia y Letras*, XLI, 224).
 * E. S. Zeballos }
- 1913 Manuel Gálvez, *El solar de la raza*.
- 1917 Ricardo Rojas, *Historia de la literatura argentina*, pássim.
- 1919 E. J. Waigel Muñoz, *Corriente calano* (en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, LXII, 489).
- 1920 Ernesto Quesada, *Rafael Obligado* (en *Nosotros*, XXXIV, 412).

Echeverría y la lengua

Al proclamar en 1810 la emancipación de esta colonia española, cuando los criollos éramos ya más que los peninsulares, alegamos nuestra capacidad para gobernarnos solos, y nuestro derecho consiguiente a la existencia libre; como España nos discutiera eso y nos armara guerra, luchamos con ella durante quince años, la vencimos, y nuestra independencia, declarada en 1816, quedó así sancionada. Desde ese instante fuimos dueños, por derecho de conquista, de todo lo permanente que España poseía en esta tierra como fruto de su esfuerzo colonizador de tres siglos: el salvaje subyugado o ahuyentado, caminos abiertos, núcleos de población en todo el territorio explorado, pobladores aclimatados, asimilados y arraigados, montes artificiales, criaderos de animales, industrias y comercios desarrollados o incipientes, templos, universidades, fábricas y fortines; y entre las demás características espirituales de la raza colonizadora, quedaron con nosotros la religión, la lengua y la cultura. Este fué el patrimonio de riqueza acumulada y de capacidades y cualidades nativas con que entramos como entidad autónoma en el círculo de las naciones civilizadas; y de ninguna parte de él nos desprendimos. Por supuesto, reformamos en todo lo necesario los regímenes, el social, el político y el económico, para hacer más libre, más activa y más inteligente la vida de todos los habitantes del país; pero no dimos suelta al salvaje, no devolvimos la tierra al capricho de la naturaleza, no arrasamos las poblaciones para hacernos nómadas, no renunciámos a crear, transformar y cambiar productos, no mudamos de religión; sólo en la cultura hubo mucha tradición que repudiar y mucha innovación que introducir. Y la lengua quedó intacta: los padres de esta patria usaron el castellano como cualquiera de los otros bienes espirituales ingénitos de la raza, como cosa inherente a la individualidad del hombre y del

pueblo, y en esta lengua propia declararon al fin la independencia, como en ella también habían proclamado la emancipación al principio.

Después de la independencia y de un principio de organización general, caemos en la guerra civil porque un ansia de libertad indómita nos lleva a sacrificar la unidad nacional en aras del despotismo localista. Y mientras la cuestión política no se resuelve, la económica no se trata, y de la cultura no se ocupa nadie; el progreso de la civilización está en suspenso, el índice primordial de ella, la escuela pública, es apenas embrionario. Muy poco hemos hecho para establecer la instrucción popular que España había negado siempre a sus colonias; y por esto el cultivo de la lengua es privilegio de la clase superior solamente, la clase inferior se mantiene totalmente analfabeta, y la intermedia lo es en gran parte. Luego, bajo el régimen del caudillaje, cuando nadamos en plena demagogia y se inicia la proscripción intelectual, las escuelas, colegios y universidades de la época rivadaviana tienden a desaparecer; entonces el castellano se barbariza. Refleja bien su sintaxis rústica el estilo de los comunicados del público que aparecen en los diarios de la época y cuyo texto deja al ingenio del lector la coordinación acertada de las oraciones; en cuanto a vocabulario, la lengua hablada se hace cada vez menos castiza, al rozarse en los arrabales con el guirigay de los negros bozales, en los campos con el lenguaje gauchesco, y en la linde mediterránea con las lenguas indígenas. En cuanto a la lengua escrita, las necesidades de la guerra civil han llevado al periodismo el lenguaje gauchesco, y el castellano de nuestros escritores empicza ya a hacerse galicado; en este país, lo mismo que en España, y entonces como ahora, ésa es la borra que deja inevitablemente en el lenguaje la lectura asidua de libros franceses o afrancesados, combinada con un conocimiento insuficiente de los recursos de la lengua propia, o con la falta de sentido crítico para distinguir en ese campo lo exótico de lo autóctono. En 1835, Florencio Varela, expatriado ya en Montevideo, escribe lo siguiente: «Nada hay en nuestra patria más abandonado que el cultivo de nuestra lengua; de esta lengua, la más rica, sonora y numerosa de todas las vivas, aun en el concepto de los extranjeros sensatos; la que más fácil-

mente se presta a toda clase de asuntos y de entonaciones, desde el madrigal ligero y el epigrama punzante y chuzón hasta el grave discurso de la epopeya o el lenguaje terrible de los personajes trágicos; y de la cual, sin embargo, han dicho, poco hace, los diarios de Buenos Aires, que era pobre e incapaz de competir con los idiomas extranjeros; probando que no saben su habla, ni han leído los buenos libros que hay en ella». (*Obras completas de Echeverría*, tomo V, pág. XIII). Sin embargo, nuestros literatos son disciplinados todavía, respetan como pueden la gramática, el diccionario y la retórica; consideran que, junto con el castellano, han heredado también las normas propias de él: sus fuentes clásicas y las leyes de su uso. Tan propio nuestro es entonces el castellano, que involucramos en él hasta la caligrafía peninsular: en aquel mismo año el gobierno de Buenos Aires prescribe la enseñanza de la bastardilla española en las pocas escuelas públicas de esta provincia.

De modo que, por razón de nuestra lengua, durante el primer tercio del siglo los argentinos continuamos subordinados a España en literatura, esto es, en cuanto a reglas de composición y modelos de estilo. Nuestras letras, en la poesía y en la prosa, siguen entonces con Cienfuegos y Quintana, con Jovellanos y Hermsilla, la suerte de las letras españolas, en decadencia desde fines del siglo XVII; su retórica es la observancia de las formas canónicas, y su escuela es la copia servil de modelos. Alberdi ha resumido así esta situación: «La libertad era la palabra de orden en todo, menos en las formas del idioma y del arte: la democracia en las leyes, la aristocracia en las letras; independientes en política, colonos en literatura» (*Obras completas*, II, 156). Sólo cuando Echeverría preconiza contra el dogma colonial el nuevo concepto del arte literario, esto es, el sentimiento contra la razón, y a su doctrina filosófica de liberalismo contra la escolástica agrega su doctrina estética de creación fantástica (romanticismo) y genuina (americanismo) contra la imitación de lo mítico y exótico (clasicismo) y la copia de estas imitaciones (seudoclasicismo) se inicia entre nosotros una acción que tiende a emanciparnos de aquella tutela filosófica y literaria, y que resulta coincidir con la que en las letras españolas desarrollan en el mismo sentido el duque

de Rivas, Zorrilla y Espronceda con sus poesías, Alcalá Galiano y Larra con su prosa.

Nuestra juventud intelectual, que gime en esos momentos bajo la planta de la demagogia imperante, preparatoria de la tiranía, sueña confusamente con una organización social fundada en el liberalismo democrático, régimen en el cual la inteligencia y el saber se sobrepondrán a la astucia y a la violencia; también vislumbra obscuramente, en sus anhelos de libertad ingénitos, la posibilidad de repudiar normas estrechas para expresar la idea y el sentimiento; y también presente de una manera vaga que su producción literaria sólo será genuinamente argentina cuando se inspire en las cosas propias de este suelo. Echeverría aparece en este centro intelectual cuando tales aspiraciones no atinan aún a concretarse, y él se encarga de darles forma con su triple evangelio político, romántico y americanista, que esboza en 1834 en el prólogo de *Los Consue- los*, desarrolla oralmente en el Salón literario de Marcos Sastre, amplía en la Advertencia de las *Rimas*, presenta como doctrina filosófica en el *Dogma socialista*, y formula como teoría estética en *Fondo y forma en las obras de imaginación*. De ahí el poderoso influjo personal de Echeverría en ese centro, que ve en él un apóstol de redención social, un maestro de exaltación poética y un ejemplo de ambición patriótica; y de ahí también, más tarde, la trascendental y duradera influencia de sus preceptos en nuestros escritores, tanto en los reflexivos como en los imaginativos, y tanto entre los estadistas como entre los literatos.

En el orden literario, una amplitud excesiva en la interpretación y aplicación de esos preceptos hace que nuestros escritores, sobre todo los románticos, no se limiten a romper con las tradiciones coloniales de escuela y de retórica; también rechazan toda regla de composición y toda ley del lenguaje, se abrazan a la exageración y a la extravagancia. La pasión del antiespañolismo por un lado, el fervor del americanismo por el otro, y el desenfreno propio del romanticismo en sus comienzos es lo que origina esos extremos, a los que, pasando por alto las causas inmediatas, se acostumbra asociar como razón directa el precepto y el ejemplo de Echeverría. Pero la verdad es que Echeverría no predicó ni practicó el anties-

pañolismo furioso, ni el americanismo frenético, ni el romanticismo delirante; por el contrario, su precepto es expresamente adverso a tales extremos, que tampoco pueden deducirse de su ejemplo. Voy a demostrar esta verdad, no en todo el campo literario sino con respecto a nuestra lengua solamente, único objeto del presente estudio.



Echeverría ofrece a la vez, como preceptista, una escuela romántica, una doctrina americanista, una teoría estética, y como literato, una obra en verso y en prosa. Son, pues, cuatro los puntos de vista desde los cuales hay que examinar la influencia de este reformador en el cultivo de nuestra lengua.

Debo decir ante todo que es realmente deplorable que un escritor de tanta autoridad como Menéndez y Pelayo haya tenido la debilidad de falsear los hechos en su *Historia de la poesía hispano-americana* para presentar a Echeverría, gran estudioso y admirador, pero no imitador, de los clásicos castellanos, como despreciador « de todos los poetas españoles antiguos y modernos ». El eminente crítico funda esta afirmación citando palabras que Echeverría escribió en las Notas de *El ángel caído* para descalificar expresamente *El burlador de Sevilla* de Tirso y *El convidado de piedra* de Zamora, por su concepción artística del legendario tipo de Don Juan; y al proceder así, Menéndez y Pelayo generaliza maliciosamente un juicio particular. De toda la literatura castellana antigua, lo único que Echeverría « hacía alarde de despreciar » era la rutina de los escritores peninsulares posteriores al siglo de oro, su incapacidad creadora, su apego a las fuentes tradicionales de inspiración, y a las formas de expresión correspondientes. Mal puede dar contra los creadores del castellano quien llama « hermosa » a esta lengua, precisamente por haber conocido sus bellezas en los clásicos.

Lo que Echeverría repudia en su *Ojeada* es la cultura peninsular de la época: « la rancia ilustración española contemporánea, sus libros, sus preocupaciones » (*Obras completas*, IV, 60); es « la tradición colonial, despótica, en que el pueblo era cero », porque « nada tiene que hacer con el principio democrático de la revolución americana » (IV, 101). En cuanto

a literatura, lo que desprecia no son los clásicos castellanos sino la escuela que los retóricos han fundado en ellos; no quiere por modelo « la índole objetiva y plástica de la literatura y en particular de la poesía española, que no se aviene con el carácter idealista y profundamente subjetivo y social » que en su concepto va a revestir la poesía americana; porque « la poesía española da casi todo a la forma, al estilo », mientras que « la poesía americana, democrática, sin desconocer la forma, puliéndola con esmero, debe buscar en las profundidades de la conciencia y del corazón el verbo de una inspiración que armonice con la virgen y grandiosa naturaleza americana » (IV, 101). No es el desdén a los clásicos sino a la literatura española contemporánea, que ofrece de segunda mano otras literaturas, lo que le hace decir en conclusión: « No nos hallamos dispuestos a imitar imitaciones, ni a buscar en España, ni en nada español, el principio engendradora de nuestra literatura, que la España no tiene, ni puede darnos » (IV, 97). De la misma manera, no es el desdén al castellano sino a las letras españolas de su tiempo, al espíritu plagario que las lleva a imitar y retrogradar, en vez de crear y progresar, lo que le hace decir que nuestra lengua es una « mina rica » pero « inculta en punto a filosofía, y materias concernientes a la reflexión y a los afectos íntimos », porque carece « de fecundos y originales autores en aquellos ramos del saber humano » (V, 117); y es ese mismo sentimiento lo que le hace deplorar que no « aparezca en el seno de España ningún escritor de genio regenerando su lengua y su cultura intelectual » (V, 118) y lo que le hace sentar este precepto: « El único legado que los americanos pueden aceptar y aceptan de buen grado de la España, porque es realmente precioso, es el del idioma; pero lo aceptan a condición de mejora, de transformación progresiva, es decir, de emancipación » (IV, 102).

Con respecto a la lengua, el romanticismo literario es en principio una fuente de riqueza. Obligado a buscar formas en el arte y en las costumbres medievales, el arcaísmo es su recurso en el lenguaje; y el arcaísmo vigoriza y refina toda lengua, como un poco de vino añejo compone el vino nuevo. De modo que, tanto el precepto como el ejemplo de Echeverría en este punto, han contribuido a enriquecer nuestro castellano.

Lo mismo hay que decir de la influencia de su americanismo, que ha agregado a nuestro lenguaje literario cierto número de vocablos de la lengua común, descriptivos de cosas propias de este suelo, con una discreción que, por desgracia, no imitaron todos los prosélitos; pero imputar a Echeverría los excesos del gauchismo en este terreno sería como achacar a Cristo la impiedad de los jesuitas en las misiones americanas. Nadie se ha declarado menos dispuesto que él a entregar al vulgo el cetro de la lengua; su juicio al respecto es terminante: « Aunque no reconocemos al pueblo como legislador del idioma, creemos, sin embargo, que en primer lugar el uso general y continuo, y en segundo el de los escritores de monta, son la autoridad única de legitimación y sanción en esta materia » (II, 548).

En cuanto a su teoría estética, Echeverría está contra la retórica vulgar, contra la sumisión al absolutismo preceptivo deducido de la tradición clásica; pero no predica la rebeldía contra toda regla de composición, y por el contrario formula algunas en *Fondo y forma en las obras de imaginación*. Precisamente su convencimiento de la necesidad de que haya normas al respecto es lo que lo lleva a aplaudir con calor el *Curso de Bellas Letras* de Vicente Fidel López, y a llamar a ese texto « obra utilísima para la juventud » (IV, 63).

En fin, por lo que se refiere al idioma mismo, en el curso de su teoría estética Echeverría declara a la lengua castellana indiscutiblemente superior a la italiana y a la francesa para los efectos rítmicos (V, 120) y sienta el precepto de que, al cultivarla y enriquecerla, debemos mantenerla castiza y en todo el esplendor de sus galas propias. He aquí sus palabras: « La América, que nada debe a la España en punto a verdadera ilustración, debe apresurarse a aplicar la hermosa lengua que le dió en herencia al cultivo de todo linaje de conocimientos; y trabajarla y enriquecerla con su propio fondo, pero sin adulterar con postizas y exóticas formas su índole y esencia, ni despojarla de los atavíos que le son característicos » (V, 118). Este es el precepto.

El ejemplo es otro. Echeverría no conoció literariamente el castellano sino a los veinticinco años, demasiado tarde ya para ajustar a las formas de la expresión correcta su lenguaje

fundamentalmente viciado por una instrucción gramatical y léxica insuficiente. Hizo gran esfuerzo y consiguió dominar las reglas de la versificación (V, 449) y hacer un acopio artificial de locuciones y modismos castizos (V, 155); pero, en cuanto a sintaxis y a vocabulario corriente, su lenguaje fué siempre ingénitamente débil, y a causa de esto sufrió la influencia morbosa de la lectura asidua en lenguas extranjeras, sobre todo en francés, idioma en el que, durante cuatro años, estuvo haciendo sus estudios superiores en la universidad de París. ¿Es necesario ir más lejos para explicar en la obra literaria de Echeverría sus barbarismos y solecismos, en los que el análisis ideológico no revela el propósito de obtener por tal medio un efecto artístico particular? Evidentemente se trata de incorrecciones conaturales, ajenas a la voluntad, consecuencia obligada de un conocimiento imperfecto del fondo y del mecanismo del castellano. Por tanto, hay que sentar la conclusión de que, con su ejemplo, Echeverría no ha atentado doctrinariamente contra nuestra lengua; su americanismo no llegó a ese extremo patriotero, porque no era plebeyo ni anti-artístico.



Ahora bien: repito que la exaltación de los sentimientos propios de la época: la pasión antiespañola, el fervor americanista y la manía románticista, extravió el criterio de los imitadores de Echeverría y dió origen a la confusión de ideas sobre nuestra lengua. Me he propuesto estudiar de cerca este giro particular en la evolución del pensamiento argentino, y al iniciar mi tarea con Echeverría me parece vislumbrar ya la verdad esencial: no está en nuestros prohombres esa confusión de ideas sino en los que, en vez de aplicar rectamente los principios establecidos por ellos, han tendido a desorientarnos con interpretaciones o adaptaciones arbitrarias y acomodaticias, ora por falta de sentido crítico, ora para darse un desahogo pasional, ora para encubrir insuficiencias personales. Ante el caso de Echeverría me asalta la duda de que Alberdi, Sarmiento y Gutiérrez hayan predicado realmente la desnaturalización del castellano entre nosotros. Quede este interrogante para resolverse a su tiempo; por el momento advirtamos que Echeve-

ría ha sido objeto de tales tergiversaciones, y para no extravíar nuestro juicio acerca de su influencia en nuestra lengua, tengamos presente las siguientes conclusiones que se desprenden del análisis de su precepto y de su ejemplo.

Echeverría abomina la escolástica, advierte por tanto un atraso filosófico en las letras españolas de su tiempo, y por esto dice que el castellano es una lengua inculta; como considera que el arte literario debe consistir, no en la reproducción de formas, sino en la elaboración de ideas, nota que los literatos españoles siguen imitando a los clásicos castellanos, y por esto deplora que no aparezca alguno de ellos regenerando su lengua; reconoce en los clásicos a los representantes de una tradición gloriosa pero vetusta, y por esto rechaza la escuela de imitación fundada en ellos; en consecuencia, repudia también el preceptismo absoluto y estrecho basado en tal tradición, y proclama, en su recoplazo, una retórica más liberal y amplia; ve en la literatura española contemporánea un plagio de la francesa, y por esto se resiste a tomar por modelo lo que no es original sino copia; prescribe el americanismo en nuestras letras, pero no lo hace consistir en la adopción del lenguaje gauchesco, y niega al pueblo el derecho de dictar solo la ley en materia de lengua; preconiza la necesidad de enriquecer el castellano, pero al mismo tiempo predica la conveniencia de mantenerlo castizo y de conservar sus bellezas idiomáticas. Y su poesía y su prosa no ofrecen ejemplos que contradigan doctrinariamente estas enseñanzas; lo que se encuentra en ellas, dado el deficiente dominio de la lengua en el escritor, es el *máximum* de esfuerzo posible en la circunstancia para corroborar en la práctica tales preceptos.

Echeverría desaparece prematuramente, antes que en su patria hayan podido implantarse las reformas predicadas. A la tiranía sucede la anarquía por diez años, hasta que el país reorganizado empieza a desarrollarse normalmente bajo las tres presidencias intelectuales de Mitre, Sarmiento y Avellaneda. Durante la dictadura, la instrucción pública es casi nula, los diarios son libelos o pasquines, a nuestros escritores, dentro y fuera del país, les repugna parecer españoles en sus obras, los halaga mostrarse más bien franceses, en su escepticismo, en su liberalismo, en su romanticismo, en su lengua también. Des-

pués, durante los preliminares de la reorganización, la escuela se difunde, la prensa se hace doctrinaria, y la lengua común ha dejado de ser castiza: está plagada de galicismo en la escritura y de gauchismo en el habla. Es que el antiespañolismo bulle, el americanismo hierve, el romanticismo borbolla; y advertimos entonces que los preceptos literarios de Echeverría han caído como semilla fecunda en una tierra feracísima, pléutica de humus nacionalista, y al germinar con fuerza extrema llevan vicio al sembrado: florece en éste el desprecio pasional a todo lo español contemporáneo y antiguo, tanto a la cultura como a la literatura, tanto a la tradición como a sus fuentes, tanto a los puristas como a los clásicos, y en medio de esta maraña viciosa deseuela la antipatía al castellano. El castellano no es ya bien propio, inherente a nuestro tipo individual y nacional: lo consideramos bien ajeno, una de tantas « cosas de España », y en nuestro fervor americanista y en nuestro desenfreno romanticista, nos ponemos a buscar afanosamente recursos en el galicismo y en el gauchismo para sustituirlo, o por lo menos para desfigurarlo de arriba abajo.

Echeverría ha desaparecido, y con él su doctrina sobre nuestra lengua. Reconocemos al pueblo como único legislador del idioma; el castellano no es legado precioso para nosotros; no lo trabajamos ni lo enriquecemos con su propio fondo; adulteramos con postizas y exóticas formas su índole y esencia; lo despojamos de los atavíos que le son característicos... Echeverría se ha ido, y se ha llevado consigo el buen sentido.

Alberdi y la lengua

Alberdi tiene apenas veintisiete años, está aún en el período de las impaciencias, de las intolerancias y de los arrebatos juveniles cuando, en sus artículos de crítica social, bajo el seudónimo de Figarillo, hace blanco particular de sus sátiras mordaces a todo lo español que por atavismo subsiste todavía en las creencias y costumbres, en los modos de pensar y obrar, de su generación, que es la primera genuinamente argentina, la primera nacida y criada en el medio ya emancipado e independiente. En *Reacción contra el españolismo* declara con franqueza ruda cuál es su prevención, su resolución firme, su obsesión fija al respecto. Dice: « Es evidente que aun conservamos infinitos restos del régimen colonial... ya que los españoles nos habían dado el despotismo en sus costumbres oscuras y miserables. Es, pues, bajo la síntesis general de « españolismo » que nosotros comprendemos todo lo que es retrógrado; porque, en efecto, no tenemos hoy una idea, una hábitud, una tendencia retrógrada que no sea de origen español ». Y a los primeros pasos que da así por el despeñadero de la exageración siguen inevitablemente otros, que lo llevan a todos los extremos, entre ellos el de dar contra su propia lengua: quiere desprenderse de ésta y formar otra que distinga a los argentinos de los españoles. Pero el recurso no sirve para eso, porque entre los pueblos, como entre los individuos, no es una lengua común o una lengua distinta lo que identifica o lo que diferencia los caracteres. Y esta inutilidad sugiere la idea de que, en el ánimo de Alberdi, la intención es quizá otra: servirse de tal especie con un propósito vejatorio, hacer de ella un arma más de ataque en su « reacción contra el españolismo ».

Alberdi da, pues, contra el castellano porque esta lengua no es exclusivamente argentina, porque es también de los españoles. Y a caza de un pretexto plausible para repudiarla, encuentra su argumento fundamental en este hecho, que anota

en *Album alfabético* y que comenta erróneamente por cuanto confunde las caprichosas irregularidades de la lengua vulgar con el régimen indispensable de la lengua culta, único idioma nacional posible, al menos en todo pueblo que quiera tener unidad de lenguaje, y tradición literaria por consiguiente. Dice: « El Dante tomó de las calles de Florencia el idioma que hoy habla la Italia. El Dante hizo su deber: obró como hombre de genio, aceptó como buen republicano lo que el pueblo, omnipotente en todo, había sancionado. En las calles de Buenos Aires circula un castellano modificado por el pueblo porteño, que algunos escritores argentinos, no parecidos en esto a Dante, desdennan por el castellano de Madrid ». Aparte de que la cita histórica es ajena al caso, porque Dante escribió, no en un galimatías incipiente, sino en una lengua que contaba ya tres siglos de formación, Alberdi no advierte que quita todo valor a su argumento la circunstancia de que no hay ciudad sin jerga propia, y esa jerga no es idioma nacional en ningún país del mundo. En este argumento alberdiano, que será más tarde el caballo de batalla de los que aleguen en favor de un idioma exclusivamente nuestro, « porque en Buenos Aires no se habla el castellano de Madrid », asoma ya la manía antropocéntrica del porteño localista, para quien en ciencia y en arte, en literatura y en lengua, en todo probablemente, la ciudad de Buenos Aires es el centro del universo argentino, y los porteños somos el fin absoluto de la naturaleza argentina.

« Es propio del vivo anhelo dar por realizado el sueño » diré, parafraseando el verso de Shakespeare en *Enrique IV*; y esta verdad proverbial se confirma una vez más en este caso. En el citado artículo Alberdi afirma que el castellano es « una lengua que nuestra patria no quiere hablar »; va más lejos: predice al derecho y al revés que « el castellano de Madrid no será jamás el castellano de Buenos Aires » y viceversa: « el castellano argentino no será jamás el castellano español ». Y después de esta vehemente expresión de sus anhelos, vehemencia demostrada por el énfasis de la forma profética en que los enuncia, el joven pensador da por producido ya el hecho ansiado, y escribe en *Emanipación de la lengua*: « Hemos tenido el pensamiento feliz de la emancipación de nuestra lengua... La revolución en la lengua que habla nuestro país es una faz

nueva de la revolución social de 1810, que la sigue por una lógica indestructible... Después de todo, este movimiento es inevitable; ya está dado, y no sólo dado sino sancionado... La revolución americana de la lengua española comenzó el día que los españoles, por la primera vez, pisaron las playas de América. Desde aquel instante ya nuestro suelo les puso oídos nuevos en su boca y sensaciones nuevas en su alma. La revolución americana la envolvió en su curso; y una juventud llena de talento y de fuego acabó de comunicarla... La juventud actual no hace más que consumir con más bravura y altivez una revolución literaria comenzada instintivamente por sus ilustres padres: los Morenos, Belgrano, Monteagudo, Funes, Alvear, Bolívar». Tenemos aquí otra confusión más, que se agrega a la que quiere hacer de la lengua vulgar, regional, local por fuerza, la lengua general que tiende a unificar las diversas hablas particulares. Esta vez la confusión es entre lengua y literatura, y después de Alberdi la vemos repetirse a cada paso. En resumidas cuentas ¿de qué habla Alberdi en este párrafo? ¿de una revolución en la lengua misma, en su fonética, en su morfología, en su sintaxis? ¿o de una revolución literaria, esto es, en la retórica, en el estilo? No es mi plan, en este estudio, hacer obra conjetural de exégesis sino analizar ideas inequívocamente expresadas; de modo que me limite a hacer constar la confusión, y paso adelante.

En vano busca uno, antes o después de esa afirmación rotunda de que la lengua ha cambiado, los fundamentos de ella. El citado artículo no prueba, revelando particularidades de la nueva lengua, que el castellano haya dejado de ser el idioma de los argentinos. En él hace su autor principalmente una declamación patriótica: un ejercicio retórico sobre asunto supuesto; y de él resulta, en definitiva, que la hipotética lengua argentina sería simplemente un castellano erizado de inútiles galicismos. He aquí la definición alberdiana de ella: «En su forma actual, la francesa es una lengua de la mayor perfección filosófica... Aproximarnos a esta forma por las imitaciones francesas es acercarse a la perfección de nuestra lengua... Imitar una lengua perfecta es imitar un pensamiento perfecto, es adquirir lógica, orden, claridad, laconismo; es perfeccionar nuestro pensamiento mismo. Tal es lo que a nuestro ver sucede

con nuestras imitaciones francesas ». Como se ve, es enteramente alberdiano, en cuanto a su origen como ideal argentino, ese endriago de cuerpo castellano con miembros de francés, engendrado por el joven pensador, en un arrebatado de pasión patriótica, en el seno de la Furia antiespañolista.

Veamos qué agravios tiene Alberdi contra el castellano mismo, fuera de la razón política que lo mueve a repudiarlo. Su inquina contra la lengua materna se funda principalmente en las protestas de Larra por el amor al purismo y el odio al neologismo que profesan los escritores peninsulares; también se funda en una deficiencia del vocabulario técnico. Después de un par de citas de ese crítico español, a quien ha tomado por modelo a causa de las comunes afinidades guerrilleras, Alberdi dice: « Así protesta la literatura española contra la inmovilidad de su lengua; ¡qué no pudiera exigir con más razón la ciencia en la lengua española, que no ha recibido la más ligera elaboración!... Hemos visto al hábil comentador y traductor de Bentham romper mil veces las barreras del purismo y crearse una nomenclatura nueva con escándalo de la Academia »... Pero si Larra puede escribir en castellano lo que quiere, y si las obras del fundador de la ciencia social han podido traducirse al castellano ¿qué cabe sino el elogio del castellano, una lengua que para todo sirve? Adviértese aquí una confusión más, causada por el prurito de achacar a la lengua, no sus deficiencias e insuficiencias propias, sino las deficiencias e insuficiencias de los que la rigen con sus gramáticas y diccionarios, o de los que la manejan en sus discursos y escritos. ¿Qué tiene que ver el castellano con el conservatismo o la incuria de la Academia española, ni con el estilo rancio de los escritores u oradores empeñados en la imitación servil de los clásicos castellanos? ¿Acaso la Academia puede quitar al castellano, por más gramáticas y léxicos que haga, las raíces y terminaciones y partículas con que cuenta esta lengua para formar neologismos y adaptar extranjerismos? ¿Acaso los literatos amanerados, por más inepeias de fondo y forma que prodigan, pueden quitar al castellano su clásica estructura, que admite todas las licencias de una sintaxis libérrima?

En resumen, la declamación patriótera, el ditirambo en loor del francés y algunos lugares comunes relativos a la evo-

lución del lenguaje humano constituyen el fondo y el carácter de este artículo de Alberdi, en el que ni siquiera se insinúa que el castellano, en sus recursos fonéticos, morfológicos y sintácticos, sea una lengua inadecuada para los argentinos, y en el que, sin embargo, se preconiza al francés como mejor lengua, a causa de su biblioteca científica y literaria, incomparablemente superior a la castellana, entonces y ahora.

Es indudable que el prestigio del pensamiento francés abrillanta la lengua francesa, y de ahí nuestro amor a ella. Lo malo no es ese amor sino que tal sentimiento se haga pasión ciega, hasta el punto de no dejar ver que, si el escritor castellano tuviera los hábitos mentales franceses, su independencia de juicio, su claridad de vistas, su amplitud de horizonte, su aversión a lo viejo y su afición a lo nuevo, su despreocupación rayana en escepticismo, su afán de investigación, en una palabra todas las condiciones que informan el pensamiento moderno, ese escritor castellano escribiría en su lengua exactamente las mismas cosas, y con la misma fuerza y galanura, sin la menor necesidad de galicismos de vocabulario ni de construcción. No es la lengua lo que engendra las ideas; en lo único en que la lengua influye acerca de ellas es en la manera de exponerlas, que puede ser más o menos analítica o sintética, y que puede tener más o menos animación o languidez por las reminiscencias literarias que el juego de los vocablos y el giro de las expresiones despiertan en la mente del lector.

Lo lógico, como consecuencia y conclusión del ditirambo transcripto, habría sido proponer derechamente a los argentinos el cambio del castellano por el francés; pero Alberdi no llega a eso, siente sin duda que no sería realmente argentino si se desprendiera de su lengua hereditaria. La lengua materna, como el torrente circulatorio en el organismo, contiene infinidad de partículas constitutivas y representativas de un tipo determinado; y el cambio voluntario de esos elementos ingénitos por los de otro tipo haría del individuo, entre los de su casta, un híbrido, ser siempre inferior, estéril y efímero, en todos los reinos de la naturaleza. Alberdi se ve, pues, en conflicto, entre los impulsos de su pasión antiespañola y francófila, y los dictados de su buen sentido; y sale del aprieto con una contradicción inevitable. Dice, por una parte: « Pronto será familiar

en nuestra patria el lenguaje de Lerminier, Hugo, Carrel, Didier, Fortout, Leroux »; y por otro lado aconseja lo siguiente « Las imitaciones francesas son útiles cuando son practicadas con discernimiento, por razón de mejora, de claridad, de concisión, y no por motivo de capricho, por afectación. Conviene aceptar cuanto nos ofrece de perfecto, cuidando de no importar aquello que es peculiar del espíritu francés ». He aquí una chispa de razón serena, ahogada inmediatamente por la densa humareda de la pasión antiespañola y francófila en plena conflagración.

Cuatro años más tarde esta pasión juvenil impera aún en el ánimo de Alberdi, expatriado ya en Montevideo; y una sed insaciable de libertad en toda forma, que en esa pasión se injerta, es lo que lleva entonces al pensador, parainfo allá de Echeverría en su nueva escuela literaria, a asumir contra el castellano una actitud diametralmente opuesta a la de su patrocinado. Echeverría, antiespañol también, pero a quien el sentido artístico, más desarrollado que el de Alberdi, hace preferir la emoción estética a la fruición intelectual, predica que debemos trabajar y enriquecer el castellano sin adulterarlo; pero Alberdi está por la adulteración resueltamente. En su *Prólogo* al certamen literario de 1841 en la mencionada capital, al definir nuestra nueva literatura la llama: « reaccionaria del viejo régimen colonial, hasta en las formas del idioma... cuidadosa del valor y peso de las expresiones, más bien que de la pureza de su origen gramatical... poco preocupada, en cuanto a las conveniencias tradicionales de sintaxis, porque piensa, con Larra y Víctor Hugo, que las lenguas se alteran, cambian y se desenvuelven ». Dice luego que ésta, y otras características, responden a una « extensión de los principios de nuestra revolución democrática al dominio de la literatura y de la lengua ». Y agrega: « La situación alterada y fluctuante de la lengua que hoy escribimos es otra cosa que se ha querido presentar como rasgo transitorio y anormal de la actual literatura. Hoy está demostrado que este hecho es normal, y resulta de las modificaciones necesarias que experimenta el idioma de un pueblo aristocrático que pasa a ser la lengua de una democracia. Vemos por las observaciones de M. Tocqueville sobre las mudanzas que ha experimentado la lengua inglesa en

la América del norte, que lo que ha sucedido con la española en la América del sur es una revolución común a las dos lenguas aristocráticas, que, cayendo bajo el doble influjo del clima y del principio social americanos, se han transformado en dos lenguas destinadas a revestir con el tiempo un carácter completamente diferente del que trajeron de ambas metrópolis». Alberdi da un alcance trascendental a los leves cambios que se observan en la fonética y en el vocabulario de una lengua moderna hablada en diferentes comarcas. Esos cambios son tan insignificantes que apenas si las gramáticas históricas los mencionan, y los otros amplían en muy corta medida el léxico de la lengua común, y sólo son importantes en el acápite de las locuciones idiomáticas, regionales casi en su totalidad, como la lengua vulgar a que sirven de alma. En cuanto a que la lengua de un país se transforma en otra cuando cambia el régimen político de un pueblo, tal afirmación me parece falsa a la luz de lo que ha pasado en Francia en el siglo XVIII, en el Brasil en el siglo XIX y en Alemania en el siglo XX. Reducido así el fenómeno a su escaso volumen real, agregaré que en este argumento Alberdi vuelve a confundir la lengua vulgar con la culta. Evidentemente el castellano que hablan los aragoneses, los navarros, los extremeños, los murcianos, los andaluces y los canarios no es el mismo de Burgos, Segovia, Madrid y Toledo; de igual manera, nunca será como ninguno de éstos el castellano que hablen los argentinos. Pero eso es lengua vulgar; en cambio, la lengua culta es idéntica en toda España y en los países hispanoamericanos, salvo los regionalismos, y uno que otro arcaísmo o extranjerismo, y una que otra desviación semántica.

• • •

A los 61 años de edad, cuando comenta la resolución de la Academia española de crear academias correspondientes en los países hispanoamericanos, Alberdi reconoce lo apasionado e irrazonable de su aversión juvenil al castellano. En *De los destinos de la lengua castellana en la América antes española* proclama que en España y en América «el idioma será el mismo en el fondo»; pero, con argumentos casuísticos como el referente a la interpretación de nuestras leyes, que no debemos

confiar a España, rechaza la tutela de la Academia y quiere que haya « dos perfecciones, dos purismos, dos diccionarios, igualmente autorizados y legítimos », sin advertir que tal dualidad es imposible porque lo mejor, término absoluto, no puede ser sino único. Luego, al sobreponerse la razón al sentimiento, aparece otra vez la contradicción inevitable, en estos términos: « La política española es más responsable que nadie de la impureza de la lengua castellana en América. . . ¿Qué puede hacer hoy día para reparar ese mal en cuanto cabe? Muchas cosas que están en su mano. Desde luego abstenerse de trabar la emigración de los españoles que quieren ir al nuevo mundo. La población es el mejor conductor de los idiomas. Así se introdujo el castellano en América, y así se mantendrá fiel a su tipo original. Los españoles dan allí el ejemplo vivo de la bella pronunciación castellana. Su prensa, escrita con propiedad, ejerce un buen influjo en la prensa americana. Cada guerra, cada bloqueo, cada bombardeo de una ciudad americana, empleados por España, echan más y más a esos países en los brazos de la Europa que no habla castellano ». ¿Cómo conciliar esto de que nuestro castellano « se mantenga fiel al tipo original » con aquello de « dos perfecciones, dos purismos, dos diccionarios »?

Siguen a esto, entre los recursos declamatorios propios del estilo alberdiano, los lugares comunes del caso, esto es, unas cuantas generalidades abstractas sobre la evolución de las lenguas, que no pueden encastillarse en un purismo estrecho, dadas las necesidades modernas del cambio mutuo de ideas, como de productos materiales, entre los diversos pueblos de la tierra, cada uno de ellos con su idioma.

A los 66 años, en *Evoluciones de la lengua castellana*, que es un comentario al desaire hecho por Gutiérrez a la Academia española que le ofrece su diploma, Alberdi, que ha aceptado esa ofrenda, reniega definitivamente de sus predicaciones juveniles sobre la lengua; hace más que eso, las desmiente. Dice: « El idioma es el hombre, y como el hombre de que es expresión, está sujeto a cambios continuos, sin dejar de ser el mismo hombre en su esencia. . . ¿Por qué los escritores de la América que hablan español no serían igualmente admisibles y compe-

tentes (como los miembros peninsulares de la Academia) para concurrir a esa obra de cultura común (la mejora y expansión del idioma único)... Menos receloso o quisquilloso que Gutiérrez, Alberdi se decide a aceptar la tutela de la Academia, alegando esta razón: «Una conquista gramatical es como una conquista amorosa; puramente platónica y abstracta cuando menos». Y expresa este anhelo: «¡Ojalá en este sentido pudiera España conquistarnos hasta hacer un hablista como Cervantes de cada americano del sur!»... Luego, pasando por alto una apología del galicismo, recurso realmente inseparable del lenguaje de Alberdi, y los lugares comunes del tema, leemos esto: «¿Qué puede haber de más útil que la perfección del instrumento que nos sirve para pensar, escribir, hablar, comunicar nuestro pensamiento?... Las variedades inevitables de una lengua en cuyos dominios no se pone el sol no le quitarán su identidad... América necesitará siempre de la cooperación de España para el mantenimiento y perfeccionamiento del idioma en las cualidades esenciales de todo buen lenguaje»... Pero preconiza una política de toma y daca al respecto; dice: «Por grandes y violentas que España encuentre ciertas irregularidades de su lengua en América, tendrá que sufrirlas y aceptarlas si quiere ver aceptada y recibida su autoridad en América en materia de lenguaje. El provecho de esa doble actitud de deferencia ha de ser mutuo y común, o no tendrá lugar».

Además rechaza absolutamente el purismo académico por las razones que expresa así: «La pureza de una lengua será siempre una ley de su constitución destinada a mantener su identidad peculiar y propia, que la hace ser diferente de las otras; pero cada día esa ley será entendida de un modo más lato y aplicada con mayor elasticidad. Ese purismo estrecho y repulsivo de los tiempos feudales se ha hecho incompatible con las exigencias de la sociedad moderna, cuya gran ley es la unidad creciente del espíritu humano... Todo lo que acerca a las naciones unas de otras con tendencias a unir las en un solo cuerpo social, perjudica inevitablemente a la pureza y estabilidad de los idiomas, compensándolos, es verdad, con adquisiciones de riquezas equivalentes. Ese movimiento es parte esen-

cial de la civilización, con cuya exigencia, como se ve, no es muy conciliable ni el purismo de los idiomas ni el color local y pintoresco de los países. El purismo es a los idiomas lo que el color local a los usos de los diversos países. Como el color local, ese purismo irá disminuyendo, aunque no desaparezca del todo, como no puede desaparecer sin que desaparezca el idioma mismo; porque es esencial a la identidad particular de cada idioma... La vida moderna, que es toda de intercambio y comunicación, lleva a las naciones al cosmopolitismo, y el hombre de este siglo que, al favor de la supresión del espacio y del tiempo, está en todas partes y habla, por decirlo así, todas las lenguas, no puede guardar la pureza de la suya propia y nativa sino al favor de infinitas concesiones cambiadas con las lenguas de su contacto más frecuente. Idiomas « en cuyos dominios no se pone el sol », como son el inglés y el español, tienen que ser más elásticos y condescendientes que otros, en cuanto a pureza o exención de toda mezcla, con la multitud de idiomas con que están en contacto geográfico ».

Reproduzco por extenso este pasaje porque muestra palmarismente cuán contradictorio es el espíritu de Alberdi en todo lo que se refiere a nuestra lengua, y cuán bien refleja ese espíritu la indecisión que a los argentinos nos ha caracterizado siempre en tal terreno. ¿Qué hacer, por Dios, si por un lado el « color local » es « esencial a la identidad particular de cada idioma », y por el otro « la vida moderna lleva a las naciones al cosmopolitismo »? ¿cómo se puede « guardar la pureza de la lengua propia y nativa » al mismo tiempo que se hacen « infinitas concesiones » a las demás lenguas? Planteado en tales términos, que confunden el barbarismo inútil con el americanismo y el extranjerismo necesarios, el pleito del purismo con el neologismo era insoluble; por haberlo planteado así, Alberdi y sus émulos literarios no lo resolvieron, y puestos en la necesidad de decidirse por uno u otro extremo, prefirieron la corrupción a la pureza.

Tan reconciliado con el castellano está ya Alberdi en esa época que, al clamar contra la actitud de Villergas en sus ataques a Gutiérrez por el rechazo del diploma académico, dice: « Como maestro de la lengua española (Villergas) hubiera podi-

do hacer gran bien a esos países, que tan mal la poseen y manejan, no obstante ser su idioma, enseñándola en la cátedra, en el liceo, en el colegio, en libros amenos y serios, en conferencias. ¿Qué ha hecho en vez de eso? Ha tomado un periódico satírico y se ha puesto a insultar, no a los que peor hablan castellano, sino a los que más lo han cultivado y mejor escriben. Ha dejado a un lado los periódicos y libros que estropean a cada paso el idioma de Cervantes... etcétera. Dos años después, al escribir su biografía de Gutiérrez, Alberdi confirma en estos términos su reconciliación con el castellano: « Como la enemistad y entredicho con España no quitaba que fuera nuestra madre y su idioma nuestro idioma, era preciso cultivarlo en mayor grado que los idiomas extranjeros. Gutiérrez satisfizo esta necesidad de toda buena educación literaria para Sud América ».

En fin, septuagenario ya, al escribir las confidencias de *Mi vida privada*, Alberdi hace estas confesiones definitivas: « Mi preocupación de ese tiempo (el de su juventud) contra todo lo que era español me enemistaba con la lengua misma castellana, sobre todo con la más pura y clásica, que me era insoportable por difusa. Falto de cultura literaria, no tenía el tacto ni el sentido de la belleza. No hace sino muy poco que me he dado cuenta de la suma elegancia y cultísimo lenguaje de Cervantes. Cuando en Madrid me encontré en el seno de algunas familias, más de una vez el habla de los niños y de las damas me distrajo de la música misma por la armonía de su acentuación... Se ve que no frecuenté mucho los autores españoles; no tanto por las preocupaciones antiespañolas producidas y mantenidas por la guerra de nuestra independencia, como por la dirección filosófica de mis estudios. En España no encontré filósofos como Bacon y Locke, ni publicistas como Montesquieu, ni jurisprudentes como Pothier. La poesía, el romance y la crónica, en que su literatura es tan fértil, no eran estudios de mi predilección. Pero más tarde se produjo en mi espíritu una reacción en favor de los libros clásicos de España, que ya no era tiempo de aprovechar, infelizmente para mí, como se echa de ver en mi manera de escribir la única lengua en que, no obstante, escribo ».

En la controversia sobre cuál era o debía ser la lengua de los argentinos no ha podido, pues, citarse a Alberdi como revolucionario sin hacerle injusticia. La juventud tiene sus arrebatos y sus extravíos, propios de la vehemencia del sentimiento, excesos que hay que reconocer más tarde, como hizo Alberdi; y es en la madurez del juicio y en la serenidad de la vejez, libre ya de pasiones, donde hay que buscar la palabra autorizada de este prohombre para sacar de ella una lección provechosa.

Entre los pinitos flojos y vacilantes de la criatura, y el tranco nervioso y rítmico del conscripto, y el andar firme y elástico del adulto, y el paso lento y cauteloso del anciano, no hay contradicciones sino períodos distintos de la evolución biológica. De la misma manera no hay contradicción entre los desdenes juveniles de Alberdi para el castellano, y su respeto a éste en la madurez, y su amor a él en la ancianidad. Este parece ser el proceso natural en la evolución de nuestros ideales acerca de la lengua; y tal vez la acción de Alberdi al respecto resume exactamente lo que ha sido, lo que es y lo que está por ser el sentimiento del pueblo argentino en el mismo caso.

Sarmiento y la lengua

La palabra, vehículo del pensamiento, sobre todo la palabra escrita, el medio más eficaz de divulgar ideas, es para Sarmiento el primer recurso con que ha de realizar el ingente programa que se ha trazado como forjador de la patria, y que va a ser la obra de su vida entera. La palabra escrita, instrumento de enseñanza, difundirá la instrucción, que a su vez será factor de civilización; mediante la cual, por la vía del progreso, llegará este país a los brillantes destinos a que debe aspirar. En consecuencia, el libro, la forma más cuidada y más amplia de la palabra escrita, se hace para Sarmiento un motivo de cavilación constante, el tema de una obsesión fija; y también el objeto de un vehemente anhelo, porque el libro, tal como él lo quiere, no existe en castellano. A su juicio, esta lengua no ofrece en su biblioteca más que libros de estrecho dogmatismo en filosofía, de fanatismo en religión, de despotismo en política, de fosilización en ciencias, de vetustez en legislación, de obscurantismo en educación, de arcaísmo en arte, de estancamiento en letras; el escritor en castellano ha declarado la guerra del silencio a la innovación y a la reforma, a la investigación y al cambio, en resumen a toda agitación de ideas y revisión de valores que pueda perturbar la modorra en que vegeta. Larra es la excepción a esta regla, y por eso de Larra hace Sarmiento un aríete para desportillar a los escritores « gallegos de allende y de aquende » cuando inicia en Chile sus predicaciones revolucionarias de la literatura americana. Los libros que él necesita son los que, en el campo de la actividad mental, enseñan las nuevas verdades de la ciencia, los nuevos conceptos del arte, y las ventajas de la libertad del pensamiento y de la acción; y en el campo de la actividad material, manuales prácticos, memorias informativas y enciclopedias de conocimientos útiles. Empezando por el principio, para facilitar la adquisición de la lengua escrita, él mismo combina un silabario, más

racional que los que existen en castellano, y reforma, para simplificarla, la ortografía de la lengua; y durante toda su vida escribe, escribe y escribe, infatigable e interminablemente, e incita a otros a hacer lo mismo, para inculcar nociones o para reformar costumbres o para recomendar ideales, ora componiendo obra original, ora traduciendo ajenas publicaciones, a fin de llevar a la biblioteca castellana algo de lo que le falta, y lo que le falta es todo, o poco menos. Y a causa de esta desprevención o miseria de la biblioteca castellana, Sarmiento da contra el castellano inocente.

En 1842 dice: «Tenemos que ir a mendigar a las puertas del extranjero las luces que nos niega nuestro propio idioma» (*Obras*, I, 222). En 1843: «Para que el idioma español se conserve en América siempre tal como lo hablan en la península, para que las nuevas necesidades que sus descendientes experimentan en ella no introduzcan nuevas palabras y adulteren las que hoy tiene, es preciso que el idioma español represente una literatura, una civilización; para que se convierta en foco de las ideas de estos pueblos, preciso es que sus libros anden en manos de todos, y que sus leyes, sus costumbres y aun su forma de gobierno imperen aquí como en la península misma... Esto no sucede y no sucederá jamás... La civilización de un pueblo, para que sostenga el idioma en que está contenida, necesita estar de tal manera nutrida de ideas que ella sola abarque todos los ramos de la ciencia, y adondequiera que el pensamiento se dirija se encuentre con ella, siempre en su carácter de maestra, siempre superior a la inteligencia de aquéllos a quienes ha de bastar y dirigir. ¿Es éste el rango de la civilización española?» (IV, 124|125). En 1844: «Necesitamos libros de recreo, obras ligeras, como novelas u otras de su clase, y siempre han de ser traducidas, aquí o en España, las que hayan de publicar nuestras prensas; porque, después que el inmortal Cervantes escribió su *Don Quijote*, parece que el idioma se resistiese a producir composiciones en que brille el ingenio, el gusto y la novedad» (X, 64). En 1846: «Después de Lope de Vega y Calderón, el español ha degenerado en dialecto inmanejable para la expresión de las ideas» (V, 139). En 1856: «Por no comparar el caudal de libros de unas y otras naciones, por no medir, en fin, el abismo

de ignorancia que nos han legado con un idioma muerto para las ciencias, es que treinta millones de seres humanos del viejo y del nuevo mundo se revuelcan en el cieno de su inferioridad y decadencia... Si fuera posible cambiar idiomas voluntariamente, como se cambia la forma del vestido, el hombre de estado propendería a cambiar el idioma inviable, por otro más conductor de los conocimientos humanos » (XII, 123). En 1865: « Cervantes no pertenece a nación alguna: es gloria excelsa de la raza humana, y todas la reclaman. Creó a su paso en la tierra un idioma, porque los ángeles del cielo perfeccionan todo lo que tocan. Este idioma se llama el idioma de Cervantes, y ha sido monificado en su honor » (XXI, 217). En 1866: « Me parece que el castellano mismo se ha de resistir a repetir en su lengua bozal algo que sea útil. Si fuera versos o declamaciones vaevas o pomposas, declaraciones de liberalismo, pase; pero agricultura en castellano, geología en castellano, hablar de cereos y de inventos... ¡un diablo! se ha de volver mudo o decir las cosas al revés, para que el ánima de Cervantes o de Góngora no rabie » (XXIX, 173). En 1866 otra vez: « Como instrumento de civilización, puede decirse que el idioma castellano es una lengua muerta. Ni en política, ni en filosofía, ni en ciencias, ni en artes es expresión del pensamiento propio, ni vehículo de las ideas de nuestra época » (XXX, 360). En 1868: « El castellano, en el estado actual de su literatura escrita, no educa » (XXX, 134). En 1870: « ¿Se pueden organizar y desenvolver sociedades civilizadas con una lengua que, por bella que sea, no es órgano de transfusión del pensamiento moderno?... Nosotros tenemos que destruir la espesa muralla que por el idioma nos separa de nuestro siglo para abrir paso a las ideas, digan lo que quieran los que a Cervantes divinizan. Necesitaríamos traducir al español dos mil obras de las que caracterizan y constituyen la civilización moderna » (XLVII, 22). En 1872: « La lengua de Cervantes es un viejo reloj *rouillé*, que está marcando todavía el siglo XVI. No saldrá de ahí. No se publican libros en España, y la América está dividida en doce tribus que no dan quinientos lectores, para cada uno, porque no se entienden en castellano » (LI, 223). Al fin, en 1879, puede decir con un suspiro de alivio: « El castellano posee hoy lo que no poseía ahora diez años: una vasta

colección de libros de enseñanza en español, sobre todos los ramos que se enseñan en las escuelas... Ahora que la España se mueve en el sentido de todas las naciones, difundiendo los conocimientos, estánse confeccionando tratados de enseñanza excelentes sobre todas materias» (XLI, 140).

También da Sarmiento contra el castellano inocente cuando ataca a los retóricos y puristas que, por empecinado aferramiento a la rutina tradicional, impiden, con el influjo de su autoridad despótica, la producción de obras literarias en que vuele libre el pensamiento. En este terreno, las ideas revolucionarias de Sarmiento se exceden hasta hacerse demagogia, y demagogia casi jacobina: reclama la más absoluta libertad de forma, la supresión total de reglas gramaticales y de preceptos retóricos, para que cualquiera pueda expresar sus ideas a su antojo, salga lo que saliere, y propone el destierro a España de los dónines literarios que en América se opongan a tal programa. Su razón para este programa es que «países como los americanos, sin literatura, sin ciencias, sin arte, sin cultura, aprendiendo recién los rudimentos del saber (no pueden tener) pretensiones de formarse un estilo castizo y correcto, que sólo puede ser la flor de una civilización desarrollada y completa» (I. 229). Su tesis al respecto, expuesta al principio en los términos moderados de una consulta, se hace a poco andar imperativa, y acaba en precepto autoritario. Comienza así: «Convendría saber si hemos de repudiar en nuestro lenguaje hablado o escrito aquellos giros o modismos que nos ha entregado formados el pueblo de que somos parte, y que tan expresivos son, al mismo tiempo que recibimos como buena moneda los que usan los escritores españoles y que han recibido también del pueblo en medio del cual viven. La soberanía del pueblo tiene todo su valor y su predominio en el idioma; los gramáticos son como el senado conservador, creado para resistir a los embates populares, para conservar la rutina y las tradiciones. Son, a nuestro juicio, si nos perdonan la mala palabra, el partido retrógrado, estacionario, de la sociedad habladora; pero, como los de su clase en política, su derecho está reducido a gritar y desternillarse contra la corrupción, contra los abusos, contra las innovaciones. El torrente los empuja y hoy admiten una palabra nueva, ma-

ñana un extranjerismo vivito, al otro día una vulgaridad chocante; pero ¿qué se ha de hacer? todos han dado en usarla, todos la escriben y la hablan, fuerza es agregarla al diccionario, y quieran que no, enojados y molinos, la agregan, y que no hay remedio, y el pueblo triunfa, y lo corrompe, y lo adúltera todo » (I, 215)... « Mal han de intentar los de gusto delicado poner coladeras al torrente (del idioma « que arrastra en su curso el limo y las arenas recibidas de ajenas fuentes ») que pasarán las aguas y se llevarán en pos de sí estas telarañas fabricadas por un espíritu nacional mezquino y de alcance limitado... Y no se crea que no sabemos apreciar sus bellezas ni su capacidad (las del castellano); apuntamos solamente un hecho en sus efectos y en su origen (« la influencia de los idiomas extraños que instruyen y alceccionan al castellano »); señalamos lo que los puristas, en el estrecho círculo en que se han encerrado, no alcanzan a comprender; y si presienten la pretendida degradación del idioma, les apuntamos la enormidad de la causa para que no estén en vano dando coces contra el aguijón. Los gritos de unos cuantos, porque unos cuantos serán siempre los que se dediquen a tan estériles estudios, no bastarán a detener el carró que tiran mil caballos » (I, 222)... « Larra, como nosotros, ha declarado la incompetencia de un idioma vetusto para expresar las nuevas ideas; como nosotros, en fin, ha recomendado la libertad en idioma y literatura, como en política... Nosotros creemos en el progreso, es decir, creemos que el hombre, la sociedad, los idiomas, la naturaleza misma, marchan a la perfectibilidad, que por tanto es absurdo volver los ojos atrás, y buscar en un siglo pasado modelos de lenguaje, como si cupiese en lo posible que el idioma hubiese llegado a su perfección en una época a todas luces inculca; como si los idiomas, expresión de las ideas, no marchasen con ellas; como si en una época de regeneración social, el idioma legado por lo pasado había de escapar a la innovación y la revolución » (I, 253).

Esto dice Sarmiento en el curso de su ruidosa polémica en Chile con los que sostienen que el respeto a la gramática, a la retórica y a los modelos clásicos no está reñido con la libre expresión del pensamiento. Y obcecado hasta no ver en los escritores ortodoxos más que serviles imitadores de las formas lite-

rarias tradicionales, sin ideas nuevas, ni espíritu creador original, el encarnizado luchador acaba por lanzar a la juventud su célebre proclama iconoclasta, concebida en estos términos: « Cambiad de estudios, y en lugar de ocuparos de las formas, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o fray Luis de León, adquirid ideas de dondequiera que vengan, nutrid vuestro espíritu con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época; y cuando sintáis que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y en seguida escribid con amor, con corazón, lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado, aunque a veces sea inexacto; agrada al lector aunque rabie Garcilaso... Entonces habrá prosa, habrá poesía, habrá defectos, habrá bellezas. La crítica vendrá a su tiempo y los defectos desaparecerán » (I, 230). ¡Cuánto hay que rebajar del valor aparente de la convicción que así expresa el terrible polemista, si consideramos la especialísima circunstancia en que esa convicción se manifiesta! ¡Cómo creerla sincera si se produce en el curso de una controversia nacida precisamente de un artículo de Sarmiento en defensa de la pureza del castellano, escrito ex profeso contra lo que llama « errores », « defectos », « vicios », « degeneraciones » del lenguaje! En él dice: « Es hacer al país un servicio importantísimo estudiar los vicios más frecuentes en el hablar común e indicar el correctivo » (I, 217). Es que, en medio de esa lucha, surge de pronto ante Sarmiento la visión de la patria con sus necesidades, y entonces su interés por la lengua queda eclipsado; porque el temperamento formidablemente pasional de Sarmiento bulle siempre que se trata del objeto de su pasión única, y en la difícil pero gratísima tarea de penetrar su pensamiento, los que ahora leemos sus escritos tenemos que soplar sobre los borbollones de esa efervescencia para poder ver lo que hay debajo de ellos, esto es, qué otros sentimientos, aparte de su pasión patriótica, lo animan. ¡Cómo cambian más tarde las predicaciones de Sarmiento cuando el desarrollo de la biblioteca castellana hace

desaparecer de su ánimo la prevención, la hostilidad, la ojeriza que en 1842 asumían esas formas de expresión violentas!

Por lo que antecede puede verse que Sarmiento da contra el castellano porque hace a esta lengua responsable y culpable del espíritu rutinario, del preceptismo retórico, del servilismo clásico y del purismo estrecho de los que en ella escriben, y esos males son la causa de que los pueblos de América, que acaban de conquistar su libertad de acción, no puedan adquirir también la libertad de pensamiento mediante libros escritos en castellano. De esta manera, en la mente de Sarmiento, la acepción del vocablo « castellano » va invadiendo cada vez más campo ajeno, hasta que llega a comprender la España entera... En cierta ocasión « lengua castellana » significa « incapacidad política de los españoles ». ¿Qué relación puede haber entre ambos términos! La que establece Sarmiento a su capricho cuando dice: « Hay lenguas gubernativas... El castellano no es lengua de gobierno. Sus tradiciones son Felipe II y la Inquisición. Cervantes es lo único que puede oponer a Blackstone » (XVII, 240). El castellano es, pues, la cabeza de turco en que el belicoso reformador descarga sus golpes dirigidos en realidad a los que rigen y manejan nuestra lengua, por las enseñanzas que hacen reflejar en ella, malas enseñanzas a su juicio. A primera vista parece pobreza de vocabulario dar tantas acepciones ajenas a un término en perjuicio de la claridad, precisión y perspicuidad del concepto; pero un atento examen del caso revela que el hábil estratega, como lo fué Sarmiento polemista, vió en esa unificación o amalgama de los diversos blancos enemigos a que apuntaba, un medio de atacarlos a todos a la vez cuando atacaba en particular a alguno de ellos. En el glosario sarmientista, el vocablo « castellano » tiene por consiguiente, aparte de sus acepciones reconocidas, canónicas, estas otras que llamaré apócrifas en el sentido doctrinal: « biblioteca », « literatura », « escritores », « espíritu rutinario », « obscurantismo », « estilo rancio », « purismo intolerante », « léxico estrecho », todo ello español siempre, o españolado; y es forzoso tener presente esta variedad de significaciones para interpretar con acierto la idea de Sarmiento en cada caso en que éste emplea aquel vocablo, hecho por él polidrico y policromo.

Hemos visto ya lo que el genial pensador ha escrito « contra la lengua » sin ocuparse precisamente de ella. Veamos ahora lo que ha escrito « sobre la lengua » tratando de ella, esta vez, derechamente.

• • •

Sarmiento inicia en Chile, en 1841, la serie de sus observaciones y reflexiones sobre la lengua con una nota juvenil revolucionaria, idéntica en el fondo a la que Alberdi ha hecho vibrar en Montevideo dos años antes. Se explica bien esta coincidencia, forjada al fuego de los treinta años de ambos escritores, con material sacado del fondo común que los caracteriza entonces: el rencor al español y el amor a la patria. La exaltación de estos sentimientos, que el destierro acrece en ellos, pone ante sus ojos, soñadores del porvenir, la visión del pueblo argentino libre al fin de toda vinculación solidaria con la madre patria, de quien se ha emancipado violentamente, con quien ha guerreado durante quince años, y de quien, desde hace otros quince años, la aparta el más hosco extrañamiento; y la coincidencia está en que ambos consideran que la lengua es una de las vinculaciones solidarias que hay que romper para que emancipación se consuma. Pero la visión de Sarmiento se diferencia de la de Alberdi en dos rasgos principales: primero, la de Alberdi nace de una voluntad persistente, la de Sarmiento de una veleidad momentánea; segundo, Alberdi da por hecho ya, por existente, un idioma particular argentino, Sarmiento predice un idioma general hispanoamericano. También hay marcada diferencia en la dialéctica de ambos al respecto: Alberdi funda su emancipación de la lengua en la razón política, y también en las leyes de cierta sorda evolución lingüística, de la que expone indicios; Sarmiento, en cambio, fuera del móvil puramente pasional que deja traslucir, no da, para la emancipación soñada, ninguna razón científica, si descartamos cierta vaguedad filológica, en forma de metáfora, a cuya ininteligibilidad contribuye un error de sintaxis; tampoco cita Sarmiento hechos positivos que, presentados como pródromos, den aspecto de probabilidad a la alteración orgánica que pronostica. En resumen, lo que dice es esto: « Los hijos de América, desprendidos en política de España, su abuela común, por su emancipa-

ción, no lo están aún en artes, en literatura, en costumbres ni en ideas. Nuestra lengua, nuestra literatura y nuestra ortografía se apegan rutinariamente a tradiciones rutinarias y preceptos que hoy nos son casi enteramente extraños y que nunca podrán interesarnos. Los idiomas, en las emigraciones como en la marcha de los siglos, se tiñen con los colores del suelo que habitan, del gobierno que rigen y las instituciones que las modifican. El idioma de América deberá, pues, ser suyo propio, con su modo de ser característico y sus formas e imágenes tomadas de las virginales, sublimes y gigantescas que su naturaleza, sus revoluciones y su historia indígena le presentan. Una vez dejaremos de consultar a los gramáticos españoles, para formular la gramática hispanoamericana, y este paso de la emancipación del espíritu y del idioma requiere la concurrencia, asimilación y contacto de todos los interesados en él » (XII, 184). No olvide el lector, para comprender lo de « idioma con imágenes », que Sarmiento, por las razones ya dichas, escribe « lengua » cuando debe escribir « literatura ».

Nunca más, en todo el largo curso de sus predicaciones, vuelve nuestro prohombre a agitar esa idea, que murió al nacer, sin haber hecho oír más que un débil vagido. Tan efímera fué esa aspiración que el memorioso Sarmiento llega a olvidarse de la profecía formulada, y en 1853 predica así la enseñanza pública del castellano: « La nación... corre riesgo de perder en medio siglo de activa colonización hasta el idioma de la raza primitivamente colonizante, si al echar sus fundamentos no se asegura su prevalencia por instituciones que doten la instrucción en todos sus ramos » (XVI, 83). Y en 1865 dice: « El español es la clave de la América del sur... Es la lengua que va a desarrollarse a continuación del inglés en la América del sur » (XXI, 235). Luego, en 1867, se enoja porque le disputan el dominio del castellano, porque el español pretende que se le considere « amo » de la lengua *urbi et orbe*, en España y en América. Protesta así contra esa pretensión extraordinaria: « El español entiende que el castellano es suyo, y que son intrusos desautorizados los treinta millones de americanos que lo hablan, de prestado al parecer. Un americano ataca, pues, los dominios españoles, si algo emite sobre su propia lengua, no obstante que Bello, Barral, Irizaroy (Irisarri?) reconocidos

por los primeros hablistas de la lengua, no hubiesen nacido la Península, ni visitádola antes; no obstante que Villergas recibió, según es fama, sus primeras lecciones de gramática en La Habana. Temerosos de que el idioma de Cervantes se pierda un día en América si no sirve para la transmisión de las ideas, urgíamos para que los mejores hablistas emprendan traducir al español los libros que por millares abundan en las otras naciones, y de que carece la nuestra. En América, toda persona que recibe un tinte de educación aprende ante todo francés, inglés, y muchos el alemán. Es, pues, preciso generalizar los libros en castellano, so pena de dejar morir de inanición lengua. De esta filial solicitud por la preservación de la lengua se deduce, y se protestó de ello en debido tiempo, que queremos abolir en América el idioma de Cervantes» (XXIX, 319). En fin, en 1879 vuelve a referirse a la necesidad de enseñanza del castellano en nuestras escuelas públicas, y dice « Uno de los mayores bienes de que goza una nación es la unidad del lenguaje de sus habitantes, y la mayor rémora para su civilización y aun para su paz interior, las diferencias (XLI, 139).

De modo que, para Sarmiento, el castellano es nuestro idioma nacional; y tan propio nuestro lo considera, que se pone a reformarle la ortografía, como quien hace de su capa un sayo. Colocando así a América en un pie de igualdad con España para todo lo que se refiere al régimen de la lengua, el filólogo improvisado critica a la Academia su obra ortográfica, y le disputa el derecho a dictar leyes sobre la materia. En el curso de esta campaña es cuando dice: « Todo esto desaparecerá así que la América entre en posesión de su propia lengua y la adapte a la expresión de sus necesidades, guiada por el deseo de ahorrar tiempo y penalidades a los niños, y facilitar la difusión de los conocimientos útiles entre los adultos» (XXIX, 333). ¿Vuelve a surgir así, en la mente del reformador, la visión de la lengua autóctona hispanoamericana? No, por cierto. Es evidente que la « propia lengua » de América significa en esta frase « el castellano que América debe apropiarse », dadas las miras codiciosas de Sarmiento sobre el particular, miras que los españoles habrían podido llamar con propiedad *filibus*.

teras, en la acepción privativa que dan o daban ellos a ese término.

El castellano es, pues, nuestro idioma nacional. Pero Sarmiento no quiere para nosotros un castellano impuro. Desde un principio observa que estamos corrompiendo la lengua, y... maestro de escuela siempre, no ve esa corrupción con buenos ojos. La tolera sólo como un mal necesario, cuya causa expone para que se trate de suprimirla; pero no admite que para esto se ataque al mal en sus efectos, esto es, que se dé contra la corrupción misma, porque, y en este punto se enfurece, las necesidades de la patria están para él, y deben estar para todos los americanos, antes que los intereses de la lengua. En 1842 dice: « La antigua pureza del castellano se ve empañada desde que él ha consentido en dejar de ser el intérprete de las ideas de que viven hoy los mismos pueblos españoles. . . Tenemos que ir a mendigar a las puertas del extranjero las luces que nos niega nuestro propio idioma. . . Un idioma es la expresión de las ideas de un pueblo, y cuando un pueblo no vive de su propio pensamiento, cuando tiene que importar de ajenas fuentes el agua que ha de saciar su sed, entonces está condenado a recibirla con el limo y las arenas que arrastra en su curso. . . Esta es la posición del idioma español, que ha dejado de ser maestro para tomar el humilde puesto de aprendiz, y en España como en América se ve forzado a sufrir la influencia de los idiomas extraños que lo instruyen y lo aleccionan » (I, 222). . . « El pensamiento está fuertemente atado al idioma en en que se vierte, y rarísimos son los hábiles disectores que saben separar el hueso sin que consigo lleve tal cual resto de la parte fibrosa que lo envolvía » (I, 224). Y en 1849 agrega: « Las repúblicas sudamericanas tienden a separarse cada vez más, a medida que progresan, de la nación que antes fué su metrópoli, no ya en sus instituciones, que con razón ha repudiado, sino también en las ideas mismas y aun en los gustos literarios. En América, entre las personas que cultivan la inteligencia, circulan con más abundancia que las españolas las obras de los autores franceses en historia, bellas letras y política. Esta necesaria transformación, y aquella desviación de las antiguas tradiciones nacionales, trae, sin embargo, un inconveniente, y es la inevitable adulteración de las formas del idioma.

si al mismo tiempo que se beben las ideas de otras naciones más avanzadas no se cuida de depurarlas de todo limo extraño, por el estudio de las peculiaridades de la lengua castellana (II, 339).

Sarmiento no se limita a hacer ver que el castellano se corrompe en América y a hacer constar que la causa de la corrupción no está en nosotros, es enteramente española, y remediabile. También aplica una parte de su actividad publicista, cuando la pasión patriótica no lo hace atropellar por todo, predicar la pureza del idioma, él precisamente, que es tan arbitrario en la construcción de sus giros como desaliñado en su estilo. Muy natural, sin embargo, es este celo por la lengua en el más castizo, aunque no el más correcto, de nuestros escritores de esa época. Y muy natural también, como carácter congenital o propiedad hereditaria, es en Sarmiento su lenguaje castizo, que él mismo explica así, a propósito del *Facundo* « Habiéndome criado en una provincia apartada, y formado-me sin estudios ordenados, la lengua de los conquistadores había debido conservarse allí más tiempo sin alteraciones sensibles » (VII, 5)... « Los modismos resultan venir en línea recta desde los tiempos de la conquista hasta los presentes, poblaciones aisladas, dejadas en puntos apartados, y cuyo reposo no alteraron en dos siglos los hechos exteriores » (XLIII. 238)... « Poco había frecuentado los antiguos, si no es Don Quijote... pertenecía a una provincia y pueblo apartado del interior, no había tenido estudios especiales, y escribía con el castellano que se hablaba en la localidad. Una familia que vivía, de padres a hijos, en una quinta conservaba arcaísmos muy curiosos, como *ansina, trelde* (?), *truje, agora*, que perpetuaban en la familia por el aislamiento, desde los conquistadores; y así en San Juan debieron conservarse por falta de roce, de población tan apartada, las locuciones del antiguo idioma, tal como lo hablaron los primeros pobladores, y se han ido perdiendo en otras partes, sustituidas por locuciones nuevas » (XLV, 348).

Ahora bien, la prédica de Sarmiento por la pureza de lengua no es ocasional sino constante, y abarca todo el período de su actuación pública, desde el primer momento de su acción en Chile hasta el último año de su vida en la Asunción.

La primera nota de este carácter suena en 1842 en esta forma: « Es hacer al país un servicio importantísimo estudiar los vicios más frecuentes en el hablar común e indicar el correctivo » (I, 217)... « No andaría muy errado quien atribuyese estas degeneraciones al aislamiento de los pueblos, a la falta de lectura que les haga corregir los defectos y errores en que incurrer y que, sancionados por el hábito, carecen de una conciencia que los repruebe y los corrija » (I, 215).

La segunda, de 1849, dice: « Hay escritores de alguna nota que, apreciando en poco la castiza severidad de la dición, contribuyen con su ejemplo y sus escritos a popularizar lo que se llamaría adulteración innecesaria del idioma » (II, 340)... « La empresa de Rivadeneyra (la *Biblioteca de Autores Españoles*) de grande auxilio para los españoles, es un don precioso para los americanos, que, más que aquéllos, necesitaban tener a mano una colección de los autores españoles para consultarlos como antecedentes necesarios de su idioma, y como correctivo indispensable de los vicios de lenguaje que pudiera ir depониendo la labor del tiempo, la distancia y aquella falta de comunidad de intereses y de vida política que ha creado la independencia americana » (II, 341).

La tercera es de 1879, cuando recomienda a nuestros maestros de escuela los escritos del cubano Mantilla en *Libros de lectura*, como « modelo seguro del bien decir en nuestra lengua, sin las locuciones pretenciosas y alambicadas de los escritores noveles en España y sus antiguas colonias, o sin los neologismos y extranjerismos que se nos van pegando, a fuerza de leer en otras lenguas, o de oír el español adulterado de los inmigrantes » (XLV, 351).

La cuarta, de 1888, dice: « Si se pidiera ser correctos y castizos para escribir un libro, un panfleto o un artículo, enmudecerían nuestras cien imprentas y quedaríamos reducidos al sabio mutismo que prevalece en casi todos los dominios de la lengua española. Esta laxitud de principios en materia de lenguaje escrito, dada la prisa de nuestra vida y lo deleznable de nuestra literatura de labradores, de albañiles y de constructores de ferrocarriles, de autores de rútilos de botellas, facturas y programas, no quita que sigamos el ejemplo de Saint-Just y de Robespierre, jefes de *sans-culottes*, que vestían, sin embar-

go, con pulcritud y asco esmerado. Siempre, pues, que podamos obtener un libro de dición irreprochable... debemos darle la preferencia y gustar sus buenos trozos, como se hace con un vino generoso » (XLVI, 342).

• • •

Sinteticemos nuestro juicio sobre los elementos que constituyen la idea de Sarmiento acerca de la lengua misma, intrínsecamente considerada, es decir, aparte de la cuestión de sus aplicaciones como instrumento de divulgación científica y de creación artística. La suma y compendio de los conceptos fundamentales que el análisis de esos elementos ha grabado en nuestra mente da este resultado:

Tiene un valor circunstancial puramente todo lo que el gran hombre ha escrito contra la Academia por su ortografía arbitraria, y contra los puristas por su aversión al neologismo y quedan como anhelos fijos suyos, objeto de su predicación constante, en primer lugar la adopción definitiva del castellano como lengua común para todos los pueblos americanos de origen español, y en segundo lugar el uso debido de esta lengua a los efectos de mantenerla pura.

Gutiérrez y la lengua

En 1876 Juan María Gutiérrez rechaza de plano el diploma de individuo correspondiente de la Real Academia Española, que esta corporación le ofrece; y ese rechazo, que importa un desaire sin atenuaciones, arranca a nuestros círculos intelectuales un clamor de asombro cuyas vibraciones intensas han quedado marcadas en las publicaciones de la época. Para explicar tan fuerte impresión hay que exponer, no los antecedentes del caso, porque ese hecho insólito no los tiene, sino las particularidades del personaje en escena y de la escena misma.

Gutiérrez, sexagenario ya, divide entonces su laboriosa actividad intelectual entre el cultivo de las letras y el desempeño de sus cargos en la instrucción pública. Con lo primero satisface sus anhelos de emoción estética que, despertados en su alma desde temprano, han estado vivos en ella durante toda su existencia; con lo segundo realiza en escasa medida su aspiración patriótica a colaborar en nuestra formación social, se limita a condyuar en la preparación intelectual de las generaciones futuras, ya que los azares de la política le impiden tomar en la reorganización nacional la parte más amplia que es su ambición fija, impersonal y suprema. Al evocar en nuestra mente la figura de Gutiérrez en tales circunstancias, erguida, fuerte, ágil todavía, su cabeza nos atrae sobre todo. Cobijada por gruesa manta de ondeados cabellos canos, asoma su frente alta y luminosa; y a través de ella, en el cerebro del pensador, detrás del velo tenue de las reflexiones literarias y docentes del momento, vemos sus opiniones siempre desfavorables sobre los estadistas en candelero, más hábiles que él en arte política pero no más preparados en la ciencia del gobierno; y surgiendo entre esas opiniones, percibimos el juicio de su propia actuación junto a Urquiza; vemos sus ideales políticos superpuestos a los recuerdos de su vida en el destierro y

de su obra de proscrito, como poeta, periodista y educador en tierras extranjeras; un poco más lejos vemos las luces de su brillante consagración en el certamen de Montevideo, y de su íntima vinculación con Echeverría, alternando con los destellos de su abominación al tirano; en fin, en lo más profundo de su mente, junto a sus primeras nociones del mundo, del arte y de la ciencia, vislumbramos su prevención personal contra España, formada en sus años de adolescente por la guerra de la independencia, y su prevención histórica contra ella a causa de la tutela colonial obscurantista; conceptos estos dos que, en el círculo de sus abstracciones, se funden en una animadversión sistemática, de republicano genuino, a todo régimen monárquico absoluto, y especialmente al borbónico. Vemos también que, mientras en su cerebro viven esas reflexiones, juicios, conceptos, ideas y pensamientos, sus ojos penetrantes y avizores escudriñan sin descanso el presente y el porvenir de la patria para descubrir qué aspiración, qué necesidad de ella exige la expresión de alguna de sus maduras convicciones; y vemos igualmente que sus labios, siempre irónicos en el reposo, están en todo momento prontos para formular tales convicciones sin más recato que el que la urbanidad impone. En Gutiérrez la convicción no es hija de impresiones sino de juicios, no es inestable sino firme; y si en él los sentimientos pueden atemperarse por la influencia bondadosa de su alma, sus pensamientos se mantienen siempre libres de emoción, ajenos a ella, sin reconocer más ley que la lógica del raciocinio. Por eso, en el trato social, Gutiérrez se muestra cortés, y afable también, con todos, amigos y adversarios; pero en el santuario de su mente de pensador, sus prevenciones y sus preocupaciones, adustos guardianes de sus creencias, sacerdotes acólitos de su culto fanático a la libertad, vigilan noche y día, atentos a la menor señal para lanzar el anatema, la execración, la imprecación fulminadora.

Entretanto, en el ambiente en que Gutiérrez sexagenario actúa todavía, el estado de ánimo general ha cambiado fundamentalmente, por la ley de renovación continua que rige a las sociedades: se considera entonces, más que pasado, histórico todo lo ocurrido en este país antes de su constitución en 1862, y anaacrónico todo pensamiento o sentimiento ligado

íntimamente a tales hechos. Hace ya cerca de tres lustros que el país, pacificado al fin en su interior, está aplicando sus fuerzas a la explotación de sus riquezas, y todo tiende entonces al fomento de esta producción, a la solución de los problemas económicos y al mejoramiento de la cultura popular; las pasiones históricas y políticas no tienen ya el predominio de otros tiempos. Con respecto a los españoles, la inmigración de éstos, la intelectual sobre todo, es acogida con interés. En el magisterio los docentes españoles son recibidos con palmas. En el periodismo los escritores de esa nacionalidad encuentran campo de acción seguro, y bastante amplio a veces, porque nosotros mismos los inducimos a que, dando suelta a su natural tendencia a la crítica burlona, especialmente a la sátira, nos sirvan de arma de combate suplementaria en nuestras rencillas políticas, que en la prensa bonaerense alternan con las graves discusiones doctrinarias características de esa época. En las redacciones de los grandes diarios hay entonces verdadera camaradería entre el escritor porteño y el escritor español; la afinidad de raza se ha sobrepuesto ya al rencor histórico.

De modo que el rechazo que hace Gutiérrez del diploma académico, honor ofrecido con miras de conciliación evidentes, estalla como una bomba en un ambiente tan poco preparado para eso; y el formidable estruendo repercute en Montevideo y en Valparaíso. ¿Cómo un hombre tan cortés ha podido mostrarse tan rudo? ¿cómo un temperamento tan delicado ha podido proceder tan groseramente? ¿cómo a un espíritu tan noble ha podido halagar la mezquindad de inferir un desaire? En el primer momento no se ve sino el carácter social del acto; sólo se tiene la noticia de él. Luego se piensa que deben ser gravísimas las causas de semejante campanada, y se busca la nota dirigida por Gutiérrez a la Academia para explicar y justificar su actitud. Ha sido publicada en el diario de su amigo Manuel Bilbao; se la lee, se la relee. Pero la nota no revela los móviles del repudio; da sólo razones que, en vez de resolver el enigma, lo enredan más todavía. ¿Cómo un poeta, literato por excelencia, y un docente, maestro por definición, pueden proclamar al vulgo árbitro de la lengua? ¿cómo el escritor refinado, modelo de corrección literaria, pue-

de aparecer apadrinando la corrupción del castellano, su medio propio de expresión, y la adopción de una jerga cosmopolita en su reemplazo? ¿cómo ese director general de escuelas, que siempre ha preferido al maestro español, porque sabe más gramática que el nuestro, puede declarar que no es el castellano lo que se habla entre nosotros? ¿cómo puede preconizar una lengua local para los argentinos quien tanto ha hecho para hermanar la obra de los literatos hispanoamericanos? En presencia de estas contradicciones desconcertadoras hay que restregarse los ojos para convencerse de que se está en la realidad y no en un sueño.

La tremolina es enorme; naturalmente, los intelectuales españoles son los que más protestan, en sus diarios y periódicos bonaerenses, contra la « viaraza » de Gutiérrez. Considerando el hecho bajo su más favorable aspecto, ven en él un acto de descortesía deliberada, vejatoria y gratuita; otros replican a lo que llaman insulto con personalidades tendientes a ridiculizar al filósofo y al matemático, al biógrafo y al crítico, al político y al literato. Seguramente estos improperios no molestan a Gutiérrez, consciente de haberlos provocado; lo que lo saca de su impasibilidad es una carta que Francisco A. Berra, en Montevideo entonces, publica en *La Nación* de Buenos Aires. En esa carta Berra analiza la doctrina, en parte filológica y en parte antiacadémica, expuesta por Gutiérrez en su nota como razón de su actitud, y llega a la conclusión de que es rutinario, retrógrado e inmoral librar al vulgo la suerte de nuestra lengua, y antipatriótico predicar la localización de nuestra habla, porque eso llevaría al aislamiento de este país en el mundo de las ideas. Gutiérrez, herido así en lo vivo y doblemente, en su espíritu progresista y en su amor a la patria, resuelve explicar su conducta para con la Academia, y el alcance de su teoría sobre lo que es, o debe ser, la lengua nuestra. En *La Libertad* bonaerense, el mismo diario que el 5 de enero ha publicado la comentada nota, aparece el 22 de ese mes la primera de una serie de diez cartas extensas que Gutiérrez, bajo el seudónimo de « Un porteño », dirige a su principal detractor en esa ocasión, el periodista español Martínez Villergas, dibujante y redactor de *Antón Perulero*, semanario bonaerense de caricaturas. No vacilo en atribuir a Gutiérrez

estas cartas, tanto porque ésa era la convicción general de sus contemporáneos, y nadie desmintió la afirmación que hicieron entonces al respecto los órganos españoles bourberenses, como porque tal paternidad resulta de los caracteres extrínsecos, o rasgos fisonómicos, de esas pretendidas hijas de padre desconocido. El estilo del escritor, la erudición del investigador, la lógica del crítico, la dialéctica del polemista, la malicia del ironista y el tono del que habla por sí y no por otro, se aúnan en esos escritos para denunciar a grandes voces el nombre del autor de ellos. La máscara del pseudónimo es, pues, transparente; y si Gutiérrez la usa no es para ocultar su identidad sino para expresar con más libertad sus convicciones, atropellando esta vez por todo.

La primera de esas cartas reseña brevemente los hechos que llevaron a la creación de la Real Academia Española, según los documentos puestos al frente del Diccionario de Autoridades; y el autor hace constar que, en uno de estos documentos, los académicos fundadores declaran que «sólo pretenden el grado de criados de Su Majestad, como el más honorífico que pueden conseguir sus vasallos». Luego Gutiérrez agrega: «Si por lo expuesto y copiado pareciese humilde, servil y hasta tosea la cuna académica, culpa será de ella misma, que así se esmeró en hacerlo saber a la posteridad en letra de molde; y estará en su derecho cualquier americano que se niegue a pertenecer a la servidumbre de la casa real de Madrid. Ahora que se conocen los poco limpios pañales en que nació el ilustre cuerpo, no se tendrá por descomedida la acción del Dr. Gutiérrez, que es un hombre libre y no quiere ser criado de nadie, y mucho menos de los reyes de España. Hay determinaciones que sólo pueden ser comprendidas y apreciadas por quienes respiran un mismo ambiente moral. Los americanos, cuyos heroicos padres batallaron catorce años por conquistar la independencia, y gozan hoy de las instituciones republicanas, no pueden afiliarse a comunidad alguna peninsular cuyos miembros, como en tiempo de Felipe V, tienen todavía a honra besar la mano de un hombre y llamarse sus criados. Serán tan sabios y honrados como se quiera los actuales académicos de la lengua; pero no tenemos noticia de que, bajo el reinado del borboncito hijo legítimo de la honesta

Doña Isabel, hayan protestado contra el espíritu primitivo del cuerpo que componen. Estas razones no las ha dado el Dr. Gutiérrez sin duda porque no se le tachase con razón de descomedido; pero ahora que tenemos muestras de los pocos miramientos que se nos guarda a los americanos, bien se puede alegarlas, como el mejor y más pertinente descargo a la devolución del diploma ».

Esta franca y audaz confesión demostró que en Gutiérrez, como en Sarmiento, el vendaval de una pasión política lo arrasaba todo, sin contemplación alguna. En aquella ocasión el republicano exaltado hacía pagar a la Academia española el servilismo abyecto que a sus ojos representaban todas las monarquías absolutas habidas y por haber, en España y demás países del mundo. Y la lengua nuestra no tenía nada que ver con eso.

Tampoco tenía nada que ver nuestra lengua con otro móvil, igualmente político y pasional, que indujo a Gutiérrez a asumir su insólita actitud. Ese móvil, insinuado ya en la nota a la Academia, es el temor a una trapacería de España, a la que se atribuye el propósito solapado de recobrar su dominio en América, aunque sólo sea espiritual, captándose con títulos honoríficos la voluntad de los literatos americanos prestigiosos e influyentes. Gutiérrez ha insistido en esa aprensión suya en una carta escrita poco después, el 6 de marzo, a un amigo en Chile, carta que Vicuña Mackenna transcribe en *Relaciones históricas* (2ª serie, p. 976), y en la que se lee lo siguiente: « ¿Qué le parece a usted mi « cohete » a la Academia? Tenemos un sílabus y un concilio en Roma; tendremos un Diccionario y una Academia que nos gobernará en cuanto a los impulsos libres de nuestra índole americana en materia de lenguaje, que es materia de pensamiento y no de gramática. Tendremos una literatura ortodoxa y ultramontana, y no escribiremos nada sino pensando en nuestros jueces de Madrid, como los obispos que sacrifican los intereses patrios a los intereses de su ambición en Roma. Yo he cumplido con mi deber, cediendo a propósitos más altos que los que puede comprender el autor del artículo del *Deber* y el mismo Bello, si viviera. . . Rebusé del Imperio la cruz que me ofrecieron; por razón aná-

loga no he querido el diploma académico. . . En fin, yo he procedido como americano libre ».

La revelación de estos móviles hizo del rechazo del diploma un acto puramente personal y dió el carácter de simples alegaciones corteses a las razones expuestas en la nota para explicar y justificar ese acto. Eran razones improvisadas para velar discretamente aquellos móviles personales y pasionales. Ahora bien: no he expuesto estos móviles para comentarlos, porque el primero pertenece a las cosas del fuero interno, a los sentimientos íntimos, cuya disección es siempre hiriente, al par que inútil; y el segundo ha sido ampliamente examinado por Alberdi en sus artículos sobre el extraordinario suceso y sobre las academias americanas correspondientes de la española, y en su biografía de Gutiérrez (*Escritos póstumos*, VI, 94, 179 y 189). He expuesto estos móviles sólo para dar su verdadero valor, que es relativo, a las razones ostensibles, relacionadas con la lengua, que Gutiérrez aduce en su nota para explicar y justificar su actitud. El examen de esas razones es lo que interesa en este estudio; pero, para que el análisis sea acertado, hay que descartar de la argumentación de Gutiérrez la influencia trascendental que los móviles le comunican, y en virtud de la cual aquellas razones aparecen como causas determinantes. Hay que distinguir entre el rechazo del diploma académico, acto de orden personal que obedece a móviles políticos y pasionales, y el rechazo de la intervención académica, acto de orden público, que obedece a razones de interés general, fundadas en las particularidades de nuestra lengua. Si no se procede así, si no se da a las razones de la nota su valor relativo, de circunstancias, si se las considera como valores absolutos, como causas determinantes, si se piensa, en fin, que el diploma fué rechazado por ellas, todo juicio sobre ellas y sobre la actitud de Gutiérrez resulta extraviado, como voy a demostrarlo.

Gutiérrez dice en su nota que rechaza el diploma porque considera inútil la intervención de la Academia entre nosotros; y es obvio que lo que rechaza así es el purismo, la política académica de léxico estrecho. Ninguna trascendencia, ni novedad siquiera, hay en esta aversión de Gutiérrez al purismo, tan manifiesta en las predicaciones de Alberdi y de Sarmiento;

y tan razonable también, porque el celo purista amenaza ahogar en germen a la idea, dentro del chaleco de fuerza de la expresión atildada: los argentinos no escribimos solamente para hacer literatura. Pero, como también dice Gutiérrez que la intervención académica sería impropcedente porque el vulgo de Buenos Aires habla una jerga cosmopolita, y la gente culta escribe con giros afrancesados, se ha querido ver en la nota a la Academia una proclama de nuestra emancipación del castellano y de nuestra creación de un idioma exclusivamente propio; y se ha llegado así a la conclusión simplista de que Gutiérrez rechazó el diploma porque aquí no se hablaba ya, o no se iba a hablar, el castellano. Se explica que Berra interpretara así la nota en el primer momento, cuando ignoraba los móviles verdaderos de la actitud de Gutiérrez; lo que no se explica es que, después de haber revelado esos móviles Gutiérrez mismo, y después de haber repudiado éste la doctrina del idioma privativo, se haya insistido en aquella interpretación equivocada. Más de un escritor argentino y extranjero han hecho de las razones dadas por Gutiérrez en su nota las causas determinantes de su rechazo del diploma; y en virtud de la influencia de estos escritores se ha seguido atribuyendo ese acto de Gutiérrez a su pretendido celo por la emancipación y especialización de nuestra lengua. En 1889, Mariano de Vedia (Juan Cancio) que aboga en *La Nación* por el idioma exclusivo, aunque lo llama «americano», transcribe párrafos de la nota de Gutiérrez para apoyar esa doctrina, repudiada por Gutiérrez; Alberto del Solar ese mismo año, en *Cuestión filológica*, y Ernesto Quesada en 1900 en *El problema del idioma nacional*, dan también valor absoluto a las razones de la nota e intentan convencernos de que Gutiérrez ignoraba su lengua porque atribuía al vocablo «fija», del lema académico, el sentido de «inmoviliza», cuando en esa frase no tiene sino el de «precisa». No condice esa supuesta ignorancia con la obra literaria de Gutiérrez; más probable es que éste hiciera tal confusión adrede, por las necesidades del caso. En fin, Menéndez Pidal, el académico español, ve también, como De Vedia y como Quesada, una doctrina en el texto de la nota de Gutiérrez y no vacila en achacar a éste en *La lengua española* (*El Sol.* de Madrid, abril 25 de 1918) la paternidad de la tesis

de « un idioma nacional argentino ». No hay tal tesis ni tal doctrina en Gutiérrez, repito. Si el error en este punto se ha generalizado es porque nadie estudió el caso debidamente: De Vedia sugestionó a Del Solar, estos dos escritores influyeron en Quesada, y éste pasó la palabra a Menéndez Pidal, quien, a su vez, la ha comunicado a Julio Casares, que en *Crítica efímera* (I, 267) transcribe esa afirmación sin corregirla. En 1900, Miguel Cané en *La Nación* y Paul Groussac en los *Anales* de nuestra biblioteca nacional tratan de librar a Gutiérrez de ese sambenito con que la pasión patrioterica, necesitada de una autoridad, lo revistió desde el primer momento; pero, para destruir el error no basta declararlo, hay que demostrarlo.

Tan así es que, en 1906, Juan B. Selva y Enrique García Velloso, en *El castellano en América* (hay coincidencia en el título y en la fecha de ambos opúsculos) repiten la errónea afirmación de Berra, De Vedia, Del Solar y Quesada; porque no han hecho caso a Cané ni a Groussac, ni han estudiado el punto por sí mismos. Y en 1909 incurre en el mismo error Carlos M. Urien en sus ramplones *Apuntes sobre la vida y las obras de Gutiérrez*.

Aclarados los móviles del rechazo del diploma, las razones contra la intervención académica quedan con su muy escaso valor relativo, de circunstancias, de verdades a medias, acomodaticias; lo que también resulta de las aclaraciones posteriores de Gutiérrez mismo. Entro a examinar esas razones.



Dice Gutiérrez en su nota a la Academia: « Aquí, en esta parte de América, poblada primitivamente por españoles, todos sus habitantes, nacionales. « cultivamos » la lengua heredada, pues en ella nos expresamos y de ella nos valemos para comunicarnos nuestras ideas y sentimientos; pero no podemos aspirar a « fijar » su pureza y elegancia, por razones que nacen del estado social que nos ha deparado la emancipación política de la antigua metrópoli... En las calles de Buenos Aires resuenan los acentos de todos los dialectos italianos, a par del catalán que fué el habla de los trovadores, del gallego en que el Rey sabio compuso sus cántigas, del francés del norte y meridión, del galense, del inglés de todos los condados, etcétera;

y estos diferentes sonidos y modos de expresión « cosmopolitizan » nuestro oído y nos inhabilitan para intentar siquiera la inamovilidad de la lengua nacional, en que se escriben nuestros numerosos periódicos, se dictan y discuten nuestras leyes, y es vehículo para comunicarnos unos con otros los « porteños ». Esto en cuanto al idioma usual, común, el de la generalidad. Por lo que respecta al hablado y escrito por las personas que cultivan con esmero la inteligencia y tratan de elaborar la expresión con mejores instrumentos que el vulgo, cuyo uso por otra parte es ley suprema del lenguaje, debo confesar que son cortas en número; y aunque de mucha influencia en esta sociedad, tampoco tienen títulos para purificar la lengua hablada en el siglo de oro de las letras peninsulares, de que la Academia es centinela desvelado... Yo frecuento con intimidad a cuantos en esta mi ciudad natal escriben, piensan y estudian, y puedo asegurar a V. S. que sus bibliotecas rebozan en libros franceses, ingleses, italianos, alemanes; y es natural que, adquiriendo ideas por el intermedio de idiomas que ninguno de ellos es el materno, por mucho cariño que a éste tengan le ofendan con frecuencia, sin dejar por eso de ser entendidos y estimados, ya aleguen en el foro, profesen en las aulas o escriban para el público. Hablarles a estos hombres de « pureza y elegancia » de la lengua les tomaría tan de nuevo como les causaría sorpresa recibir una visita vestida con la capa y el sombrero perseguidos por el ministro Esquilache... El espíritu cosmopolita, universal, de que he hablado, no tiene excepciones entre nosotros. Son bien venidos al Río de la Plata los hombres y los libros de España, y está en nuestro inmediato interés ver alzarse el nivel intelectual y social en la patria de nuestros mayores; pues nada tan plácido y sabroso para el espíritu como nutrirse por medio de la lengua en que la humana razón comienza a manifestarse en el regazo de las madres. Es penoso el oficio de disipar diariamente esa especie de nube que obscurece la página que se lee escrita con frase extranjera, y a este oficio estamos condenados los americanos, so pena de fiarnos a las traducciones, no siempre fieles, que nos suministra la imprenta europea. Podría decirme V. S. que todo cuanto con franqueza acabo de expresarle prueba la urgencia que hay en levantar un dique a las inva-

siones extranjeras en los dominios de nuestra habla. Pero en ese caso yo replicaría a V. S. con algunas interrogaciones. ¿Estará en nuestro interés crear obstáculos a una avenida que pone tal vez en peligro la gramática, pero puede ser fecunda para el pensamiento libre?... ¿Qué interés verdaderamente serio podemos tener los americanos en fijar, en inmovilizar al agente de nuestras ideas, al cooperador en nuestro discurso y raciocinio? ¿Qué puede llevarnos a hacer esfuerzos por que al lenguaje que se cultiva a las márgenes del Manzanares se amolde y esclavice el que se transforma, como cosa humana que es, a las orillas de nuestro mar de aguas dulces? ¿Quién podrá constituirnos en guardianes celosos de una « pureza » que tiene por enemigos a los mismos peninsulares que se acercan en esta Provincia? Llegan aquí, con frecuencia, hijos de la España con intento de dedicarse a la enseñanza primaria, y con facilidad se acomodan como maestros de escuela, en mérito de diplomas que presentan autorizados por los institutos normales de su país. Conozco a la mayor parte de ellos, y aseguro a V. S. con verdad, salvando honrosas excepciones, que, cuando se han acercado a mí, como a Director del ramo, he dudado al oírlos que fuesen realmente españoles; tal era de exótica su locución, tales los provincialismos en que incurrían y el dejo antiestético de la pronunciación, a pesar de la competencia que mostraban en prosodia y ortología teóricas. Con semejante cuesta que subir, sería tarea de Sísifo mantener en pureza la lengua española. A mi ignorancia no aqueja el temor de que, por el camino que llevamos, lleguemos a reducir esa lengua a una jerga indigna de países civilizados. El idioma tiene íntima relación con las ideas, y no puede abastardarse en país alguno donde la inteligencia está en actividad y no halla rémoras el progreso. Se transformará, sí, y en esto no hará más que ceder a la corriente formada por la sucesión de los años, que son revolucionarios irresistibles. El pensamiento se abre por su propia fuerza el cauce por donde ha de correr, y esta fuerza es la salvaguardia verdadera y única de las lenguas, las cuales no se ductilizan y perfeccionan por obra de gramáticos, sino por obra de los pensadores que de ellas se sirven ».

El estado de cosas que Gutiérrez describe en estas líneas se resume así: «Aquí, en esta parte de América, todos sus habitantes, nacionales, cultivamos la lengua heredada, pues en ella nos expresamos y de ella nos valemos para comunicarnos... Lengua nacional es aquélla en que se escriben nuestros numerosos periódicos, se dictan y discuten nuestras leyes». De esto resulta que, en el pensamiento de Gutiérrez, el idioma nacional de los argentinos es el castellano de los «porteños» (para los antropocentristas, el resto de la población del país no existe). Pero este castellano aparece modificado «en las calles de Buenos Aires» por las influencias de la inmigración (lengua vulgar) y en el lenguaje de los estudiosos (lengua culta) por la lectura continua de libros extranjeros. Gutiérrez reconoce que la aspiración natural es «nutrir la inteligencia por medio de la lengua materna», pues «es penoso el oficio diario» de traducir mentalmente al castellano lo que se lee en otra lengua. Ahora bien: de estos hechos deduce Gutiérrez directamente, por transición repentina, la conclusión de que «no podemos aspirar a fijar la pureza y elegancia de la lengua» porque (aquí aparecen las razones especiosas) el habla popular bonaerense «cosmopolitiza nuestro oído», porque hablar de pureza y elegancia a las personas cultas las sorprendería tanto como un anaeronismo, porque antes que la gramática está la libre expresión del pensamiento, porque la Academia tiende a «inmovilizar la lengua», a evitar «que se transforme, como cosa humana que es», y porque los españoles que son maestros de gramática en nuestras escuelas públicas no aplican, en su dicción propia, las reglas de prosodia y ortología que enseñan teóricamente.

De modo que la tesis del idioma privativo, atribuida a Gutiérrez por Berra en su tiempo y por Menéndez Pidal en el nuestro, no resulta de los términos de esta nota, cuando se la lee sin prevenciones. En tono dubitativo, tendencioso si se quiere, pero no afirmativo, es como Gutiérrez alude a la inconveniencia de crear obstáculos a la corrupción del castellano entre nosotros, corrupción impuesta por intereses superiores al que representa el cuidado de la lengua. Y agrega que, a su juicio, no por tal negligencia se va a reducir nuestra lengua «a una jerga indigna de países civilizados»; eso sí, «el castellano se

transformará ». Lo que lógicamente se deduce de estos conceptos es que, lo mismo que Alberdi y Sarmiento, repito, Gutiérrez es enemigo jurado del purismo, y la intervención académica, así quiere verla él a todo trance, sería purismo estrecho, rutinario y rancio. Por eso la rechaza, y con ella el diploma, en el que quiere ver, también a todo trance, la férula académica puesta en manos de él contra nosotros.

Bajo la firma « Un porteño », en la citada polémica con Villergas, Gutiérrez repudia en estos términos la doctrina localista que le atribuye Berra: « Al hablar el señor Gutiérrez de una lengua española enriquecida con elementos que le llegaban, en este país, con la industria y la actividad, y las costumbres de la inmigración, no optaba por una jerga incoherente y descosida que sólo hubierna de entenderse a las orillas del Plata, quedándonos segregados del comercio hablado y escrito con todos los pueblos de nuestra raza... El doctor Gutiérrez piensa con razón que en un pueblo cuyos órganos todos están en desenvolvimiento, en mejora y progreso, el órgano de las ideas también lo está... Pero ese trabajo y esfuerzo de la lengua se verifica naturalmente con arreglo al tipo inamovible de la gramática » (Carta II)... « En la carta del doctor Gutiérrez no se habla de la creación de una nueva lengua en el Río de la Plata. En ella se trata sencillamente de revolucionarse contra toda traba que, en nombre de intereses que representa y sirve la Academia matritense, pudiera impedir el ensanche en todo sentido del lenguaje que se usa, o usará en lo futuro, no a orillas del Manzanares, sino a las orillas del Río de la Plata. El mismo Bello nos induce en estas pretensiones parangonando a Chile y a Venezuela, y por consiguiente a nosotros los argentinos, con las provincias de España, cuyos modismos entran en el tesoro de la lengua sin que los celen atrás los aduaneros aquellos de que habla Salvá en el prólogo de su diccionario remendado » (Carta VI).

¿ Cuáles son, pues, en resumidas cuentas, las ideas de Gutiérrez sobre nuestra lengua? Que el castellano es y será siempre el idioma de los argentinos. Que este castellano, adaptado a nuestras necesidades, estará provisto de los neologismos indispensables, americanos y europeos, y tanto de acepción como de vocabulario; pero en lo fundamental, esto es, en cuanto a

estructura, a gramática, a sintaxis por lo tanto, respetará las leyes propias de la lengua heredada. Y esto evitará su degeneración en dialecto local, exclusivo. Lo mismo que Sarmiento, Gutiérrez no tolera la corrupción de la lengua sino como un mal necesario, transitorio y por tanto remediable, impuesto por la inmigración cosmopolita y por la lectura de libros extranjeros; y si Gutiérrez no predica directamente en sus escritos la pureza, como la predicó Sarmiento, también como éste obra por ella, en forma no menos eficaz, eligiendo preferentemente a españoles para maestros de gramática en nuestras escuelas públicas, y dando en toda su obra literaria el alto ejemplo de su apego a la expresión castiza, signo inequívoco de su amor a « la lengua en que su razón comenzó a manifestarse en el regazo materno ». De su amor al castellano, repito, cuyas bellezas admira cuando celebra a los clásicos, y cuya imponderable fuerza expresiva, más intensa en la lengua arcaica, lo llevó a imitar en su juventud « la trova y la fable » de Juan de Mena, en una sátira en que nuestros antepasados, los grandes homes de antaño, comentan a su modo los traspiés y los porrazos que sus nietecillos, los americanos de ogaño, dábamos inevitablemente en nuestra infancia, con los tolondros del caso, por haber rechazado los andadores dogmáticos y la chichonera monárquica del régimen secular.

• • •

A la carta de Berra en *La Nación* del 14 de enero replicó Mariano A. Pelliza en el mismo diario, el día 19. Esta réplica originó una polémica, en la que Berra se muestra erudito y lógico a la par; no así Pelliza, cuya doctrina sobre nuestra lengua es una alternativa ininteligible de términos contradictorios.

La disciplina académica y la lengua

Echeverría, Alberdi, Sarmiento y Gutiérrez son los únicos prohombres de la primera generación argentina, formada en el medio ya emancipado, que tuvieron ocasión de exponer sus ideas acerca de la lengua en que escribían, acerca del instrumento con que estaban grabando en la historia sus pensamientos sobre la obra magna de nuestra constitución en pueblo libre. Los cuatro proclamaron en definitiva que nuestro idioma es el castellano, al que debemos limpiar de las impurezas con que lo afean en la lengua vulgar la inmigración cosmopolita, y en la lengua culta la lectura continua de libros extranjeros. Pero sería negar la evidencia no reconocer que, tanto a sus contemporáneos como a las generaciones siguientes, los fáciles favores de la prosa incorrecta, que los cuatro ofrecían como ejemplo, han halagado más que la belleza ideal del lenguaje castizo y puro, que recomendaban como precepto. Porque los cuatro, fieles al castellano en teoría, rendían culto en la práctica al barbarismo y al solecismo: Gutiérrez por momentos, Echeverría a cada instante, Sarmiento por temporadas, Alberdi toda la vida.

Esta perfecta coincidencia de los cuatro prohombres en la manera de tratar y en el modo de querer al castellano asumiría los caracteres de un hecho extraordinario y pasmoso si se la considerase fortuita; más lógico es inducir que su comunidad de ideas y de hábitos en tal caso es simple consecuencia de su idiosincrasia, como hijos genuinos de esta tierra, donde somos amigos platónicos de todas las teorías y eternos discutidores de todas las prácticas. La lengua es para los cuatro, en todo el curso de su actuación laboriosa, en su lucha activa contra lo que consideran preocupación, error o interés mezquino, el arma por excelencia; la usan, por tanto, con una desconsideración que llega al manoseo, y sin embargo desean verla cada vez más respetada. Lo mismo hacía entonces y hace

hoy el pueblo argentino: una parte de él estropea el castellano en la lengua vulgar, en el guirigay de los escritores plebeyos y en la jerga de los bárbaros; otros, los académicos o disciplinados, lo reverencian en el altar de la gramática y del diccionario; y otros, los indisciplinados, que son los más, lo maltratan y lo acarician alternativamente.

Esta división de la lengua en dos partes inconciliables, la vulgar y la culta, la plebeya y la noble, no es un fenómeno exclusivamente nuestro. Ha existido y existirá siempre, en todos los países y en todos los tiempos, por lo menos desde que hay y mientras haya literatura. Es un fenómeno que se explica por la capacidad o incapacidad natural en el hombre para discernir y apreciar la belleza, capacidad o incapacidad que se observa en todos los campos del arte, y que, en el caso del lenguaje, no aparece o desaparece con la difusión de la escuela pública, ni mucho menos con la pretendida nivelación de clases a que aspiran los regímenes democráticos de gobierno. Para la mayor parte de los hombres, el lenguaje es una facultad que se ejerce sola; para una minoría privilegiada es un don que ella utiliza con arte. Esta es la razón de ser de la diferencia irremediable que hay y que habrá siempre entre la lengua vulgar y la lengua culta. Ahora bien: es realmente singular el hecho de que esos cuatro promotores de nuestra organización nacional coinciden en presentar unidas en sus escritos, y considerablemente atenuadas, las dos formas antagónicas de la lengua; no porque se hubieran propuesto una fusión imposible de ambas, sino como si hubieran esperado que de su mutuo contacto iba a surgir una tercera forma de lenguaje que fuese el promedio de ambos extremos. Atribuyéndoles tal propósito consciente o subconsciente, resultan no hostiles en su inspiración sino conciliadoras, porque acercan tales extremos, la aversión que muestran los cuatro al purismo, y la repugnancia que inspira a los cuatro la expresión plebeya. Considerado así este hecho, más evidente aún por el contraste del ejemplo y del precepto de los cuatro sobre la lengua, se desprende de él una enseñanza para nosotros: la norma de que un lenguaje académico sin hispanismos en el vocabulario y sin hipérbaton violento en la sintaxis, y un lenguaje popular sin barbarismos inútiles y sin solecismos incultos, tenderían a fundirse en una

lengua correcta, en el castellano de los argentinos que no quisieran ser ni puristas ni vulgares.

Me atrevo a decir que ésta es la doctrina que, en materia de lengua, nos recomiendan teórica y prácticamente Echeverría, Alberdi, Sarmiento y Gutiérrez. Pero reconozco que la historia no confirma tal interpretación; por el contrario, cuenta que más de una vez se ha pretendido hacer del ejemplo y del precepto de los cuatro prohombres una piqueta para demoler el castellano, y un cemento para construir un idioma privativo en su reemplazo. Varias son las causas que han llevado a esa falsedad. Era necesario invocar tales autoridades para justificar o disimular los siguientes extremos o extravíos:

1°. Un resto de antiespañolismo, anacrónico y desentendido, que nos hace ver en el castellano y en su literatura clásica un vínculo que nos subordina odiosamente a la España actual; como si la España actual tuviera el dominio exclusivo de tales bienes, como si españoles y americanos no fuésemos herederos legítimos, con iguales derechos y deberes, de esa obra de nuestros antepasados comunes.

2°. Una falta de agudeza crítica, por la cual pensamos que parece español el argentino que escribe en castellano correcto, como si el hábito hiciera al monje; idea que nos lleva a estropear deliberadamente la lengua, como si por alterarla en la forma le cambiásemos el fondo.

3°. La tendencia a no imponernos ninguna disciplina voluntaria, razón por la cual, en materia de lengua, no hemos hecho un hábito de la lectura de modelos del buen decir ni de la constante consulta al diccionario y a la gramática.

4°. La aspiración a poseer un idioma privativo que nos señale en el mundo al aislarnos de todos, como si la independencia y la importancia estribaran en la manera de hablar y no en la manera de pensar y obrar; como si la individualidad y el mérito de los belgas y de los suizos, de los yanquis y de los brasileños, fueran cosas prestadas, porque sus respectivos idiomas nacionales son las lenguas generales de Francia, Italia, Alemania, el Reino Unido y Portugal; como si no hubiera marcadas diferencias de carácter, costumbres y tendencias entre los noruegos y los daneses, aunque es común la lengua de ambos pueblos.

5°. Un juicio equivocado acerca de la índole y del valor filológico de nuestro lenguaje gauchesco, en el que queremos ver el germen de un idioma autóctono, aunque ese lenguaje, esencialmente andaluz, es tan ajeno a este suelo americano como el castellano mismo; y, constituido sólo por barbarismos y solecismos, carece de elementos fundamentales propios, de organismo autónomo, vive del tronco castellano en que está injertado.

6°. La idea errónea de que la literatura francesa debe su prestigio a la lengua francesa, lo que nos lleva a la imitación de esta última, como si bastara remedar el habla para pensar y sentir como otro.

7°. Un interés por la novedad y una repugnancia a lo habitual, enteramente infantiles uno y otra, que nos hacen mechar en nuestra lengua neologismos innecesarios, sobre todo extranjerismos, y formas de expresión exóticas.

8°. Una vanidad no menos pueril por aparecer versados en lenguas extranjeras, vanidad tan ridícula o tan adictiva como la del descamisado que viste por fuera presumidamente.

9°. La convicción, en la generalidad de nuestros pedagogos, de que la lengua es el habla, y la educación en ella puede hacerse sola, como la de los sentidos corporales y la de todas las funciones animales.

10°. La negligencia de nuestros gobiernos, que atentan contra la unidad nacional de la lengua, tan comprometida por la inmigración cosmopolita, al descuidar la enseñanza de la gramática elemental en las escuelas públicas, y al autorizar en ellas, como textos de lectura, antologías de escritores argentinos o americanos, grandes alguna vez por sus ideales patrióticos, pero que no son literatos, ni siquiera modelos de corrección en el lenguaje.

11°. La codicia de los editores españoles y argentinos, que prefieren, por lo baratas, las traducciones barbáricas de los que ignoran el léxico castellano, los preceptos gramaticales y las reglas propias del arte.

12°. El natural desprecio que profesan al castellano los escritores plebeyos de nuestra prensa populachera, en contraste con la prensa culta, y que los lleva a remedar en sus títulos el estilo yanqui, caracterizado por la exageración grotesca del

concepto, y a interpolar en sus textos estrafalarios barbarismos, cuando no cultivan amorosamente el guirigay arrabalero; tres recursos, la bambolla, la altisonancia y la jerigonza, habilísimos para encantar a la plebe.

Esta sarta de razones para estropear la lengua es la corona de oprobio que pretenden poner a Echeverría, a Alberdi, a Sarmiento y a Gutiérrez, los que, falseando sus prédicas, los presentan como despreciadores del castellano y promotores del idioma nacional argentino.

• • •

Veamos la historia. Las generaciones se suceden, y entretanto va haciéndose cada vez más formidable la fuerza de esta conspiración permanente contra el castellano, mientras se mantiene débil la que pueden oponerle los escritores que entienden que deben «trabajar y enriquecer la hermosa lengua, sin adulterar su índole ni despojarla de sus atavíos» (Echeverría), los que se dan cuenta «de la suma elegancia y cultísimo lenguaje de Cervantes» (Alberdi), los que no «contribuyen con su ejemplo y sus escritos a popularizar lo que se llamaría adulección innecesaria del idioma» (Sarmiento), los que «tratan de elaborar su expresión con mejores instrumentos que el vulgo» (Gutiérrez). Porque tales modelos, nuestros puristas relativos, a quienes llamo más bien «académicos» por lo disciplinados, son rara avis en nuestro medio; y, descartados los plebeyos y los bárbaricos, el núcleo más numeroso de nuestros escritores lo han formado siempre los indisciplinados, los que, insensibles a los atractivos de la belleza formal del lenguaje, pero refractarios por instinto a la expresión vulgar, escriben alternativamente en una lengua correcta e incorrecta, que los coloca en la situación ambigua de amigos o enemigos de la pureza y de la corrupción a la vez. El ejemplo de Echeverría, Alberdi, Sarmiento y Gutiérrez, más influyente que su precepto, ha dado este resultado.

De ahí que entre nosotros no hayan existido nunca como clase los escritores que, en otros pueblos con literatura, constituyen una especie de cámara baja, que trata de contrarrestar a un tiempo la natural intolerancia del senado académico y la no menos natural licencia del pueblo, y hace que se establezca

entre ambas fuerzas una corriente de saludable influencia mutua. Aun no ha aparecido en nuestro medio, como clase, repito, el escritor genial, observador, pensador o soñador, y literato eximio, que realice en prosa o en poesía el desiderátum de escribir, como argentino, en el más correcto castellano; que desdén tanto el barbarismo y el solecismo propios del vulgo como el purismo académico, y el indigente y desgarrado galicismo de sintaxis; que use el castellano respetando su gramática, con voces y locuciones ortodoxas, cuando no huelan a exóticos hispanismos, y heterodoxas cuando los americanismos y los extranjerismos se justifiquen; que escriba, en fin, con esos recursos en lenguaje genuinamente argentino por la peculiaridad de sus ideas o emociones... lo he llamado genial por eso. Joaquín V. González, en *Mis Montañas*, es un escritor de este tipo; pero en nuestro ambiente su ejemplo ha resultado demasiado alto para formar escuela. La regla ha sido siempre que nuestros escritores no se afilien a ninguno de los dos bandos; la excepción, que se sometan a la disciplina académica o se abracen a la incultura popular. Los académicos tocan en el piano castellano a la manera española, y los bárbaros a su manera propia; los plebeyos reemplazan el magnífico instrumento por una mísera espineta que llaman nacional, para que los entendidos nos miren con lástima; y los indisciplinados, los que quieren estar bien con Dios y con el diablo, chapurrean en ambos instrumentos a la vez.

De tiempo en tiempo suena una voz diciendo que el castellano es cosa nuestra y no ajena, un bien que hemos conquistado tanto como nuestro suelo y como nuestra libertad para vivir en él como nos plazca, y que, para cultivar en propiedad la lengua que hablamos, no es necesario estropear el castellano a fin de despañolizarlo, como, en el caso de la tierra que también cultivamos en propiedad, no ha sido necesario estropear el suelo a fin de argentinizarlo; dice también esa voz que el piano castellano tiene tantos y tan variados recursos que, para hacerlo sonar a la argentina, no es necesario cambiarle las cuerdas ni la tabla armónica; lo que hay que hacer es tocarlo, no con la afectación hispana clásica y el purismo escrupuloso del léxico académico, sino con la naturalidad, la espontaneidad, la viveza, la gracia y la desenvoltura propias de nuestra idiosin-

crasia, una idiosincrasia que no nos permite sacrificar el giro del pensamiento a la corrección impecable de la forma, ni rendir culto idólatra a los hablistas y estilistas antiguos, modernos y contemporáneos. ni caer en la perisología por hacer alarde de verbosidad. Pero ésa es una voz que nadie escueha; se sigue tocando a la española o a la bárbara en el magnífico piano castellano, o a la criolla en la mísera espineta, o a la diabla en ambos instrumentos a la vez. Entretanto el pueblo, adversario natural de la pureza, y sin contacto alguno con ella por falta de mediadores que lo acerquen, maneja la lengua a su antojo, secundado en su obra de corrupción por los plebeyos y los bárbaros directamente, y por los indisciplinados indirectamente.



Nuestros escritores disciplinados, los pocos que hay, tienen al frente, decorativamente al menos, a los individuos correspondientes de la Academia española, que ésta elige entre nuestros literatos, desde hace ya medio siglo, atendiendo más al mérito de sus obras que a la pureza de su lenguaje. La acción de estos correspondientes en nuestro medio literario, no como escritores sino como representantes de una autoridad en materia de lengua, ha sido nula hasta ahora, aun cuando al cabo de treinta años de gestiones siempre infructuosas, en 1910, esos correspondientes lograron al fin constituirse en cuerpo. Porque la existencia de esta corporación, la Academia argentina correspondiente, es nominal puramente; conspira contra ella, en su seno mismo, nuestro espíritu refractario a reconocer potestades extranjeras en nuestro medio, aunque se trate de una autoridad tan lírica como la de una academia de la lengua. Puede asegurarse por esto que, cuando los miembros de la Correspondiente se decidan a hacer algo que dé carácter efectivo a su actual título decorativo, su acción será cualquiera menos la de imponer esa tutela. Predomina entre ellos la tendencia a considerar a la Academia española, no como autoridad absoluta sino como colaboradora en la obra de fijar, limpiar y dar esplendor al castellano en América; prevalece al respecto la teoría que Alberdi ha expuesto en estos términos: « Bastaría que la Academia española se arrogase la autoridad o el derecho soberano de legislar en el idioma que habla la América hoy so-

berana, para que ésta tomase antipatía a una tradición y manera de practicar el idioma castellano que le venían trazados despóticamente del país transatlántico que había sido su metrópoli. No puede un país soberano dejar en manos del extranjero el magisterio de su lengua » (*Escritos póstumos*, VI, 174)... « Si el legislador soberano del idioma es el pueblo, y el pueblo es la mayoría en la sociedad moderna, democrática por esencia, la América o la parte del pueblo español de raza y de idioma que habita América y se llama América sólo por esta razón, tiene tanta autoridad como España para legislar en el idioma común, porque se compone de veinticuatro millones de habitantes, mientras que España sólo tiene poco más de la mitad. Si al censo se añade el territorio, la América está en camino de ser la regla y España la excepción. En todo caso no será por decreto que España ha de imponer su lengua castellana a la América, como Rusia impone su idioma a los países polacos, y Alemania a sus conquistas francesas. Si ha de ser por convenios, conveniencias y convenciones literarias, un poco de reciprocidad ha de ser la base de esas transacciones » (VI, 204).

Veamos cuál ha sido la evolución de nuestras ideas sobre este punto, directamente relacionado con la suerte de la lengua entre nosotros.

En cierto momento, corriendo el año 1889, se hizo públicamente un esfuerzo, muy débil por cierto, para establecer la Correspondiente entre nosotros. La tentativa fracasó inmediata y totalmente. El único fruto de ella ha quedado en las columnas de *La Nación* bonaerense: son los artículos de la doble polémica sostenida con tal motivo entre Rafael Obligado y Juan Antonio Argerich en agosto, y Alberto del Solar y Mariano de Vedia en septiembre. Examinemos estos documentos.

Obligado dice que debemos reconocer « la autoridad de España en la lengua castellana » porque no podemos discutirle lo que ella ha conquistado con su literatura y nosotros no; y también porque nadie está en mejores condiciones que la Academia española para hacer el léxico autorizado que necesitamos. Más tarde agrega esto: « La transformación incesante del idioma, sobre todo en América, está pidiendo un cuerpo permanente que vele por su riqueza y hermosura »; y esto otro: « Los ele-

mentos que nuestra patria recibe de todas las razas y lenguas nos enriquecen materialmente sin duda, pero enturbiando las fuentes mismas de nuestra nacionalidad... Estamos en la necesidad, tanto mayor cuanto somos escasos en número, de valernos de toda fuerza de cohesión, de « argentinización », que tengamos a mano. Inapreciable crisol para refundir las razas en nacionalidades únicas es el idioma... Salvar, pues, nuestro idioma de toda corrupción, mantenerlo incólume... es obra de patriotismo « argentino ». De menor cuantía, aunque de vital importancia, es también conservar el apto para el desenvolvimiento de las letras ». Con respecto a los deberes del individuo correspondiente de la Academia, declara que, tal como él los entiende, esos deberes se reducen a mandar al secretario de la corporación en Madrid una lista de nombres, verbos, locuciones y modismos argentinos, de uso literario y corriente en este país, para que la Academia los acepte, los rechace o los seleccione; porque la Academia « desea enriquecer cada vez más el tesoro común del idioma », como lo prueba, dice, la creación de las Correspondientes. Pero éste es el programa mínimo; el máximo lo formula así: « De fundarse esta academia, y en el caso de que llenara sus deberes, una misión amplísima sería la suya, de propaganda en el libro, en la prensa, en la educación escolar, en la futura Facultad de letras, todo ello en defensa exclusiva de la lengua ».

Del Solar, que acompañaba a Obligado en su campaña, dice: « Por lo que toca a evitar la invasión de la corruptela en materia de lenguaje — no se confundan las dos voces « transformación » y « corrupción » — parece fuera de duda que se impone la necesidad de establecer en América una autoridad suprema que regule los términos familiares; que precise el lenguaje que han de entender en conjunto los ochenta millones de hombres que se sirven de él para expresar sus ideas; que armonice y simplifique, por decirlo así, el idioma común, « limpiándolo, fijándolo y dándole esplendor »... Pero Del Solar no acepta la autoridad de la Academia, no quiere ver en ella sino un « mero cuerpo consultivo », dice: « Por nuestra parte, si bien somos partidarios de la idea del establecimiento en América de academias nacionales correspondientes de la de Madrid, no llega nuestra opinión hasta consentir el acatamiento absolu-

to, el reconocimiento sin reserva a los fallos de la ilustre corporación de maestros de nuestra hermosa lengua ».

Argerich vota en esa cuestión por la negativa, esto es, porque no se establezca la Correspondiente. Llama a ésta « sucursal », y la declara « al mismo tiempo que antipatriótica, perfectamente inútil y descaminada ». Dice: « Amo mi idioma, el idioma castellano; desco que se conserve incólume en América » en cuanto a su sintaxis, que es « lo importante y lo esencial », y que « se estropea miserablemente aquí »; pero el uso de unos vocablos por otros es « misera cuestión de palabras, que no hacen necesaria la intervención de la muy alta Academia », porque « la jerga local, elaborada con mil elementos de la vida diaria, tiene que ser regional y forzosamente distinta, aun bajo los dominios del mismo idioma », y tanto en la lengua hablada como en la escrita, ha dicho antes. Lo que hay que hacer, a su juicio, es enseñar mejor en las escuelas la sintaxis, y difundir especialmente « los grandes libros que es en ellos donde se aprende a leer y escribir »; y « desde este punto de vista la sucursal no hará nada por nosotros ». Luego agrega: « No deleguemos nuestra soberanía intelectual en elementos que, a la verdad, digan lo que se diga, no guardan con nosotros sino un remotísimo parentesco... Quiero que el idioma castellano se conserve intacto en nuestro país; pero echando nuevas frondosidades en esta vida diferente de la vida española, pese a quien pese, bajo la vigilancia o contrapeso de una academia o núcleo argentino, sin vasallajes de preocupaciones extranjeras, o lo que es lo mismo, soberbias y dominadoras; venga la Academia Argentina de la Lengua Castellana ». Como se ve, la aversión a la tutela extranjera, por lírica que sea, es lo que inspira su actitud a Argerich, que suelta esto entre sus últimas reflexiones, como las gruesas gotas que caen entre gruñidos lejanos cuando acaba un aguacero: « Somos tan dueños del castellano como España, con la ventaja de haber aquí menos dialectos que allá, y son conocidos los caracteres esenciales del derecho de propiedad. Tenemos « nuestro » idioma, que se estancará o se transformará; pero que nunca se arrastrará a los pies del patronato extranjero... Quiero, y no es mucho pedir, que recibamos bajo beneficio de inventario el diccionario de la Academia, sin cejar en un ápice en lo que es exclusivamente nuestro, como

corresponde, en el orden de las ideas, a todo cuerpo, individual o social, que no considera cosa de menos valor su soberanía y su personalidad ».

De Vedia erce inevitable, en un porvenir remoto, la formación de un idioma americano, una « transformación del español en americano », porque « una lengua ha de representar las condiciones del pueblo que la habla », porque « un idioma es algo como la traducción del que habla la naturaleza de una región determinada » y « esto sucederá irremisiblemente, porque tiene que suceder, porque ya ha sucedido, en mil circunstancias análogas, en todos los pueblos de la tierra ». De Vedia llama a Sarmiento y a Gutiérrez en su apoyo. El primero le responde con un parlamento sobre otras hierbas, le oculta celosamente aquella visión suya, de 1841, juvenil y fugaz, de una futura lengua hispanoamericana; el segundo no le da sino el juicio dubitativo sobre nuestra lengua que expuso, por las necesidades del caso, en su célebre nota a la Academia. Alberdi podría haber facilitado los cuantiosos argumentos de Figarillo al respecto; pero guarda silencio, porque a él no lo invitan a echar su cuarto a espadas, aunque la tesis que se está sosteniendo es precisamente la alberdiana primitiva (*Obras completas*, I, 342; *Escritos póstumos*, XII, 810). Después de haber sentado las premisas transcritas, De Vedia dice: « Como se trata de hechos que reputo fatales, niego la necesidad y la conveniencia de una academia correspondiente, que reconocería, por lo menos, que nuestros ensayos literarios no deben tener otro genio, ni otros giros, que el genio, la fisonomía y los giros del español, idioma que, en su pureza académica, no refleja otra propiedad, otra índole ni otras costumbres que la propiedad, la índole y las costumbres del pueblo español ». Y agrega: « Si la Academia admitiese, lo que no hará sino muy discretamente, todas nuestras exigencias juveniles, corromperíamos nosotros su lengua, iríamos, en una palabra, a trabajar en plena calle de Valverde la formación del americano y la muerte del español ». Más tarde agrega: « La ignorancia del idioma es el peor de los males, pero ese mal no tiene remedio; faltan maestros, y Cervantes está ya muy fatigado. . . No consintamos que se hable sin lógica, hagamos lo posible por evitarlo; pero la lógica no es patrimonio exclusivo de la lengua castellana, ni

lo es de su Academia, y no necesitamos de ella para hacer la campaña que debemos iniciar». De Vedia mismo resume en esta forma su argumentación: « Para probar la inutilidad de la Correspondiente he negado que pueda mantenerse en América la pureza de la lengua castellana, sosteniendo que la lengua es: o el reflejo de la raza, según unos, o el de la sociedad simplemente, según otros; me he detenido a considerar las mil diversas influencias que sufre entre nosotros la lengua que hoy hablamos, y he dicho, refiriéndome a leyes fatales, que la resultante de esas influencias ha de ser irremisiblemente el idioma americano, con su gran base en el español. La Correspondiente vendría entonces a luchar con aquellas leyes fatales; la Correspondiente, en una palabra, sería inútil ».

Es oportuno transcribir aquí el siguiente juicio de Berra, expresado trece años antes en su polémica con Pelliza; se refiere justamente a la conveniencia y utilidad de la Correspondiente argentina: « El castellano, si bien no tanto como otras lenguas vivas, es deficiente e imperfecto. Por nuestras instituciones, por la tendencia de nuestro espíritu, por la especialidad de nuestras condiciones, podemos dar a las ideas un desarrollo parcial que deberá determinar un enriquecimiento del idioma, que quizás en España no se produzca por la diversidad de su modo de ser. Precisamente porque el interés de la civilización es común a todos los estados, porque las influencias son recíprocas, existe en España el interés en conocer nuestro desenvolvimiento peculiar, y por consiguiente, de extender su lenguaje tanto como nuestros proyectos lo requieren. Igual interés tenemos nosotros en conocer (conservar?) el lenguaje que nos dé a conocer los adelantos peculiares de la península. La razón aconseja, pues, que el castellano reciba el caudal del movimiento de ambas civilizaciones, española y americana. Y la manera práctica de realizar este pensamiento no es otra que la de fundar academias locales que se correspondan con la de Madrid, que les serviría de centro. Estas academias serían también las que realizarían el perfeccionamiento del lenguaje, las que lo harían cada día más filosófico y más analítico, por la aplicación del criterio y de métodos científicos ». A esto parece haber contestado Gutiérrez, en su oportunidad, con la siguiente afirmación rotunda que se lee en la carta IV de « Un porteño »: « Las ins-

tuciones que tienen por objeto someter a pauta oficial el uso de una lengua y su carácter literario son rémora más que ruedas para favorecer el movimiento adelante y acelerado de los elementos de las civilizaciones actuales ».

Después de esta triple polémica, en tiempos más próximos al momento actual, Ernesto Quesada y Estanislao S. Zeballos, cada uno por su lado, agitaron la cuestión de nuevo. Este último, en su prólogo a las *Notas al castellano en la Argentina*, de Monner Sans, exhorta a sus colegas académicos a que se constituyan en cuerpo; su exhortación es muy floja, pues se limita a decir: « Reuníos, organizad la sección argentina de la Academia, a semejanza de las de Colombia, de México y de Venezuela; contribuid al perfeccionamiento del diccionario, y a su riqueza por la proposición de neologismos y de americanismos; y sobre todo, y con patriótico anhelo, ved que en vuestro país se hable y escriba correctamente ». Quesada, en *El problema del idioma nacional*, reconoce la necesidad de una autoridad común que vele por la unidad de la lengua, y admite la colaboración de la Academia en esa obra (p. 83) proclama los méritos y las excelencias de esta corporación (36) y el acierto de su política de aceptación o rechazo de americanismos (106), pero duda de que los americanos aceptemos esa tutela, porque, a causa del españolismo estrecho de ciertos elementos peninsulares (63, 116) « la impresión predominante en los centros intelectuales americanos no es precisamente simpática, en esta materia de la unidad de la lengua y de la dirección de la misma, al monopolio filológico de la Academia » (64) y porque, por otra parte, « España no ejerce la influencia intelectual necesaria para imponer a América su criterio » (113) y « no basta la vigilancia celosa de un senado académico, se requiere la influencia avasalladora de la cultura » (116). En consecuencia, propone la formación de congresos internacionales de la lengua « para que unos y otros, peninsulares y americanos, a fin de uniformar conjuntamente el diccionario vulgar, estudien de consuno la gramática y el léxico, y de consuno también discutan todo lo relativo a estas materias » (112) y redondea en esta forma su conclusión al respecto: « La Academia española, sola, carece hoy de la influencia moral indiscutible que se necesitaría para acallar los « pronunciamientos » lingüísticos; si

no se acude al remedio heroico de un congreso del lenguaje, se corre el peligro de esterilizar todo esfuerzo en pro de la unidad de la lengua » (155).

Seguramente no faltaría a la verdad quien afirmara que lo que se discutía en las tres polémicas citadas era la conveniencia y la utilidad de la intervención de la Academia española en nuestro medio; pero a mí me parece que no era la Academia española lo que estaba en pleito entonces, sino la autoridad misma, fuera cual fuese; porque, como he dicho ya, la indisciplina en el lenguaje es la tendencia natural y característica de la mayor parte de los hablantes y de los escritores nuestros. Este rasgo tiene su razón de ser en un amor excesivo a la libertad, que origina una displicencia, indiferente en unos y hostil en otros, para todo régimen de tal naturaleza. No lo aceptaríamos ni aun cuando fuera argentino. A raíz del acto de Gutiérrez, de su rechazo de la intervención extranjera que creía ver en su diploma, se fundó en Buenos Aires una Academia Argentina, con Rafael Obligado por alma máter; esta institución se proponía publicar un Diccionario del Lenguaje Argentino, pero se disolvió a los dos o tres años sin haber hecho más que iniciar su obra. Y el plan de reconstituir esa academia local, esta vez como guardián del castellano, idea lanzada por Argerich en el curso de su polémica con Obligado, ni siquiera tuvo principio de ejecución. Igual suerte corrió el congreso internacional de la lengua preconizado por Quesada; en este caso, a aquella displicencia nuestra para toda autoridad oficial en materia de lengua se unía seguramente la del resto del continente, porque ese sentimiento es universal en América, desde un polo hasta el otro. Hace cerca de un siglo nos hablaron a los argentinos por primera vez de una autoridad internacional para la lengua: el 4 de noviembre de 1826 pudimos leer en nuestra *Gaceta Mercantil* que la *Miscelánea* de Bogotá proponía la creación de una Academia de la Lengua Americana « cuyo objeto único y exclusivo fuese trabajar en la conservación y perfección de la lengua que es hoy común a todos... Sería el deber de aquel cuerpo ordenar y formar el diccionario, la gramática y la ortografía que hubiesen de regir y ser la norma de todos los Estados... Debería esta Academia ser la única autoridad competente en todo lo que concerniese al idio-

ma, y nada más que al idioma... En lo que toca al idioma deberán todos someterse a la autoridad y a las decisiones de la Academia de la Lengua Americana... ¿Qué hicieron nuestros abuelos al leer esto? Menearon la cabeza, tan displicentes como nosotros, aunque, en su justificada exaltación patriótica, los halagaba esa visión de una posible lengua americana; las generaciones siguientes, cuyo patriotismo no es ya exaltado, y que están advertidas de lo irrealizable de esa quimera por el escarmiento de Alberdi y de Sarmiento, no menean la cabeza, se encogen de hombros con la misma displicencia cuando alguien les ofrece de nuevo una autoridad internacional para la lengua: Vicente G. Quesada en *El idioma nacional* (1883) Ernesto Quesada en *El problema del idioma nacional* (1900).

En fin, la Correspondiente logró establecerse entre nosotros en ocasión del centenario de nuestra emancipación, y es sabido que este triunfo sobre nuestra inercia se debió a la presión diplomática exclusivamente; como también es público y notorio que la existencia de esta institución es nominal puramente. Fundo esta afirmación en los siguientes hechos. La Correspondiente argentina se estableció en mayo de 1910 con un ceremonial cortésano que debe haber hecho vibrar de indignación al espíritu de don Juan María; el lector curioso encontrará los detalles del acto debidamente protocolizados en la *Revista de Derecho, Historia y Letras* (XLI, 177). Una vez constituida, la Correspondiente resolvió ponerse a la obra de preparar un vocabulario de argentinismos, que sometería al examen de la Academia española para su inclusión en el léxico castellano; pero a poco andar, en 1911, Rafael Obligado (*Revista citada*, XLI, 224) declara que el plan de trabajo consistente en enviar a la Academia española materiales léxicos para su aceptación o rechazo «es a todas luces ineficaz, como el tiempo lo ha probado, y hasta contraproducente para la confraternidad hispanoamericana», porque «la autoridad omnimoda» de esa corporación, autoridad que considera bien fundada, «no deja en libertad de acción y hace posible las repulsas, poco tolerables y nada propicias para despertar afectos políticos y armonías intelectuales»; y agrega: «Mal podemos emprender con el ahinco necesario una tarea tan difícil, penosa y anónima, sin estímulo alguno, ni siquiera aquél que

nace de la seguridad de su eficacia». En consecuencia, Obligado pide que se proponga a la Academia española, como medio de alentar tales tareas, la publicación en conjunto, e independientemente del léxico castellano, de los vocabularios regionales que le envíen las Correspondientes. Esta proposición fué aceptada por la Academia argentina inmediatamente (1911); pero la española no se ha pronunciado al respecto todavía. Fuera de esto, y de uno que otro banquete dado a uno que otro académico español de visita en Buenos Aires, nuestra Correspondiente no ha hecho absolutamente nada hasta ahora, según lo ha reconocido su actual presidente, Ernesto Quesada, en la página 416 del tomo XXXIV de la revista bonaerense *Nosotros*.



Vuelvo a la historia. Vamos llegando así al fin del siglo último, faltos siempre de tutela en materia de lengua; y quedan consignadas las causas de eso y sus deplorables efectos. Echemos una ojeada al cuadro, que, sin diferencia alguna en sus grandes rasgos, es el mismo de hoy. La enseñanza de la lengua está confiada al hogar, al gobierno, a los periodistas, a la crítica gramatical y a la literatura americana y española, maestros que proceden a administrarla sin unidad de acción entre ellos. cuando son buenos, y que, cuando son malos, resultan eficacísimos para inculcar principios erróneos o la inutilidad de los principios. La inmigración cosmopolita ha llegado a hacer del hogar una escuela de corrupción general del habla; como lo atestigua la conocida anécdota de Clemenceau sobre «idioma argentino». El gobierno ha tenido sólo una época, el período de las tres presidencias intelectuales, en que la enseñanza de la lengua era objeto de particular cuidado; después la ha abandonado a su suerte. También en la época citada la prensa argentina era escrupulosa en su lenguaje, lo cuidaba especialmente en su más trivial exterioridad, la ortografía, considerándola buena muestra de cultura: en los principales diarios bonaerenses había un redactor español por lo menos, y la tarea de corrección de las pruebas era confiada algunas veces a literatos eximios; después a la prensa la han absorbido otros intereses, y han surgido en torno de ella, como excrecencia pletórica de nuestro organismo social, los diarios y los semanarios popu-

lacheros. En fin, de la influencia de los escritores de allende y de aquende, tanto de los académicos y de los indisciplinados como de los bárbaros y de los plebeyos, el mejor exponente es el estado marcadamente inculto de nuestra lengua.

En cuanto a la crítica gramatical, la personal y directa no existe en nuestro medio. Nosotros no «jugamos del vocablo» para darla de ingeniosos, ni «cogemos las palabras» al prójimo para echarla de sabidos; el «equivocista» y el «cultiparlante» son tipos que no prosperan aquí: el bello sexo los mira con desprecio, el sexo feo con lástima, y la razón es obvia. Lo que existe entre nosotros es la crítica gramatical escrita, y en forma indirecta, general; y tanto la apreciamos que, cuando no se nos ofrece espontáneamente, la solicitamos. Nuestros grandes diarios tienen todos un redactor encargado de satisfacer en público las continuas consultas de sus lectores sobre puntos gramaticales, léxicos y algunas veces filológicos. Porque, aunque es cierto que en principio somos refractarios a someternos a las reglas del lenguaje, hay momentos en que nuestro natural amor a la claridad nos induce a ser lógicos y precisos en el decir, y entonces nos echamos precipitadamente sobre el diccionario y la gramática los que tenemos biblioteca, o sobre el diario los que no la tenemos. Estos redactores son, con perdón de Quesada, los verdaderos «guerrilleros de la lexicografía», a quienes no hay que confundir con los «traperos», esto es, con los compiladores de vocabularios que autorizan los vicios del lenguaje en vez de corregirlos. Y debo citar ahora especialmente, como justo homenaje a la flor y nata de esa clase de mentores entre nosotros, los merilísimos trabajos, dechados de escrupulosidad y de paciencia, que representan las *Notas al castellano en la Argentina* de Monner Sans, las *Informaciones gramaticales y filológicas* de Calandrelli, y la *Guía del buen decir* de Selva. Es oportuno repetir aquí el precepto de Sarmiento: «Es hacer al país un servicio importantísimo estudiar los vicios más frecuentes en el hablar común e indicar el correctivo» (*Obras*, I, 217).

Pero la influencia de estos gramáticos y lexicólogos en la enseñanza de la lengua es siempre limitada y ocasional, no general ni permanente. Por eso hay que decir que, a pesar de ellos, nuestra situación en la época indicada es la misma: ca-

recemos de modelos propios en literatura, no hay en ésta escritores nuestros disertos y estilistas, repudiamos a los españoles antiguos, modernos y contemporáneos porque confundimos lamentablemente la enseñanza de la lengua con la instrucción mental de orden patriótico, y no tenemos una academia tutelar, correspondiente, argentina o americana, que nos aficione a la gramática y al diccionario. Por esto, en nuestro país no hay entonces, como tampoco hay ahora, autoridades que impongan la disciplina en el lenguaje; y a consecuencia de ello la incultura popular brilla al sol prósperamente.

La incultura popular y la lengua

El siglo XIX termina entre nosotros con el triunfo y la apoteosis de la incultura popular en el lenguaje. La corrupción del idioma se ha hecho sistemática en los dos últimos decenios porque se persigue un fin patriótico: nacionalizar el habla. La ciencia, la literatura y la lógica han protestado en vano contra eso. Veamos la causa de tan curioso sesgo en la evolución de las ideas acerca de lo que debe ser la lengua nuestra.

Desde el penúltimo decenio ha empezado a actuar la generación cuya infancia ha coincidido con el apogeo de nuestra poesía gauchesca, recién renovada por Del Campo (1870) Ascasubi (1872) y Hernández (1872/8) y cuya adolescencia se ha recreado con las hazañas del gaucho de folletín, antítesis plebeya de tipos más nobles, creada por Eduardo Gutiérrez en *La Patria Argentina*, diario bonaerense, en noviembre de 1879. Pero esta antítesis sólo la advierte la reflexión de los cultos; en la edad en que todavía no hay discernimiento la reciente creación gauchesca se funde con las tradicionales en un solo símbolo, en una especie de trinidad mística: Santos Vega cantor y enamorado, Martín Fierro bravío e indómito, Juan Moreira holgazán y camorrista son, para esa infancia y adolescencia, tres héroes populares gemelos, cuyas leyendas resumen los sentimientos y anhelos propios de los hijos genuinos de este suelo. De modo que, en el alma de esa generación, se ha estado formando un ideal representativo de la tradición de la raza, en el que el coraje llega al atropello, la altivez a la insolencia, y la libertad a la licencia; y esto ha acabado por desarrollar en ella un espíritu de nacionalismo tan exagerado como estrecho, que lo subordina todo al coraje agresivo, a la altivez prepotente y a la libertad desenfrenada. Por eso los incultos de esta generación caen en el *moreirismo* de nuestros arrabales, los medio cultos en la *indiada* de nuestra calle Flo-

rida, y los cultos en el *criollismo* de nuestras letras. Juan Moreira, Martín Fierro y Santos Vega encarnan respectivamente en esos círculos el espíritu argentino más genuino, y esta generación, considerada en masa, no concibe el nacionalismo fuera de los caminos que marcan tales paradigmas.

Muy natural es, pues, que, cuando los intelectuales de esta generación inician su acción en el diario, en el libro y en la tribuna, se alarmen al ver que la inmigración, llamada para transformar al país en su aspecto externo, está cambiando también el carácter del pueblo argentino. Este, en Buenos Aires sobre todo, ya no es cantor y enamorado, ni bravío e indómito, ni holgazán y camorrista. Entonces, atendiendo a lo más urgente, esta juventud se pone a preparar la reacción política del organismo amodorrado por una ingestión demasiado fuerte de capitales y de brazos extranjeros; al mismo tiempo, para atacar al mal social en sus raíces, levanta en las letras la bandera del criollismo, como reactivo nacionalista que atenúe los efectos del cosmopolitismo, disolvente de la raza autóctona.

No llamo criollismo a la escuela literaria que, para exaltar nuestros mejores sentimientos y para estimular nuestras mejores tendencias, da bellas formas a las cosas reales o ideales propias de nuestro suelo. Esa es simple literatura nacional, tan noble como legítima. Llamo criollismo a la escuela que se propone despertar, fomentar o crear en nosotros el amor a la patria con toda clase de recursos, inclusive los antiliterarios, que son la negación de la belleza en la forma, y de la moral en el fondo.

Pero de la acción del criollismo como ideal patriótico y recurso práctico para restablecer el carácter tradicional argentino y nacionalizar nuestras letras, no voy a tratar ahora, porque ésa es materia ajena a este estudio. Si he citado el criollismo y he explicado su génesis y su plan es porque en la acción descarriada del criollismo en las letras está justamente la causa del triunfo y de la apoteosis de nuestra incultura popular en el lenguaje al finalizar el siglo último, episodio que me he propuesto historiar aquí.

• • •

Bajo la bandera del criollismo acuden presurosos a cobijar su miseria los corruptores de nuestra lengua. En primer

lugar afluye la masa de los escritores indisciplinados. Son recibidos cordialmente: la indisciplinada es criollismo puro, corresponde punto por punto a la característica de Martín Fierro el indómito. Y al calor de esta acogida se reanima una idea, siempre latente en la mente argentina, que puede unir a todos en acción conjunta. Tímidamente insinuada al principio, esa idea es que tal vez, quizá, probablemente, coadyuvará a la obra de dar la debida nacionalidad a este pueblo un idioma que haga de él un individuo independiente en la familia de las lenguas. La idea es celebrada con aplausos: el repudio de la civilización es criollismo puro, corresponde punto por punto a la característica de Martín Fierro cuando se pasa a los indios. Sobre la marcha se resuelve, pues, la creación del idioma argentino.

Surgen entonces los idiomólogos. . . El idiomólogo es un tipo de escritor que no existe sino en la tierra americana descubierta, conquistada, colonizada y explotada por los españoles. Se distingue de todos los escritores de la humanidad por este rasgo característico: predica la sustitución de la lengua en que escribe, y el castellano le sirve para decir que el castellano no sirve. Queda definido el neologismo y explicada su necesidad.

Surgen, pues, los idiomólogos, los encargados de componer la lengua artificial que debemos hablar los argentinos patriotas. El plan adoptado es cambiar de léxico y de sintaxis: el vocabulario será gaucheseo, la construcción será francesa, y del castellano no quedará sino lo indispensable para que el aparato no se venga abajo. Al enterarse de este plan, los escritores bárbaricos ofrecen solícitamente sus servicios. También se les recibe cordialmente: su lengua antigramatical y afrancesada promete hacer de ellos muy valiosos auxiliares. La corrupción ya existente queda así autorizada, legalizada mejor dicho, en nombre del alto ideal que el criollismo representa.

En estos momentos, cuando empieza a tomar cuerpo la idea de fabricar un idioma privativo, Vicente G. Quesada es el primero que alza la voz contra ella; en 1883, en *El castellano en América*, dice: « Es en la actualidad más que nunca conveniente y necesario conservar la pureza del idioma, por su cultura y su cuidadosa y esmerada enseñanza, para mantener las fá-

eiles comunicaciones con los pueblos de nuestro mismo lenguaje, en vez de aspirar menguadamente a convertirlo en dialectos más o menos oscuros, que arraigarían el aislamiento que es contrario a la civilización cosmopolita moderna». Poco después, en 1885, Calixto Oyuela, en su *Carta a Rafael Obligado*, trata la cuestión incidentalmente y rechaza también el absurdo en estos términos, no ya por razón política sino estética: «Y no se alegue la quimera de formar un nuevo dialecto desprendido del castellano; la historia nos enseña que de los idiomas formados y fijados sólo pueden salir «jergas» informes. Nosotros, pues, debemos optar por uno de estos tres términos: o el castelano — perfeccionado y colorido de diverso modo, si se quiere, pero incólume en su índole y esencia — o el francés, o la «jerga» — esto es, el francés en castellano». Y agrega con amargo pesimismo: «Creo que nos quedaremos con la última».

Ahora bien: como no todo el mundo está por el cambio de lengua, hay que predicar el nuevo evangelio a los renitentes, que amenazan estorbar la obra. En consecuencia, los idiomólogos preparan la propaganda del caso. Buscan en nuestra historia literaria autoridades que recomienden la patriótica innovación. Expurgan al efecto a Alberdi, a Sarmiento y a Gutiérrez; saltan sobre Echeverría y sobre lo que aquellos prohombres han dicho en juicio definitivo contra la idea, y hacen acopio de las primeras impresiones que se escribieron en favor de ella. Luego acuden a las autoridades lingüísticas europeas, a Littré y a Bréal principalmente, y sacan de esas fuentes todos los lugares comunes relacionados con la migración y evolución de las lenguas, aquellas generalidades tan amplias y tan vagas que admiten las aplicaciones más opuestas. Y armados de tales armas inician su campaña propagandista, para lo cual nuestra prensa, comadrona complaciente de todas las innovaciones, presta de buen grado el prestigio de su popularidad.

La propaganda es tan tenaz que las convicciones vacilan hasta en mentes muy sensatas. Argerich, en el curso de su polémica con Obligado (1889) dice: «Año mi idioma, el idioma castellano; desco que se couseve incólume, y mi único sentimiento es no conocerlo a fondo, el no poder escribirlo de una manera impecable». Tenemos, pues, por una parte, el mismo

dolor de alma de Alberdi; y por otra parte, al lacto de ese sentimiento « único » para el castellano, el crítico eximio expresa este otro, que es de duda: « ¿Y si nos equivocáramos? ¿Quién nos dice que no estamos en un momento histórico semejante, hasta cierto punto, al que siguió a la caída del imperio romano, y que la corrupción del idioma tan sonada no sea, como es siempre la corrupción, una de tantas fuerzas de creación en la eterna transformación de los seres? Nuestra sintaxis, etcétera, castellana, así como la francesa y la italiana, no son las mismas que la latina, y han sido, no obstante, el útil de grandes y opulentas literaturas ».

De Vedia también vacila. En su controversia con Del Solar (1889), dice por un lado: « Yo admiro, como el que más, la grandeza del idioma español »; por el otro hace un cuadro horripilante de la podredumbre en vida del castellano en América, un cuadro tan realista que estamos viendo, oyendo, palpando, sobre el cuerpo tendido e impotente, muerto a medias, las legiones de moseas cadavéricas, cuyas larvas, los gusanos de la putrefacción, serán los elementos del idioma americano.

Este escritor nos suministra, en la citada circunstancia, una muestra de las razones corrientes en la época para nacionalizar nuestra lengua desnaturalizando el castellano. Tales razones, dichas por quien es entonces más periodista que pensador, reflejan, más bien que un juicio propio, un aspecto, el cariz mejor dicho, de la opinión popular en tales circunstancias, y por eso voy a consignarlas aquí y a comentarlas sumariamente.

La razón primera es que « una lengua ha de representar las condiciones del pueblo que la habla » o en otras palabras: no hay pueblo característico sin idioma privativo. Muy bien; pero dice todo lo contrario el caso de los belgas y de los suizos, gentes de « propiedad, índole y costumbres » típicas, aunque tienen por idiomas nacionales las lenguas generales de los franceses, de los italianos y de los alemanes. Otra razón es que « la palabra está en el objeto, un idioma es algo como la traducción del que habla la naturaleza de una región determinada ». Muy bien; pero lo que está en discusión no son las hablas regionales sino la lengua general de un país. Otra razón es que « los idiomas progresan ». Muy bien; pero degeneración no es progreso, es retroceso, el idioma que se hace jerga retro-

grada. Otra razón es: « Un idioma que se forma es siempre un adelanto, porque nacen con él nuevos mundos ». Muy bien; pero no vemos que los pueblos estén cambiando siempre de idioma para renovar sus mundos. En fin, otra razón es: « Un idioma se modifica totalmente cuando se traslada a enorme distancia, para ser hablado por pueblos nuevos, de índole, costumbres y propiedades diversas, en regiones de una naturaleza distinta; ésa es la suerte fatalmente reservada a los idiomas viajeros, y que debe tocar con mayor razón al español ». Muy bien; pero la historia dice que nunca ha sucedido tal cosa desde que las lenguas tienen literatura popular escrita; y en estos momentos, en Estados Unidos el idioma nacional es y se llama inglés, en el Brasil es y se llama portugués.

En este punto el lector observa quizá que no era necesario mucho caudal científico, ni mucho gusto literario, ni mucha sutileza lógica para destruir tan deleznablez razones; y tal vez también se pregunta cómo es que, con tan pobres argumentos, podía prosperar la propaganda e imponer sus dictados hasta a los más sesudos. Si es así, el lector, distraído por los detalles de la cosa, se ha olvidado del criollismo. Tenga presente que lo que influía entonces principalmente en nuestros ánimos era la exaltación del espíritu nacionalista; advierta que la razón patriótica de nacionalizar el habla estaba en primer término y relegaba al fondo del escenario todas las demás consideraciones, nos encandilaba los ojos, no nos dejaba ver sino a la Patria clamando por lengua propia. No olvide el lector, en fin, que el espectáculo estaba organizado así, con el criollismo por director de escena.

Gran impulso recibe con esta propaganda la corrupción del lenguaje. Los escritores bárbaricos manejan con patriótica insolencia su lengua antigramatical y afrancesada; los indisciplinados creen que darán contra la patria si no reniegan definitivamente de la gramática y del diccionario; los académicos dudan ya que sea buen argentino el que respeta, por amor a la belleza, las reglas del lenguaje. En aquella época sólo una voz se alza intentando hacernos recobrar el buen sentido: Del Solar desarrolla en *Cuestión filológica* (1889) las razones científicas, políticas y estéticas que abogan por el mantenimiento del castellano en América; su conclusión al respecto, expresada

en el curso de su polémica con De Vedia, es « que hay extravío en adoptar y patrocinar esa especie de volapuk casero en que por desgracia va convirtiéndose nuestra maravillosa y abundantísima habla castellana ». Luego, en 1894, Oyuela y Obligado tratan en el Ateneo de levantar y hacer predominar el abatido pendón del castellano; el primero intransigente como un parnasiano, el segundo conciliador como árabe moderado. Dicho sea de paso, esta función de amigable componedor, que caracteriza la acción de Obligado en el pleito de la lengua, le valió a un tiempo, como gajes del oficio, los acres denuestos de los puristas, que por su americanismo en las letras lo llamaban « poeta pampeano, salvaje, avestruccero », y los piropos melosos de los criollistas, que calculaban ganarlo así para su causa. Obligado organiza entonces, en el citado centro, una serie de reuniones semanales para tratar principalmente la cuestión de la lengua, como resulta del programa preparado al efecto (*La Prensa*, 26 junio 1894) y que establece estos puntos: 1.º Lectura y crítica de producciones en prosa y verso, originales de los estudiantes; 2.º Estudio del idioma castellano por medio de ejemplos de sus autores clásicos, con el propósito de rejuvenecer locuciones que, por su exactitud, elegancia y hermosura, han sido indebidamente olvidadas, o son de uso poco frecuente; 3.º Crítica de los neologismos argentinos que conviene introducir en el lenguaje literario para enriquecer nuestro idioma; 4.º Estudio de los barbarismos y solecismos locales; 5.º Estudio de los verbos nacionales; 6.º Ortografía de los argentinismos; 7.º Crítica de los prosadores y poetas argentinos fallecidos.

Es oportuno advertir aquí que la formación de un vocabulario de argentinismos fué para Obligado un anhelo constante, de su vida entera, desde 1876, cuando funda la Academia Argentina, hasta 1911, cuando se compromete a esa tarea ante nuestra Correspondiente; pero sus trabajos de este género no han sido impresos. En cambio han visto la luz los de otros compiladores, que han presentado vocabularios más o menos embrionarios, y en algunos casos simples muestras de lo que se proponían hacer. La lista es ésta: Francisco J. Muñiz, en 1848, *Voces usadas con generalidad en las repúblicas del Plata* (en *Obras de Sarmiento*, XLIII, 239); Manuel R. Trelles, en 1876, *Colección de voces americanas* (en *El Plata Literario* de Vega Belgrano); Benigno

T. Martínez, en 1887, *Diccionario de argentinismos e indigenismos* (en *Revista Nacional*, III); Juan Seijas, en 1890, *Diccionario de barbarismos cotidianos*; Daniel Granada, en 1890, *Vocabulario rioplatense razonado*; Enrique Tagle J., en 1893, *Diccionario de las voces americanas*; Antonio Dellepiane, en 1894, *El idioma del delito*; Juan A. Turdera, en 1896, *Diccionario de barbarismos argentinos*; C. Martínez Vigil, en 1897, *Sobre lenguaje*; S. A. Lafone Quevedo, en 1898, *Tesoro de catamarqueñismos*; Enrique T. Sánchez, en 1901, *Voces y frases viciosas*; R. Monner Sans, en 1903, *Notas al castellano en la Argentina*; Ramón C. Carriegos, en 1910, *Minucias gramaticales*; Ciro Bayo, en 1910, *Vocabulario criollo-español*; Tobías Garzón, en 1910, *Diccionario argentino*; Lisandro Segovia, en 1911, *Diccionario de argentinismos*; D. Díaz Salazar, en 1911, *Vocabulario argentino*; E. Molina Nadal, en 1912, *Vocabulario argentino español*; Luis C. Villamayor, en 1915, *El lenguaje del bajo fondo*; W. P. y S. P. Bermúdez, en 1916, *Lenguaje del Itio de la Plata*.

Ahora bien: ningún resultado feliz dan los citados esfuerzos de los ateneístas contra los idiomólogos, que oyen eso y siguen adelante. Mucho han progresado ya en su empresa; pero la plebe, elemento necesario para todas las revoluciones, no ha sido tocada todavía. El criollismo está buscando el medio de atraerla a la santa causa, y al fin lo halla: se pone a presigtir en la prensa, en la revista y en el libro la obra, eminentemente patriótica a su juicio, de llevar a Juan Moreira y a Juan Cuello al circo; y también al verso, para fundar sobre tal base nuestro teatro nacional, y nuestra poesía nacional también.

Reaparece entonces el lenguaje gauchesco. Este, que era ya artificial en Ascasubi y Del Campo según Sarmiento (*Obras*, XLIII, 245) muestra en su renacimiento tal exuberancia de nuevos barbarismos y solecismos, o de nuevas aplicaciones de esos viejos corrosivos, que apenas si el castellano asoma ya su eutis entre los hoyos de esa viruela. Y a la sombra del gauchesco, como una floración de hongos, brotan a millares las verdadas en las diversas jergas gringocriollas de nuestros inmigrantes analfabetos, entre las que descuella el «cocoliche», injerto de napolitano en cepa gaucha. Este último es el condimento hilarante con que el escritor plebeyo, el patriota dramatizador y versificador de las novelas gauchescas y policiales de Eduardo Gutiérrez, sazona sus adaptaciones pantomímicas.

El criollismo decreta así que, para bien de la patria, queda como letra muerta en nuestros cánones literarios este precepto de Mitre en su carta de 1879 al autor del *Martín Fierro*, precepto que todo escritor culto, Eduardo Gutiérrez mismo, ha respetado siempre: « Los barbarismos no son indispensables para poner el libro al alcance de todo el mundo, levantando la inteligencia vulgar al nivel del lenguaje en que se expresan las ideas y los sentimientos comunes al hombre ».



Bajo el palio del criollismo hace, pues, su entrada en el templo de las letras el escritor plebeyo. Este tipo de escritor no es nuevo entonces en Buenos Aires. En seguida hemos reconocido en él al descendiente en línea recta del memorialista peninsular autor de aleluyas, aquél que, a causa de nuestro desafecto a tales pampiroladas, ha estado viniendo a menos cada vez más. Antes del criollismo, este coplero vivía principalmente del asesinato puesto en décimas, con su mercado en los arrabales; y subsidiariamente hacía versos para confites, o para comparsas candomberas, o para cédulas de San Juan y de San Pedro, o para felicitaciones de año nuevo. Versista de natura e impenitente, era payador de circo o de trastienda, y suyo era el reino de la milonga; a veces lo veíamos pegado al templo de las letras, plantado junto a la amplia puerta de la prensa como repartidor de algún diario; hasta que, como he dicho, el criollismo lo introduce en el sagrado recinto, lo eleva a la dignidad de dramaturgo y de poeta, en la forma y por la razón ya expresadas, y lo proclama creador de nuestro teatro nacional y renovador de nuestra poesía gauchesca.

El escritor plebeyo tiene el privilegio de la fecundidad ilimitada, que la naturaleza acuerda a todos los animales inferiores. Por obra de él, después de Juan Moreira y de Juan Cuello, la biblioteca entera de Eduardo Gutiérrez pasa al circo y al verso, y estas versadas forman en las librerías suburbanas un surtido que llega a ser monstruoso cuando el escritor plebeyo, esquilmando la materia, aplica su arte simiesco e histriónico a poner también en verso nuestras diversas jergas gringocriollas, fungosidad lingüística común a todo país abierto a la inmigración analfabeta en gran escala. Largos años dura esta producción innoble, y contra sus estragos en el habla

popular nada puede hacer la escuela, que es insuficiente, ni los escritores cultos, que son pocos y están lejos; hasta que, como es natural, al atracón sigue el hastío. De pronto, a la plebe le entra el desgano por el gaucho, que ella misma ha convertido en mojiganga carnavalesca; ya no le interesa ni siquiera el tipo gutierrezco que encarnaba sus ideales: la rebeldía a toda ley moral y social, y el culto al coraje en su aplicación más bárbara, como instrumento de la pasión violenta. Inútil es que alguien trate de dar al gaucho nueva vida en el teatro bajo más favorable aspecto, presentando el tipo idealizado en sus virtudes a la manera de Ascensubi, Del Campo, Hernández, Obligado y Ricardo Gutiérrez; con su *Calandria* (1896) Martiniano Leguizamón hace un esfuerzo brillante en tal sentido. Después de eso, el gaucho desaparece de la escena teatral, como ha desaparecido ya del mundo real, hace casi medio siglo; y no tarda en expirar también la musa gauchesca, que en 1901 lanza su último canto desmayado en *Nostalgia* de Soto y Calvo.

El gaucho se ha ido, pues; pero el escritor plebeyo no quiere seguir la misma suerte. Acude al criollismo y le plantea la cuestión: ¿cómo atraer de nuevo la plebe a la santa causa? ¿cómo seguir despertando, fomentando o creando en ella el amor a la patria? El criollismo, fértil en recursos, halla la nueva fórmula de arte literario: cántense las hazañas del compadrito arrabalero, ya sea criollo neto o gringocriollo. Y el escritor plebeyo ataca el nuevo filón de la mina.

Acaba de revelarse entonces en nuestra literatura un escritor de género singular y de mérito indiscutible. Es José S. Alvarez, autor de *Un viaje al país de los matreros* (1897), conocido desde mucho antes, bajo el seudónimo de Fray Mocho, por su obra periodística, política mejor dicho, de satirizante cáustico. Hay en este escritor más de una condición excepcional: su arte de miniaturista para pintar con líneas precisas y colores animados mil detalles curiosos de la naturaleza; su genio de caricaturista para hallar el rasgo característico de un tipo y para presentar su figura entera con un solo trazo; su ingenio de humorista para discernir inmediatamente, y poner en ridículo contraste, la semejanza de las cosas diferentes y la diferencia de las cosas semejantes. Y este escritor singular, que ha tenido ocasión de conocer hasta en sus más recónditos vericuetos los bajos fondos bonaerenses, está haciendo entonces

en *Caras y Caretas* (1898) una interesantísima revelación de las particularidades de la vida en tales círculos. En ese medio, donde el criollismo y el cosmopolitismo se abrazan estrechamente, desfilan por obra de él, ante nuestros ojos encantados, caracteres y costumbres de una realidad que admira por lo vivo y por lo original, y también por lo insospechado.

Fray Mocho ha creado con esto un género literario; y como todos los creadores, conoce la naturaleza íntima de su concepción artística, y por tanto la justa medida de lo que ella debe dar y de lo que debe negar al concretarse en obra. Hay fondo moral en sus cuadros, novedad en sus escenas, interés en sus figuras, discreción en los detalles escabrosos, delicadeza en la expresión de la idea, y buen gusto en el lenguaje. Pero los émulos del Mocho, iliteratos por supuesto, creen que la causa de su triunfo está en su nueva fórmula de arte, no en su manera de artista; y en consecuencia, al tratar el género no ven sus trabas, no se ponen freno, y se desbocan. Incapaces de observación, sus figuras son muñecos; ciegos de imaginación, sus escenas son triviales; faltos de sentido crítico, sus cuadros son inmorales; desprovistos de discreción, de delicadeza y de buen gusto, se recrean en los detalles escabrosos, se muestran soeces en la expresión de la idea, y no presentan las jergas de sus tipos en contraste con la lengua culta; todo lo contrario, ellos también hablan el lunfardo del delincuente, o el arrabulero del compadrito, o el gauchesco del circo, o el gringocriollo del inmigrante analfabeto. En resumen: han tomado al Mocho el molde de sus composiciones, y de la pasta con que él las modela no tienen nada: ni habilidad de miniaturista, ni genialidad de caricaturista, ni ingeniosidad de humorista.

El escritor plebeyo trabaja febrilmente en la nueva veta. Los semanarios populacheros se multiplican, los diarios de la misma casta inauguran secciones permanentes destinadas al género. La corrupción de la lengua no se enseña ya ocasionalmente en el circo o en el opúsculo, ni una vez por semana en el periódico, sino cotidianamente en el diario. Estamos en el momento en que culmina la incultura popular en el lenguaje. Data de entonces la introducción en nuestro medio, hasta en los más altos círculos, del abominable *ciao* milanés, salutación grosera por lo espurreante, y también absurda, porque llama « esclavo » al agredido con ella, en vez de encomendarlo a Dios.

De modo que los idiomólogos nadan en regocijo: van llegando ya a la suspirada playa. Con el lenguaje gauchesco, el lunfardo presidiario, el guirigay arrabalero, las jergas gringo-criollas, un puñado de vocablos guaraníes, quichuas y araucanos, el inglés para los deportes y el francés para las modas, todo ello ligado en concordancias falsas o truncas, o por preposiciones elegidas al azar, y presentado en giros cuidadosamente galicados al efecto de dar vista, aroma y sabor de néctar al bolido, hay ya ingredientes de sobra para cocinar el idioma argentino. ¿Se le llamará así, argentino, derechamente? Surgen escrúpulos, se teme hacer caer al país en ridículo; y los idiomólogos vacilan entre la pusilanimidad y la osadía. Al fin, uno de ellos propone una solución conciliadora: hay una locución hecha ya, de antiguo, que puede servir para nombre de la cosa; es de uso corriente en nuestra tecnología pedagógica oficial, con el sentido de « castellano », pero se presta divinamente a ser interpretada como « argentino ». Esa locución ideal por lo ambigua es « idioma nacional », y los idiomólogos hacen presa de ella inmediatamente.



Permítame el lector un paréntesis durante el cual no lo invitaré a sonreír con mi ironía. Voy a introducirme en el círculo de nuestros docentes oficiales, esto es, en el foco mismo de la ponderación, de la solemnidad y de la prosopopeya, y debo ajustar mi tono a la circunstancia.

En efecto, la denominación « idioma nacional » aplicada a la lengua general en nuestro país fué en su origen una expresión pedagógica oficial. Tenía entonces el muy limitado objeto de sustituir, en el programa escolar, a la gramática, asignatura filosófica cuya enseñanza en la niñez se consideraba un absurdo científico, y debía ser reemplazada por ejercicios de lectura y escritura al dictado (primeras letras) completados con nociones elementales de ortología y ortografía. Así se establece esta asignatura, para un curso normal de enseñanza elemental, en el decreto de abril de 1852 firmado por Vicente Fidel López, ministro de instrucción pública del gobierno de Buenos Aires, a cargo entonces de su padre Vicente López y Planes. Dos meses después el mismo ministro firma un decreto estableciendo

la escuela de comercio, en el que la referida asignatura figura bajo la denominación « gramática castellana »; lo que demuestra que no había aún unidad de criterio acerca de la innovación. Ahora bien: el primero de estos decretos resultó letra muerta, y ningún cambio se produjo en la enseñanza de la gramática en nuestras escuelas públicas; esta enseñanza había seguido haciéndose entretanto, y ha seguido haciéndose después, con más o menos regularidad, en la rutinaria forma tradicional, mientras la materia figuraba en los programas con las denominaciones corrientes: « gramática », « castellano », « español », « idioma castellano », « gramática castellana », « gramática española ».

Cuando la expresión « idioma nacional » reaparece más tarde, no es ya para reemplazar la de « gramática » sino para denominar nuestra lengua: en el plan de estudios del Colegio del Uruguay, en 1855, la fórmula « gramática castellana » alterna con la de « idioma nacional ». Luego, en el plan de estudios de 1865 para la escuela normal de Buenos Aires y para la primaria anexa, la fórmula « gramática del idioma nacional » alterna otra vez con la de « gramática española ». Pero la nueva fórmula no prospera, siguen preponderando las habituales; y sólo once años después, en el plan de estudios preparatorios de 1876, reaparece la de « idioma nacional », siempre como denominación de nuestra lengua, fórmula que consagran más tarde nuestras leyes de educación primaria: tanto la nacional de 1884 como la provincial de Buenos Aires en 1905. No obstante esta consagración, las denominaciones tradicionales de la asignatura vuelven de tiempo en tiempo a nuestros planes de estudios en el orden nacional: tenemos « idioma nacional » en los decretos de 1884, 1887, 1888, 1898 y 1900; « lengua castellana » en el de 1886; « idioma castellano » en los de 1891 y 1893; e « idioma patrio » en los de 1901 y 1902. Esta última fórmula es de origen correntino: aparece por primera vez en la ley de 1853 de esa provincia, alternando con la de « gramática castellana ».

Una conclusión disyuntiva se deduce de esta disparidad del criterio oficial para denominar nuestra lengua: o se descuida, como cosa de poca monta, la forma de expresión del concepto de que nuestra lengua es el castellano, o, por el con-

trario, se cuida la expresión para sugerir la idea de que nuestra lengua no es el castellano. En el primer caso, el descuido es lamentable, porque crea una ambigüedad que no tiene ningún fin práctico; en el segundo caso, mientras en nuestras escuelas se enseñe la gramática castellana, la denominación oficial de esta asignatura, sea cual fuere, no va a cambiar nuestra lengua. Y ante el hecho positivo e indiscutible que esa enseñanza importa, forzoso es considerar tales juegos de palabras como una nimiedad condenable. En esta trivialidad se ha llegado al extremo de acuñar la fórmula « idioma patrio », para aplicar desairadamente a nuestra lengua, en pleno siglo XX y no ya por odio al rey hispano, el mismo tratamiento que, en nuestra puerilidad de recién nacidos, dimos en los tiempos de la independencia al pejerrey, y también al animal reyuno, para democratizarlos, llamándolos « peje patrio » y « animal patrio » respectivamente.

En cierto momento el buen sentido brilló como un relámpago vivísimo para hacer ver a nuestros pedagogos el verdadero concepto de nuestra lengua; después de eso, las tinieblas volvieron al abismo. Carballido, ministro nacional de instrucción pública en 1891, al explicar su reforma del plan de estudios secundarios, formuló por primera vez en nuestra historia la declaración oficial expresa de cuál es y cuál debe ser nuestra lengua; esta declaración consta en la nota circular que dirigió el referido ministro, en abril de ese año, a los rectores de los colegios nacionales, y de cuya redacción se ha declarado autor Groussac. He aquí el texto de ese párrafo del documento:

« Si somos españoles por nuestro pasado, somos por el presente hispanoamericanos, es decir, parte integrante de una colectividad continental que tiene todas las razones posibles para formar una vasta federación. Ahora bien, más que la raza y las instituciones análogas, constituye el vínculo de fraternidad el tesoro inapreciable de la lengua común. Ello se revelaba ayer en Washington con irresistible elocuencia; el panamericanismo que se ha descubierto allí, más íntimo y resistente que las frágiles uniones aduaneras, ha sido el que era patentizado por el idioma español. Pero tiende a adulterarse rápidamente la lengua patria, a transformarse en cada región con el fermento dialectal. Nadie más que nosotros está expuesto a este

peligro. Y si puede ser una exageración prever un día en que nos fuera difícil de entendernos entre hispanoamericanos, no lo sería asegurar que habríamos perdido, a no reaccionar, el hábito de la lengua tradicional, la apreciación exacta de las mismas bellezas literarias, y que, después de la diferencia del acento, la variedad del gusto y del estilo acentuaría más y más la separación. La reacción y el remedio están en el estudio de nuestra lengua. Renunciemos a vanagloriarnos con nuestras incorrecciones; como lo repite expresamente el nuevo plan de estudios, no hay más idioma nacional que el castellano. Todos los pueblos hispanoamericanos debemos así entenderlo si no queremos perder el inmenso beneficio de una lengua común a todo el continente ».

Nuestra bibliografía escolar registra dos obras cuyos títulos pueden inducir en error con respecto al alcance de la expresión « idioma nacional » en los círculos docentes de las épocas respectivas, si se atiende a lo que esas obras dicen en su portada y no al texto que contienen. En 1817 aparece en Buenos Aires una *Gramática y ortografía de la lengua nacional*, escrita por Antonio J. Valdés, en cuya dedicatoria « a la juventud de Buenos-Ayres » se dice a ésta que en ese libro encontrará « cuanto ha dicho en la materia la Academia española y demás escritores del castellano ». Además, al repetirse el título en la primera página del texto, la denominación de la portada se transforma en *Gramática castellana*. La otra obra es una verdadera curiosidad bibliográfica, digna de ser considerada en párrafo aparte.

Rufino Sánchez, elogiosamente citado en su época por la *Gaceta* de Buenos Aires como uno de los maestros más meritorios que tuvo la primera generación argentina, pues fué preceptor de la escuela de San Carlos desde 1812, publicó en Buenos Aires, en 1828, una *Gramática castellana* de la que hizo otra edición en 1843, texto que se reimprimió en 1852 con el título de *Gramática Argentina* en la portada. Esta portada ostenta el seudo eseudo argentino, aquél de las 12 banderas, 2 cañones y 6 lanzas, y como sol naciente una cara oval de adolescente imberbe y cabelludo... en resumen, el conocido adfeso pictórico, obra de litógrafo imaginativo, de que al fin nos hemos visto libres. Además de esto, la *Gramática Argentina*

contiene el himno nacional argentino, intercalado entre la analogía y la sintaxis. Pues bien: tan igual es el texto de ambas gramáticas, la castellana de 1843 y la argentina de 1852, que en las páginas 4 y 5 de la titulada argentina se lee, lo mismo que en la castellana, estos epígrafes: « Ortografía castellana », « El alfabeto español actual ».

¿A qué pudo obedecer esta argentinización bambollera, este disfraz charro, de la gramática castellana? ¿Hay que ver en ello una sugestión de la propaganda contra el castellano, contra su gramática, su retórica y su léxico, hecha diez años antes por Alberdi en Montevideo y por Sarmiento y López en Valparaíso? ¿O se trata sólo de un arranque espontáneo de patriotería? ¿O de un homenaje servil? Cabe preguntar esto último porque ese tríptico argentinizador, el título, el escudo y el himno, aparece en Buenos Aires justamente cuando gobierna esta provincia Vicente López y Planes, el autor del himno.

La singular expresión « gramática argentina » no se ha repelido nunca, antes ni después de eso, en nuestra bibliografía escolar. Desde la de Felipe Senillosa en 1817 y la de Marcos Sastre en 1860, hasta el excelente tratado de Vera y González, de 1918, todas las gramáticas de nuestra lengua publicadas entre nosotros se han llamado siempre « castellanas ». Paso por alto los títulos equívocos, frutos de una disimulada afición al criollismo; pero citaré como muestra el de « Idioma patrio-mática », puesto por Vélez de Aragón a su texto elemental, cuya primera página se lee lo siguiente, que, escrito para borrar la ambigüedad, precisamente la desautoriza: « En la República Argentina, el idioma nacional es el castellano y se dice, por consiguiente, la gramática castellana ».

Como he dicho ya, este hecho positivo e indiscutible, la fuerza de la gramática castellana en nuestras escuelas, demuestra que la denominación « idioma nacional » no ha podido ser nunca en nuestro formulario pedagógico oficial el sentido de « idioma argentino » que llegaron a darle más tarde los escritores afectos al criollismo. Aun cuando no hubiera que deplorar esto último, siempre habrá que lamentar, repito, la creación de esa fórmula ambigua que, al pasar a la lengua común, no sirve sino para encubrir, como si fuera una vergüenza, el nombre real del idioma que hablamos, y para fomentar en

nuestros tontos la esperanza de que, a fuerza de disimular el nombre de la cosa, ésta ha de acabar por cambiar de naturaleza. Entretanto, en el campo científico y literario del mundo entero, esa fórmula sin sentido específico proclama a todos vientos que los argentinos hablamos una lengua innominada.



Vuelvo al tema. Con el concurso del escritor plebeyo, la propaganda de los idiomólogos se hace clamorosa, ensordecedora; la patria pide a grito herido, de una manera violenta y angustiada, su idioma privativo. Y las mentes más sensatas no vacilan ya, se rinden. Uno de nuestros hombres más estudiosos, Carlos Octavio Bunge, mete el pie en los baches del terreno; en *El espíritu de la educación* (1900) dice que, en las repúblicas hispanoamericanas, el idioma es un « problema », que plantea así: « ¿ Debe propenderse en Hispano-América a conservar la unidad de la lengua castellana, o es preferible la formación de dialectos o idiomas nacionales en cada república? » Efectivamente, siempre hay problema, mejor dicho, enredo inevitable e insoluble, cuando se confunden los términos de relación en el juicio, y no se distingue entre lengua y literatura, y se enjaula « el alma » de un idioma en el estilo de sus escritores en una época dada; por fuerza se desconcierta uno entonces y ve cosas inconciliables, « casi antagónicas » en « el anaerónico idioma metropolitano » y « el carácter, el estilo nacional de cada república hispánica de América ». Para Bunge hay problema porque no ve la quimera que está detrás, poniéndonos esa cara de cuestión seria para embaucarnos; y en el primer momento no advierte que, dentro de España misma, « el clásico y típico énfasis cervantesco » ha dejado de ser, hace tiempo, « el alma de la lengua castellana ». Pero en seguida el distraído caminante recobra sus facultades de observación, y al volver al suelo firme nos ofrece la contradicción del caso. No hay tal problema, sino simplemente la conveniencia de agregar al léxico « algunos neologismos y extranjerismos indispensables » y la necesidad de adaptar el viejo lenguaje al espíritu nuevo; reconoce que esto se está haciendo ya en España, y nos aconseja a los americanos la misma evolución. ¿ Qué se ha hecho aquel « problema » del principio, que

« no puede ser resuelto por un hombre, una academia, un congreso, sino por los pueblos y los años »? *Passons l'éponge*...

En fin, la propaganda de los idiomólogos dió, como hemos visto, el trabajado fruto: en los últimos años del siglo pasado nació, por obra de artificio, el pretendido idioma privativo de los argentinos, fundado en el habla de nuestros gauchos y de nuestros políticos, y por tanto halagador reflejo gauchipolítico de « nuestra propiedad, nuestra índole y nuestras costumbres » características. . . El párvulo ha nacido, pues, y está ya bautizado; ahora sólo falta presentarlo al mundo debidamente, esto es, en forma científica. Se busca al hombre y se le halla. Es un francés culto, ex sacerdote, profesor de lenguas, residente en este país desde hace años, que se siente con fuerzas para hacer papel de lingüista. Se anuncia jubilosamente su existencia, y como de costumbre, pensamos que teníamos una perla en casa ¡y lo ignorábamos! . . . La prensa lo alienta con la más decidida simpatía, por la razón ya apuntada, la de que todo parto intelectual la alborozca; varios señores muníficos se ofrecen para escotar la edición del libro ya preparado. Y en el último año del siglo aparece éste, lujosamente impreso en París. Es el *Idioma Nacional de los Argentinos*, por el doctor Luciano Abeille, dedicado al doctor Carlos Pellegrini, ex presidente de la República Argentina.

La aparición de esta obra, bombásticamente anunciada por nuestros diarios, importa el triunfo y la apoteosis de nuestra incultura popular en el lenguaje. En sus páginas 423 a 425 este libro proclama la necesidad de favorecer y ayudar la corrupción de la lengua entre nosotros: el autor pide que se suprima la enseñanza del castellano en las escuelas, y se la reemplace por la del guaraní, el quichua, y una dosis mayor de francés. . . Más que triunfo y apoteosis de la incultura, esto es su asunción al pontificado, su ascensión al reino de los cielos. . . Tan monstruoso endriago provoca una reacción instantánea y violenta en nuestros círculos ilustrados, hasta en algunos de los personajes que habían favorecido su concepción y facilitado su alumbramiento. De ello resulta que aquel triunfo y aquella apoteosis duran tanto como un artificio pirotécnico en el teatro; y el telón baja en medio de la consternación general.

En el curso de nuestros experimentos nacionales, los argentinos nos llevamos más de una vez las manos a la cabeza.

El libro de Abeille y la lengua

Las 428 páginas que contiene *Idioma Nacional de los Argentinos* por Luciano Abeille, doctor en teología, pueden dividirse en tres partes iguales, correspondientes a los tres temas que en ellas trata el autor promiscuamente: una parte comprende la exposición y análisis de los hechos confirmativos de la teoría que ha inspirado el libro; otra parte, 140 páginas, está dedicada a presentar al autor como entendido en lingüística; en la tercera parte restante hay 100 páginas de homenaje a los argentinos, y las demás las ocupan la tesis y las conclusiones. Es evidente que la obra ha sido escrita con tres propósitos: plantear y demostrar una tesis, ostentar erudición, y hacernos zalamerías; y también es evidente que, para el autor, los tres propósitos tienen una importancia igual, dado el espacio parejo que les ha dedicado. Ahora bien: para nosotros, los lectores, en este libro sólo tiene interés lo que se refiere a nuestra lengua; porque, en cuanto al homenaje, la cortesanía nos empalaga, y en cuanto a la erudición, no acostumbramos admirar la ciencia en abstracto sino la aplicación concreta de los conocimientos.

La consecuencia de esta diversidad de criterio, para apreciar el interés de las tres materias que esa obra abarca, es que el lector va saltando en su lectura las dos terceras partes de las páginas. Es sabido que el libro así leído se olvida en seguida; el autor no tiene arte para concentrar la atención del lector en un punto, intenta hacerle seguir varios caminos a la vez, perturba así su ánimo en vez de impresionarlo, y a causa de esto el lector se distrae en su lectura, sigue distraído cuando la ha acabado, y toda la vida hablará distraídamente de un libro leído de esa manera. Cuando pedimos a alguien su opinión sobre *Idioma Nacional de los Argentinos*, el interrogado responde invariablemente: « Hombre, vamos a ver... espere... yo le diré »... y sale del paso recordando la con-

clusión a que llegó Groussac, o Cané, o De Vedia, o Quesada, o Terán, o Ricardo Rojas. Salvo los críticos, nadie ha podido hacer juicio propio sobre la obra de Abeille, y la causa de esto queda dicha.

Como sería deplorable que pasara lo mismo con este estudio sobre ese libro, debo tratar de que el lector, en vez de leer distraídamente, concentre su atención en mi trabajo, en cada una de sus partes. En consecuencia, no debo adoptar el plan mixto del autor: no debo mezclar los hechos y demostraciones de la tesis con las zalamerías propiciatorias ni con las disertaciones eruditas. De modo que voy a examinar cada una de estas materias por separado, y en este orden: empezaré por lo insignificante, para seguir con lo indiferente, y descartada esta paja, trataré el grano, que es lo importante.

• • •

Lo insignificante es el homenaje a los argentinos, consistente en un capítulo de «Trozos selectos» y en otro sobre «Principales rasgos del carácter argentino».

Por primera vez en mi vida he visto intercalada en un tratado científico una antología destinada a texto de lectura; y por primera vez en mi vida he visto «trozos selectos» de autores no selectos, porque los elegidos no son nuestros mejores poetas ni nuestros mejores prosistas, aunque el autor presenta sus 68 páginas de extractos como muestras de nuestro lenguaje literario (p. 415). Ahora bien ¿a qué responde esta aparatosa exhibición de ejemplos si el libro está ya profusamente provisto, en cada lugar oportuno, de transcripciones de textos de tales escritores? Responde a la intención de rendir homenaje al pueblo argentino; el autor honra en esa forma a algunos de nuestros grandes pensadores, grandes estadistas y grandes políticos, elevándolos de repente, y sin aviso previo, a la dignidad de modelos de la lengua. Esta cortesanía lo explica todo acabadamente: el título impropio y el texto innecesario del capítulo, y la incorporación del florilegio a la obra erudita.

El otro capítulo persigue el mismo fin cortesano. Tiene por objeto convencernos de que hay claridad en la inteligencia argentina, y sensibilidad en el alma argentina. La claridad

de nuestra inteligencia resulta únicamente de nuestro apego a la sintaxis francesa. La sensibilidad de nuestra alma se prueba de varios modos: con nuestra afición a los diminutivos, con la dulzura de nuestro acento, con nuestra Constitución que abre el país al inmigrante, con nuestro decreto que dió la libertad a los indios, y con una de nuestras intervenciones diplomáticas en favor de otras naciones sudamericanas. En cuanto a lo primero: no se aflija el lector al pensar que, fuera de Francia y de su sintaxis, no hay en ningún pueblo de la tierra claridad de pensamiento; tal vez Abeille no ha querido ir tan lejos. En cuanto a lo segundo: es cierto, no podemos negar que somos supersensibles, pero no tanto que subordinemos nuestra inteligencia al sentimiento; por ejemplo, no estamos dispuestos a creer todo lo que se nos diga porque se nos hable con sonrisitas en los labios, guiñaditas en los ojos y palmaditas en el hombro.

En un libro de ciencia esta cortesanía es contraproducente: la zalamería predispone el ánimo contra el zalamero. Pero invito al lector a que la pasemos por alto generosamente.

• • •

Lo indiferente, lo que no importa al caso, en el libro de Abeille, es el despliegue que en él se hace de ciencia teórica.

Llamo ciencia teórica la que consiste en el conocimiento de las leyes naturales de un orden dado, y de sus métodos de observación e investigación; y la distingo así de la ciencia práctica, que examina hechos determinados para clasificarlos convenientemente. En un libro de enseñanza no puede haber sino ciencia teórica; en un libro como el de Abeille no debe haber sino ciencia práctica. Este libro no ha sido escrito para enseñar al lector la lingüística; su objeto es demostrar que en un caso, que el autor llama « idioma nacional de los argentinos », la lingüística ha estudiado los hechos y ha establecido su carácter. Y esto último es lo que interesa al lector, que no ha tomado el libro de Abeille para conocer leyes y métodos, principios y procedimientos.

Pero el punto de vista del autor es otro. Abeille considera que el lector no creará sus conclusiones si antes no le demuestra que él es una autoridad en la materia. El hombre no ve que

esto es inútil; que nadie lo va a juzgar por la actitud, los ademanes y los gestos, ni por la voz, ni por el tono, sino por lo que diga en substancia sobre el caso concreto. El hombre no ve esto, y resuelve hacer alarde de erudición. Al efecto, apela a estos recursos: escribe minuciosamente las definiciones más elementales; presenta como revelaciones las verdades más triviales; suelta de tiempo en tiempo una rociada de voces técnicas; otras veces sube hasta la metafísica y se pierde en las nubes del embolismo; se complace en transcribir textos latinos y griegos; hace con cualquier pretexto las más extravagantes digresiones; prueba los principios expuestos con un centón de ejemplos sacados de todos los tiempos, desde la antigüedad, y de todas las lenguas, inclusive las muertas; las autoridades que cita abarcan casi el elenco completo de las ciencias, tanto las del ramo: lingüística, filología, semántica, etimología y gramática, como las más heteróclitas: filosofía, historia natural, etnografía, antropología, historia social, biografía, geografía, sociología; y en dos ocasiones intercala dibujos geométricos en el texto. En fin, el hombre hace la ostentación necesaria para que se le tenga por otro Pico de la Mirándola, capaz de tratar *de omni re scibili... et quibusdam aliis*.

El efecto que esto causa es otro: el lego suelta el libro, a medio leer, con un bostezo profundo de aburrimiento; el lingüista mira al autor con saña, como a gallina en corral ajeno; el crítico suspira dolorosamente, y procura seguir leyendo con paciencia y ecuanimidad. Pero, por benévolos que seamos, no podemos menos de menear la cabeza compasivamente cuando empezamos a notar que el autor habla pocas veces por su cuenta, y prefiere el recurso de reproducir ostensible o solapadamente páginas y páginas de escritos ajenos, y largas compilaciones hechas por otros. Y de pronto damos una boqueada de asombro al advertir que en esas compilaciones se plagia tres veces (pp. 71, 100, 114) el *Vocabulario Rioplatense Razonado* de Granada, y el folleto íntegro (cap. XII) de Gastón Maspero sobre el lenguaje gauchesco, dos obras a las que ni una sola vez cita Abeille en su libro. *Et pour cause...*

Seamos generosos otra vez, lector. Limitémonos a considerar indiferente esta parte de la obra. Juzgaremos la autoridad de Abeille cuando lo veamos aplicar su ciencia en concreto a los hechos que se propone presentar y explicar.



Al fin hemos llegado a lo importante. Tenemos ya ante nosotros la tesis de Abeille y sus fundamentos, los hechos que la confirman y las conclusiones de esta demostración.

La tesis... Hay que hacer una digresión por fuerza.

Es corriente comparar la lingüística con la historia natural, por cuanto su objeto es el estudio de organismos vivos: las lenguas de la humanidad. Ahora bien: en la historia natural, ciencia de observación y no de especulación, no cabe el método racional sino el experimental: hay que examinar los casos para determinar sus caracteres específicos y comunes, y establecer así el orden a que pertenecen. Este principio de lógica es simple buen sentido: no hace falta conocerlo para aplicarlo instintivamente. Cuando un lector cualquiera, docto o indocto, toma el libro de Abeille en sus manos, espera encontrar en él esto: que el examen de ciertos hechos ha llevado al autor a descubrir que existe un « idioma nacional de los argentinos ». Gran sorpresa recibe, pues, al ver que ha sucedido todo lo contrario: Abeille plantea a priori la existencia de ese idioma, fundada en razones, no en hechos; luego elige, para probarla, los casos que tienden a confirmar tal tesis, y descarta los que la desmienten... Sospechábamos ya que Abeille no era lingüista; ahora nos entra el recelo de que no es hombre de ciencia de ninguna especie.

Vuelvo al tema. La tesis de Abeille es imperativa. El autor la expone en su lengua particular, que es un castellano a la francesa, y en un estilo entre florido y declamatorio. En substancia, esa tesis se reduce a esto: « Cada nación elabora su lengua con formas especiales que son (sic) en relación inmediata con su cultura (2)... Una nación que carece de idioma propio es una nación incompleta; le es tan necesario tener una lengua que se diferencie de las demás, como le es indispensable poseer una bandera propia (3)... Es derecho inherente a un pueblo hablar un idioma especial (5)... Hay relación entre la evolución de las lenguas y la evolución de las razas... En la República Argentina se forma una nueva raza; por consiguiente, el idioma español ha de evolucionar hasta formar un idioma nuevo (35)... Negar la evolución del idioma en la

República Argentina es declarar que la raza argentina no llegará a su completo desarrollo » (37).

El dogmatismo es la escuela filosófica de Abeille. De ahí su tono magistral, sus afirmaciones ex cátedra y su pontifical prosopopeya. Hay en esto resabios de disciplina eclesiástica y de pedagogía pedantesca: asoman en el hombre el seminarista conciliar y el docente autoritario. Ahora bien: puede ser que esta manera de hablar baste para convencer al lector; también puede ser que no. En todo caso, al lector le conviene tener presente, si quiere hacer juicio propio sobre el valor de esa vicijisima tesis, demoleadora del castellano en América, la opinión científica de un argentino eminente, que trató el tema por incidencia veinte años antes que Abeille.

Vicente Fidel López, en la interesante monografía lingüística que ha escrito como introducción del *Diccionario Filológico-Comparado* de Calandrelli, dice lo siguiente: « Es menester hacer una diferencia substancial entre las nacionalidades que se forman por conquista y las que se forman por colonizaciones homogéneas en tierras desiertas. Las primeras se corrompen con mayor rapidez por la ineptitud de las razas conquistadas para mantener intactas las formas puras de la lengua que se les impone; en las segundas, la homogeneidad de las razas suplantadas (colonizadoras) hace que duren con mayor fuerza y por más tiempo las leyes propias de la lengua madre ».

El análisis de las circunstancias en que se produce una evolución lingüística determinada, análisis hecho a la luz de los sucesos que registra la historia de la humanidad, es lo que lleva a López a formular esa ley. Y es obvio que se funda en ella y no en un impulso sentimental, estético o patriótico, cuando, en el curso de esa misma monografía, hace este vaticinio: « Un idioma cualquiera puede desaparecer de la tierra en que se ha hablado, por conquista o por absorción, sin dejar rastro ninguno de su existencia. La conquista española ha dado la muerte a los idiomas americanos. En algunos siglos habrán desaparecido de nuestro continente, y quedará sólo el español ».

En el mismo estudio López llama la atención sobre el hecho de que la lengua general que se corrompió en las colonias emancipadas del imperio romano no fué el latín clásico

sino el latín popular que hablaban los soldados y los colonizadores: « una mezcla de dialectos viejos y vulgares (los italo-pelasgos) fundidos por el uso, que adolecían por supuesto de todos los vicios y caracteres patológicos de una baja latinidad ». Doy al lector este dato para que se arme con él toda vez que algún etimólogo quiera hacerlo llorar diciéndole que « por ley histórica » el castellano debe correr en América la misma suerte que el latín tuvo en España. No hay comparación posible entre ambos casos: el castellano llegó aquí ya formado, como lengua fija, y con literatura popular escrita; y el latín no se perdió en las colonias romanas por haber pasado a ser habla de otros pueblos en lejanas tierras, sino por la razón que apunta López, y que tiene su confirmación en el hecho de que el latín vulgar se perdió simultáneamente en el Iacio mismo, esto es, en su propia cuna, aunque en esa tierra no se había impuesto al pueblo autóctono una lengua exótica.

• • •

Veamos ahora cómo demuestra el autor que los argentinos tenemos un idioma privativo, o un principio de tal ganga.

He dicho ya que, para confirmar esa tesis planteada a priori, Abeille no presenta toda la lengua que hablamos los argentinos sino la parte de ella que se acomoda a su idea; también he dicho que, para él, no existen nuestros mejores literatos. De modo que el autor se limita a exponer las diferencias entre el castellano peninsular y el idioma que se habla y se escribe aquí en determinados círculos; e interesado en abultar los hechos, falsea en dos formas esa comparación, vicinada ya en sus raíces. En primer lugar, no tiene en cuenta el habla popular en las diferentes regiones de España; a su juicio, el castellano peninsular es el que establecen el diccionario y la gramática de la Academia, y en consecuencia toma por alteraciones fonéticas nuestras estas transgresiones prosódicas: la pronunciación sibilante de la ce y de la zeta, y la confusión entre la elle y la ye consonante, y también los metaplasmos del lenguaje gauchesco, fenómenos que se observan igualmente en algunas regiones de España; en segundo lugar, presenta como argentinas ciertas voces, acepciones y modismos que son comunes a toda la América de habla española, como reliquias

del castellano colonial. Este proceder de Abeille pone en evidencia su ignorancia o su malicia.

He aquí la lista de los supuestos fenómenos argentinos; los presento en el mismo orden elegido por el autor, un orden contrario al que siguen los lingüistas cuando exponen los materiales de una lengua.

Vocabulario: 101 vocablos indígenas (p. 71); 120 nombres geográficos también indígenas (83); 4 vocablos onomatopéyicos también indígenas (100); 84 vocablos franceses (101); 84 casos de desviación semántica (114); 93 derivados (136); 23 modismos (160); 35 frases hechas (302).

Sintaxis: Nada de lo que el autor agrupa en este capítulo importa una alteración de la concordancia o de la construcción del castellano: todas son formas de expresión que violan preceptos de retórica, y que por consiguiente no se refieren al fondo de la lengua sino a la manera de usarla. De modo que nada de esto tiene que ver con la tesis, porque la manera de usar una lengua no la transforma en otra. La lista es ésta: Repetición de la preposición «de» y otras (166) de los artículos (170) y del posesivo «su» (172); sustitución del enclítico por el proclítico en el indicativo (175); de la voz activa por la pasiva (176); de los tiempos simples por los compuestos (181); de la construcción subordinada por la coordinada (190); del sustantivo por el infinitivo como nombre de acción (191).

Morfología: Supresión de la *e* en el plural de los vocablos indígenas que terminan en *a*, *e*, *i* acentuadas (152). En la conjugación de los verbos, alteraciones de las formas de la segunda persona del singular de los presentes de indicativo y subjuntivo, y del imperativo (343). Al examinar esto último se advierte otra vez ignorancia o malicia en el autor. Abeille no dice que, para formar en nuestro lenguaje familiar la expresión «vos querés» y todas las demás por el estilo, nosotros no empleamos la segunda persona del singular, ni en el pronombre ni en el verbo; calla eso, y presenta «querés» como una alteración fonética de «quieres», esto es, dando a entender que nosotros decimos «tú querés» y que hemos proscrito enteramente de nuestra lengua la forma «tú quieres». A esta falsa demostración están destinadas trece páginas del libro.

Fonética: Alteraciones de la pronunciación vernácula en la adaptación de vocablos indígenas (336); sustitución de la efe inicial por hache (340); asimilación del sonido de la zeta y de la ce suave con el de la ese (340); confusión, en cuanto a la dicción, entre la elle, la ye consonante y la í en diptongo inicial de palabra (340); sonido especial de la ye consonante (340). En fin, los metaplasmos del lenguaje gauchesco (353) rebautizado por el autor con el prestigioso nombre de « lengua popular ». Otra observación se impone en este capítulo, y es la siguiente. Para la lingüística, el metaplasmo no es alteración fonética sino después que ha prevalecido en el uso suplantando la forma anterior, que ha acabado por desaparecer de la lengua. Para Abeille, como hemos visto ya, toda la lengua culta ha desaparecido entre nosotros; así lo exige su tesis, y es otra consecuencia natural de ella esa elevación a la categoría de alteración fonética del metaplasmo no sancionado, simple transgresión prosódica a la que la gramática llama barbarismo. La ciencia puede tomarse todas las libertades que quiera para especular con las cosas de la naturaleza y con las cosas de los hombres; pero el sabio deja de serlo cuando permite que su ciencia se sobreponga en él a la cordura. No puede uno menos de pensar que Abeille, al querer manejar la lingüística, arma para él desconocida, se ha hecho una lesión en el cerebro. Porque al presentar así, como muestras de una lengua nueva, los vicios de pronunciación que han dado origen a los barbarismos gauchescos, este autor patrocina en nombre de la ciencia el ceceo, el ganguco, el lambdacismo y el iotacismo de los tartajosos y media lenguas, se ríe de la patología, que considera estados mórbidos el mutacismo, el rotacismo y demás formas de parafonía, y haciendo de esos vicios plebeyos virtudes nobles, proclama el supremo imperio de la lengua estropajosa.

Estos son los hechos con que Abeille demuestra su tesis. No los refiere a sus causas inmediatas, que son: el analfabetismo y la lengua trabada de los campesinos, la falta de instrucción elemental en las clases suburbanas, el descuido del léxico y de la gramática en las clases cultas, la afición servil e ininteligente de nuestros escritores al neologismo inútil y a la construcción galicada, o por lo menos, su poco acierto para dar con la preposición que une el verbo al complemento, o con la de-

vida concordancia del subjuntivo con el indicativo y potencial. Abeille no hace tal cosa porque su punto de vista no es la gramática sino la lingüística, y por consiguiente nuestra incultura en el lenguaje no es para él deformación de cosas viejas sino creación de cosas nuevas. Obligado, pues, por su tesis sentada a priori, busca las causas remotas, como si dijéramos los primeros principios y las razones universales, de los barbarismos y solecismos nuestros; y como para la ciencia todo se rige por leyes, desde el nacimiento y la vida hasta la enfermedad y la muerte, al autor no le es difícil referir a leyes los hechos que examina. Lo malo es que tales aproximaciones de cosas extremas redundan a veces en chuscadas involuntarias, como la siguiente. Afirma Abeille (333) que, al decir « lector », « doctor », « protector », etcétera, nuestros analfabetos « siguen la gran ley de la evolución fonética » (la de preponderancia de la explosiva); y de esto resulta que los que pronunciamos las palabras como es debido estamos contrariando torpemente las leyes de la naturaleza. Abeille procede así como el sabio ya chiflado que se opone a que se cure una enfermedad y se impida la muerte, porque « las leyes de la evolución » patológica deben ejercer su acción.

Pero no es posible llamar sabio a Abeille, ni con tales atenuaciones. De la analogía, que es un carácter, hace una ley, la de asimilación (152/6, 351) y para él, las leyes fonéticas históricas y ocasionales que rigieron las alteraciones de las lenguas romances antes de su fijación, son leyes constantes y universales, que rigen perpetuamente las lenguas de la humanidad; y de este absurdo general deduce este otro absurdo particular: « los cambios en la conjugación argentina no obedecen al capricho ni a la ignorancia » (348).

En fin, haciendo así espaldas en la ciencia, el autor declara científica la corrupción del castellano entre nosotros; y después de haber proclamado con eso el derecho del morbo al organismo atacado, formula esta conclusión: « La fusión, en la República Argentina, de las lenguas indígenas, del francés, del italiano, éstas en fuertes dosis, del inglés, del alemán, etcétera, éstas en dosis menores, con el español transplantado en el Río de la Plata, fusión que ha empezado, dando por primer resultado el actual « idioma nacional de los argentinos », pre-

para, para un porvenir cercano, una nueva lengua neolatina: el « idioma argentino » (122).

Al inmigrante residente en Buenos Aires se le han subido a la cabeza la inmigración y el antropocentrismo porteño. Este le hace ver que en el país entero se habla el galimatías cosmopolita de la gran capital; la otra le ofrece una visión beatífica: el indio conquistó este suelo en lucha con la naturaleza, el español lo conquistó luego en lucha con el indio, el argentino lo conquistó después en lucha con el español; y ahora el inmigrante lo conquistará, a su vez, en lucha con el argentino, y una lengua cosmopolita será el sello de esta conquista.

Tal es el pensamiento filosófico de Abeille, que, después de expresarlo así, vuelve a los arrumacos... ¡ah pillín!... y acaba su libro cantando en la última línea el último verso del himno nacional argentino.



Tranquilícese el lector, que no pasará tal cosa. Si Abeille dice eso, su libro prueba lo contrario. Lo que resulta en plata de los hechos por él observados y comentados es que, para la lingüística, aquí no está sucediendo nada.

Aquí no está sucediendo nada porque las cosas que están pasando son las que han pasado y pasan naturalmente e indefectiblemente en toda lengua, desde que el hombre logró formar la primera, mejor dicho, desde que los hombres lograron formas las primeras. Toda lengua es un organismo vivo; y uno de los caracteres esenciales de los seres es esta función alternativa: asimilar elementos extraños y desprenderse de otros propios, en un cambio recíproco de substancias con el medio en que viven. ¿Qué vemos, si no eso, en la vida de todas las lenguas de la humanidad? Por esa función biológica, una lengua forma constantemente palabras nuevas, ya sean primitivas o derivadas, para designar nuevos conceptos, y mantiene sujetos sus vocablos a continuas desviaciones semánticas que les hagan seguir la evolución de las cosas representadas; y no por estos *neologismos* la lengua se transforma en otra. Todos los pueblos toman de otros pueblos las palabras que no tienen en su habla; y no por estos *extranjerismos* la lengua se transforma en otra. En todos los países se conserva a las localidades

sus nombres indígenas, y no por estas *toponimias* la lengua se transforma en otra. Ningún idioma nacional representa el habla uniforme del pueblo entero, sino la parte común de esa habla; y la existencia de voces, acepciones y *modismos regionales*, de *lenguaje familiar*, de *jergas especiales*, de dialectos literarios, de verdaderas lenguas a veces, no es indicio de que el idioma nacional esté por transformarse en otro. En todas las naciones hay gente ignorante y gente inculta que pronuncia mal las palabras, y escritores indisciplinados, y barbáricos, y plebeyos, que, por lógica razón, no pueden manejar la lengua sin estropearla; y no por los *barbarismos* y *solecismos* consiguientes la lengua se transforma en otra.

En primer lugar, pues, no vemos que suceda entre nosotros algo que no suceda en los demás países; en segundo lugar, no vemos que, porque sucedan esas cosas, las lenguas del mundo se estén transformando en otras. De modo que sólo la necesidad de sostener una tesis sentada a priori puede dar carácter de extraordinarios en nuestro país a los hechos corrientes en todas partes. Por eso, para Abeille, tales cosas no suceden sino aquí: sólo en este país hay neologismos, extranjerismos, toponimias indígenas, modismos regionales, lenguaje familiar, jergas especiales, y gente que estropea la lengua al hablar y al escribir. Además, para este portavoz de los idiomólogos, esas cosas, aparte de ser extraordinarias, son trascendentales; la trascendencia resulta principalmente de la influencia de la inmigración cosmopolita, factor importantísimo en la transformación de la lengua (36, 418). Pero la historia dice que una lengua ya fijada no se ha transformado nunca en otra; no ha habido conquista, ni colonización, ni inmigración que haya podido obrar tal milagro. Lo que se explica porque, en lingüística como en zoología, la evolución de los seres es una serie continua de transiciones tan insensibles como involuntarias. La creencia en las metamorfosis maravillosas, repentinas y facultativas, es una superstición del tiempo de Maricastaña. He dicho ya que Abeille no es lingüista ni sabio; debo agregar que es supersticioso.

Creer los idiomólogos que, para hacer que en este país el castellano se transforme en otra lengua, bastará cambiar las voces y las acepciones, y modificar las concordancias y las cons-

trucciones. Pero ¿existe acaso un idioma que, con vocabulario y sintaxis propios, tenga la fonética y la morfología de otra lengua? Para transformar así, artificialmente, una lengua en otra, habría que empezar por dar otro sonido a las letras y a sus combinaciones; y por buscar otras desinencias para el número, el género y el grado, otras flexiones para las declinaciones y las conjugaciones, y otras terminaciones para los diminutivos, aumentativos, despectivos y frecuentativos. Podrían los idiomólogos crear declinaciones, como en latín; hacer del artículo un apéndice del nombre, como en rumano; suprimirlo totalmente, como en ruso; adoptar un signo para el verbo, como en inglés; dar al infinitivo una terminación única, como en alemán... por allí se empezaría a transformar de veras la lengua. ¿Qué representa, al lado de esta colosal tarea prevenida, el puñado de voces y acepciones, de locuciones y modismos, y de giros sintácticos que hemos introducido en nuestro castellano? Un principio, dicen los idiomólogos. ¡Bah! los edificios no se construyen abriendo y tapiando a tontas y a locas puertas, ventanas y tragaluces en las paredes de una casa ya hecha; para edificar hay que empezar por la base. Que se echen a pechos los idiomólogos la reforma sistemática de la fonética y de la morfología castellanas. Estos son los cimientos; después hablaremos de la sintaxis y del vocabulario, que son las paredes y el techo.

Dejemos en paz a la lingüística, inoportunamente llamada a diagnosticar y pronosticar a propósito del estado patológico en que los idiomólogos han puesto a nuestra lengua. Bien ha hecho esa ciencia al mandarnos un Dulcamara que hable en su nombre, para decirnos que, a fin de que se cumplan las leyes de la evolución, hay que enfermar más al enfermo hasta que muera, y para recetarnos al efecto la supresión del castellano en las escuelas, la enseñanza en ellas del guaraní y del quichua, una dosis más cargada de francés y la publicación de trozos selectos de nuestros escritores indisciplinados.

No saerifiquemos nuestro buen sentido en aras de la superchería a que Abeille da el título de « lingüística argentina ». Seamos racionales, hagamos que el sentimiento de humanidad se sobreponga a nuestra avidez de experimentos: curemos al pobrecito enfermo, pongamos a su cabecera doctores en medi-

cina y no en teología. Váyanse los Abeille; vengan los Monner Sans, los Calandrelli, los Selva.

• • •

A la aparición del libro de Abeille, en el mismo año 1900, cinco escritores nuestros hicieron público su juicio sobre esa obra, en este orden cronológico: Mariano de Vedia, en *Tribuna* de julio 30 y agosto 7; Carlos Olivera en este último número de ese diario bonnerense; Ernesto Quesada en *El problema del idioma nacional*; Miguel Cané en *La Nación* de octubre 5; Paul Grosssac en los *Anales* de nuestra biblioteca nacional (I, 385). Más tarde juzgan también este libro Juan B. Terán y Ricardo Rojas: el primero en *Estudios y Notas* (1908) el segundo en el primer tomo (p. 529) de su *Historia de la literatura argentina* (1917). Ninguno de estos escritores estudia la obra a fondo: todos se limitan a considerar su tesis y algún detalle de la demostración; y, con la única excepción de Olivera, todos la condenan decididamente.

El artefacto de Olivera no es crítico sino declamatorio; y está basado desde el principio hasta el fin en la teoría juvenil de Alberdi, repetida por De Vedia en 1889, de que el pueblo argentino, diferente del español en varias características, debe tener por eso una lengua distinta del castellano, cuyo cultivo sería una rémora para nuestro progreso. Olivera se abraza, pues, a una teoría que repudió su creador mismo, y de la que De Vedia acababa de renegar a su vez; y, parapetado en ese baluarte dos veces derrumbado, aplaude el libro de Abeille.

De Vedia, después de explicar su actitud de 1889, favorable entonces a la formación de un idioma americano, hace esta declaración: «Las épocas han cambiado tanto... han variado de tal manera las circunstancias, que quien aparecía en aquellos tiempos recordados como el heraldo de la nueva lengua, probablemente estaría hoy por la antigua, amplia, buena y sonora habla castellana». Y rechaza el libro de Abeille en estos términos: «El doctor Abeille ha llegado a extremos que realmente espantan en materia de idioma argentino; y al ver la lista de ciertos argentinismos, el espíritu huye de ellos horrorizado... Consideramos literariamente malsano, e inconducente a sus fines científicos, el libro del Dr. Abeille».

Quesada niega que sean autoridades de la lengua los « diputados y ex diputados, políticos y alguna que otra vez escritores » que presenta Abeille como modelos de la literatura argentina, y llega a esta conclusión: « Ni la lengua hablada familiarmente, ni la corruptela del habla del campo, ni la redacción febriciente del periodismo pueden seriamente tomarse como ejemplos de hablistas, o siquiera como manifestaciones de la lengua de un país, vale decir, de su lengua escrita y literaria. La *lingua nobilis* no puede estudiarse en fuentes tan turbias, so pena de caer en exageraciones de tal calibre que produzcan estupefacción ».

La conclusión de Cané es ésta: « La circunstancia especial de ser éste un país de inmigración hace más peligrosa la doctrina que informa el libro del Dr. Abeille, y más necesaria su categórica condenación. Sólo los países de buena habla tienen buena literatura, y buena literatura significa cultura, progreso y civilización. Pretender que el idioma futuro de esta tierra, si admitimos las teorías del Sr. Abeille y salimos de las rutas gramaticales del castellano, idioma que se formará sobre una base de español, con mucho italiano, un poco de francés, una migaja de quichua, una narigada de guaraní, amén de una sintaxis « toba », tiene un gran porvenir, es lo mismo que augurar los destinos del griego y del latín a la jerga que hablan los chinos de la costa o a la jerigonza de los levantinos, verdadero volapuk sin reglas, creado por las necesidades del comercio. Parece que, si el Sr. Abeille, a más de tener todo el cariño que muestra por esta tierra y que creemos sincero, fuera hijo de ella, sentiría en el alma algo instintivo, que le enderezaría el razonamiento en esta materia ».

Groussac no se digna nombrar a Abeille ni a su libro. En su citado artículo, titulado *A propósito de americanismos* y destinado a exponer un método científico para la investigación etimológica, agrega al pie de una nota (p. 387) estas palabras, que resumen su juicio desdeñoso sobre esa obra: « No merece mención una rapsodia reciente, en que la ignorancia absoluta del asunto, comenzando por el castellano, toma la forma de una baja adulación al criollismo argentino ».

Terán se expresa así: « Si os hablo de « la manera argentina » del idioma castellano no es porque participe de la tesis

temeraria y falsa del « idioma nacional de los argentinos » que pretende sustentar don Luciano Abeille, que forma este nuevo idioma, que nadie conoce, con las locuciones bárbaras de la gente rústica o la jergonza cosmopolita de algún barrio suburbano. Esa afirmación supone el desconocimiento de la experiencia universal de que, al lado de la lengua culta, vive la lengua vulgar, en dialectos múltiples, que no destruyen por eso la unidad de aquélla, que se conserva, como observa Bréal, en la lengua escrita. Las desviaciones dialectales propias de nuestro país, como de todos los países, no fundan un nuevo idioma, desde que no impiden la inteligencia y la comunicación con otros pueblos que hablan una misma lengua clásica, como por ejemplo el castellano. Aparte, pues, de que no existe, ni siquiera es deseable la existencia del idioma argentino como un patuá pintoresco, pero pobre y local ».

Rojas dice: « No en opiniones caprichosas sino en pruebas documentales y en el conocimiento de nuestras fuentes lingüísticas fundo mi disidencia con casi todos los trabajos que, hasta hoy, se ha escrito en nuestro país sobre este problema que suele llamarse « el idioma nacional de los argentinos ». No comparto en ellos ni su método ni su tendencia. Repudio un libro como el del Dr. Luciano Abeille, porque carece de sistema científico y porque fomenta las inclinaciones más barbarizantes y vanas del patriotismo criollo ».

El buen sentido y la lengua

Al empezar este estudio, ante la tergiversación de que fué objeto la doctrina de Echeverría sobre nuestra lengua, dije que con él se había marchado el buen sentido. Desde entonces el extravío nos llevó de la mano aturdidamente, y fuimos a parar al libro de Abeille. Ante este absurdo supremo lanzamos un clamor de angustia, y el buen sentido volvió a nosotros. Nadie ha reflejado mejor que Groussac la impresión que prevaleció entonces sobre nuestra lengua en nuestros círculos intelectuales; por esto, para consignar aquí esa impresión, voy a ceder a tan elocuentes palabras el espacio que ocuparían las mías con mucho menos brillantez y mucho menos eficacia. En los *Anales* de nuestra biblioteca nacional (I, 412) podemos leer regocijadamente esto, desde fines del año 1900:

« Necesitamos desde luego estudiar la historia y la lengua española si queremos conocer a medias las tradiciones americanas y los antecedentes argentinos. Sea ello motivo de satisfacción o de pesar, la herencia atávica de España es un hecho indestructible que, para subsistir como tal, no necesita de nuestro asentimiento. La ilusión que consistiera, para estos pueblos nuevos, en tenerse por independientes de su pasado histórico, sólo probaría, si se prolongara indefinidamente, que del legado de la raza no han recibido más que los vicios sin las virtudes. Ha pasado irrevocablemente la hora de la elección. Esta sonó a principios del siglo; hallóse entonces esta colonia española delante de la encrucijada en que se bifurcaba el porvenir: prefirió seguir por la senda consuetudinaria a ser colonia inglesa. Ya no es tiempo de reaccionar; y, habiendo hecho la Reconquista, no queda más arbitrio que celebrarla y ser buenos hijos emancipados de la madre secular.

« No necesito explicar al lector en qué sentido entiendo esta fidelidad atávica, a raíz de un bosquejo filológico que tiende a mostrar la subsistencia del tronco castellano como centro

de tanto injerto regional. La herencia que aconsejo a los argentinos conservar con respeto religioso es la de la lengua, que es la tradición viva de la raza, así como la guardan con veneración esos angloamericanos, a pesar de tenerse por los innovadores más audaces y felices en la acción. Aunque le fuera dable a un pueblo adulto cambiar de lengua, como ciertos entes menguados cambian de religión o nacionalidad, la situación especial de estos hispanoamericanos les vedaría tan insensata tentativa, que sin provecho alguno desataría el vínculo continental...

«Quitado aquí el castellano ¿con qué se le reemplaza? ¿Se rechazará la carabela en nombre de la jangada? Se declara caduco el idioma de Quevedo para sustituirlo ¿con qué? ¿con el de Goethe, o Macaulay, o Renan? No: por el mismo castellano, tal cual lo hablan allá los que no saben hablar, y salpimentado de unos cuantos modismos tan genuinamente «criollos» que no se oye otra cosa en las esquinas de Triana y los malecones de Cádiz. No existe tal «idioma argentino» en formación; ni tendría importancia, aunque fuera más original y completo, cualquier patuá rústico que aquí coexistiese con la lengua culta, como ocurre en todas las provincias de Europa. Si tiene, al contrario, un rasgo evidente y plausible nuestra presente producción o reproducción literaria, es el de un esfuerzo hacia la propiedad del lenguaje, es decir, hacia el español castizo. El «gauchismo», antes celebrado y hoy anticuado y cursi, va desapareciendo con el gaucho.

«Los que piensan con cerebro ajeno, y emiten citas por ideas, suelen invocar los supuestos ejemplos de Gutiérrez y Sarmiento, confundiendo cosas tan distintas como el estilo y los sentimientos. Es la verdad que estos escritores argentinos, por causas que fuera largo enumerar, se mostraron adversos a la influencia española en su país, pero no es cierto que extendieran al idioma su antipatía y practicaran la doctrina que se les atribuye. Deponen contra el aserto todos los escritos del primero. En cuanto al segundo, si es harto visible que no dominaba la lengua, no lo es menos que jamás la ofendió deliberadamente: es muy sabido que la pureza gramatical, no menos que el buen gusto, fué una de sus mayores presunciones. Como muchos otros, que no tapan sus roturas con jirones de

púrpura, no escribía más correctamente porque no podía, mejor dicho, porque, con ser tantas las cosas que en su vida aprendiera el gran autodidacta, no llegó nunca a saber escribir con esfuerzo y descontento de sí propio ; arte difícil que constituye la mitad del escritor !

« No hubo nunca, pues, ni podía haber entre nosotros escritores de valía actual o virtual que desconociesen las leyes del pensamiento, hasta el punto de profesar el solecismo, pretendiendo expresar mejor en jerga de barbarie sus ideas de civilización. Todos ellos tenían la noción, doctrinal o instintiva, de cierta armonía necesaria entre el fondo y la forma, y a esta noción han ajustado su obra, en la medida de sus fuerzas y de su saber. He indicado otras veces lo que en esta materia podría intentarse, guardando el respeto debido al vocabulario y sobre todo a la sintaxis. Salvados estos justos límites, se entra a vagar, a « gaudere » por las tierras incultas, dominio primitivo y arbitrario donde no ha penetrado aún el arte con su belleza ni la ciencia con su verdad ».

No ocultaré que también me ha movido a reproducir estas palabras la satisfacción con que he visto sintetizadas en ellas la conclusión y la enseñanza que, en mi opinión, se desprenden naturalmente de los hechos expuestos en el curso de este estudio. Porque debo advertir que, tanto de este escrito de Groussac como de todos los demás documentos historiados antes de ése, no me he enterado sino en su orden cronológico, esto es, a medida que iba llegando para cada uno de ellos el momento de presentarlo; disciplina que me impuse a fin de mantener siempre abierto el ánimo a las impresiones y siempre libre el juicio para las reflexiones.

Pero, aunque la conclusión y la enseñanza de este estudio quedan así anticipadas, me parece conveniente, para fundarlas en debida forma, echar una ojeada retrospectiva a la evolución de que esa lección final resulta.

• • •

La historia del extravío de nuestras ideas sobre la lengua puede resumirse en esta forma.

En orden cronológico, Florencio Varela y Esteban Echeverría son los primeros argentinos que expresan por escrito

sus reflexiones sobre la lengua nuestra: Varela la declara « la más rica, sonora y numerosa de todas las vivas ». Echeverría la llama « hermosa » y nos recomienda que, al manejarla y enriquecerla, la mantengamos castiza y galana. Pero aquélla es una época en la que predomina entre nuestros intelectuales un sentimiento de hostilidad a España, con la que, después de quince años de guerra, estamos en entredicho todavía. Y este sentimiento exalta a Alberdi y a Sarmiento a tal punto que, al tratar en sus primeros escritos la cuestión de la lengua nuestra, ambos coinciden, Alberdi en Montevideo y Sarmiento en Valparaíso, en prever que en América va a formarse una lengua independiente. Alberdi hace en la prensa la propaganda del caso, durante su permanencia en Montevideo; Sarmiento abandona inmediatamente tal idea y encarrila sus predicaciones por la vía de la libertad de expresión sin cortapisas de gramáticos ni lexicógrafos; pero no ataca precisamente a la lengua sino al purismo estrecho de los que no reconocen el derecho de los pueblos americanos a introducir en su idioma neologismos necesarios, y a dar a su estilo una desenvoltura que no es la que enseñan, con sus modelos clásicos, los retóricos españoles o españolados. Entretanto, en nuestro país las luchas de su organización, la guerra de la independencia, la guerra civil y la dictadura no dan a nuestros intelectuales respiro alguno durante el cual puedan plantearse y resolver la cuestión de la lengua. Mejor dicho, cediendo al hábito natural, usan el castellano como bien propio, no consideran que su lengua pueda ser ajena, y se sirven de ella más bien a la buena de Dios que según las reglas del arte. Sin embargo, a pesar de esto, es muy marcada la línea divisoria que separa la lengua culta del habla popular, el lenguaje literario de la prosa gauchipolítica y de la poesía payadoresca.

En la época de la reorganización nacional, que empieza en Caseros y termina en la federalización de Buenos Aires, la tendencia a considerar propio al castellano se debilita y acaba por perderse, contrariada por el impulso, cada vez más fuerte, que tiende a crear una lengua independiente, impulso en el que se mezclan el antiespañolismo ya anacrónico y un americanismo que en este punto ha degenerado en nimia patriotería. La propaganda de Alberdi en Montevideo ha cesado hace mu-

cho; problemas de otro orden absorben toda la atención del estadista, ya en Europa. Sarmiento, por su parte, está entregado también al estudio de innumerables cuestiones públicas cuya solución apremia. Y llegamos así al período de las tres presidencias intelectuales, durante el cual, reaccionándose por un momento contra el impulso nacionalista, el cultivo del idioma se hace intensivo, y la línea divisoria que separa la lengua culta del habla popular es tan profunda que no se tiene por educado al hombre que no cuida su expresión cuando habla o cuando escribe. Un celo escrupuloso por la ortografía, por varias ortografías mejor dicho, es en la lengua impresa — no, por cierto, en los manuscritos — el signo exterior de esa preocupación.

El incidente provocado por Gutiérrez con su rechazo del diploma académico pone de relieve un fuerte sentimiento de apego al castellano entre nuestros intelectuales, que mantienen, sin embargo, una aversión decidida al purismo. Fracasa la tentativa que se hace entonces para constituir entre nosotros una autoridad de la lengua que nos emancipe de la Academia española y nos lleve tal vez a la creación de un idioma argentino. Esta idea, abandonada ya por Alberdi y por Sarmiento, resueltamente sacrificada por ambos en aras del castellano, está siempre latente en el fondo de nuestro pensamiento; pero no encuentra voceros con autoridad que la prestigien. Francisco A. Berra cree ver que Gutiérrez la apadrina, y Gutiérrez la repudia terminantemente. Mariano A. Pelliza es el único que en esa época escribe, con poca elocuencia y poca decisión, en favor de ella; tal vez, bien analizado el caso, ese escritor, bastante confuso en la exposición de sus ideas al respecto, no está sino contra la intervención académica en nuestro medio; si habla de una lengua propia es subordinándola a la gramática castellana, y de esto resultaría que su única acción en tal momento es proclamar nuestro derecho a ampliar el léxico.

El fracaso de la referida tentativa para darnos una autoridad nacional en materia de lengua no obedece en nosotros a una tendencia a reconocer la autoridad española en ese campo; responde solamente a nuestro interés en no trabar nuestra libertad de acción en el manejo de la lengua de que nos servimos. Pone bien en evidencia este sentimiento la doble polémica.

ca que, con motivo del proyecto de establecer en nuestro país una academia correspondiente de la española, se desarrolla en 1889 entre Rafael Obligado y Juan Antonio Argerich por una parte, entre Alberto del Solar y Mariano de Vedia por la otra. Veinte años después se establece al fin la Correspondiente entre nosotros; y como era de prever, hasta ahora su existencia ha sido sólo nominal, su acción absolutamente nula; y por esto, y faltos también de modelos nacionales, de escritores propios, disertos y estilistas, seguimos sin autoridad alguna en la lengua.

En aquella época está ya en plena actividad la reacción nacionalista contra el cosmopolitismo que, representado por la inmigración de masas enormes, atenta directamente contra nuestro espíritu de nacionalidad. Esta reacción, denominada «el criollismo» en nuestra literatura, busca en la lengua un arma para infiltrar el patriotismo; pero, excediéndose en su campaña, considera que el arma será más eficaz si, en vez de ser castellana, es argentina, y al efecto exhuma la vieja tesis del idioma privativo, y hace intensa propaganda por dar nueva vida a tal quimera. Se relega a un rincón las predicaciones de Echeverría, Alberdi, Sarmiento y Gutiérrez al respecto, en nombre del principio de que las nuevas generaciones saben mejor que las viejas donde les aprieta el zapato. En vano, desde el primer momento, en 1883 y 1885, Vicente G. Quesada y Calixto Oyuela han dicho las cuatro palabras sensatas, la fórmula exorcizante o deprecatoria que habría debido devolver a la tumba esa estantigua; no sucede tal cosa, los idiomólogos han galvanizado al fantasma exhumado, el cadáver parece ser viviente. Son recursos para esta galvanización: oponer la lengua plebeya a la lengua noble; fomentar el gusto por el lenguaje gauchesco, por el guirigay arrabalero y por las jergas gringoeriollas para que las vulgaridades preponderen sobre toda expresión culta; favorecer en la lengua escrita el barbarismo y el solecismo, especialmente los de sello galicando, hasta que uno y otro vicio prevalezcan sobre toda forma de expresión castiza. Mal patriota será el que no hable a lo gaucho, a lo compadrito o a lo gringo, el que no escriba a la francesa o a la diabla. Luego suena otra vez la voz del buen sentido: como las de Quesada y Oyuela poco antes, es una voz aislada, disonante en el concierto general; en 1889,

Del Solar expone las razones científicas, políticas y estéticas que abogan por el mantenimiento del castellano en América. Nadie lo escucha. Y poco después, en 1891, por tercera vez trata de hacerse oír la cordura: el ministro de instrucción pública Carballido declara oficialmente que aquí no hay más idioma nacional que el castellano. Pero la voz de Carballido se ahoga en la barahúnda que arman los idiomólogos. En vano también tratan Obligado y Oyuela, en 1894, de imponer a la turba el respeto al castellano, con sus loores a éste en el Ateneo.

La consecuencia de esta campaña de cerca de veinte años es que la línea divisoria que separa la lengua noble de la plebeya queda totalmente borrada, y sobre el profundo foso de antes se levanta un terraplén del que hacen campo de acción los escritores indisciplinados que caracterizan la época; y el fruto de esa campaña viene a cuajar al fin del siglo en el libro de Abeille, que proclama científica la corrupción del castellano entre nosotros. Un solo escritor nuestro, Carlos Olivera, se atreve a aplaudir este libro, por su espíritu nacionalista. Pero el plan del eriolismo, desembozadamente expuesto y desarrollado en esa obra, provoca de una manera violenta e inmediata la reacción del buen sentido. Paul Groussac, Miguel Cané, Ernesto Quesada y Mariano de Vedia son los portavoces de la protesta que en nuestros círculos intelectuales levanta semejante atentado contra la cultura de un pueblo civilizado, porque ese libro propone el abandono de la lengua noble y el fomento de la plebeya en su reemplazo. Más tarde Ricardo Rojas y Juan B. Terán tienen también ocasión de condenar resueltamente la monstruosa tesis.

• • •

Con este retorno del buen sentido se inicia, al empezar el siglo actual, el período en que estamos todavía, durante el cual nuestros pensadores más autorizados tratan de decidirnos a que nos abracemos al castellano como a cosa propia, para cultivarlo con arte. Roberto J. Payró en 1900, Eduardo Wilde en 1904, Leopoldo Lugones en 1910, Manuel Gálvez en 1913, Ricardo Rojas en 1917 y E. J. Weigel Muñoz en 1919, se han distinguido entre estos apóstoles de la buena doctrina, y voy a transcribir aquí sus palabras para contribuir a la divulgación de la saludable enseñanza que imparten.

En el prólogo del *Montaraz* de Leguizamón, Payró, escritor que une a la elevación de ideas y a la profundidad de observación una sensibilidad artística que lo lleva naturalmente a la expresión disertada y galana, ha dictado a nuestros literatos esta regla de procedimiento con respecto al uso discreto de la lengua vulgar en el manejo del castellano: « Una obra nacional no exige, para serlo, estar escrita en nuestra jerga vulgar; aunque puesta en boca de los personajes contribuya a pintarlos, y sea como el toque último del pincel, que hace exclamar ante el retrato de una persona: « ¡Está hablando! ». Este es, en efecto, un elemento de manera alguna despreciable, y que han usado cuantos escritores de costumbres viven a través de los tiempos. Un gaucho, naturalmente, no puede, ni en la ficción, hablar en correcto castellano, y el escritor que quiera evitar el uso de su jerga tiene que renunciar al diálogo y sus atractivos, y limitarse a hacer siempre fríos e incoloros extractos. Pero la descripción de lugares y escenas, la pintura de sentimientos y pasiones, no requieren elementos extraños al idioma, mientras no se trate de cosas no ya sólo peculiares sino « únicas »; y, por el contrario, ostentan más brillo, plenitud y eficacia si para su ejecución ha servido el instrumento perfeccionado y afinado por el uso de los siglos. No emplear el rico lenguaje, sonoro y sugestivo, que debe suponerse en poder del escritor, primera condición para que lo sea, es disminuir voluntariamente el número y la calidad de los lectores posibles, pues la obra así ejecutada tendrá estrecho campo en que desenvolverse; como es, también, desdeñar el extraordinario relieve que dará el contraste a los personajes que se expresen con su terminología usual, comprensible ya para todos, gracias a las líneas generales que la han precedido ».

Wilde, en *El idioma y la gramática* (*Anales de la Facultad de Derecho*, V, 105) interesante análisis demostrativo de la falta de filosofía, de lógica y de sentido práctico de los gramáticos y lexicógrafos del castellano, dice esto: « Estoy conforme en que el idioma nacional sea el español bien hablado. . . como lo habla la gente culta en España, en América y en cualquier otro país cuyo idioma sea el castellano o español: en España con los modismos españoles, en América con los americanos, y en Filipinas con los propios del país, porque en cada parte será

el uso hablar así, y el uso es la ley ». Pero no cede al vulgo el cetro de la lengua, y en consecuencia agrega esto otro: « Con lo expuesto quedan condenados los abusos que comete el pueblo soberano contra el lenguaje, y reconocidos, creo también, sus derechos a modificarlo en cierta medida y con sujeción a determinadas leyes de filología, lógica e índole, que conserven el aire de familia ».

Lugones, en su *Didáctica*, vasta obra erudita tendiente a reformar de raíz nuestra abominable pedagogía oficial (principalmente política) y profesional (generalmente rutinaria) dice que el idioma, el lenguaje, es la estructura visible, la caracterización, de nuestro espíritu, y hablando es como el hombre revela la calidad del suyo (pp. 293, 332); declara que las causas de la corrupción del castellano entre nosotros son los malos textos y los malos métodos de enseñanza (67, 250) nuestra incultura intelectual (210) la inmigración cosmopolita (253, 394) y las lecturas en lenguas extranjeras (256); presenta el método científico y racional para la enseñanza del idioma (cap. XIII); expone las razones de orden social y político que hacen necesaria esa enseñanza en forma satisfactoria (cap. XX) y con tal motivo formula estas acertadas reflexiones: « La posesión del idioma es esencial en la constitución de la patria. La uniformidad del idioma expresa la solidaridad espiritual de la patria, así como su corrección manifiesta la dignidad del espíritu. Este se vuelve perceptible, en efecto, por medio del idioma, que, al ser su expresión sensible, reacciona sobre él, como el ejercicio de los miembros de relación sobre el organismo, comunicándole su nobleza o su grosería. Si la patria es ante todo una cuestión de espíritu, y éste se manifiesta corrientemente por medio del idioma, la integridad de dicho órgano representa la integridad de la patria. Por esto es su idioma lo que primero imponen las razas conquistadoras; y mientras no lo hacen, consideran inconclusa su conquista. Las naciones mejor constituidas son también las que hablan mejor; y es fácil observar en la historia que todo grave trastorno nacional viene inmediatamente antecedido por una deformación del idioma. Todo progreso fundamental requiere y crea asimismo nuevas palabras. Nótese lo que ha ocurrido con los verdaderos dialectos científicos engendrados por la psicología y por el desarro-

llo de las ciencias naturales, especialmente la química. El idioma justo y preciso enseña a pensar con claridad y con estrictez. Una vez puesto en esta vía, el hombre desea extenderla. El dominio relativo de un instrumento tan poderoso sugiere la idea de perfeccionarlo. Hállase pronto una elevada satisfacción en expresar bien lo que se piensa, para hacer participe de ello al mayor número; pues la civilización no es, al fin y al cabo, más que un progreso de comunicaciones. Todo cuanto el hombre trabaja, goza, padece, proyecta y sueña, necesita hablarlo. Además es una prueba de buena educación el aseo del lenguaje; por esto nada mortifica tanto al rústico como su torpe vocabulario. El hombre que habla bien se hace simpático; lo cual es otro acto efectivo de solidaridad. Y así, mejorado por el uso de un idioma culto, el ciudadano se vuelve más capaz de constituir, junto con sus demás compatriotas, una patria mejor también. Necesario es vigorizar mucho la acción de la escuela en este punto. La inmigración cosmopolita tiende a deformarnos el idioma con aportes generalmente perniciosos, dada la condición inferior de aquélla. Y esto es muy grave, pues por ahí empieza la desintegración de la patria. La leyenda de la torre de Babel es bien significativa al respecto: la dispersión de los hombres comenzó por la anarquía del lenguaje. Mientras tanto, poseemos uno de los idiomas mejor acondicionados para prosperar, por su facilidad y su riqueza analítica. De aquí dimana que los extranjeros aprenden a chapurrearlo muy pronto, y hasta usarlo con preferencia. He ahí un precioso elemento de asimilación que ningún país inteligente desdeñaría, y una razón más para defenderlo de hibridaciones destructoras. La comunidad de los espíritus, que constituye esencialmente la patria, es asunto de comunicación espiritual. Su integridad depende de la armonía que esa comunicación produce. Su progresiva superioridad, del carácter también superior de esa armonía, determinada por el ejercicio del instrumento que la produce. La entidad Patria, compuesta, como el hombre, de cuerpo y de espíritu, denomina estos dos elementos imprescindibles: territorio e idioma. Uno de los dos que falte, ocasiona su desaparición ».

Gálvez involucra el amor al castellano en la doctrina que nos recomienda en *El solar de la raza*: el apego a la tradición

espiritual de nuestros antepasados peninsulares. Declara que escribe este libro para « propagar afecto a España, de lo cual resultará el amor a nuestra raza, que tantos *snobs* posponen a la raza anglosajona; y el amor a nuestro idioma: el más bello, el más sonoro, el más rico y el más viril de los idiomas modernos ». Y aunque el autor no predica con tal motivo el culto de la lengua, de una manera directa, en forma preceptista, todo ese libro suyo aboga elocuentemente por el uso correcto del castellano, al ofrecer el ejemplo de una prosa rara entre nosotros por su relativa pureza gramatical y léxica, y muy expresiva por lo tanto, sobre todo cuando tiende a hacerse castiza para adaptarse mejor al tema, a los efectos del colorido local.

Weigel Muñoz, en un artículo de la *Revista de Derecho, Historia y Letras* (LXII, 489) que revela bien su afición al estudio de la lengua, establece esta norma: « Creo que los argentinos debemos contribuir a conservar en la lengua nacional las condiciones de fluidez, transparencia y armonía que ostentó en el siglo de oro de las letras españolas, y continuó reflejando en los siglos posteriores hasta el décimonono ».

En cuanto a Rojas, en *Historia de la literatura argentina*, la idea del singular privilegio que la herencia del castellano representa para nosotros despierta en su mente estas reflexiones, en las que habla a la vez el poeta y el pensador, el crítico y el educador: « Por el idioma, donde queda la memoria de las civilizaciones, nuestro pueblo se emparenta a las nacionalidades más ilustres de Europa, y nuestra literatura pertenece, cualesquiera que sean sus rasgos diferenciales, al tronco glorioso de las literaturas romances y las tradiciones arias, o sea a esa brillante cultura del Mediterráneo que comenzó con el esplendor del genio griego; antepasados son éstos, que pueden enorgullecernos porque la especie humana alcanzó allí las cimas del arte, pero que deben sobre todo esforzarnos para merecer tal progeñie, por el uso que sepamos hacer del bello idioma que a esa estirpe debemos » (I, 148).



La influencia de estos pensadores, y de los demás que, con su precepto o ejemplo, predicán como ellos el evangelio auténtico de la lengua, ha hecho que, en la masa de nues-

tros escritores indisciplinados, se haya formado ya una línea divisoria que deja a unos del lado de la cultura y a otros del lado de la eterna rebelión populachera. Los escritores plebeyos conservan sus posiciones en el teatro, en el diario y en el semanario; pero ya no aspiran a ampliar su círculo. Los bárbaros siguen acaparando las traducciones, que, por consiguiente, siguen siendo bárbaras. El gobierno muestra una indiferencia olímpica a la cuestión de la enseñanza de la lengua en las escuelas; los problemas políticos y económicos son su obsesión invencible. La prensa descuida el estilo de sus cronistas, que tienden a plebeyarla exagerando los títulos a la yanqui y usando altisonancias en el texto; cuida sólo el lenguaje de sus redactores principales. En las revistas de estudio y en las literarias campa soberanamente el galicismo de vocabulario y de sintaxis. En fin, son muy contados los libros en que se respeta la gramática y el léxico. Todo lo cual demuestra que no se desarraiga en veinte años lo que se ha estado cultivando intensamente durante cerca de un siglo.

Ahora bien: si este momento de transición va a llevarnos otra vez a la anarquía o va a entregarnos al régimen en materia de lengua, cuestión es ésta que sólo podría resolverse hoy por cálculos conjeturales. Pero, si se considera que, desde que la nacionalidad argentina existe, se advierte en ella un apego natural a las mejores formas de cultura, cuyo primer exponente es el lenguaje, cabe esperar que el pueblo argentino cuidará su lengua cuando lo dejen tranquilo los problemas relacionados con ella, del género de los que han estado perturbándolo desde que es libre. Si ya no tenemos que luchar con el españolismo de aquende y de allende, si hemos ganado ya nuestra batalla contra el purismo de los pretendidos «amos» del castellano, si ya están conjurados los peligros del cosmopolitismo entre nosotros, si nuestra madurez de juicio nos ha convencido al fin de que no es posible formar idiomas por artificio, y de que el bien entendido patriotismo nos aconseja hacer universal, más bien que regional, la lengua de nuestros escritores, para que los conozca y aprecie el mayor número, estará cerca ya el momento de que, abriendo los ojos a la verdadera luz, resolvamos agarrar firmemente y ampliamente, en un solo y fuerte abrazo, al castellano y a sus fuentes clásicas y primitivas, a sus

retóricos y gramáticos y lexicógrafos de todos los tiempos, a sus escritores de hoy, de ayer y de anteayer, sea su escuela literaria cual fuere; y haciendo así cosa muy nuestra toda esa masa, asimilemos de ella lo que más convenga a nuestro espíritu americano, y levantemos muy alto una lengua tan suficiente, tan apropiada y tan bella para la expresión de las ideas y de los sentimientos de un continente entero, que la Historia pueda decir mañana que el castellano nació en Castilla, se formó en España y se perfeccionó en América. Estamos ya en esto; y cada día resulta más fundada la afirmación hecha por Obligado en su inspirada proclama doctrinaria *Sobre el arte nacional* (*La Nación*, 30 junio 1894): «La lengua española ha cambiado de genio; el pampero ha soplado en ella». Tan así es que Terán, al comentar en *Estudios y Notas* la observación de Groussac: — que nuestra literatura tiende ahora a la propiedad del lenguaje, es decir, hacia el español castizo — ha escrito las siguientes reflexiones: «Me he preguntado, en presencia de este argumento con intención de decisivo, si no es él mismo la prueba última de que asistimos a una nueva evolución lingüística. ¿Este esfuerzo de castización no demuestra un vigor intelectual mayor, que endereza el sureo de la labor hacia el campo fecundo de los orígenes latinos, para renovar la savia de las ramas secas? ¿No es también nuevo lo viejo que se anima con un soplo sano y juvenil? ¿no será nueva la lengua castellana esclarecida, iluminada con el renacimiento del *verbum* latino? Después de dispersado en las lenguas romances, y al cabo de muchos siglos, parece que tentara una recomposición ideal, por un proceso inverso al de dispersión — de síntesis — para fundar el nudo de un nuevo cielo trascendental en este lejano país, en que se reúnen, como en una cita histórica, los hijos de la civilización latina y herederos de su genio».

De modo que, si al fin llegara ese momento, el de sentirnos libres de toda prevención contra el castellano, veríamos que el progreso de nuestra patria exige ante todo la educación intensa del pueblo, y que no hay educación posible si el instrumento principal de ella no es válido, si no poseemos una lengua común que sea una sola en todo el país, un verdadero idioma nacional, capaz de imponerse a todas las hablas regionales y

a todas las jergas locales por la corrección de sus giros, estos, de sus formas lógicas, y por la exactitud, variedad y belleza de su vocabulario. Entonces la solución vendrá sola. Se invertirán los términos actuales: el gobierno difundirá las escuelas; los maestros enseñarán prácticamente la gramática y el diccionario; la prensa enidará su elocución; en el habla y en la escritura el lenguaje volverá a dar la medida de la cultura individual y social. Toda la vida hemos sido puleros en lo que se refiere a ortografía, hemos considerado incultura los errores de ese género. Pues bien: en la nueva era nos chocará igualmente vernos, como nos hemos estado viendo durante más de un siglo: con los pies embarrados por el lodo gringo (el francés especialmente, glutinoso y pegajoso como légamo) y con los cabellos desgredados por nuestro oxigenado pampero americano, que nos hace aspirar con ansia ráfagas de libertad extrema, más comburentes que vigorizantes de nuestros principios vitales.

La lengua misma

En su *Historia de la literatura argentina*, Ricardo Rojas considera que, antes de hablar de literatura argentina, debe empezar por establecer cuáles son los elementos que concurren a formar nuestra característica nacional y a poner por eso a nuestras letras un sello distintivo, el sello argentino. En consecuencia, nos dice ante todo qué tierra es la nuestra, qué raza es la nuestra, qué lengua es la nuestra. Gracias a este celo por la verificación de los principios, preocupación que es la piedra de toque del escritor probo, tenemos en esa obra un ensayo de filología argentina; esto es, la aplicación del método científico al análisis de los orígenes de nuestra lengua, al estudio de la evolución que adapta a nuestra tierra el castellano de nuestra raza.

Dicha brevemente, ante la necesidad de reducir tan valioso estudio a sus conclusiones principales, la evolución ha sido ésta.

A mediados del siglo XVI, al fundar sus primeras poblaciones en el territorio hoy argentino, los colonizadores españoles encuentran aquí tres lenguas indígenas regionales, el quichua, el guaraní y el araucano, que tienden a suplantar a un sinnúmero de hablas locales comarcanas. Fomentada desde un principio esta tendencia por los misioneros cristianos, que tratan de simplificar el medio de comunicación espiritual con los indios, esas lenguas menores desaparecen en breve, y de ellas no quedan en el castellano sino los pocos nombres que registra la toponomástica argentina. En cambio, decididamente ayudados en su expansión por las misiones jesuíticas, el quichua y el guaraní se extienden cada vez más, hasta hacerse, en sus respectivos centros, Santiago del Estero y Corrientes, la lengua también de los descendientes de los colonizadores españoles; por eso, durante la Revolución, los principales manifiestos, proclamas y decretos se traducen al quichua, al guaraní,

al araucano y también al aimará, hablado en la linde boliviana.

Hoy día tienden a desaparecer, eliminadas por el castellano, todas las lenguas indígenas de nuestro suelo, inclusive las que tienen por hábitaculo el Chaco, la Patagonia y la Tierra del Fuego. Pero, por el momento, subsisten todavía. En Santiago, el quichua es aún el intérprete de una literatura copiosa; más de 100.000 argentinos, cifra conjetural, lo practican en los usos diarios de la vida, aunque casi todos hablan también el castellano « que sus padres y abuelos ignoraban ». El quichua es la lengua del gaucho santiagueño, « hermano espiritual y consanguíneo » del gaucho del litoral, esto es, un mestizo cuya progenic denuncia, entre otros rasgos, el hibridismo de sus coplas, en las que alternan o se funden el quichua y el castellano. Este hibridismo consiste en la asimilación de raíces extranjeras para imponerles desinencias propias, en la formación de compuestos con raíces bilingües, en la alternación de versos en uno y otro idioma, y en la adición ornamental al verso propio de una rima o de un estribillo extranjero. Pero este hibridismo no es un signo de corrupción del castellano; al contrario, muestra la degeneración progresiva de la lengua indígena, que, no enseñada en las escuelas, acabará por extinguirse.

El quichua, el guaraní y el araucano han influido en la siguiente forma en la fonética y en el vocabulario del castellano. El quichua ha dado al habla de los santiagueños, de los tucumanos y de los salteños sus ceses muy sibilantes, sus fuertes articulaciones dentales y guturales, su aspiración impropia de la vocal inicial de algunas sílabas, su tendencia a la acentuación grave de todas las palabras, lo que genera frases de cadencia poco variada, porque el quichua es lengua de escaso vocalismo. El guaraní en Corrientes y en las regiones comarcanas ha alterado principalmente, por la influencia de su rico vocalismo, lo que la prosodia llama « inflexión », que es « acento » en la lengua literaria, y « dejo » en la popular, y ha hecho típico por su melodía el castellano de esa zona; además, mantiene en él sus resonancias nasales y entrecorta la frase con vagas aspiraciones.

En cuanto al vocabulario, las tres lenguas han introducido en el castellano buen número de vocablos descriptivos de la

flora, de la fauna, de la topografía y de la industria regionales, y han originado la formación de algunos compuestos híbridos, de raíz indígena y terminación castellana. Refiriéndose a esta influencia en el vocabulario, dice Rojas que la eufonia indígena caracteriza los nombres de nuestra tierra tanto como los de nuestras hazañas más gloriosas: *Chacabuco* y *Suipacha*; los de nuestras costumbres más genuinas: el *mate* y el *poncho*; los de nuestros animales más simbólicos: la *llama* y el *cóndor*; los de nuestros paisajes más hermosos: el *Iguazú*, el *Nahuel Huapi*, los valles del *Aconquija*.

Rojas pasa de esto a establecer cuál fué el castellano introducido aquí por los primeros pobladores, y por los que fueron llegando tras ellos durante el período de colonización. Al efecto, ha escudriñado en nuestros archivos un acervo de actas capitulares, procesos de inquisición, sumarios judiciales, informaciones, relaciones, cartas y probanzas; ha estudiado a la luz de la filología romance las particularidades del texto de tales documentos, y ha llegado a esta conclusión. Que muchos de esos documentos no están escritos en el castellano literario, en « la lengua helada y correcta del siglo de oro », sino en un castellano dialectal de soldados, pícaros, gitanos, aventureros de toda ralea, procedentes por lo común de las provincias marítimas de España: vascos, asturianos, gallegos, andaluces sobre todo, que no hablaban el castellano de Castilla, por tradición materna, ni poseían el castellano de la corte por iniciación literaria; su lengua vulgar, subsistente aún en ciertas regiones peninsulares, era el habla semibárbara anterior al Renacimiento, que seguía entonces en América una evolución paralela a la de España.

De modo que en este suelo argentino hay durante ese período, lo mismo que en España, un castellano literario, el de los doctos y el de los libros, y un habla popular que es « el castellano arcaico demudado por algunos vulgarismos de prosodia y enriquecido por numerosos nombres indígenas ». A principios del siglo XIX el cuadro general de la lengua de nuestro país es éste: « La masa popular de las ciudades habla un castellano incorrecto, barbarizado por regionalismos peninsulares o por contaminaciones indígenas; en las masas rurales de la selva y de la montaña subsisten el quichua, el guaraní, el arau-

cano y el aimará; la necesidad de las comunicaciones con los indios hace que las lenguas indígenas sean aprendidas por los blancos, que las enseñan a sus hijos, y hace también que el castellano se hibride al contacto de ellas; el castellano gramatical generó nuestra literatura escolástica de los siglos XVII y XVIII; el popular dió origen a nuestro lenguaje gauchesco » (III, 6).

Rojas ha estudiado este último; ha hecho al efecto un impropio trabajo de crítica filológica ampliamente documentado, cuya conclusión es ésta: « Podemos científicamente afirmar que el idioma popular de América, el vocabulario de sus literaturas más genuinas, como la gauchesca entre nosotros, no es una degeneración del castellano, y menos aún el germen de un idioma nuevo por corrupección prosódica de sus antiguas raíces castizas ». Y agrega: « Yo no creo que se trate de un idioma distinto del español, ni de la sintaxis de una futura lengua argentina, ni de un factor político indispensable para la formación de nuestra literatura nacional, ni de un medio expresivo de emociones estéticas universales » (I, 159, 517).

He dicho, al empezar, que el estudio de Rojas sobre la evolución de nuestra lengua se limita a los orígenes; como que no tiene más objeto que fundar en base científica la afirmación de que el castellano es la lengua de toda la literatura argentina. Si el castellano ha seguido más tarde entre nosotros una evolución paralela o no a la del castellano de los demás países, ésa es otra cuestión, que Rojas no considera necesario tratar detalladamente en la citada obra; tampoco examina en ella la tesis del idioma privativo, pero se declara en desacuerdo « con casi todos los trabajos que hasta hoy se ha escrito sobre este problema en nuestro país ». Sin embargo, es evidente que repudia la tesis misma desde que afirma que hemos recibido de España el castellano ya formado, y que lo hemos renovado, pero no abandonado ni corrompido, en nuestra literatura; porque, « al reflejar, como es lógico, nuestros cambios intelectuales y sociales, el idioma común se ha teñido de nuevos matices, o se ha enriquecido de nuevas palabras, pero sin dejar de ser el mismo castellano de la metrópoli y de sus colonias, puesto que en su léxico y su gramática persiste aquello que caracteriza la individualidad de un idioma » (II, 642).



Establecidos así los orígenes de nuestra lengua, veamos cuál es el estado actual de ella.

A la primera ojeada, el cuadro es embrollado, la visión confusa. Cuando se nos pregunta de pronto qué lengua hablamos los argentinos, vacilamos mucho en responder. Pasan vertiginosamente ante nuestros ojos, como en un panorama sólo iluminado por relámpagos continuos, nuestras capitales, puertos y colonias, en las que predomina el galimatías cosmopolita de los inmigrantes; las ciudades, pueblos, caseríos, llanuras, sierras y valles poblados por descendientes de los colonizadores primitivos, entre los que subsiste el castellano arcaico, sobre todo en el seno de las familias tradicionales; los viejos campesinos de la región del Plata con su lenguaje gauchesco, y los nuevos con sus jergas gringoeriollas; los bajos fondos de la metrópoli con el lunfardo, y sus arrabales con el guirigay compadrito; Corrientes con su guaraní y Santiago con su quichua, tanto en el habla rústica como en la urbana; las lenguas de los indios del Chaco, de la Patagonia y de la Tierra del Fuego; la prensa extranjera de Buenos Aires, en la que están todos los idiomas europeos y más de uno asiático; nuestros libros cuajados de galicismos. Lo que vemos en el primer momento, en cuanto a lengua hablada, es un castellano casi nunca correcto, ora hibridado con lenguas indígenas, o arcaico, o agauchado, o apalebeyado, o agringado, y todo esto regional o local, nada generalizado; y en cuanto a lengua escrita, un castellano casi nunca castizo y puro, casi siempre afrancesado y antigramatical, en los documentos oficiales, en los libros, en las revistas, en los diarios y en los semanarios.

¿Qué responder, pues? Unos salimos del paso llamando « argentino » a una hipotética fusión de todo eso; sin advertir que no hay mezcla posible de elementos contradictorios, incompatibles, realmente antagónicos. Otros decimos que nuestra lengua no se ha fijado todavía, que está evolucionando; sin advertir que no hay lengua en el mundo que no esté evolucionando eternamente, y no por estar así pierde su nombre. Otros, en fin, decimos valerosamente « castellano » y nos quedamos dudando de haber dicho la verdad. Sin embargo, un momento

de reflexión basta para resolver la dificultad. Nuestro idioma nacional es el castellano; pura y simplemente el castellano: la lengua de los manifiestos, proclamas y decretos de nuestra emancipación, de nuestro himno nacional, de nuestra acta de independencia, de nuestras constituciones, leyes y códigos, de todos los escritores nuestros, poetas, prosistas y publicistas, que han cuidado la forma de expresión. Hay que distinguir entre lengua general, hablas regionales y jergas locales; y la lengua de un país es la general, sean cuantas fueren y cuales fueren las hablas regionales y las jergas locales.

Pero ¿es realmente « castellana » nuestra lengua general? Sí, es castellana en el sentido histórico; no en el sentido político. Castellano histórico es el común a todos los pueblos que hablan la lengua oriunda de Castilla; castellano peninsular es el de los españoles solamente. Nuestro punto de vista americano, diferente por fuerza del hispano, hace esta distinción que para los españoles no existe. Los españoles se consideran « unos » de la lengua, tanto en España como fuera de ella; los americanos consideramos a los españoles tan herederos del castellano como nosotros, por igual título y con iguales derechos. Castellano no quiere decir ya lengua de España; desde que pasó a América ha dejado de significar tal cosa, como dejó de significar « de Castilla » cuando se extendió a toda la península ibérica. A fines del siglo XI el castellano existía ya en su centro, al norte de Guadarrama, cuando los madrileños hablaban árabe o mozárabe todavía; sin embargo, tan dueños son hoy de esa lengua los hijos de Madrid como los de Castilla; por iguales razones, tan dueños de ella somos hoy los americanos como los españoles.

Explicado el sentido de « castellano », paso a lo fundamental. En ninguna parte de la Tierra la lengua general de una nación se habla uniformemente en todos los puntos de su territorio. Los habitantes de un país, baya o no en éste lenguas o dialectos regionales, usan la lengua común, no en su integridad, sino en la parte necesaria para comunicarse fuera de su propio círculo; porque cada comarca, cada población, cada familia podría agregarse, tiene su lenguaje particular dentro de esa lengua general: de un lugar a otro varían la pronunciación y el vocabulario, y de eso resultan jergas unas ve-

ces, y otras veces simples regionalismos. Aparte de esto, en todos los países hay diferencia entre el habla rústica y el habla urbana; y esta última, en las grandes ciudades, se subdivide en habla noble o lengua culta, y en habla plebeya o lengua vulgar, de las cuales se distinguen a su vez el galimatías de los extranjeros y la jerigonza de los maleantes. Sólo en los actos públicos, en los documentos oficiales y en los impresos aparece la lengua general, única común a todos, verdadero idioma nacional. También puede denominarse así la lengua de los escritores disciplinados, respetuosos de la gramática y del léxico, porque éstos, por culto a la belleza y amor a la patria, tratan de propagar y generalizar los regionalismos expresivos, y de hacer prevalecer en los vocablos las acepciones más correctas. Tales escritores son los que en realidad limpian, fijan y dan esplendor a la lengua, y al hacer esto, con su autorizado ejemplo someten el capricho local al consentimiento universal, para que el idioma sea un vínculo que mantenga la unidad del sentimiento patriótico; al par que, excluyendo cuidadosamente de su elocución los barbarismos y los solecismos, cumplen su deber social de educar al vulgo en el lenguaje, para que el nivel de la cultura suba.

* * *

En cualquier parte del mundo esta distinción entre lengua general, habla regional y jerga local basta para establecer cuál es el idioma nacional. Entre nosotros esto no basta; los etimólogos han atribuido a lo regional y local tanta importancia y trascendencia, que es forzoso examinar los diversos componentes que forman la masa heterogénea de nuestras varias hablas para ver si estas diferencias afectan al fondo del castellano, o si son simplemente las alteraciones comunes a todos los idiomas modernos, sujetos hoy a la influencia del mundo entero, porque ni en su forma hablada ni en su forma escrita se encastillan ya dentro de sus fronteras naturales.

La lista de los componentes es ésta: lengua arcaica, lenguas indígenas, hibridaciones, jergas gringoeriolias, lenguaje gauchesco; prensa extranjera, habla extranjera, lunfardo, guirigay arrabalero; la influencia francesa, el culto al barbarismo y al solecismo.

Del arcaísmo mediterráneo no hay que decir sino esto: si en algo influye sobre el castellano no es para desnaturalizarlo, sino, por el contrario, para hacerlo más castizo todavía.

Las lenguas indígenas influyeron ya en el castellano de los colonizadores primitivos, dando a su vocabulario todo cuanto hacía falta para nombrar las cosas propias de este suelo. En ciertas regiones subsiste aún su influencia en la fonética, pero esta influencia es tan leve que nuestros provincianos cultos escriben con la correcta ortografía castellana las palabras que habitualmente pronuncian o acentúan de un modo diferente del que la escritura indica; y tan lejos está de generalizarse esta peculiaridad regional, que entre nosotros es fácil reconocer por la « tonada », esto es, por la dicción y la inflexión prosódicas, la provincia en que se ha criado el que nos habla. « Islas filológicas » llama Rojas con acierto a nuestras lenguas indígenas; y hay que agregar: cada vez más reducidas por la erosión continua que causa en ellas el océano de la lengua general. Dentro de una misma generación pueden notarse cambios sensibles en nuestras inflexiones regionales; últimamente, en la región rioplatense ha empezado a generalizarse en el lenguaje familiar la tendencia a hacer exageradamente larga la última vocal acentuada de la frase, para dar a ésta cierto retintín ponderativo.

Es indudable que las aportaciones hechas por la lengua indígena en su connubio con el castellano quedarán en éste, sobre todo en nuestra toponomástica, y se cumplirá la predicción formulada por Vicente Fidel López en su *Historia de la República Argentina*: « Cuando los siglos se acumulen a los siglos, y cuando nuestro territorio ocupe en el mundo la plenitud de la notoriedad a que se halla destinado, la lengua de los quichuas vivirá incorporada a la celebridad de los lugares que hayan venido a ser famosos por las armas o por las riquezas de nuestro país » (I, 148). También quedará en nuestro castellano « el sinnúmero de raíces con acepciones precisas y bien caracterizadas que el quichua le ha comunicado » (I, 167). Pero la influencia fonética del quichua no tiene por qué perdurar cuando esa lengua haya desaparecido; con ella desaparecerá también « el acento dulcificado y la cadencia que ha dado aquí a la lengua hispanoamericana » (I, 167). Reconozcamos

que la admiración entusiasta de nuestro historiador por lo que llama «civilización quichua» en nuestro territorio lo ha llevado a varias exageraciones, entre ellas a afirmar que «el acento dulcificado del quichua se ha incorporado a la lengua argentina dándole una «fisonomía especial» en el cuerpo mismo del habla española» (I, 178); en primer lugar, la influencia fonética del quichua no es dulcificante; en segundo, es regional solamente. También afirma López que «el castellano del Río de la Plata tomó un cierto tinte de ternura primitiva en el acento característico y en el tono simpático de los yaravís» y agrega: «ése es un rasgo nuestro, un rasgo precioso, que debemos conservar en la lengua propia para consagrar el tipo de nuestro estilo y acabar de fundar así en todas sus fases la estructura completa y propia de nuestra nacionalidad» (I, 178). A mí me parece inaceptable esta invitación a ir a buscar en el canto indígena del extremo norte del país la modulación musical que damos «los del Río de la Plata» a nuestra habla, cuando tenemos más cerca de nosotros al guaraní con su fonética suave y cadenciosa, y en el fondo de nosotros la blandura de alma propia de la raza hispánica (salvo uno que otro rasgo de ferocidad en su historia) que ha hecho del castellano la lengua más hipocorística del mundo, la más rica en terminaciones diminutivas. En cuanto a la confusión que hace López, en los pasajes transcritos, de las denominaciones: «lengua hispanoamericana», «lengua argentina», «castellano del Río de la Plata» y «lengua propia», para explicarla basta decir que en 1880, cuando el autor escribía su obra, el criollismo no existía aún, y en consecuencia no era menester cuidar mucho la adjetivación de nuestra lengua, porque entonces el nombre no hacía la cosa, como sucedió después. López no estuvo nunca por el idioma privativo, aunque fué toda su vida enemigo jurado del purismo. He aquí lo que escribió al respecto en sus años juveniles, en la forma perentoria y en el tono agrio que eran su característica: «Una vez por todas advertiré: que, con acierto o sin él, mi sistema es escribir en la lengua culta que usamos los argentinos. Desde que yo sea entendido por ellos, no tengo que pedirle licencia a la Academia de Madrid para usar palabras nuevas que todos usamos cultamente y que tienen una acepción

propia, clara y establecida entre nosotros... Los bobos pueden pensar ahora lo que quieran de mi vocabulario».

Las hibridaciones del castellano con lengua indígena son regionales también, como la influencia fonética, y propias solamente de la casta que ha surgido entre el blanco y el indio, por cruzamiento, o por tendencia del blanco a la barbarie, lo que es raro, o del indio a la civilización, lo que es común. No hay vida posible para una lengua, más que aglutinante, polisintética, junto a una lengua flexional; y el hibridismo de ambas no representa una contaminación ni una infiltración, como bien lo ha visto Rojas, sino una lucha a muerte por la vida, conflicto en el cual, si el castellano se mantiene con la civilización, la barbarie caerá al fin con su lengua.

Representan esta misma lucha nuestras numerosas jergas gringoeriollas, manajo de injertos en cepa gaucha de todos los dialectos italianos y de algunas lenguas europeas, el ruso entre ellas. La inmigración introduce aquí gente que se esfuerza por hablar el castellano; los elementos educados consiguen hacerlo con una corrección relativa, los analfabetos crean un galimatías inteligible sólo para los oídos avezados. Estas jergas no influyen en la lengua común. Si alguna vez se oye una de sus expresiones en nuestro lenguaje familiar es porque se repite por mofa o befa. Y dentro del círculo inmigrante, es frecuente el caso del hijo criollo o acriollado que acaba corrigiendo o ridiculizando al padre o a la madre por su media lengua, signo de su inferioridad social irremediable. Es corriente presentar la inmigración como una causa de la corrupción de la lengua entre nosotros. No debe repetirse esa afirmación porque extravía: parece decir que, mientras haya aquí inmigración, veremos corrompida por fuerza nuestra lengua. La causa directa de la corrupción no está en los inmigrantes sino en la insuficiencia de nuestras escuelas para ellos, tanto para los adultos como para sus criaturas. Véase la curiosa política de nuestros legisladores al respecto, en el doble fracaso, en 1894 y en 1896, del proyecto de ley Gómez sobre uso obligatorio del castellano como instrumento de enseñanza en las escuelas.

El lenguaje gauchesco tiende a seguir la suerte del gaucho ya desaparecido; a éste lo está reemplazando el inmigrante

analfabeto, y a aquél la jerga gringoeriolla correspondiente. En consecuencia, ese lenguaje no se extiende, se reduce; y entretanto no influye en la lengua común: ninguna persona culta ha hablado nunca como gaucho, ningún escritor ha usado nunca el gauchesco como lengua propia. Dicho sea de paso, el lenguaje gauchesco real es uno, y el de los escritores gauchescos es otro; aquél era natural, éste es artificial. Así lo ha afirmado Sarmiento, con las obras de Aucasubi y Del Campo por delante, « pues nuestros gauchos no han estropeado tanto la lengua como lo hicieron ellos por dar en sus escritos una mejor idea del *slang* argentino, porque *coló* sería mal dicho » (*Obras*, XLIII, 245). En efecto, basta comprobar las contradicciones de su sistema de metaplasmos, irreducibles a leyes determinadas, para descubrir el artificio: tenemos *campiar* por un lado, y *cambear* por el otro; *engroso*, y lo contrario, *mucnto*; *cencia* y *tiempla*; *augar* y *sepaltura*; *debrá* y *valerá*; *dóldrá*, *quedrá*, y sin embargo, *olcrá*, *verá*. Suprimidos estos artificios, y los vocablos indígenas castellanizados por los colonizadores españoles, y las adaptaciones de numerosas voces lusitanas comunicadas por nuestros vecinos del Brasil, el lenguaje gauchesco queda reducido a simple castellano arcaico, de lo más castizo y de lo más incorrecto a la vez: es una especie de castellano andaluzado.

La prensa extranjera circula sólo dentro de los respectivos grupos connacionales, así como el habla extranjera existe únicamente dentro de las cuatro paredes de la casa, o a lo sumo, dentro del radio de la colonia respectiva; por esto no hay influencia de ellos que trascienda al exterior.

El lunfardo, lenguaje de los maleantes, que Ernesto Quesada, en *El criollismo*, considera « típicamente español », y el guirigay compadrito, jerga de los arrabales, en la que, tal como Fray Mocho la presenta, Unamuno cree estar oyendo el habla andaluza, son lenguajes confinados a un círculo estrecho. Como en el caso de las jergas gringoeriollas, si alguna vez se oye en nuestro lenguaje familiar alguna de las expresiones arrabaleras o lunfardas es porque se repite por mofa o befa; aparte de que aquí también, como en todos los pueblos, al habla plebeya recurre, precisamente para marcar el contraste, la persona culta que quiere poner una nota pintoresca en su dis-

curso. Sólo el escritor plebeyo usa corrientemente el lunfardo, el guirigay arrabalero y las jergas gringoeriolas, como medio infalible de captarse las simpatías de la plebe, que se siente en la gloria al ver en letras de molde sus sandeces.

Resumamos. Nada de lo que antecede afecta al fondo del castellano, fuera del arcaísmo mediterráneo, que lo hace más castizo; las lenguas indígenas, en plena decadencia, ejercen una influencia cada vez menor sobre la lengua vulgar, y esta influencia es sólo regional; las jergas gringoeriolas, habla de los inmigrantes, no influyen en la de los elementos autóctonos, que no ven en tal lenguaje sino un signo de inferioridad, y lo remedan por burla o insulto; el lenguaje gauchesco, libre de la parte léxica absorbida ya por la lengua común y reducido a simples barbarismos de prosodia, representa en la región del Plata el habla rústica, que es un castellano andaluzado; la prensa extranjera y el habla extranjera limitan su acción a los respectivos círculos; el lunfardo, lenguaje de los bajos fondos, influye en la jerga arrabalera, que es el habla plebeya, propia de los suburbios de toda gran ciudad, en todos los países y en todos los tiempos. Es indiscutible que el habla plebeya y el habla rústica influyen en la lengua vulgar, y ésta en la lengua culta; pero ése es un fenómeno universal, de todos los pueblos y de todas las lenguas, y no exclusivo del castellano en nuestra tierra.

Analicemos ahora los dos elementos restantes, que alteran principalmente la lengua escrita y literaria: la influencia francesa y el culto al barbarismo y al solecismo.

La influencia francesa se hace sentir intensamente en la mayor parte de nuestros escritores. El hecho se debe ante todo a la necesidad de recurrir a textos franceses o afrancesados para los cursos de enseñanza elemental, secundaria, superior y universitaria. También, como en el caso de la inmigración, es corriente presentar esta necesidad como una causa de la corrupción de la lengua entre nosotros. De modo que también diré aquí, como en el caso de la inmigración, que no debe repetirse esa afirmación, porque extravía: parece decir que, mientras esa necesidad subsista, veremos corrompida por fuerza nuestra lengua. La causa directa de la corrupción no está en tal necesidad sino en la insuficiencia de nuestras escuelas

para la enseñanza del castellano; porque, para la mayor parte de nuestros pedagogos oficiales, esta lengua, por ser nuestra, la traemos al mundo con nosotros, del vientre de la madre, requetesabida. La verdad es que, por no haberla estudiado nunca, la ignoramos siempre.

Vuelvo al tema. Nuestro castellano está plagado de galicismos de vocabulario y de construcción; esto es innegable. Pero también es innegable que el francés plaga hoy todas las lenguas, y el castellano sufre de ese mal en toda América y en España misma. De modo que, si la influencia francesa llega a transformar el castellano, los argentinos no podremos atribuirnos sino el mérito mínimo de haber contribuido en parte a ello; no podremos reclamar el de haber sido los únicos en la empresa, ni siquiera el de haber lanzado la idea, porque, antes que nacíéramos nosotros a la independencia, desde hacía casi un siglo, desde los tiempos de aquel célebre renegado de su lengua, que se llamaba padre fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro, ya estaba el francés estropeando al castellano.

El barbarismo y el solecismo en forma impresa corrompen también la lengua entre nosotros. Hacemos gala de crear neologismos inútiles, ora empleando el extranjerismo en vez del vocablo castizo, ora forjando a troche y moche derivados cacofónicos en reemplazo de la voz genuina que ignoramos, ora causando desviaciones semánticas porque la pobreza de nuestro vocabulario escrito, lo mismo que la de nuestro vocabulario oral, nos obliga a acumular acepciones en los contados términos que usamos. Aparte de esto empleamos al azar las preposiciones y hacemos a la buena de Dios la concordancia del subjuntivo con el indicativo y potencial. Además tenemos al francés un amor tan ciego que no nos permite ver ni la indigencia de su construcción directa y rígida, en comparación con la variable y flexible construcción del castellano, ni la insuficiencia de su caudal de terminaciones nominales y flexiones verbales, y su necesidad consiguiente de adjetivos, pronombres y verbos auxiliares, recursos supletorios que repetimos innecesariamente en nuestra lengua en desmedro de la brevedad de expresión, y de su mayor desenvoltura y eficacia. Pero esta forma de corrupción tampoco es privativa nuestra; la tarea que pesa sobre los gramáticos en todo país de habla

castellana es única en el mundo. De modo que tampoco en este sentido estamos haciendo nosotros con el castellano algo que con esta lengua no hagan todos los que la hablan.

• • •

De este análisis resulta, pues, que nuestra lengua es el castellano. Pero esto no quiere decir que el castellano se use aquí lo mismo que en España. La naturaleza no es idéntica en ambos países, y tampoco son iguales las tradiciones, ni las costumbres, ni los ideales de los respectivos pueblos; en consecuencia, así como este suelo no es español, y nuestra historia, nuestra vida y nuestra fantasía no son las españolas, en nuestra manera de usar la lengua tampoco somos españoles. Ahora bien: la manera de usar una lengua no la transforma en otra; consiste en un sistema de preferencias léxicas y retóricas que en nada afectan al fondo del idioma, porque no tocan la fonética, ni la morfología, ni la sintaxis.

Una comparación entre ambos usos, destinada a precisar las diferencias, impone la eliminación preliminar de todo regionalismo y de todo localismo, allende y aquende. Estos rasgos son diferentes por simple definición, como que son privados; y sólo la comparación de los caracteres comunes es lo interesante. Por tanto, hay que hacer a un lado, por nuestra parte, el castellano arcaico mediterráneo, las lenguas indígenas, sus hibridaciones en la lengua común, el lenguaje gauchesco, las jergas gringoeriolas, el lunfardo y el guirigay arrabalero; y por la parte de España, las lenguas regionales, los dialectos, las infiltraciones de unas y otras hablas en la lengua común, las jergas campesinas, la germanía y el caló. El tipo de comparación es, pues, la lengua común, hablada y escrita; pero también hay que hacer a un lado, con respecto a ella, los barbarismos y los solecismos de allá y de acá, y los regionalismos de fonética y de vocabulario, y a veces de sintaxis, que existen tanto entre los españoles como entre nosotros. De modo que tampoco entran en la cuenta los dejos provincianos, los cecos, siseos, gangueos, aspiraciones y guturaciones regionales, ni los vocablos, acepciones, locuciones y modismos de uso más o menos local. Porque la comparación debe hacerse entre lo que es general y al mismo tiempo correcto; en una palabra,

entre lo que está representado allá y acá por el habla culta y por el lenguaje literario, nacionales uno y otro, no regionales ni locales.

Circumscripτα la comparación dentro de este límite, diré que nuestras personas cultas no dan la debida pronunciación a la ve, a la ce suave, a la zeta, a la equis, a la elle ni a la ye; por lo común, la ve suena como be, la ce, la zeta y la equis como ese, y la elle y la ye tal como sonaban en castellano antiguo la jota y la ge llamada hoy fuerte. Además, suprimen en su dicción toda « de » final, y esta misma letra en la terminación « ado »; y en ciertos casos callan la « ese » terminal. Pero es curioso el hecho de que esta serie de inobservancias a los preceptos ortológicos se advierte igualmente en España. Según T. Navarro Tomás en su *Manual de pronunciación española*, allá sólo los escrupulosos y los afectados pronuncian la ve debidamente (p. 68) en varias regiones la ce suena como ese (70) de acuerdo con la tradición, e igual sonido se da a la zeta (70) y algunas veces a la equis (110); en Andalucía, en Madrid y en otras poblaciones castellanas la elle se convierte en ye (105); en fin, también se advierte en ese país la tendencia general a suprimir toda « de » final (79) y entre los andaluces y otros provincianos la « ese » terminal (82) y en todas partes la « de » en la terminación « ado » (77). Por consiguiente, en cuanto a la fonética de nuestro castellano en boca de las personas cultas, no hay entre nosotros particularidad alguna que no sea común a España.

Lo que distingue al español culto del argentino culto, en el caso hipotético de que ni uno ni otro tuvieran deajo provinciano y de que ambos coincidieran en las antedichas transgresiones prosódicas, es que el argentino practica muy poco, o no practica absolutamente, el expresivo y pintoresco lenguaje familiar castizo. La inmigración cosmopolita nos ha hecho perder del todo, en nuestros principales centros de población, esa gala sin par del castellano, su original florecencia de cuadrisílabos burlescos (paroxítonos aliterados y deliberadamente cacofónicos) que hace que en esta lengua muchas cosas tengan tanto un nombre como un mote, y su preciosa variedad de locuciones y frases hechas, que son ponderaciones jocosas, símiles festivos o metáforas graciosas, verdaderas flores, todo eso,

del ingenio de nuestros antepasados peninsulares, buenos hombres (en la vida doméstica) repletos de filosofía natural, henchidos de jovialidad y rebosantes de malicia bien intencionada. Este es un lenguaje que, por desgracia, cuando no se aprende en la cuna no se aprende jamás en la vida. Nuestros escritores de costumbres deberían, sin embargo, hacerlo revivir discretamente. Porque, en nuestro esfuerzo por suplir ese recurso necesario, apelamos a una que otra expresión gauchesca, que refleja bien ese espíritu chacotero de la raza; pero el acopio es insuficiente, y las más de las veces caemos, buscando lo pintoresco, lo burlesco, lo jocoso, lo festivo y lo gracioso, en el inexpresivo y chocante guirigay arrabalero.

También nos distingue de los españoles, en el uso de nuestro idioma común, otra particularidad. Nosotros no hacemos alarde en la conversación de volubilidad de lengua, no incurrimos en la garrulidad mareadora ni en la verbosidad huera y campanuda. Tratamos de probar nuestro dominio del castellano eligiendo acertadamente el vocablo o el giro requerido, directamente, sin tanteos, y nos parece nimio hacer de eso un pretexto para presentar una ristra de sinónimos o equivalentes. Tampoco «jugamos del vocablo» para darla de ingeniosos, ni «cogemos las palabras» al prójimo para echarla de sabidos. Lo que tenemos en común con los españoles es la debilidad de la interjección soez, y el vicio tonto de dar por capricho significado indecente a determinados vocablos, amigos como somos, nosotros también, de las interpretaciones maliciosas.

En cuanto a vocabulario general hay que decir que, aun cuando el castellano es el idioma común a España y a este país, por fuerza es distinto en parte el caudal de palabras que cada uno de los dos pueblos usa corrientemente para expresarse acerca de los diferentes suelos que habitan, y de sus tradiciones, costumbres e ideales, no menos diferentes. Salta a la vista que para nosotros, los argentinos, sería una incongruencia decir «agostar» cuando el calor seca y abrasa las plantas, porque en este país el sol de agosto es sol de invierno; y la frase «estar hecho un abril» significaría entre nosotros lo contrario de un cumplido. Para hacer ver que la lista de estos hispanismos sería interminable, voy a citar al azar algunos. A nuestras casas de campo, como no fueron árabes los que hi-

cieron las primeras o los que le pusieron nombre, nosotros no las llamamos « alquerías » sino « estancias ». Como en este país es rarísimo el caso de que se teche con teja, la palabra « tejado » está casi proscrita de nuestra lengua. Demócratas como somos hasta lo más hondo del alma, damos aquí connotativamente un significado despectivo a palabras como « súbdito » y « vasallaje » que tienen cierto tinte ilustre para los españoles. « Merendar » es una costumbre que aquí no existe por innecesaria, porque nuestro almuerzo es tan suficiente que no requiere complemento. En España, en fin, a lo español se le llama siempre « español »; aquí, a lo argentino preferimos llamarlo « nacional », porque nos es más grato dar a nuestra obra, al determinarla, un carácter universal y no doméstico.

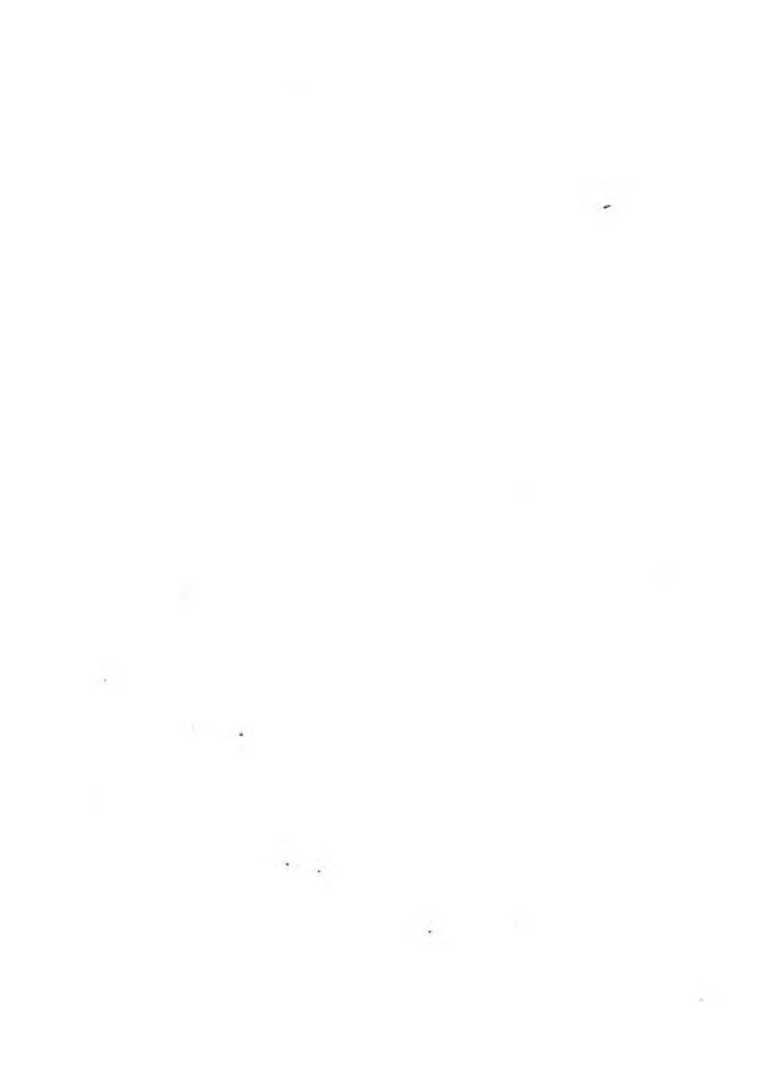
En cuanto a la lengua escrita, considerado ya el vocabulario sólo falta examinar el estilo. Al efecto se observa entre nosotros una predilección general por la construcción coordinada, que también se advierte en algunos escritores españoles contemporáneos; pero es sabido que al escritor español lo ha caracterizado siempre la afición contrapuesta, la tendencia a la construcción subordinada, que origina una serie interminable de incisos encadenados. Los argentinos sentimos una especie de terror pánico ante el estilo oratorio, periódico; el solo aspecto apelmazado de la cláusula compuesta nos hace trepidar, y preferimos el estilo llano, cortado, la cláusula simple, las ideas ensartadas en vez de eslabonadas. En una palabra, queremos demostrar más bien que persuadir, nos parece mejor hablar que declamar. Es cierto que sacrificamos así la lógica, es decir, la unidad del pensamiento, y la frase pierde la ocasión de ser cadenciosa y simétrica; pero, justamente porque el compás y la geometría en el estilo no halaga a nuestro sentido estético, preferimos ser analíticos en la expresión, dar más realce a las partes del pensamiento que al conjunto, y dejar que el lector haga a su modo la síntesis. Esta es siempre mejor, más adecuada y más satisfactoria, cuando la hace uno mismo.

Dos rasgos más distinguen nuestro castellano escrito del peninsular. Nosotros preferimos el proclítico al enclítico en el indicativo, subjuntivo y potencial, y usamos el hipérbaton en muy escasa medida, así como los recursos retóricos llamados

« galas del lenguaje »; nos resistimos a caer en la afectación, en la altisonancia y en la anfibología. Por otra parte, tenemos aversión profunda a la perisología, esto es, a la ampulosidad farragosa y a la redundancia pomposa, que hacen del discurso un elisporroteo estrepitoso de palabras en medio del cual se ahoga el pensamiento: y en consecuencia tratamos de decir las cosas, no de varios modos, sino de uno solo, el mejor posible. También en algunos escritores españoles contemporáneos se advierte este mismo despeggo de los artificios de expresión que fueron en otro tiempo característicos del estilo gerundiano en la literatura castellana.

Por esto puede decirse en conclusión que, desde el punto de vista estrictamente filológico, no hay en nuestro estilo literario particularidades que lo diferencien del estilo peninsular moderno, si consideramos firmes y generales las tendencias reformistas que en España han empezado a manifestarse al respecto. Tal vez pueda decirse lo mismo desde el punto de vista retórico; pero con seguridad tal afirmación no podría hacerse si los términos de comparación fueran la índole y la forma ideológicas del discurso, esto es, el reflejo de la psicología particular que el estilo deja traslucir. Porque el mismo color aplicado a superficies distintas cambia de tono en cada caso, y es obvio que esta diferencia existe entre nuestro estilo y el de los peninsulares. Ahora bien: el desarrollo de este tema sacaría a este estudio de los límites en que lo he encuadrado desde el principio y en que lo he mantenido siempre, para no extraviarme en mi objeto único, que ha sido considerar la lengua en sí misma y no en sus aplicaciones. De modo que pongo aquí el punto final a este trabajo.

Los traductores



El traductor libre y el traductor de oído

Las repentistas del arte

(Publicado en *La Nación* de Buenos Aires de enero 5 de 1934
y reproducido por la *Revista de Educación* de La Plata en el tomo LXII del año LV)

« Como me lo contaron te lo cuento » es una afirmación que, a medida que la humanidad va entrando en siglos, se hace cada vez más difícil de aplicar en su sentido recto. Por eso, cuando se formula o cuando se oye, generalmente la acompaña o la recibe una sonrisa.

A mi juicio, esto no se debe tanto a que la verdad es a veces incómoda como a que la verdad es siempre pobre, y a que el ingenio humano se aguza con el tiempo. Disfrazar la verdad, engalanarla, es más halagador, porque está más sujeto a aplauso, que presentarla escueta.

De ahí, en literatura, el prurito de traducir por amor al arte, que se observa en todo escritor joven e *incipiente*, lo que es una fuerza encomiable, y en más de uno maduro e *insipiente*, lo que es una debilidad lamentable. Si traducir fuera interpretar fielmente, la tarea estaría lejos de tener atractivos, porque una traducción fiel es obra de benedictino; pero como traducir es tomar a otro la idea, y su desarrollo, para mejorarla uno a su modo, eso no hay quien no se anime a hacerlo.

De ahí también lo de *traduttore traditore*. Pero esto sólo lo dicen los autores indignados y los críticos que les siguen la corriente.

En cuanto a los traductores, a nosotros no nos llegan pelotillas ni alfilerazos. La más absoluta libertad de acción es el modesto precio que hemos puesto a nuestra contribución en la obra de divulgar las letras. Entendemos que hemos nacido para perfeccionarlas, y en este sentido nos consideramos una institución tan necesaria, tan benéfica y tan incommovible como la Iglesia; y como ella tenemos también nuestros Santos Pa-

dres, a quienes recurrimos cuando nos asalta la duda filosófica (cuando, a pesar de nuestra audacia ingénita, vacilamos en desfigurar las cosas) para sacar de su doctrina los principios y enseñanzas que deben guiarnos en nuestra estrecha y abrupta pero gloriosa vía.

Es sabido que mi ilustre colega profesional, a 1500 años de distancia, el anacoreta san Jerónimo, autor de la Vulgata, al rehacer en latín, sobre la base de la Itálica, el texto griego de la Versión de los Setenta (y dos) judíos alejandrinos (colegas también, a quienes la crítica ha declarado chapuceros) para poner ese texto más de acuerdo con el original hebreo, fundó el divino arte de la traducción libre.

Este es, pues, nuestro Santo Padre por antonomasia. El creó las medias tintas y las trocatintas que constituyen en su esencia la traducción de esa especie; él fué el que descubrió que era obra de arte diluir los colores del original y sustituir por sombras sus claridades. Según Serrano, en su *Diccionario Universal*, san Jerónimo ha dicho que « el buen traductor debe trasladar el alma del concepto, y la elocuencia y energía del dicho, sin necesidad de usar de las mismas voces que halla en el original, ni observar la colocación de las palabras, siempre que explique el verdadero sentido del todo ». En teoría, san Jerónimo era, como se ve, el traductor ideal; en la práctica, él fué el primero que se atrevió a « contar el cuento a su manera ». Es probable que los anónimos escribas hebreos que dieron forma gráfica a la tradición oral del pueblo de Dios desde sus más remotos tiempos hayan contado también el cuento a su manera, pero esto no se puede comprobar; ni es necesario tampoco averiguarlo porque, con san Jerónimo, nuestra genealogía es ya bastante antigua y respetable.

Lo que está establecido, según el erudito francés Lalanne, es que aquellos escribas escribieron, para citar un ejemplo, en el segundo versículo del Génesis, que un viento furioso soplaba sobre las aguas; y para decir « viento furioso » se sirvieron del hebraísmo « espíritu de Dios ». Pero san Jerónimo, para adornar la verdad, tradujo literalmente el hebraísmo; y de ello ha resultado que, en la Vulgata, el viento furioso, que tanto habría animado nuestra visión mental de la tremenda escena de la

creación del mundo, no existe absolutamente. Tenemos a Dios en cambio.

Después de este floreo inicial en el Antiguo Testamento, nuestro Santo Padre (dándonos el alto ejemplo de que no debemos favorecer nunca con nuestras preferencias a ningún autor determinado) la emprendió con el Nuevo Testamento; y cuando traducía al latín la versión griega del evangelio de san Mateo, pues el original arameo se había perdido ya, hizo este par de obras de arte. En el versículo 25 del capítulo XIV tropezó con otro hebraísmo: « andar sobre el agua », esto es, « nadar » o « bogar », y lo comprendió y lo tradujo literalmente. Hizo caminar a Jesús sobre el líquido elemento sin hundirse ni resbalarse... Y más adelante, en el versículo 24 del capítulo XIX, al encontrar en medio de una frase el vocablo *kamilos*, en vez de traducirlo por « cable » lo substituyó mentalmente por *camelos* y escribió *camelum*. Y como, a pesar de la malévola paronimia italiana citada, *traduttore traditore*, en la esencia misma del traductor está ser infalible, he ahí que la Biblia ha consignado siempre y consignará a perpetuidad esta hipérbole absurda: « Más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja, y no que un rico entre en el reino de los cielos ». El cable del original ha desaparecido; pero san Jerónimo nos ha dado en cambio un camello. En este caso, como en el del viento transformado en espíritu de Dios, hemos ganado en la permuta; y si alguien se quejara del traductor, se quejaría de vicio. Daría lugar a que se dijese de él en francés, y con la sorna francesa: *Il se plaint que la mariée est trop belle...*

• • •

Ahora bien: la veneración que profeso a mis Maestros en el divino arte no me ciega al punto de pensar que el lector me acompañaría con gusto a desarrollar la entretenida serie de sus geniales creaciones. Mi objeto, al citar las de san Jerónimo, ha sido sólo empezar por el principio al enumerar las causas de ciertas particularidades lingüísticas que me he propuesto presentar aquí, y el traductor libre es la primera de esas causas. Estas particularidades son ciertas modificaciones curiosas que han sufrido las voces del lenguaje humano al pasar de un país

a otro, o de una región a otra dentro del mismo país, o de una generación a otra dentro del mismo pueblo, especialmente cuando, antes de la invención de la imprenta, la tradición oral, más que la escrita, era el medio común de transmisión y conservación de las ideas.

Tampoco tema el lector que, olvidándome de que con un diario en la mano no está en tren de estudios, lo invite a considerar, ni brevemente siquiera, la segunda de esas causas: las leyes naturales que rigieron la evolución fonética de las lenguas. Para el no iniciado sería como oír música wagneriana en piano desafinado asistir a una disertación, hecha por un lego, sobre las conmutaciones, intercambios o sustituciones consonánticas, y sobre las diptongaciones y debilitaciones y caídas de vocales, que informan esas leyes y que han tenido por causa el relajamiento de la pronunciación, con sus vicios generales que la filología o la patología clasifica bajo los títulos de iotacismo, lambdacismo, rotacismo y mutacismo, entre otros.

Tampoco voy a extenderme sobre la tercera de esas causas: la intervención de los copistas religiosos de la antigüedad y de la edad media. Sería una perversidad chocante ensañarse con las deficiencias de esos beneméritos servidores de la humanidad cuando, en su loable esfuerzo por armonizar la lengua literaria con la vulgar, ponían mucho de su cosecha propia, o cuando cometían errores en sus transcripciones, o cuando, en fin, en su escritura uncial primero y cursiva luego, producían deformaciones caligráficas con la frondosidad o fantasía de sus trazos o a causa de la rapidez de la manipulación.

Baste para mi objeto, que no es explicar sino mostrar, la simple enumeración de las tres causas. En definitiva, una exposición detallada de ellas sólo podría interesar, si no la conocieran ya, a los lingüistas (gente más o menos paleógrafa y paleóloga) que dedican una erudición y una labor inmensas al estudio comparativo de las lenguas, para conocer y establecer el proceso fonético de las mismas.

Sólo los hechos que han llevado a investigar esas causas tienen algún interés para los profanos; pero, en resumidas cuentas, apenas hay entre esos hechos una serie que es entretenido examinar; las modificaciones que (en oposición directa a las metonomasias, que traducen el sentido de los nombres propios

personales o geográficos) han creado curiosas transcripciones o cuasi homonimias, que tienden a reproducir ora la fisonomía gráfica ora la expresión fonética de la voz extranjera.

Estas curiosidades, obra del traductor que llamaré « de oído » por lo que se verá más adelante, son mi tema. He aquí algunas.

• • •

En el tiempo antiguo, los navegantes y los exploradores, al regreso de sus viajes, aportaban a sus respectivos países, junto con riquezas materiales, una contribución importante al vocabulario de la lengua: los nombres de los productos que traían y de los países que habían recorrido. De ahí que, contra lo que es corriente en nuestros días, en que el nombre propio, casi en cualquier lengua que sea, circula impreso por todo el mundo en su forma indígena, esos nombres, aunque no se traducían, se modificaban siempre al pasar de una lengua a otra por la tradición puramente oral.

Pero estas modificaciones eran leves: se limitaban a un simple cambio de desinencia. Citaré un ejemplo: el caso típico del nombre flamenco del puerto belga de Antwerpen, que ha tomado nueve formas distintas en las lenguas europeas, porque en castellano ese puerto se llama Amberes, en francés Anvers, en portugués Antuerpia, en polaco Antwerpia, en húngaro Antverpia, en checo Antverpy, en italiano Anversa, en inglés Antwerp y en serbocroata Antverp. La forma flamenea Antwerpen es común al holandés, al alemán, al nordanés y al sueco; los rumanos y los búlgaros han adoptado la forma francesa Anvers.

En este punto debo advertir que el nombre que cada pueblo ha dado a su propio país resulta ser una de las cosas menos respetadas, desde el punto de vista filológico, por las geografías extranjeras.

Los alemanes dan a su patria el nombre de Teutonia, porque Deutschland significa Tierra de los Teutones o Tudescos; pero esta designación oficial sólo la acatan los holandeses, que llaman a aquel país Duitschland, y los escandinavos, que lo llaman Tyskland. Los españoles, portugueses y franceses lo llaman Alemania, que significa Todos los Hombres (*alle Mann*)

y los ingleses, italianos, griegos, rumanos y búlgaros lo llaman Germania, que significa Hombres de Guerra (*wehr Mann*). Para nombrarlo, los albaneses dicen indistintamente Germania o Alemania; y los finlandeses usan la forma Saksá, que significa Sajonia. En fin, los rusos han puesto a Alemania por nombre Niemets, los serbo-croatas Niemachka, los polacos Niemcy, los checos Němce y los húngaros Némethon, y estos vocablos tienen todos la misma etimología: los antiguos eslavos llamaban a los alemanes « mudos » (*nijemi*) porque no sabían hablar (la lengua eslava) y en consecuencia denominaron a Alemania: el País de los Mudos. Según Leotti, en *L'albanese parlato*, los albaneses llaman a Austria « Nemtsi »; es evidente, por lo que antecede, que en esto hay un error de Leotti o de los albaneses.

Esta irreverencia con que los extranjeros tratan al nombre autóctono de un país ajeno no es única. También los holandeses son víctimas de ella. Su país tiene en el mundo cuatro nombres: Batavia, Nederlandia, Países Bajos y Holanda. La primera forma procede de los bátavos, tribu germana que pobló ese país en los tiempos primitivos; la segunda es la transcripción gráfica del nombre autóctono; la tercera es la traducción de este nombre; y la cuarta es una sinécdoque, pues designa a la nación entera con el nombre de una provincia de ella.

Pero mayor motivo de mortificación podrían tener los griegos, porque ninguna lengua ha admitido el nombre de Hellas que dan ellos a su patria. Para el mundo entero el país de los griegos se llama Grecia porque fueron *gráicos* (*grævus*) los primitivos habitantes del Epiro. Dicho sea entre paréntesis, para la lengua griega Francia es Galia todavía.

El caso más singular en este orden lo ofrece el nombre del país de los montenegrinos: *Crna gora*, expresión serbo-croata que significa en castellano « monte negro », forma que (y ésta es la rareza) ha pasado tal cual, en castellano, a las lenguas latinas y teutónicas, que escriben todas: Montenegro. Los autores de esta traducción feliz deben haber sido los sefardíes o spanionces, descendientes de los judíos que, expulsados de España por los Reyes Católicos, se establecieron en la Bosnia, para extenderse por las comarcas circunvecinas, hoy de Grecia, Turquía, Bulgaria, Rumania, Serbia, Eslavonia y Croacia,

y que conservan todavía su lengua materna, esto es, el castellano que se oía en las calles de Toledo y de Segovia a mediados del siglo XV.

A veces, sin embargo, el procedimiento de transcripción más o menos fonética y más o menos literal en materia de topónimos ha llegado a producir nombres que, interpretados en la lengua que se los ha asimilado, resultan ser muy divertidas metonomasias. Los ingleses, por ejemplo, llaman al Río de la Plata en su lengua Río Chapa (River Plate) por haber querido conservar, modificando apenas su desinencia, la fisonomía gráfica de la voz original; y por la misma razón los españoles han dado el extraño nombre de Hornos al cabo que el navegante holandés descubridor bautizó con la palabra de su lengua Hoorn, que nada tiene que ver con « hornos » porque signifique « cuerno », como bien han traducido los ingleses y los alemanes con su Horn.

En fin, por esta misma ley de asimilación, que rige las formas de lo que los filólogos llaman « etimología popular », los españoles han creado la disparatada forma « tirabuzón » (sacacorchos) para representar lo que en sus oídos parecía sonar lo mismo que el nombre dado por el inventor francés a su utilísimo instrumento: *tire-bouchon*.

También a los españoles se debe otra rareza del mismo género: Zaragoza, cómico remedo árabehispano (según Monlau) de *Caesaruugusta*, nombre que los romanos pusieron a esa ciudad en su origen. Verdad es que los españoles no han tenido nunca iguales como maestros de etimología burlesca: a ellos se debe desde la clásica homofonía de *necessitas caret lege* hasta el « ya no hay cielo » con que traducen por el mismo procedimiento *Janua caeli*.

Hay otro caso de etimología popular más curioso todavía. La ciudad persa llamada Damgan, en la provincia de Jorasán, era famosa en la antigüedad por sus fábricas de vidrio, y estaba entre sus productos una vasija redonda, chata y de gollete corto, a la que los mercaderes árabes pusieron, por su procedencia, el nombre de *damchan*, *damjana*, *damdjana*, *damajana* o *damadjana*; nombre del que los españoles formaron, por transcripción fonética, el de « damajuana ». Ahora bien: ante este término, tomándolo por una yuxtaposición de dos palabras

españolas, los franceses resolvieron traducirlo, y crearon el chusco vocablo *dame-jeanne*, cuyo significado literal es « señora Juana », y los ingleses, al adoptar a su vez el nuevo término, no quisieron mostrar menos ingenio y crearon el estrambótico vocablo *demi-john*, que significa literalmente « medio Juan ».

Estos hechos revelan que, aparte de la clase privilegiada de los adornistas, hay otra clase de traductores: los que interpretan (como tocan algunos músicos) de oído. Estos son los repentistas del arte nuestro; y por lo expuesto el lector debe haber visto cuántas riquezas deben todas las lenguas al traductor de esta especie, digno émulo analfabeto del letrado traductor libre.

• • •

No se nos disenta, pues, el alto concepto que los traductores tenemos de nuestra suficiencia, y admírese más bien la impasibilidad y el denuedo con que seguimos las huellas de nuestros grandes antepasados, braceando y perneando por los tremedales de la traducción lo mismo que ellos.

¡Y cuánto celo ponemos en repetir esas braceadas y perneadas ejemplares! Mr. Edmund Gosse, escritor británico contemporáneo, que fué durante treinta años traductor del ministerio de comercio del Reino Unido antes de ocupar su cargo actual de bibliotecario de la cámara de los lores, al escribir su *Vida y cartas del Dr. John Donne* (véase la edición: London, 1899, vol. I, pp. 23 y 24) dice que la divisa castellana que había adoptado ese ex diácono de la catedral de San Pablo: « Antes muerto que mudado », significa en inglés: *Before I am dead, how shall I be changed*. . . (Antes que me muera ¡cómo habré cambiado!).

Tout passe, tout lasse, tout casse. . . Pero, desde san Jerónimo hasta Mr. Gosse, el traductor es siempre el mismo.

El traductor adornista

Una de tantas Bellas Infeles

De la traducción libre y de sus brillantes méritos me he ocupado ya, y con tal motivo también me he ocupado del creador de ella, san Jerónimo, el Maestro supremo en el arte mágico de hacer hablar a un autor en lengua ajena. En esa ocasión la grandiosa figura del traductor de la Vulgata llenó un par de carillas enteras, en toda su altura y anchura, sin dejar resquicio alguno por donde pudieran mostrarse sus discípulos, los que, movidos por la obra inspirada del Maestro, han predicado después de él, en la tierra literaria, el evangelio de la traducción libre. Entonces no pude hacer más que mentar a los Santos Padres a quienes nuestra Iglesia (la institución eterna, incommovible e infalible de la Traducción) debe sus cánones doctrinales y artísticos. De modo que voy a ocuparme de ellos ahora que san Jerónimo, después de su visita a estas páginas, ha vuelto a su bien ganado sitio en la gloria.

Simeón el Metafrasta, el primero de esos apóstoles en orden cronológico, no era traductor precisamente; pero pertenecía a la familia. Sabido es que forman nuestra familia, no sólo los traductores y los truchimanes, y nuestros clásicos los targumistas, y nuestros doctores los paleógrafos, epigrafistas, exégetas y hermeneutas, y sus émulos grotescos los criptógrafos, sino también los metafrastas y los parafrastes, los glosadores y comentadores, los críticos y parodistas, en fin todos los que en las letras hacen obra propia de la ajena. Todos, menos los réprobos plagiarios; éstos forman tribu aparte: son los leprosos de la literatura.

Ahora bien: Simeón el Metafrasta no era traductor, era hagiógrafo: escribió 122 vidas de santos de la iglesia griega, basando sus panegíricos en las informaciones que le suministraban los documentos antiguos. Pero; con qué fidelidad siguió

a san Jerónimo en su cómoda práctica de trabajar con materiales de otros! ¡con qué escrupulosidad lo imitó en sus interpretaciones libres del pensamiento ajeno! ¡con qué abundancia de rasgos de su invención propia exornó esos documentos al transcribir su texto! De ahí su inmortalidad y su cognomento. San Jerónimo había hecho de la arbitrariedad una regla del arte de traducir: Simeón el Metafrasta se animó a mucho más al aplicar la inventiva a ese arte de reproducción. Con él nacieron, pues, los parafrastes, esto es, los adornistas en nuestro oficio; y desde entonces traducir no es llevar al autor auestas sino cabalgar sobre él.

¡Cabalgar!... Cabalgar, en materia de traducción, es volar, es soltar las alas a la imaginación y dejarse arrebatar por ella. De suerte que los traductores estábamos regocijados: san Jerónimo nos había librado del dogal de la traducción fiel, y Simeón el Metafrasta coronaba la obra de nuestra emancipación dándonos por esclavo a nuestro ex amo, el autor. Pero donde esta innovación causó más entusiasmo fué en las filas de los que no eran traductores y vieron que así podían serlo. *Anck'io son pittore!* exclamaron a una voz los poetas, dramaturgos, novelistas y demás escritores imaginativos, pensando en sus ocios forzosos y en las penurias pecuniarias consiguientes. Y surgió entonces la traducción de aficionado, de *pauze lu-cruento*, recurso salvador que Moratín, lumbre de nuestra Iglesia, ha confesado así, entre burlas y veras:

Que si yo me llevo a ver
una vez desesperado,
o me meto a traductor
o me degüello o me caso.

Larra vió también en la traducción un recurso salvador, no para él sino para todos los literatos españoles de su época. «Lloremos y traduzcamos» dijo, deplorando la inutilidad de la obra original en su país, y viendo en la traducción un subsidio; «traduzcamos y lloremos» debió haber agregado al advertir, por las traducciones de sus colegas, que la inutilidad estaba en ellos y no en su género de trabajo. España es, desde el siglo XIX, el habitáculo, el habitat natural, del traductor ignorante o inconsciente, y procaz por añadidura. Le ha tocado en suerte esta miseria a la nación que, en medio de las tinieblas

medievales, fué el foco único de donde irradió sobre la Europa semibárbara de los siglos XII y XIII, con las traducciones latinas de los arabistas y de los hebraizantes de Toledo, la luz de las civilizaciones orientales. En nuestros días, Unamuno se ha proclamado príncipe de los traductores en esa tierra, pero no del tipo ejemplar que respeta el clásico abolengo sino del tipo degenerado que florece lozanamente en los países de habla castellana, donde la incultura literaria es general todavía; se ha presentado a sí mismo espontánea y gloriosamente como arquetipo del traductor mercenario, que fomenta esa incultura y vive de ella, y la trampea, porque reserva su conciencia para la obra original y no aplica a la traducción sino la subconciencia del sonámbulo. He aquí la confesión paladina que en sus *Ensayos* (III, 172) hace sobre el particular este perfecto vizcaíno de las letras españolas, tan rudo en su desparpajo como en su estilo: « Por mi parte, conozco ese estado de ánimo, y lo conozco por la tarea de traducir a tanto el pliego. Si he querido enterarme de los más de los libros que he traducido, he tenido que leerlos después ».

La traducción de aficionado empieza a competir con la erudita en pleno siglo de oro, y desde entonces no falta entre los estudiosos quien gruñe contra ella. Unos dicen que la paráfrasis no es traducción porque no es reproducción, ni es composición porque no es creación; se trata de un artificio más imaginativo que reflexivo, de un trabajo nimio y de puro pasatiempo, como es hoy día el de colorar fotografías hechas por otro. Los más descartan la forma para escudriñar el fondo, y declaran que, como reproducción, la traducción de aficionado es obra falsa. Diego de Saavedra, a principios del siglo XVII, fué el primero que dió la voz de alarma diciendo que « el leer traducciones está sujeto a engaños o a que la verdad pierda su fuerza y energía »; y a principios del siglo siguiente Montesquieu dijo a su vez que « los traductores son como las monedas de cobre: útiles para el vulgo, pero débiles y de mala ley ». Y en el siglo XIX Dussault repitió el pensamiento de Saavedra en esta forma: « las traducciones literales son parodias y las versiones literarias o parafrásticas copias engañosas »; frase que Philarrète Chasles ha convertido luego en vituperio, al modificarla así: « la traducción literal es un sacrilegio; la tra-

ducción elegante, una mentira ». Antes, Mme. de Sévigné, indignada, había proclamado al traductor « un criado que da al revés los recados de su amo ». Más tarde, Voltaire llamó también criado al traductor, « un criado que se cree tan gran señor como su amo, sobre todo cuando éste es muy antiguo »; reflexión que Laharpe amplió diciendo: « toda vanidad es ridícula, pero ninguna lo es tanto como la vanidad del traductor ». En fin, el padre Isla, especialista en el arte, dijo en su *Fray Gerundio*: « En los tiempos que corren es desdichada la madre que no tiene un hijo traductor. Hay peste de traductores; pero casi todas las traducciones son peste. Son unas malas y aun perversas traducciones gramaticales, en las que a buen librarse queda tan estropeada la lengua traducida como aquella en que se traduce ». Citaré también, para cerrar esta serie ingrata de inyecciones, el conocido final de la fábula de Iriarte, otro perito en la materia:

Unos traducen obras celebradas
y en asadores vuelven las espadas;
otros hay que traducen las peores,
y venden por espadas asadores.

Como se ve, el clamor es universal desde hace siglos. Pero nada ha desalentado nunca al traductor aficionado. Hay en él una fuerza sui generis que lo habilita para saltar por sobre todo lo que podría impedirle el ejercicio de su arte supletorio. He dicho ya que el traductor aficionado es, por lo general, un literato de altas dotes, de la clase de los que vuelan siempre arriba de todo. Y el hombre, desde su altura, considera la traducción una tarea inferior, indigna de él; si la acomete incidentalmente, en sus ratos de ocio o de necesidad, es sólo con la condición de que ha de cabalgar sobre el autor en vez de llevarlo a cuestas. « Ataque a pluma armada »... así define Pierre Véron la traducción en *Le Carnaval du Dictionnaire*; pero el traductor aficionado sólo ve en esa definición una chuscada. ¿Que hay quienes dicen que el literato hace de traductor improvisado tan desairadamente como el pintor podría hacer de calígrafo? Bah! a juicio del literato que hace de traductor improvisado, los que eso dicen ignoran que la traducción, como la caligrafía, son artes ínfimas. Para él, la insignificancia del arte de traducir es una evidencia absoluta: intuitiva y sensible.

Lo curioso es que denigra a la traducción, y la practica. Escupe en el plato y después come. Sigue a Boscán en eso. El célebre poeta ha dicho: « Andar romanecando libros es de hombres de pocas letras »; y lo ha dicho precisamente en el prólogo de su versión de *El cortesano* de Castiglione, una de las muchas traducciones que hizo.

¿Qué obra de arte puede esperarse de quien no cree en el valor artístico de tal género de trabajo? Que haga traducciones quien juzga a la traducción una tarea indigna de sus facultades superiores es una incongruencia tan palmaria como la de que en la sede pontificia, en el seno de la Congregación de Ritos, haya un cardenal que hace de « abogado del diablo » en ciertas causas teológicas. Por simple definición, un ministro de Dios no puede defender al diablo; por simple definición también, el que denigra a la traducción no puede hacer traducciones. Hay tan poca sinceridad en la obra del traductor que denigra a la traducción y traduce, como en la del eclesiástico que es enemigo natural del diablo y lo apadrina. Bien sé que lo de « abogado del diablo » es una ficción, y que, en realidad, lo que hace el ministro de Dios con tal título es remedar al diablo, no defenderlo. Otro tanto hace el traductor aficionado: remeda al autor, no lo traduce.

Si el literato que denigra a la traducción traduce, es porque su concepto desfavorable de la traducción, concepto hecho para todos los casos en general, cambia fundamentalmente en su caso particular, cuando es él quien traduce. Siendo eso obra suya, aunque eso sea una traducción, el trabajo es excelente a su juicio; porque, a su juicio también, sus manos, como los dedos rosados de la Aurora, embellecen cuanto tocan. En consecuencia, al traducir hace deliberadamente obra de adornista: lo que dice el autor no vale nada, pero lo que él agrega o cambia da a la obra original gran mérito. Piensa que, procediendo así, substraer su trabajo a lo que dicen dogmáticamente de la traducción estas dos autoridades que nunca fueron traductores, ni de afición; lo que no impidió que ambos pontificaran sobre la materia como entendidos.

Dice Cervantes en el libro II, capítulo LXII, de su Quijote: « El traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas, griega y latina, es como quien mira

los tapiees flamencos por el revés, que, aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las escurecen y no se ven con la lisura y tez de la haz; y el traducir de lenguas fáciles ni arguye ingenio ni elocución, como no le arguye el que traslada, ni el que copia un papel de otro papel». . . Dice Eugène Sue en el prólogo de su *Plick et Plack*: « Desgraciadamente la energía, la delicadeza del original, los tonos, el color local, la preciosa ingenuidad de los idiomas, se debilitan casi siempre en la traducción ». . . En materia de obras en prosa, lo que dice Eugène Sue no es verdad sino cuando se trata de escritores idiomáticos. En tales casos la traducción no puede reproducir ni la fuerza ni la gracia particulares de las locuciones privativas, que son patrimonio exclusivo de toda lengua. Pero esos casos son de excepción; la regla general es que la buena traducción en prosa reproduzca en toda su fuerza y gracia las ideas y las galas del original. Así lo demuestran las maravillas del arte nuestro, como la traducción inglesa de la Biblia, la de Plutarcio por Amyot, la del *Diablo Cojuelo* de Lesage, por el padre Isla, la del *Paraíso perdido* de Milton, por Chateaubriand, la de los dramas de Shakespeare hecha por Schlegel en alemán y por Menéndez y Pelayo en castellano. Trabajos de este género son los que explican la sentencia de Sánchez el Brocense en *De auctoribus interpretandis*, según el cual hay más mérito en traducir que en componer: *Maioris esse semper crediti diligentiae aliena scripta retexere quam nova proprio Marte componere*. Pero el traductor adornista no está para estos trabajos de erudición sino para obras de imaginación. Este hombre superior se abraza a los que declaran ex cátedra que toda traducción tiene que ser mala por fuerza. Es salvadora la doctrina que achaca a imperfecciones del arte las insuficiencias, deficiencias, desgarbos y torpezas del pseudo artista. Además, ese hombre superior sabe que, por su renombre de literato, la crítica aplicará a su trabajo de adornista el dulce epíteto de « bella infiel », epíteto que elogia ante todo y censura luego amorosamente.

He citado a Cervantes con motivo de su juicio desfavorable sobre la traducción, que toda la buena voluntad de Clemencín no puede atenuar. Diré ahora que el profesor francés Rollin, a principios del siglo XVIII, redujo ese juicio a sus

verdaderos términos diciendo: « La traducción literal no es más que el reverso de un tapiz ». Ahora bien: estoy seguro de que Cervantes habría modificado también su propio juicio, particularizándose con los artistas y respetando al arte, si el gran hombre hubiera podido formarlo a la luz de las traducciones de que ha sido objeto su libro inmortal en todas las lenguas. Tengo a la vista una de ellas, que es buena muestra del trabajo de adornista. Está escrita en francés e impresa en París, en cuatro tomos. en 1798; se titula: *Histoire de l'admirable Don Quichotte de la Manche — Traduite de l'espagnol de Michel de Cervantes — Nouvelle édition revue, corrigée et augmentée...* El traductor explica en su prefacio eso de la revisión, corrección y ampliación diciendo que ha alargado los pasajes buenos y ha acortado los malos... Y del poco escrúpulo y de la mucha familiaridad con que este traductor trata a su autor, da buena idea su profesión de fe, hecha en estos términos: « Creo que una traducción debe conservar siempre algo de su original, porque sería empresa demasiado grande apartarse enteramente del carácter del autor ».

Florian, libérrimo traductor de la misma obra, ha hecho esta franca confesión de sus procedimientos: « Sin esperanza de poder hacer pasar a mi lengua las continuas bellezas... me he creído en el deber de atenuarlas, suavizando ciertas imágenes, cambiando a veces versos muy apartados de nuestro gusto, sobre todo suprimiendo las repeticiones y abreviando digresiones, nuevas sin duda alguna cuando aparecieron, pero que hoy son comunes; en fin, reduciendo mucho los relatos y sustituyendo con la rapidez ornamentos que no podía producir ».

• • •

Pero ésta no es la muestra de Bella Infiel que he ofrecido en el epígrafe. Voy a presentar algo más reciente, y en tal forma que cualquiera pueda hacer por sí mismo, sin ajena ayuda, su juicio propio sobre las características y los méritos de la traducción de adornista, singular especie de trabajo literario, curiosa colaboración de dos hecha por uno solo .

El original es de Peter Mark Roget, célebre filólogo inglés; la traducción aparece hecha bajo la dirección de Eduardo Benot, no menos célebre filólogo español; la materia elaborada es

el prólogo de la gran obra de Roget: *Thesaurus of English words and phrases*, libro que fué adaptado al castellano, en 1896, con el título de *Diccionario de Ideas Afines*. Gracias al traductor adornista, ese prólogo pierde su carácter de trabajo serio y reflexivo, y se convierte en la siguiente fantasía charra de pendolista imaginativo.

Dice Roget:

La presente obra tiene por objeto llamar, con respecto a la lengua inglesa, una necesidad que hasta hoy no ha sido satisfecha en ninguna otra: la de catalogar las palabras que la lengua contiene y las combinaciones idiomáticas que le son peculiares, ordenándolas, no alfabéticamente, como están en un diccionario, sino según las ideas que expresan. Un diccionario común no ejerce más función que explicar la significación de las palabras: el problema que está llamado a resolver puede expresarse así: «Dada la palabra, encontrar su significación, o la idea que trata de transmitir». El fin que se propone esta obra es justamente lo contrario: «Dada la idea, encontrar la palabra o las palabras con que puede expresarse de la manera más precisa y apropiada». Y con tal fin se clasifican aquí las palabras y frases de la lengua, no según su sonido o su ortografía, sino estrictamente según su significado.

Como cualquier otra aplicación del esfuerzo mental, la comunicación de las ideas por la vía del lenguaje hablado o escrito constituye un arte particular que, al igual de otras artes, no puede adquirirse con cierta perfección sino mediante larga y continua práctica. Es cierto que hay personas más rítmicamente dotadas que otras en cuanto a facilidad de expresión, y a las que la naturaleza ha favorecido con el don de la elocuencia, pero para nadie es tarea fácil en todo momento encarnar en lenguaje exacto y adecuado las diversas series de ideas que pasan por su mente, o pintar con sus verdaderos colores y proporciones los diferentes tonos, más delicados, del sentimiento que acompaña a esas ideas. Y estas dificultades surgen con su más formidable aspecto ante los que no tienen práctica en el arte de la composición o no están habituados a improvisar cuando hablan. Muy claras pueden ser nuestros juicios, muy vividos nuestros conceptos, muy fuertes nuestras emociones; pero, por más que así sean, no podemos dejar de advertir muchas veces que la fraseología de que disponemos es inadecuada para

Y el adornista traduce:

Los diccionarios vulgares que andan en manos de todo el mundo se proponen resolver el siguiente problema: «Dada una palabra averiguar las ideas expresadas por ella». Pero el fin de este léxico especial, que ahora por primera vez sale a luz en nuestra España, es precisamente todo lo contrario: «Dada una idea encontrar las palabras que la expresen».

(El traductor adornista hace aquí una interpolación, que es un modelo perfecto de doloismo hispano típico, a fin de enumerar de una manera pedestremente gramatical, por la forma y el estilo, las ventajas que el nuevo diccionario ofrece al escritor)

Hay sin duda personas largamente dotadas de raudales inagotables para la expresión, nacidas con el fascinante poder de la elocuencia; pero a nadie es dado, a nadie, exteriorizar a todo momento en lenguaje rico, propio y exacto, la serie inenahable de ideas que pasan por el entendimiento, ni pintar con sus verdaderos colores, matices, cambiantes y tornasoles, y sobre todo en la proporción debida, las múltiples, indecizas y sutiles distinciones de los sentimientos que acompañan a nuestras ideas. Para los que carecen de hábitos en el arte divino de la elocución, la falta de práctica presenta perplexidades insolubles y ofrece formidable dificultad. Por grande que sea la claridad de nuestras percepciones, por profundos que resulten nuestros más prolongados análisis, por vívidos que nos aparezcan nuestros conceptos, por enérgicamente

presentar debidamente todo eso. • En vano buscamos las palabras necesarias y nos esforzamos en discurrir formas de expresión que reproduzcan fielmente nuestras ideas y sentimientos; no obstante nuestros mayores esfuerzos, los términos apropiados no responden cuando se nos ocurre evocarlos. Como los «espíritus de las inmensas simas», no acuden cuando los llamamos; entonces nos vemos obligados a emplear una serie de palabras y frases demasiado generales o demasiado limitadas, demasiado fuertes o demasiado débiles, que no son propias del caso, que no dan en el blanco a que apuntamos; y el resultado de nuestro prolongado esfuerzo es un estilo a la vez trabajado y obscuro, insípido y redundante, o viciado con los defectos aun más graves de la afectación o de la ambigüedad.

(Aquí el autor tiene que hacer una pausa, a la espera de que el traductor adonista acabe de lucir su garrulidad hispano típica)

Esta obra se propone tender una mano amiga a los que así, tan penosamente, buscan a tientas su camino y luchan con las dificultades de la composición. La ayuda que presta es suministrar, sobre cualquier tema, un copioso caudal de palabras y frases adecuadas para expresar todos los matices y modificaciones perceptibles de la idea general bajo la cual se alinean esas palabras o frases. En la amplia colección expuesta a sus ojos en las páginas siguientes, el interesado podrá elegir con facilidad las expresiones que llenen mejor su objeto, y que tal vez no se le habrían ocurrido sin ese auxilio. Para hacer su elección casi nunca necesitará embarcarse en un estudio crítico o complicado de las diferencias sutiles que hay entre los términos sinónimos; porque, como los materiales que se le ofrecen son bastante abundantes, será raro que un tacto instintivo no lo haga escoger debidamente. Al echar una ojeada a las columnas de esta obra su vista puede acertar a fijarse en un término particular que evite el uso de una perfrasis pesada o que ahorre el trabajo de un circunloquio tortuoso. Muchas veces una forma de expresión feliz, así aplicada, abrirá en la mente del lector un panorama completo de ideas colaterales, que el escritor no podría haber revelado a sus ojos sin una digresión larga e inoportuna; y muchas veces la inserción acertada de un epíteto afortunado ilu-

que sentimos nuestras emociones (cuántas y cuántas veces tenemos conciencia de que el vocabulario y la fraseología a nuestra disposición son insuficientes para dar cuerpo y hermosa forma exterior a la que pretendemos describir). Y es en vano buscar los vocablos ni las frases que sentimos necesitar, y es ociosa luchar infructuosamente por descubrir pinceles que pluman con fidelidad nuestros pensamientos y emociones. Los términos pintorescos y fascinantes no acuden, y nos vemos obligados a colucar en tortuosas e incoherente procección voces y frases e idiotismos ya demasiado vagos y generales, ya demasiado individuales y concretos, muy fuertes o muy débiles, muy duros como una petrificación, o más blandos que una masa, ninguno correspondiente a la aspiración que nos inflama ni adecuado al empeño acometido. De modo que el producto de prolongados esfuerzos y de afanes que decarrazonan da por resultado un estilo premioso y obscuro, redundante y sin vida, cuando no viciado por las gravísimas faltas de la afectación y de la ambigüedad.

A los que así se abren penosamente camino luchando con las dificultades del escribir trata de ayudar este diccionario de ideas, suministrándoles sobre cada asunto todo el caudal de voces y de frases que la lengua pueda suministrar para la expresión, no sólo del asunto que platan y discuten, sino también para los matices e intenciones de sus variantes, de sus estados y sus límites, de sus modificaciones y subtilidades, del fondo esencial de la idea que preside a tales palabras, y de lo accidental de los conceptos. El escritor puede rápidamente entresacar y escoger de la colección que tiene delante de los ojos aquel término o aquella serie de vocablos más a propósito y que nunca se le habrían aparecido en la memoria si faltarle el léxico de ideas. Para tal elección no necesita nada el estudio crítico y elaborado de los matices y vaporosas distinciones existentes entre términos sinónimos o expresiones indecisa mente sinónimas por afinidades imperceptibles; la abundancia de materiales colocados ante la vista lo hará fácil, instintivamente, por buen sentido y espontánea lino, entresacar la voz más a propósito, ahorrando así el trabajo de una entresacada circunlocución, o le sugerirá un término feliz que lo dispense de alguna paráfrasis inapropiada, torpe y sin belleza; o bien lo llevará a conceptos colaterales o a graciosos epítetos que penetren por el ne-

minará y embellecerá el objeto que lo que, como un rayo de sol en un paisaje, dando una gracia nueva, y también vida y animación, al cuadro.

(Nótese buena ortografía del autor)

Toda obra debe estar provista de los útiles adecuados para el ejercicio de su arte. Para la fabricación de compiladas y otras piezas mecánicas el artesano necesita un equipo correspondiente, de diversas herramientas e instrumentos. Para dar el debido efecto a las acciones del drama el actor debe tener a su disposición un vestuario bien surtido, que le provea de los trajes más propios de las personas que va a representar. Para la delineación perfecta de las bellezas de la naturaleza el pintor debe tener al alcance de su pincel todos los variedades y combinaciones de colores y de matices, ahora bien: para el sector, y para el orador, las palabras son el medio de realizar sus propósitos; son palabras es como visto sus pensamientos, son palabras es como junta sus sentimientos. Por lo tanto, para su buen éxito es esencial que esté provisto de un vocabulario copioso, y que tenga un dominio completo de todos los recursos y arbitrios de su lengua. Y ningún procedimiento parece más directamente eficaz para dar esa facultad que el estudio de una compendio metódico que la que se puede llevar a su disposición.

La utilidad del presente libro será más apreciada aún por los que se dedican a la ardua tarea de traducir en inglés una obra escrita en otra lengua. Por sencilla que parezca a primera vista la operación de poner en inglés todas las frases del original, es una empresa en extremo difícil el trabajo de transcribir con perfecta exactitud el sentido del texto, conservando al mismo tiempo el estilo y el carácter de la composición, y reflejando con fidelidad la mente y el espíritu del autor. El cultivo de esta prolija rama de la literatura fue recomendado empeñosamente en la antigüedad por Cicerón y Quintiliano, como esencial para formar un buen orador, y un orador cumplido. Considerado simplemente como ejercicio mental, la práctica de la traducción es el mejor medio de conseguir el dominio del lenguaje y el acierto de expresión que son las fuentes de la oratoria más lozante, y condiciones necesarias para alcanzar una elocuencia donosa y persuasiva.

gro (el) de una selva oscura, iluminando pintorescamente ideas oscurecidas, dándole vida y color, con variedad de tintos, esmaltes o fosforescencias misteriosas. Solamente con un diccionario de esta clase tendrá a la mano todos los recursos del lenguaje para expresar conceptos, imágenes y emociones.

(En su trabajo el traductor adornará su subvivo dos párrafos)

siva. Al hacerlos felices intérpretes de los pensamientos y sentimientos de otros adquirimos como recompensa, una disposición y una facilidad más grandes para expresar correctamente los nuestros; así como el que mejor aprende a cumplir las órdenes de un jefe se hace el más calificado para mandar. En los primeros períodos de la civilización los traductores fueron los agentes que propagaron de país en país el conocimiento, y el valor de sus trabajos es inapreciable; pero en los tiempos actuales, en que tantas lenguas diferentes se han hecho depositarias de los vastos tesoros de literatura y de ciencia acumulados por los siglos, la utilidad de las traducciones exactas se ha acrecentado mucho y ha tomado mayor importancia la empresa de llegar a la perfección en ese arte.

Servir de medio para que nos consumiquemos mutuamente las ideas no es la única utilidad del lenguaje; esta descansa también en una función más esencial: importante como instrumento del pensamiento: es el vehículo de la idea, la da alas para volar. Los metafísicos convienen en que, sin la mediación de las palabras, casi en ningún caso podría darse: espíritu al desarrollo de nuestras operaciones intelectuales. Sólo los que conocen la filosofía de los fenómenos mentales pueden medir la influencia enorme que tiene el lenguaje como medio de desarrollar nuestras ideas, de fijarlas en la mente y de retenerlas a los efectos de la consideración atenta. El lenguaje entra como elemento esencial en todas las evoluciones del raciocinio. Las palabras son los instrumentos con que formamos todas nuestras abstracciones, con que moldeamos y encarnamos nuestras ideas; y nos permiten recorrer una serie de premisas y conclusiones tan rápidamente que en la memoria no queda huella alguna de las etapas sucesivas del procedimiento, y no nos damos cuenta de todo lo que hacemos a ese auxiliar poderoso de la facultad de razonar. También en este terreno aspira a ser útil la presente obra. El examen de un catálogo de palabras de significado análogo sugerirá muchas veces por asociación ideas serias de pensamientos que, al presentar el tema bajo nuevos y variados aspectos, ensanchará considerablemente la esfera de nuestra visión mental. Entre los muchos objetos puestos así dentro del radio de nuestra contemplación puede figurar en la mente alguna similitud notable o alguna imagen adecuada, algún vuelo caprichoso o algún concepto brillante, que dé agudeza y fuerza a nues-

(El traductor sigue leyendo)

El lenguaje, no solamente nos facilita los medios de comunicación con nuestros semejantes, sino que ejercita otra función más grandiosa: la de servirnos de instrumento en las operaciones de nuestra misma inteligencia y nuestra propia imaginación. Las voces son las alas de nuestros pensamientos. Sin la agencia de las palabras, los fenómenos de la mente carecerían de aire para su desarrollo. La lengua aumenta nuestra vista mental. Hija las ideas y las imágenes, y las declina para sometelas a constante contemplación. En todo proceso del raciocinio entra el lenguaje como instrumento esencial. Las palabras son los vehículos de nuestras abstracciones: porque en ellas encarnamos nuestras ideas; y por su eficacia pasamos en nuestras deducciones desde las premisas a las consecuencias, y en nuestras inducciones desde lo concreto a lo general; todo sin esfuerzo, de un modo inconsciente, sin razonamiento sensible, y con rapidez tan asombrosa que ni siquiera quedan en el recuerdo traza ni vestigio del complicado procedimiento. Por esto solamente sería la presente obra de importancia capitalísima, pues presentando un concepto bajo nuevas, variadas y múltiples fases y orientaciones, se amplifica inmensamente la esfera de nuestra natural visión intelectual, y brillan a nuestra contemplación, en una amplia horizontes, similitudes o determinaciones, destindas y nexos tan inesperados y sorprendentes que entrecruzan la lugar a fantásticas y apropiadas representaciones, a imágenes pintorescas, a fantasías que visten, a ilustraciones geniales, y se vigorizan nuestras argumentaciones y se excitan las cuerdas sensibles del corazón, y se exaltan los entusiasmos, y se engrandecen de muchi-

troa argumentos, despertando una cuerda simpática en la imaginación o en la sensibilidad del lector, y haciendo más fácil para nuestros razonamientos el acceso a su inteligencia y a su corazón también.

Es de suma conveniencia que la exactitud estricta regule nuestro uso del lenguaje y que todos adquieran la facultad y el hábito de expresar sus pensamientos con perspicuidad y corrección. Realmente son pocos los que pueden apreciar la extensión o importancia de la influencia que el lenguaje ha tenido siempre en los asuntos de la humanidad, son pocos los que pueden ver con cuánta frecuencia determinan esos asuntos causas mucho más leves que las que aparecen a los ojos de un observador superficial. La falsa lógica, disimulada bajo una fraseología especiosa, obtiene demasiado a menudo la aprobación de la multitud irreflexiva y espere a todas vueltas la semilla de la preocupación y del error. Verdades raras pasan sin dificultad, y con aspecto de profunda sabiduría, cuando se las presenta con el reluciente aderezo de las frases antitéticas o con la impresionante pompa de la paradoja. Mediante una rufiana jeringosa de sentencias rovesadas y místicas es fácil llevar magníficamente a la imaginación a una región trascendental en las nubes, y embucar a la inteligencia haciéndole creer que con eso adquiere concepciones y se acerca a la verdad. Un término mal aplicado o mal comprendido basta para provocar violentas e interminables disputas; una denominación errada causa un vuelco en la opinión pública; un sofisma verbal resuelve una cuestión de partido; una palabra artificiosa hecha emblema y lanzada entre materias inflamables enciende el fuego de la guerra mortífera y cambia el destino de un imperio.

La crítica de este trabajo surge sola del cotejo. Repito que lo presento en tal forma para que cualquiera pueda hacer por sí mismo, sin ajena ayuda, su juicio propio sobre las características y los méritos de la traducción de adornista.

* * *

He dicho ya que, en la mayor parte de los casos, la suprema *lucrí causa* es lo que lleva a la traducción improvisada, del tipo que acabo de exhibir. Examinado de cerca el mal, se ve que su agente no es tanto la necesidad accidental que

dad y de interés los conceptos más abstrusos, para que se esculpan en el entendimiento con la magia de los caracteres indelebles.

Es de la mayor importancia que la exactitud regule nuestro lenguaje y que todo escritor adquiera el hábito de los hábitos, el de expresar sus pensamientos con perspicuidad y corrección.

(El traductor tropieza aquí con una dificultad, y da un salto)

La falsa dialéctica, disfrazada por especiosa fraseología, cautiva frecuentemente el asentimiento de los muchachos que no piensan, diseminando a través de grandes espacios y durante largas edades las preocupaciones, las supersticiones y el error.

(Otra dificultad, otro salto)

Una palabra mal comprendida basta a veces para producir serios trastornos; y sólo el hábito de hablar con exactitud y de no dar a las palabras significados que no tienen puede prevenir motines y evitar confusiones sociales, en que nunca toman parte quienes han adquirido el juicio necesario para dar a las palabras su genuina significación.

induce al escritor a improvisar traducciones como la codicia del editor que, explotando esa necesidad hoy en uno y mañana en otro, logra tener permanentemente quien traduzca para él por poca paga. Incalculable es el daño que hace esta traducción mercenaria, sobre todo cuando se aplica a obras de erudición o a textos de enseñanza; por más que la crítica protesta contra tales falsificaciones, la vil industria prospera espléndidamente. Lo que se explica porque el editor chalán vive de eso, y pegado a las letras como una lapa no podría desaparecer sino con ellas. ¿Qué remedio tiene esta plaga? La mayor ilustración pública solamente; y mientras llega esto, el único recurso sería sacar a la vergüenza a los editores de esa especie.

Pero ¿quién toma el azote para echarlos del templo de las letras? ¿dónde está el crítico autorizado o independiente que puede atropellar los respetos humanos a cuyo amparo medran esos mercaderes? Esperemos que este Salvador llegue con el tiempo, y entretanto contentémonos con admirar el ejemplo que nos han dado al respecto otros hombres de otras épocas en otros pueblos. El erudito Baillet no tuvo reparo alguno en escribir lo siguiente, en su crítica sobre el tamaño de los libros: « Por este motivo (porque « su subsistencia dependía del peso y de la medida de sus escritos ») Wilhelm Xylander, Luigi Dolce, Jean Baudoin, Pierre du Ryer, y varios otros escritores mercenarios y contratados por los libreros se han visto obligados a alargar y a inflar lo más que podían los escritos que entregaban a la imprenta; de modo que, para salvar y conservar su vida, han preferido ajar y perder su reputación, unos por la necesidad de hacer traducciones a treinta sueldos o a un escudo la hoja, otros por la de hacer versos a cuatro francos el ciento cuando eran grandes, y a cuarenta sueldos cuando eran chicos ».

En esa misma época, Bayle, en sus *Nouvelles de la République des Lettres* se declaraba contra la traducción mercenaria en estos términos: « Traducir exige más habilidad de la que se piensa, y requiere gente que no lo haga para vivir ». Más tarde, en su monumental Diccionario, el célebre erudito se refiere precisamente a Du Ryer cuando dice: « Se cree que sus traducciones serían mejores si los libreros le hubieran pagado algo más; pero, como no le daban sino muy poco por hoja, es-

taba obligado a apresurarse en extremo a fin de ganar el sustento de su familia ».

¡Oh, Editor de hoy, te reverencio! Tu genealogía ilustre se remonta en los tiempos hasta Shylock.

• • •

Si la razón de vida personal lo justificara todo, no habría vida social posible. En la barbarie, el hombre llevado de la necesidad puede hacerse un taparrabo de la piel del prójimo; en la civilización, la indigencia no excusa la incompetencia ni la ligereza; y editor aparte, éstos son los vicios de que la crítica acusa al traductor improvisado, ya sea por necesidad o por vanidad, presunción y petulancia.

Hecha esta afirmación final, como síntesis de este capítulo, voy a cerrarlo con broche de oro: con esta sátira de Voltaire a propósito de una traducción de las *Lamentaciones de Jeremías* manipuladas *secundum artem* por un contemporáneo suyo:

Savez-vous pourquoi Jérémie
A luit pleuré pendant sa vie?
C'est qu'en prophète il prévoyait
Que Baulard le traduirait.

Baulard d'Arnaud fué un dramaturgo y novelista francés que « vivió en un estado de indigencia rayano en la miseria » dice su biografía. Naturalmente, fué traductor por vía de subsidio; y esto lo explica todo.

El traductor maníaco

Hijo de uno de los deslices de la crítica

Así como, en los tiempos de la vida primitiva, el hombre era ingenuo y modesto, y temeroso de un dios cualquiera, y en los tiempos de la civilización se ha ido haciendo cada vez más astuto y jactancioso, y ya sólo teme al diablo de su prójimo, de la misma manera, en la historia antigua de la literatura, el traductor era un alma santa, cándida y humilde, y después el progreso de las letras lo hizo pícaro y arrogante. A unos y a otros, a los traductores y a los no traductores, los echó a perder la mala crítica contemporánea: el aplauso embriagador de los superficiales.

Por este exordio verá el lector que este capítulo promete ser de moralista. Pero no bosteece. Le aseguro que no va a leer una homilía; me propongo demostrarle la verdad de mi tesis con prueba documental solamente. Con testimonios de otros, y no con pláticas mías, espero persuadirlo más eficazmente de que el traductor fué un poco bueno al principio y muy malo después, tan malo que acabó por hacer del ejercicio de nuestro arte cuerdo y reposado una manía frenética, una verdadera vesania; y lo convenceré también de que, si el traductor obró así, fué porque recibió el impulso de una crítica extraviada en sus juicios o absurda en sus contemplaciones.

Al efecto voy a presentar el tipo del traductor ingenuo hasta la candidez y modesto hasta la humildad, en contraste con el del traductor astuto hasta la picardía y jactancioso hasta la arrogancia. Naturalmente, el lector discreto no se quedará con ninguno de los dos modelos; pero el paralelo habrá servido para realzar los vicios extremos de ambos, y para hacer ver cómo en la obra literaria la mala crítica del momento puede infatuar al escritor, y corromperlo si es bueno, o podrirlo si es malo.



El abate de Marolles, literato francés de mediados del siglo XVII, era un traductor concienzudo y casto, al que no habían seducido los encantos perversos de la traducción libre; pero era mal traductor. Era mal traductor porque... Pero he prometido prueba documental, no dialéctica. ¿Quiere acompañarme el lector a leer en Disraeli lo que era el abate de Marolles? Vamos a ello.

Dice este docto crítico literario: « El abate de Marolles era la prueba andante de que un traductor puede entender perfectamente el lenguaje de su original, y producir, sin embargo, una traducción detestable. En el primer periodo de su vida, este infortunado autor no había carecido de ambiciones, y sólo el fracaso de sus proyectos políticos fué lo que lo decidió a dedicarse a las letras. Como no tenía condiciones para intentar la composición original, se hizo conocer por sus execrables versiones. Escribió más de ochenta volúmenes, para los cuales la crítica no se ha mostrado nunca indulgente; sin embargo, sus traducciones no dejan de ser útiles, aunque ni por casualidad se encuentra en ellas el menor soplo del espíritu de los originales. La más interesante de las anécdotas del abate referentes a sus traducciones es que, cuando tropezaba con algún pasaje arduo, el honrado traductor escribía al margen: « No he traducido esto porque es muy difícil; confieso que nunca he podido entenderlo »...

» La amplitud de los pecados literarios del abate sólo se reveló a mis ojos de una manera completa cuando vi sus delitos enumerados por orden cronológico en *Hommes illustres* de Nicéron. Es realmente entretenido comprobar la fecundidad pasmosa de su pluma; año tras año, y con un autor después de otro, el porfiado traductor estuvo cansando al prójimo, sin cansarse él nunca. A veces son dos o tres las víctimas clásicas que arrastra al matadero en la misma temporada. Entre unas sesenta obras, cincuenta son versiones de los escritores clásicos de la antigüedad, acompañadas de notas. De l'Etang, un crítico de esos tiempos, en sus *Règles de bien traduire* saca de nuestro abate todos sus ejemplos de mala traducción...

» Por mucho tiempo el abate estuvo convencido de que

había dado con el verdadero espíritu de sus delicados originales, a tal punto que varias veces imprimió un tratado crítico para recomendar su última versión o para presentar la nueva, dando al mundo las razones de que las versiones anteriores de un autor particular, « tanto en prosa como en verso, hayan sido tan poco aceptadas hasta ahora »...

» Después de haber saqueado a los genios clásicos de la antigüedad con su estilo bárbaro, cuando no le quedaba ya nada que hacer, cometió el sacrilegio de traducir la Biblia; pero la autoridad lo paró de golpe, en mitad de la impresión, por haber insertado en sus notas las divagaciones del preulamista Isaac de la Peyrère... Traducir era la manía del abate de Marolles. Dudo de que el hombre haya despertado alguna vez del todo de su pesado sueño acerca del acierto de sus traducciones; porque veo que, ya en edad avanzada, dice: « He dedicado mucho tiempo al estudio y he traducido muchos libros; considero a éstos más bien como un entretenimiento inocente que he elegido para mi vida privada, y no como cosas muy necesarias, aunque no son enteramente inútiles. Unos han apreciado mis obras y otros han hecho poco caso de ellas; pero, sea como fuere, no veo nada que me obligue a creer que no contienen, por lo menos, tantas cosas buenas como malas, en cuanto a su material y también a la forma que les he dado ».

» La noción que el abate tenía de sus traducciones era su fidelidad; no se daba cuenta de su estilo deslucido; y se figuraba que la poesía sólo consiste en los pensamientos, no en la gracia y armonía del verso... Se había formado el concepto extraño de que algunos eran más escrupulosos de lo justo con respecto a traducciones de autores que, por haber vivido en tiempos tan remotos, son rara vez leídos a causa de la dificultad de entenderlos... Con tal motivo dice el infatigable y modesto abate: « No callaré la verdad ahora que hablo de estas ingratas tareas; si por mi asiduidad me han dado mucho trabajo, me han resarcido de eso con las lindas cosas que me han enseñado, y por la creencia que tengo de que la posteridad, más justa que la época actual, hará un juicio más favorable ».

» Así remata sus largas tareas un traductor indigente, girando sobre la posteridad la letra de fama que sus contemporáneos no querían pagar; pero en tales casos, como con se-

guridad la letra se habrá prescripto antes de ser aceptada ¿por qué hemos de impedir que los girantes se satisfagan con el capital ideal? »

Habrá visto el lector, por este juicio de Disraeli, que el abate de Marolles era un traductor concienzudo, al que la crítica hundió en el polvo. Voy a hacerle ver ahora el tipo del traductor desalmado, al que la crítica subió a las nubes.

• • •

Me parece que puedo presentar a Nicolas Perrot d'Ablancourt, traductor francés contemporáneo del abate, si no como prototipo del traductor maníaco, como precursor del mismo, y con el título propio de arquetipo del traductor adornista. A este aventajado discípulo de Simeón el Metafrasta se deben aquellas ejemplares traducciones de los clásicos griegos y latinos tan falsas en el fondo y tan galanas en la forma que la crítica de su tiempo, visto que el autor era miembro de la Academia francesa, creó el amoroso epíteto de « bellas infieles » para censurarlas blandamente.

Este es uno de los casos en que los llamados « respetos humanos » han contribuído eficazmente a que se rompa hasta la última valla que la moral opone al vicio. Desnaturalizar la obra ajena en la traducción es una deslealtad de la que el traductor adornista se da cuenta antes que nadie. Por eso su obra es ocasional la mayor parte de las veces, y también anónima: la conciencia le recuerda al hombre, que no quiere vivir siempre en pugna con ella. Pero, en cuanto la crítica aplaude, el escrúpulo desaparece instantánea y totalmente. Y así estimulado, el traductor adornista hace de sus traducciones infieles un vicio ya habitual; y esclavo de él, llega a jactarse de su obra de falsario, con orgullo e insolencia. De pronto advertimos que su extravagancia se ha hecho manía. Entonces el moralista y yo, que nos explicamos el caso, nos dirigimos una mirada de inteligencia apenada, menearnos tristemente la cabeza, suspiramos; luego, siempre en silencio, inclinamos otra vez la frente sobre nuestras respectivas tareas... Vuelvo yo a la mía, que es de crítica en estos momentos.

Ablancourt no llegó a ser traductor maníaco; su extravagancia no acabó en vesania. El hombre se limitó a hacer vi-

brar, con el soplo de su ejemplo, la briznilla o brizua de locura que todos tenemos en la cabeza; pero no sentó teoría alguna para hacer ese soplo permanente. Disfrutó con avaricia de la celebridad que le dió la crítica, y no se ocupó de dictar las reglas para que otros, a su vez, conquistaran fama por la misma vía. Eso vino más tarde, por sus pies mismos; porque el caso de Ablancourt despertó la emulación, y ocurrió lo inevitable: hubo escuela. Al fin surgió el Maestro que hizo la revelación tremenda de la nueva sabiduría; y Francia fué su cuna.

Se debe a las letras francesas exclusivamente que la traducción adornista, sólo tolerable como obra ocasional, como capricho aislado de uno que otro ingenio, llegara a hacerse durante el siglo XVIII un método de trabajo, una tarea literaria reglamentada. A principios de ese siglo, en 1719, Gueudeville esbozó en el prefacio de su traducción de Plauto las primeras líneas de ese método. Y el arte del traductor adornista, que hasta entonces se había mantenido secreto, como una lacra inconfesable, se ostenta ya impúdicamente. Pero lo hace con cierta timidez todavía, no por decoro sino por recelo; la insolencia vendrá después.

He aquí las palabras de ese profeta mesiánico de nueva especie, de ese segundo Isaías, palabras que, hermenéuticamente interpretadas, anuncian el advenimiento del Traductor Maníaco y su glorioso reinado en la tierra literaria: « Mi traducción es muy libre; lo único que me ha preocupado ha sido el sentido de mi autor. Sin embargo, confieso que hay pasajes oscuros en los que yo mismo no sé bien lo que digo. Por lo demás, no he descuidado nada para vestir a la moda a este viejo cómico; amplió sin reparo alguno sus pensamientos, libertad que puede condenarse como una licencia imperdonable. Poner cosas de uno a un autor célebre es corromperlo, desfigurarle, quitarle todo su mérito. . . He seguido mi inclinación, y me halaga pensar que los lectores de verdadero gusto, pequeña grey, me agradecerán que haya querido contribuir a entreteñerlos mejor ».

Después de Isaías, el profeta Daniel estuvo más cerca del Mesías. Este Daniel fué Auteroche, cuya obra de traductor ha sido juzgada por el erudito Lalanne en estos términos: « En su traducción en verso de Virgilio; Auteroche se jacta a cada

paso de haber aventajado al poeta latino. Ora dice con complacencia: « Creemos que no nos hemos mostrado inferiores al original »; ora corrige y rectifica; ora agrega versos que le parecen tan expresivos como buenos, y Dios sabe a qué versos se refiere. Para hacerse perfectamente ridículo no le faltó más que realizar este proyecto que había concebido: « Fuera de la traducción de la Eneida, tal como existe ya, me había propuesto hacer otra edición de ella, tal como supongo que Virgilio habría podido componer su poema si una vida más larga le hubiera permitido dar la última mano a esa obra ».

En fin, el Mesías viene al mundo a mediados de ese siglo, el XVIII. Aparece en Francia, como he dicho, bajo el nombre de Pierre Le Tourneur... Sobre esa piedra se edificó esa iglesia... Este Le Tourneur, en el prólogo de su traducción del poema de Edward Young titulado *Night Thoughts*, hace oír la palabra de Dios, expone en esta forma el santo Evangelio, la nueva ley y doctrina de la traducción:

« El defecto principal de Young, y también el más propio, a mi juicio, para provocar el tedio, es una faeundia estéril, una repetición de los mismos pensamientos bajo mil formas casi semejantes... He escardado todas esas superfluidades, y las he reunido al fin de cada Noche bajo el título de « Notas », que no son observaciones mías sino el acervo de esos fragmentos de desecho, y de todo lo que me ha parecido extravagante, trivial, malo, repetido y presentado ya bajo imágenes mucho más bellas. Mi intención ha sido hacer del Young inglés un Young francés que pueda gustar a mis compatriotas... Sin embargo, lo que doy aquí es la traducción completa de las *Noches*... Con todo, he suprimido algunas invectivas contra el papa, algunos versos sueltos en los que el poeta anuncia friamente los temas que va a tratar, y dos versos fanáticos que se le han escapado al alma bienhechora del autor... He relegado también al fin de cada Noche, en lo que llamo « Notas », todos los fragmentos, todos los pasajes que pertenecen únicamente a la teología, y a los dogmas particulares de la revelación. Otro defecto que he tratado, no de hacer desaparecer del todo, sino de atenuar al menos, es el poco orden que hay en la agrupación de los diferentes trozos de que está compuesta cada Noche... Estas no tienen un objeto que las distinga o particularice. No forman

un todo aparte... De modo que he considerado el original de las *Noches* como un arquitecto vería el montón de materiales de un edificio, trabajados y preparados ya para la colocación, pero acumulados al azar en ocho o nueve lugares diferentes, y mezclados con los escombros. He reunido y coordinado lo mejor posible, bajo un título común, todos los fragmentos que podían relacionarse con él y formar una especie de conjunto. La misma razón me ha hecho multiplicar esos títulos, y de las nueve *Noches* del original he formado veinticuatro... Fuera de esto, he procurado traducir lo más literalmente que he podido ».

¡Las nueve *Noches* de Young hechas veinticuatro! ¡qué espléndido regalo para los lectores de la traducción! La crítica cantó al Mesías el hosanna correspondiente: « ¡Salvadnos, Señor! » Y el buen Mesías accedió a la deprecación. Dice su biografía en el *Larousse*: « El buen éxito de su traducción de las *Noches* de Young lo alentó a publicar luego las *Meditaciones* de Hervey y la *Historia* de Richard Savage. Pero su obra más importante es la traducción de Shakespeare... También ha traducido la célebre novela de Richardson *Clarissa Harlowe*, etcétera ».

« Etcétera » debe interpretarse (según un filólogo inglés anónimo pero entendido) como « resumen completo de otras cosas *ejusdem generis* de las especificadas en la enumeración que ese término abrevia ». De modo que ¡cómo habrá sido aquello, *ejusdem generis* de la traducción de las *Noches* de Young!... Lo cierto es que Voltaire y otras excepciones se mordián los nudillos ante esa aberración del gusto público, esa malacia o perversión del apetito literario: Pero la crítica de los más, ignara y estragada, desoía las protestas.

• • •

Marie-Ludovic Chrétien-Lalanne, a quien he citado anteriormente, fué un erudito francés del siglo pasado. Desempeñó los cargos de director del *Athenaeum français* y de la *Correspondance littéraire*, y también el de bibliotecario del Instituto; y como fruto de sus infatigables investigaciones publicó, entre un sinnúmero de artículos, memorias y notas, casi una docena de obras, tan originales por su tema como autorizadas por su

fondo y atrayentes por su forma. Estos antecedentes hacen ver que Lalanne era un hombre serio; más que serio, grave, quizá solemne, tal vez con cara de vaqueta. Creo poder asegurar que nunca se rió de nadie, mucho menos en sus libros y del público.

Pues bien: en una de sus obras, *Curiosités littéraires*, leo estas líneas, que, por las razones que acabo de dar, considero escritas seriamente y no para solazar al lector con una chuscada. En ellas se da una información que marca precisamente el último grado de la vesania del traductor maníaco; después de ese paroxismo, el pobre insano pasó del manicomio al cementerio. Dice Lalanne: « En el siglo pasado (XVIII) cuando se empezó a estudiar la literatura inglesa (en Francia) el traductor no consideraba los originales sino como un cañamazo sobre el que podía bordar a su gusto. En la traducción de *Tom Jones* (una novela de Fielding) hay capítulos titulados: « Capítulo tantos, en el que el traductor francés toma la palabra »...

• • •

Lector, apaga y vámonos.

El traductor grafista

La mecánica como recurso estético

Al pasar de una lengua a otra los nombres propios, personales o geográficos, pueden ser traducidos, o si no, copiados simplemente cuando los alfabetos son iguales; cuando los alfabetos son distintos hay que hacer transliteraciones, esto es, hay que reproducir, no las letras, sino los sonidos. De lo primero, de la traducción y de la copia de nombres propios, esto es, de las metonomasias y de las transcripciones, me he ocupado al presentar al traductor libre, y a su émulo el traductor de oído en sus funciones de fonologista improvisado; ahora, hecha ya esa parte de la tarea, debo completarla hablando de las transliteraciones. Con tal motivo voy a presentar al lector, recomendándolo especialmente a su atención, un miembro más de la familia de los traductores, hermano nuestro en san Jerónimo: el traductor grafista.

Queda dicho así que mi tema no será la transliteración precisamente sino la transcripción de transliteraciones. La transliteración es obra científica: la hace el fonologista al representar con grafías especiales, formadas con elementos de su propio alfabeto, los fonemas de una lengua de alfabeto distinto o que no tiene alfabeto; y esa obra no está en el campo de la traducción. En cambio, la transcripción de transliteraciones está dentro de él: es el trabajo de reproducir las grafías fonéticas, trasladándolas de la lengua del autor de ellas a otra lengua de igual alfabeto.

De modo que voy a hablar de la transcripción de transliteraciones, y necesariamente voy a hablar mal de los que la hacen en nuestra lengua. Porque ese trabajo no debe ser maquinal sino consciente, no debe ser de copia sino de adaptación: el que transcribe transliteraciones tiene que ser a su vez un poco fonologista, y además tiene que conocer y practicar el arte de la

ortocopia; y cuando no posee ese conocimiento ni esa práctica, y transcribe transliteraciones repitiendo mecánicamente letras, en vez de reproducir sonidos, esa especie de autómatas inconsciente es un traductor grafista, y hay que condenar su mala obra. Por no haber tirado a tiempo de las orejas al traductor grafista nuestro diccionario de la lengua contiene hoy, entre sus extranjerismos, varios dislates fonéticos, y nuestras enciclopedias, en sus vocabularios de historia y de geografía, están plagadas de ellos.

Pero esto es anticipar el comentario al hecho. Hay que empezar por el principio.



Como he dicho ya, en el capítulo del traductor libre y del traductor de oído, para la transcripción de nombres de una lengua a otra ha regido siempre en la escritura el método etimológico o literal, mientras paralelamente regía el fonético en la tradición oral. Y tan imperfecto es un método como el otro; el etimológico porque, aun en el caso de que los alfabetos sean iguales, las letras no tienen el mismo valor fonético en todas las lenguas, y de ello resulta que, escrito idénticamente en dos lenguas distintas, el mismo vocablo suena diferentemente; y el fonético es también imperfecto porque, como en cada lengua hay fonemas que no existen en las demás, la pronunciación figurada resulta aproximada solamente.

Los ejemplos del caso pondrán en evidencia esta imperfección de ambos métodos. Si escribimos Cimarosa, Chicago, Chaves, siguiendo el método etimológico, sacrificamos la fonética, porque, en sus lenguas de origen, esos nombres suenan Chimarosa, Xicago, Xaves (dando aquí a la equis el sonido que tenía en castellano antiguo, y que conserva en el dialecto gallego). Por otra parte es obvio que, si escribiéramos esos nombres en esta última forma, sacrificaríamos la etimología a la pronunciación. Es cierto que hacemos este sacrificio cuando escribimos Yaguarón, trasladando a nuestra lengua la fonética propia del Jaguarão portugués, aunque por metonomasia, esto es, traduciendo, bien habríamos podido escribir Jaguarón, como escribimos, traduciendo, Florencia por Firenze, antes Fiorenza; pero nuestro Yaguarón se explica porque, como sucedía

siempre en el tiempo antiguo, la tradición oral divulgó la fonética del vocablo foráneo antes que la escritura impusiera su grafía. Lo corriente ahora es todo lo contrario: que los nombres pasen escritos a los países extranjeros y se impongan en ellos en tal forma. ¿Quién se atrevería a escribir hoy Cleman-só en vez de Clemenceau, como escribimos Maquiavelo en vez de Machiavelli?

Con esto queda demostrado cómo las vocalizaciones y articulaciones que indican las letras no tienen el mismo valor fonético en todas las lenguas, razón por la cual el método etimológico de transcripción es imperfecto. Veámos ahora, mediante otro ejemplo, cómo es imperfecto también el método fonético, porque en cada lengua hay fonemas que no existen en las demás.

Desde el siglo XVII, cuando en España empezó a darse a la equis escrita un valor distinto del de la xex provenzal, el castellano carece en su abecedario de un elemento que represente fonéticamente la gutural espirante sorda del dígrafo francés y portugués *ch*, que en las voces propias de esas lenguas tiene un sonido chicheante que corresponde a la equis gallega y catalana, y a la portuguesa llamada *chiente*, a *sh* en inglés, a *sch* en alemán y a *sc* en italiano delante de *e* y de *i*. Por otra parte, ninguna de las lenguas occidentales europeas cuenta en su abecedario con una letra que reproduzca el sonido de la *ge* fuerte y de la *jota* en castellano; y con la única excepción del alemán, que en su fonética propia tiene para el caso el dígrafo *ch*, ese fonema es desconocido en todas ellas. Ahora bien ¿cómo representar en castellano el sonido chicheante de la *ch* francesa? No tenemos más recurso que las aproximaciones muy remotas de nuestra *che* y de nuestra *ye*, pronunciando esta última letra como sonaban la *ge* fuerte y la *jota* en castellano antiguo. Si empleamos esos caracteres con tal objeto ¿puede decirse que Chateaubrián o Yatobrián suenan en nuestra lengua lo mismo que Chateaubriand en la francesa? Hay que reconocer que, sobre todo en la primera sílaba, ambos vocablos suenan diferentemente. ¿Y qué hacen por su parte los ingleses, franceses, italianos y portugueses para representar el sonido actual de nuestra *ge* fuerte, de nuestra *jota*, de la *ja* árabe (séptima)

y de la ja rusa, letra que tiene tanto la forma como el valor de la ji griega? Han formado el dígrafo kh y le han dado ese valor convencional.

En resumen, la transcripción etimológica respeta la escritura y falsea la pronunciación, y la transcripción fonética deforma la escritura y no da sino una pronunciación aproximada. Como he dicho, este último método se justifica por la tradición oral de otros tiempos, y al etimológico lo impone la forma escrita en que los nombres propios circulan hoy por el mundo. De ahí que existan ambos simultáneamente, y con ellos el descontento universal; porque, mientras unos se quejan de la transcripción etimológica diciendo que pueden leer, pero no pueden ver, los nombres extranjeros deformados gráficamente, otros dicen que pueden ver, pero no pueden leer, esos nombres reproducidos literalmente.

Ante esta imperfección irremediable de ambos métodos ha habido que contentarse con juzgarlos comparativamente, y se ha llegado a la conclusión de que el etimológico es más práctico que el fonético. El primero no tiene más inconveniente que la pronunciación arbitraria, grotesca a veces, que da la generalidad al vocablo extranjero; y en el segundo los inconvenientes son cuatro: 1º la transcripción fonética altera la grafía propia del vocablo; 2º obliga a hacer en cada lengua combinaciones insólitas de letras y a dar a éstas valores convencionales para representar los fonemas exóticos; 3º impone a todos, doctos e indoctos, el conocimiento de esos valores convencionales, y el trabajo de descifrar esas combinaciones insólitas; 4º y todo esto para que la pronunciación así figurada no sea exacta, sino sólo aproximada. De ahí la tendencia general a sostener que conviene optar por las aproximaciones mediatas y fáciles del método etimológico, desechando las aproximaciones inmediatas y difíciles del método fonético.

Pero hay casos en los que la aplicación de esta regla sería en extremo inconveniente. La transcripción literal puede producir grafías de pronunciación absolutamente imposible cuando se trata de vocablos de los idiomas eslavos de alfabeto latino, como el polaco, el checo, el croata, el esloveno y el eslovaque. Aparte de que en todos esos idiomas hay signos diacríticos que alteran considerablemente el valor de las consonantes, algunas

de éstas son articulaciones por sí solas, es decir, no necesitan vocales para ser sonantes. En consecuencia, con respecto a tales idiomas, todas las ventajas están más bien en favor de la transcripción fonética. ¿Cómo leer la voz Vltava, el nombre polaco del Móldau, si no sabemos que en ese idioma la *e* suena como si tuviera una *e* delante? ¿Quién de nosotros puede pronunciar el nombre Przemysl, si lo transcribimos con las mismas letras? ¿Acaso es cosa generalmente sabida que en polaco el dígrafo *rz* suena como la *ch* francesa, y la *ese* con acento es una consonante doble: *s-+y*? ¿No es mejor transcribir fonéticamente ese nombre escribiendo: Yémisyel? Al decir Premisladas por Przemysl, nuestros textos de historia y nuestras enciclopedias no respetan ni la etimología ni la fonética; crean un nombre enteramente arbitrario.

• • •

A pesar de sus muchos inconvenientes, el método fonético de transcripción es el único racional para hacer transliteraciones. Siendo los alfabetos distintos no cabe ya el recurso de copiar letras. Tampoco es posible conmutarlas porque, si algunas de ellas tienen en otra lengua signos correspondientes, las demás exigen para su transcripción dígrafos, trigramas, y a veces verdaderos bloques de caracteres: la ayin hebrea (décimasexta) se transcribe así: *hhhh*; y la shicha rusa exige esta combinación: *shch*. De modo que la transliteración se diferencia de la transcripción en que significa reproducir la expresión fonética, y nunca la forma gráfica, ya se trate de vocablos de una lengua de alfabeto distinto o de voces de algún guirigay salvaje.

Naturalmente, el que translitera atiende a la fonética de su propia lengua; translitera para la gente de su habla, no para el mundo entero. Todavía no tenemos un lenguaje universal, ni siquiera un alfabeto pasigráfico común, a pesar de los grandes esfuerzos hechos en uno y otro sentido. Por consiguiente, el que va a transcribir una transliteración debe ver ante todo en qué lengua está hecha, a fin de dar su debido valor fonético a la grafía convencional que tiene por delante; luego debe buscar en su lengua propia, como hizo el fonologista en la suya, las letras que reproduzcan esos fonemas exóticos. Ya no se trata, repito, de transcripción etimológica o literal.

Así como el que translitera no tiene en cuenta las letras del vocablo original sino sus fonemas, de la misma manera el que transcribe una transliteración no debe tener en cuenta sus signos alfabéticos sino sus sonidos. En otras palabras: a la operación fonética de la transliteración corresponde en la transcripción una operación también fonética. Por eso dije al principio que el que transcribe una transliteración debe ser a su vez un poco fonologista.

Veamos ahora cómo, por no observar esta regla de procedimiento, el traductor grafista hace obra inepta.

Por haberse transliterado al latín la *ji* del griego antiguo mediante el dígrafo *ch*, y porque las lenguas occidentales europeas dieron luego a este dígrafo latino, en tales transliteraciones, el sonido de la gutural sorda y muda *k*, se perdió para todas esas lenguas el sonido gutural aspirado que tenía la *ji* griega en los alfabetos orientales de esa lengua, y que el griego moderno ha conservado. Hoy día, sólo en el alfabeto castellano, entre aquellas lenguas, hay caracteres que representan el sonido de esa letra griega, gracias a que, desde fines del siglo XVI, la jota y la *ge* llamada hoy fuerte dejaron de ser dentales para hacerse guturales. Y como he dicho ya, para representar este sonido todas las demás lenguas occidentales europeas, excepto la alemana, que en su fonética propia cuenta para eso con el dígrafo *ch*, han formado con tal objeto la combinación insólita *kh*, que no existe en dichas lenguas sino con ese valor convencional. De la misma manera, en francés no existe el sonido explosivo de nuestra *che*, fonema común a otras lenguas, la rusa entre ellas; y en la necesidad de presentarlo, los fonologistas franceses han adoptado la combinación insólita *tch*, especial para el caso. Igualmente usan los franceses la grafía *dj* para significar el sonido de la ye en castellano antiguo; y las combinaciones *ai*, *oi*, *ou* para representar fonemas que en nuestra lengua suenan respectivamente *ai*, *oi*, *u*. Es obvia la necesidad de estos recursos supletorios en francés; es obvia también la completa inutilidad de ellos en castellano.

Ahora bien: al encontrar en los textos extranjeros la *kh* por *ge* fuerte o jota, la *tch* por *che*, y demás signos convencionales de la transliteración ¿por qué hemos de copiar tales su-

plefaltas ajenas si en nuestro abecedario tenemos, con igual valor, letras propias que representan exactamente esos mismos fonemas? Pongamos un caso práctico. Examinando un atlas o un texto de geografía extranjero, el traductor al castellano encuentra en Persia el nombre Khorassan. Como este traductor no es grafista (¡oh caso raro!) sabe la geografía, sabe que la toponomástica propia de esa región de Asia es persa, sabe que el persa moderno se escribe con el alfabeto árabe, sabe que la grafía que tiene por delante es, por consiguiente, una transliteración, y sabe también que el dígrafo **kh** que figura en esa transliteración es un signo convencional. Entonces, el traductor no grafista reconoce que, si en francés, inglés, italiano y portugués se escribe Khorassan es para que esa combinación arbitraria de letras suene Jerasán, que es como los persas pronuncian tal nombre; y por lo tanto, el traductor no grafista transcribe ese nombre en castellano con las letras que en esta lengua lo hacen sonar así.

Otro caso práctico. ¿Por qué vamos a acompañar a los franceses escribiendo Tehekhov para nombrar al novelista y dramaturgo ruso? Escribamos Chejov, a fin de que ese nombre suene en nuestra lengua como suena en Rusia y en todos los demás países. Por la misma razón escribamos Chicherín, en vez de Tchitcherín; Yuguernot en vez de Djaghernath; Dalai-Lama en vez de Dalai-Lama; Tolstoi en vez de Tolstoi; Beirut en vez de Beyrouth.

Ya sabemos que, en materia de transcripciones, el mejor método es el que respeta las grafías naturales de los nombres extranjeros; pero ante una transliteración estamos en presencia, no de una grafía natural, sino de una grafía artificial. De modo que sólo podemos aceptarla si se concilia con la fonética castellana; y cuando choea con ella debemos modificarla, precisamente para no destruir su objeto, porque la transliteración tiene por único fin hacer saber cómo suena un vocablo de una lengua exótica, y no cómo se escribe ese vocablo en su lengua exótica. Pongamos en buena hora la **kh** y la **tch** a todo nombre que tenga tales letras romanas en su grafía original, si es que hay alguno; pero no incurramos en la tontería de reproducir literalmente una grafía artificial que no ha sido hecha para nosotros y que no nos hace falta.

• • •

¿Y el traductor grafista? preguntará el lector. Confieso francamente que habría preferido olvidarme de él.

¡Ah, traductor grafista! Ni una sola vez ha tropezado tu herramienta en la mecánica tarca de copiar servilmente todos los adesivos que son en nuestra lengua las transliteraciones en que descuellan la *kh* y la *tch*; ni una sola vez te tocó Dios con su dedo misericordioso para pararte en tu carrera ciega, de autómatas inconsciente, a través de los montes y los valles en la geografía, y por entre los potentados y los pueblos en el curso de la historia. Con la impasibilidad de una máquina idiota que tritura hasta las manos del obrero que la cuida, transcribes literalmente en tus textos de geografía y en tus mapas los nombres rusos, árabes, persas, indos, en la forma que los franceses y los ingleses les han dado para presentar a la gente francesa y a la inglesa las voces indígenas de los países de Oriente, y que los italianos y los portugueses han debido copiar por fuerza en la misma forma. Y desde Jersón, Jarkov y Astraján en Rusia, por la vía de Jorasán, Jiva y Bujara, nos llevas hasta la isla Sajalín en el mar de Ojotsk, y desde Jáirpur en la India, por Jorsabad en la Mesopotamia, hasta Jártum en Egipto, obligándonos a leer tus enrevesadas grafías desde nuestra más tierna edad, y a pronunciarlas a la diablo, y a grabarlas con gran trabajo en la memoria, para que luego nos encontremos con que esos nombres, que tu escribes con *kh* en vez de jota, no tienen para nosotros ni el aspecto ni el sonido, ni la figura ni la voz, de los originales a que se suslituyen.

Y en los textos de historia también nos saltan a los ojos agresivamente tus monstruosos endriagos ¡oh, traductor grafista!... tus Teglathphalasaes, tus Sennacheribes, tus Assarhaddones; tus vocablos tan erizados de consonantes como un puerec espín de púas, en contraste violento con la vocalizada estructura de las palabras en nuestra lengua. Con tu obra chapucera de copista sin chirumen consigues hacer enteramente inarticulables, o por lo menos antiortográficos, los nombres de los potentados y de los pueblos orientales en la antigüedad, y de los eslavos en los tiempos más próximos. Las consonantes se pegan a tu pluma como las limaduras al imán, y emborronan

tus grafías; sobran haches en tus Sikhes Indos, en tus Varahrames y Chosroes persas, en tus Nechaos egipcios, y hay eses con exceso en tus Assures asirios, y pes superfluas en tus Psaméticos y Ptolomeos de la tierra de los faraones.

¿No basta ya que en nuestra lengua esté falscada la fonética de los nombres griegos antiguos en que entraba la ji, convertida por los latinos en **ch**, a la que hemos dado el valor de **ka** en vez del de jota o **ge** fuerte? ¿No basta que digamos Arcángel en vez de Arjányel y Quersoneso en vez de Jersoneso? ¿No basta que, para todos los pueblos de occidente, el Jristo griego se haya hecho Cristo, esto es, una palabra sin sentido natural, mientras los pueblos de oriente dicen correctamente « el Ungido » al decir Jristo?

¿No basta que, porque la Academia española ha cambiado por jota en la escritura la equis castellana antigua que transliteraba la xi griega, digamos hoy ridículamente Alejandro, Jenofonte, Jerjes y Artajerjes, mientras todo el resto del mundo dice Alexandro, Xenofonte, Xerxes y Artaxerxes, dando su fonética propia a esos nombres?

Ya sé; oh, traductor grafista! que vas a decirme que tu maestro en falsas transliteraciones es la Academia española precisamente.

Dices la verdad; pero eso no te disculpa. El mal ejemplo no debe seguirlo el que nace honrado. Deja que la Academia consigne en su léxico, en la voz « theta » un dígrafo que, pronunciado en castellano, hace que llamemos impropriamente « ta » a la letra griega que suena hoy como nuestra zeta. Déjala que, por otra parte, llame « zeta » a la letra griega que no suena como nuestra zeta. De lo que resulta que la Academia nos da dos nombres de letras griegas que no dicen cómo se pronuncian esos caracteres. Déjala que, al denominar otras letras de ese alfabeto, nos imponga grafías exóticas como gamma, kappa, my, ny, rho, ypsilon, phi, en vez de adaptarlas a nuestra fonética escribiendo simplemente: gama, capa, mi, ni, ro, ípsilon, fi; como debería hacerlo puesto que, desde 1803, sacrificando como es justo la etimología a la ortoepía, ha desterrado de su diccionario la **ph** y la **k**, y también la **h** donde no hacía falta, así como las consonantes innecesariamente duplicadas; y puesto que desde 1815 ha prescrito en su *Ortografía* que la ye vocal

sólo debe sustituir a la i cuando es conjunción y cuando termina un diptongo o triptongo al final de la palabra y no cae en ella el acento. Déjala que escriba « zar » con zeta, Dios sabe por qué, si los rusos no ponen la lengua entre los dientes para pronunciar esa palabra. Déjala que incurra en la contradicción de escribir « phi » con ph y « alfa » con f, aunque el fonema que ella diferencia así es exactamente el mismo en los vocablos originales, que por eso tienen en griego idéntica grafía. Déjala que, aun cuando en su léxico nos manda decir « jedive », respetando la fonética de origen, en el mismo libro nos imponga las formas absurdas « califa » y « kan », palabras que en sus lenguas respectivas empiezan, como empiezan « jedive », con la mismísima letra séptima del alfabeto árabe.

Repito ¡oh, traductor grafista! que los errores ajenos no justifican ni escudan los propios. Por el contrario, más imperdonable es copiarlos adrede que hacerlos sin saber; esto último es inadvertencia o ignorancia, y aquello otro es falta de discernimiento, y de sentido moral a veces.

El traductor inepto y el mal traductor

Sus vicios mayores y menores

En el siglo de oro, Garcilaso afirmó esto: « Traducir bien un libro es tan difícil como hacerlo de nuevo ». Luego, en el siglo de la emancipación, Voltaire dijo que, después de una buena tragedia, nada es más difícil que una buena traducción. Más tarde, en el siglo de las luces, Lamartine precisó también lo arduo de la tarea de traducir diciendo: « A mi juicio, el más difícil de hacer de todos los libros es una traducción ». Pero el traductor inepto tiene una opinión contraria sobre el particular; según él, traducir es fácil, es sólo cuestión de audacia para conjeturar por regla general, y de diccionario por excepción, para resolver los casos realmente desesperados.

Por lo común, el público no tiene sino una idea vaga del desastre literario que el traductor inepto representa. Es corriente la impresión de que todo traductor es malo: el feliz anatema *traduttore traditore* vive perpetuamente en el pensamiento de todos. Pero ¿por qué se traduce mal? Y si se traduce mal ¿por qué se traduce? He ahí algo que no todos pueden explicarse; y para que todos puedan explicárselo se escriben estas líneas.

La calamidad literaria que el traductor inepto representa es el producto de dos factores deplorables en igual medida: la incapacidad e irresponsabilidad del traductor, que casi siempre es anónimo, y la falta de ilustración del público, que, si lo tolera, es porque no ve su inepticia. Porque lo más frecuente es que, en presencia de un absurdo escrito en letras de molde, el lector, esclavo del hábito escolar de no ver en los libros sino ciencia a veces difícil, se apresure a pasar por alto esas líneas, avergonzado de no entender lo que lee, tropiezo que

atribuye a su falta de conocimientos. Y a sus espaldas, el traductor inepto se ríe de él ahogadamente.

El traductor inepto acumula, por lo general, cuatro vicios mortales y a veces otros tantos veniales. Las excepciones son los que tienen sólo tres, dos o uno de los vicios mortales, y cuatro, tres, dos o uno de los veniales.

En primer lugar, el traductor inepto no conoce la lengua ajena, y en segundo ignora la propia. En tercero, cuando sabe las dos lenguas le falta el sentido literario indispensable para discernir las formas del pensamiento o los matices del sentimiento. En cuarto lugar, no entiende jota del tema de que se trata. De ahí que, porque no conoce las lenguas, su interpretación es falsa o incompleta; o porque no las conoce literariamente, su expresión es ramplona o turbia; o, porque ignora las generalidades del caso, desbarra inevitablemente.

Ahora bien: en la imposibilidad de salir de su ignorancia, por la sencilla razón de que nunca podrá verla (le está vedado eso) el traductor inepto cree que traducir es calcar el original, mejor dicho, hacer el trabajo mecánico de cambiar palabras por palabras. Y escribe entonces intrépidamente, con la audacia insolente del que no ha sido castigado nunca, todas las contradicciones y contrasentidos, y ambigüedades y vaguedades y logogrifos del mundo: fabrica verdaderas criptografías.

Este recurso del calco tiende a hacer que el lector sea el intérprete en definitiva. Y con eso, el traductor inepto demuestra acabadamente su inepeia: porque, por definición, no puede ser traductor el que no interpreta. Además, hace obra idiota al endosar al lector la dificultad de la interpretación, tremendamente agravada por la desfiguración del texto en otra lengua. Por fuerza, menos que él entenderá el lector, que sólo puede seguir el pensamiento del autor a través del vidrio ondulado, o sobre el espejo anamorfótico, de una traducción de palabras, no de ideas.

He dicho ya que el traductor inepto ha nacido así, y no tiene remedio. Su inepeia es incurable porque hay en él una incapacidad ingénita para comprender el fin propio de la traducción, y por consiguiente para dar con los medios de hacerla cumplidamente. Es cierto que la traducción no debe

alterar las líneas de las figuras ni las gradaciones de los tonos; y en un escrito las líneas de la figura son los conceptos, las gradaciones de los tonos el estilo, y los colores las palabras. Pero también es cierto que el calco, al repetir las palabras en vez de cambiarlas, hace las líneas borrosas y las gradaciones destempladas. Razón por la cual el traductor no debe calcar sino copiar, con la misma firmeza de pulso con que el autor hizo su obra, y preparando como él los tonos en la paleta de la lengua propia, sean cuales fueren los colores y matices que ve en la tela. Pero el traductor inepto no puede hacer sino calcar; no tiene pulso para copiar figuras, ni arte para templar colores y formar matices o graduar tonos. Ni tendrá nunca tales dones; porque el traductor, como el artista, nace y no se hace.

Es traductor inepto por excelencia el que se pone a traducir una obra sin tener noción alguna del tema tratado en ella. Le parece innecesaria esa preparación porque, a su juicio, las palabras hablan por sí solas. No sabe ni sabrá nunca que, cuando no hay idea en la mente del que las elige y combina, las palabras voccean pero no dicen nada; y que, así como el autor eligió y combinó sus términos para expresar sus conceptos, de la misma manera el traductor debe empezar por formarse conceptos a fin de poder saber cuáles son los términos que ha de elegir y en qué forma ha de combinarlos. Ahora bien: para formar concepto de algo es indispensable conocerlo; y de ahí que el traductor, aunque aparentemente no debe hacer sino copiar, esté obligado a tener conciencia de lo que dice, para que no resulte ininteligible su trabajo, que ya no es del autor sino suyo.

Contra el traductor inepto de esta especie han tenido y tendrán mucho que bregar los estudiosos. En el siglo XVII sus desaciertos eran tan exorbitantes que Guez de Balzac acabó por arrebatarle contra todo traductor, y en el quinto discurso de su *Sócrates cristiano* hizo esta afirmación rotunda: « Los que con más reputación han traducido de una lengua a otra, han tomado ríos por montañas, y hombres por ciudades ». El gran Bayle, en medio de su colosal tarea enciclopédica, cuando compilaba su *Dictionnaire historique et critique*, tuvo que perder mucho tiempo en salvar los innumerables

errores de los traductores cuyos textos consultaba. Hombre moderado, tolerante y ecuánime, preceptor nato, más dispuesto al consejo que al reproche, el genial filósofo no llegó a agriarse contra tan ineptos auxiliares; pero su citada obra refleja bien la prevención de su ánimo contra ellos, la profunda desconfianza que le inspiran: a cada paso, aun cuando incurra en repeticiones, pone en evidencia sus desbarros, y clama porque en lo sucesivo no se traduzca inconscientemente. He aquí algunos de los preceptos que formula con tal motivo:

« Para los que quieren traducir, siempre será poco todo escrúpulo en la observancia de esta regla: deben evitar todos los términos equívocos, todo lo que pueda impedir que el lector tenga las ideas más conformes a la naturaleza de cada asunto » (Artículo *Arsinoé*, nota C)... « El traductor que se arriesga a parafrasear, o a apartarse en lo más mínimo de su original, debe saber a fondo la materia de que se trata. Sin eso se expone a equivocaciones, más censurables aún porque una infinidad de personas las imputan a los que ninguna culpa tienen de ellas, quiero decir, a los autores traducidos » (*Bodegrave*, B)... « Los que traducen están expuestos a cometer extraños yerros cuando no entienden las cosas; porque, aun cuando conozcan tres o cuatro acepciones de una misma palabra, eso no les impide tomar la que no conviene a tal o cual punto » (*Tiresias*, H)... « Es en extremo difícil traducir bien; porque aunque uno tome las expresiones del original en el sentido más verosímil, a veces no deja de extraviarse; es necesario el conocimiento de cien particularidades para elegir el sentido verdadero » (*Tullio*, L).

No son los preceptos de Bayle los que van a suprimir al traductor inepto; porque, como he dicho ya, a éste le está vedado por naturaleza ver su propia ignorancia, y en consecuencia nunca podrá salir de ella. Si consigno aquí estos preceptos es para que aprovechen al que no quiera ser traductor inepto.

...

El mal traductor sí; ése puede corregirse, si su vicio, cuando lo tiene, es conocer imperfectamente las lenguas o la

materia que el autor trata. En estos casos, su instinto literario le advierte a cada instante sus deficiencias, y es natural que el hombre trate de ampliar sus conocimientos. Su laera no es insanable; el estudio puede curarlo.

Mal traductor es, pues, el que se caracteriza por vicios no mortales sino veniales. En otras palabras, lo que hace malas sus traducciones no es la falta absoluta de ciencia o de arte, esto es, una cuestión de fondo, como si dijéramos vicios de concepción en la obra, sino las deficiencias de forma, cuestiones de detalle solamente, vicios de ejecución. Pero en la obra artística el cuidado del detalle es forzoso; y de ahí que se califique de malo al traductor aunque sus vicios sean menores.

Hay cuatro tipos de mal traductor: el traductor gramatical, el traductor adornista, el traductor indolente y el traductor chapucero. Pero esta clasificación, que atribuye a cada uno de esos tipos un modo propio y distinto de traducir mal, es puramente especulativa, responde al objeto de facilitar el análisis; en la práctica, como he dicho ya, lo corriente es que los vicios se acumulen en el mismo individuo. Por abstracción, pues, voy a tratar como entidades diferentes las cuatro virtudes nocivas del mal traductor.



Corresponde el primer puesto al traductor gramatical. El retórico Villemain ha dicho que « la peor de las traducciones es la de palabra por palabra, cuando contraría el giro natural de nuestra lengua ». Pero este juicio, que en el fondo no es más que una reflexión del buen sentido, no se lo puede hacer el traductor gramatical, que carece justamente de buen sentido. Durante el siglo pasado, las traducciones gramaticales, muy en auge entonces, se llamaban « bárbaras » por su mal gusto; y para censurarlas y para justificarlas se consumieron ríos de tinta. Los apologistas del sistema bárbaro alegaban la necesidad de respetar al autor hasta en los más nimios detalles de su expresión; eso era una cuestión de probidad. Los partidarios del sistema culto proclamaban la necesidad superior de que la traducción respetara la lengua en que se hacía; eso era una cuestión de buen gusto. Y unos y otros desarrollaban excesivamente sus respectivas tesis; pero en el ardor de la lucha

no veían el exceso, el estro sublime los obcecaba. De ahí la interminable controversia. Al fin, el espíritu de los nuevos tiempos dirimió la cuestión resolviendo que en este caso, como en tantos otros, la verdad, en cuanto a principios, estaba en un término medio entre ambos extremos; y que, en el terreno práctico, la conciliación era posible mediante el recurso de dar a cada cual lo suyo. Quedó establecido así que, observando un precepto del buen gusto, la traducción literaria debe respetar ante todo la lengua en que se hace; y que toca a la traducción escolar o didáctica, que no es obra artística sino científica, reproducir textualmente los giros propios del autor.

Dios me libro de enumerar las razones de esta conclusión. Me aterra la sola idea de que pueda renovarse la colosal controversia. Pero, para satisfacción del lector, diré que, en la interpretación de toda obra de arte, hay que reproducir dos cosas: el pensamiento y su expresión, y cuando esta reproducción doble, de fondo y forma, no es posible, el buen sentido aconseja que sea la forma la que se sacrifique en favor del fondo. Por eso Dryden ha dicho muy acertadamente: « Al autor noble, el traductor no debe seguirlo muy de cerca; perdería su espíritu al querer tomarle el cuerpo ».

Esto es precisamente lo que les pasa a los traductores gramaticales, que hacen decir grotescamente a Homero: « Juno, la de los ojos de bucy », cuando la intención del poeta es decir ponderativamente « ojos grandes, rasgados, hermosos ». Así, al menos, lo afirma Hermosilla en su *Arte de hablar*. Pero la verdad es que Homero ha planteado con sus epítetos un problema insoluble para los traductores. Cuando aplicaba a Atena el de *glaukopis* ¿quería decir « ojos brillantes » o « cara de lechuza »?

La versión gramatical destruye por fuerza la metáfora a que recurre el autor usando palabras en sentido figurado o traslaticio; sobre todo hace ininteligibles o absurdos los eufemismos. Porque en los equívocos, en las perífrasis, en las alusiones sobre todo, hay una intención que no la dan las palabras solas, sino determinadas relaciones accidentales del lenguaje con circunstancias de lugar y de tiempo; y esas circunstancias pueden no ser comunes a todos los lugares ni a todos los tiempos. En resumen, muchas palabras tienen dos sentidos, el eti-

mológico o general, y el particular o traslaticio; y si el primero puede ser el mismo en otras lenguas, el segundo no lo es nunca, o poco menos.

Reconozco que para el filólogo es muy interesante saber que Horacio dice con palabras latinas: « La muerte pálida con igual pic golpea a las tiendas de los pobres y a las torres de los reyes » (*Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas — Regumque turres*). Pero lo que interesa a todo el resto del mundo no son las palabras de Horacio sino sus ideas; y en este caso, para traducir su pensamiento, hay que cambiar las palabras, no por sus iguales sino por sus equivalentes en nuestra lengua, diciendo: « La muerte pálida de igual modo llama a la puerta de los tugurios de los pobres que a la de los palacios de los ricos ». Porque nosotros no llamamos ya a las puertas con los pies, y porque entre nosotros los pobres no viven ya en tiendas, ni los reyes son ya los únicos ricos, ni los ricos moran ya en torres.



De un concepto equivocado de la traducción llamada libre, en oposición a la literal, ha nacido el traductor adornista. El erudito Boissonade ha dicho: « Dos condiciones son necesarias para toda buena traducción: la fidelidad de la interpretación y la elegancia del estilo ». También Chateaubriand, en el prólogo de su ejemplar traducción de Milton, ha sentado este precepto: « Un traductor no tiene derecho a ninguna gloria; sólo es menester que muestre que ha sido paciente, dócil y laborioso ». Pero no se han dicho tales cosas para el traductor adornista, de quien me he ocupado ampliamente en otro capítulo. El traductor adornista no puede ser intérprete fiel y modesto; eso de repetir simplemente lo que haya escrito otro repugna a su naturaleza de gran literato, mejor dicho, a su condición de feliz poseedor de maravillosos recursos para hacer fluida y elegante cualquier frase. De modo que, si traduce, es sólo para darte a ti, lector, una muestra de tales maravillas, quieras que no. El gran literato procede cuando traduce lo mismo que cuando escribe el prólogo del libro de un amigo: nos abruma bajo una montaña de reflexiones suyas al rededor del tema, y no nos dice nada del autor ni de la obra. Lo que

se explica, porque su objeto no es sino demostrar que, si quisiera, él podría escribir sobre eso un libro mejor que el de su amigo. De igual manera, en su traducción el traductor adornista ha de servir al autor en muy pequeña medida, y se ha de servir a sí mismo abundantemente, haciendo ver lo muy superior que él tiene que decir, de su cosecha propia, sobre el tema. « Morcilla » llaman en lenguaje teatral a la añadidura de cosas de su invención que los malos comediantes hacen al papel que representan; y el término puede aplicarse con toda lógica al caso del mal traductor que añade cosas de su invención al texto que traduce. En el citado capítulo encontrará el lector una muestra del género. Por ella podrá ver cómo la perisología, y la tautología también, esas inopias del estilo, son el recurso del traductor adornista para sustituir los pasajes difíciles, y sobre todo para ampliar con inútiles floreos, con ringorrangos superfluos, con las pampiroladas más necias, la expresión del autor, que considera demasiado sencilla.



Traductor indolente es el que no se toma el trabajo de buscar el vocablo preciso para traducir la forma de pensamiento o el tono del sentimiento, o para especificar y llamar por su nombre la cosa, que presenta el original. Sale del paso con cualquier término aproximado para lo primero, y con cualquier término genérico para lo segundo. A su juicio, traducir es hacer de un cuadro al óleo un rápido dibujo a lápiz. El es el autor, por excelencia, de las « traducciones harto galopeadas » tan castiza y expresivamente calificadas así por Cuervo en sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*.

Casi es inútil decir que el traductor indolente tampoco se toma nunca el trabajo de buscar el texto auténtico de una cita que aparece traducida en el original; procede más cómodamente: traduce la traducción, calca el calco, de lo que resulta que su traducción nieta sólo tiene un parecido lejano, cierto vago aire de familia, con la composición abuela. Porque ¿qué puede quedar del texto original después de eso? Lo que queda de la substancia esencial en una destilación de segundo grado.

Y a veces sucede algo peor, cuando el texto original de

la cita traducida está en la lengua del traductor, y éste, en vez de buscar ese texto para restablecerlo en su pristina forma, traduce la traducción, calea el calco. Su traducción es entonces una especie de casaca vuelta al revés, la más ridícula extravagancia. He aquí una muestra de ella.

Gorki ha transcripto en una de sus obras, traduciéndolas al ruso, dos estrofas de una canción de Béranger: *Les fous*. Y el traductor francés de esa obra rusa, en vez de buscar y reproducir en su traducción el texto auténtico de las estrofas, traduce la traducción, calea el calco, con este curioso resultado.

Dice la traducción rusofrancesa, esto es, la nieta:

Messieurs, si vous s'into vérité
Le monde ne sait trouver le chemin,
Honneur au fou qui ombre
L'humanité d'un rêve magnifique!
Si demain le soleil oublie
D'éclairer le cours de notre terre,
Demain même la pensée d'un fou
Éclairerait le monde entier.

Dice la composición original, esto es, la abuela:

Messieurs, lorsqu'en vain notre sphère
Du bonheur cherche le chemin,
Honneur au fou qui ferait faire
Un rêve heureux au genre humain!
Si demain, oublieux d'éclaire,
Le jour en manquait... Eh bien! demain
Quelque fou trouverait encore
Un flambeau pour le genre humain.

Traducir es pasar de una lengua a otra; pero, como se ve, el traductor indolente puede realizar la estupenda paradoja de traducir dentro de la misma lengua.

• • •

En fin, el traductor chapucero es el que, en parte por ignorancia y en parte por falta de gusto literario, estropea cuanto belleza de forma puede haber en el original que traduce. Sería un error pensar que la traducción de esta especie es una chabacanería del despreocupado y audaz espíritu moderno. No hay tal cosa; ése es un borrón ya secular en las literaturas. Dozy, el célebre orientalista holandés, en su crítica a la *Historia de España* de Alfonso el Sabio, refiriéndose a la relación

árabe que contiene la parte 4.^a de esa obra, dice: « La traducción es a veces tan oscura, que me atrevo a decir que multitud de frases son ininteligibles para todo el que no posea el árabe y no traduzca a esa lengua sus frases embrolladas ».

Pero volvamos a nuestro tiempo, veamos cosas más frescas. Tengo por delante una catilinaria que, contra el mal traductor, ha escrito en 1916 un literato ruso, Chukovski, indignado por el grosero manoseo de que ha sido objeto Chejov el dramaturgo. Voy a transcribirla aquí, en lo pertinente:

« Hace unos días me estremecí al leer en los diarios que una joven americana, miss Marian Fell, había publicado en Londres dos coleccioncitas de sus traducciones de Chejov, y eso me echó a perder el resto del día, porque no había olvidado el tratamiento cruel, indecente, de que la misma joven hizo víctima a Chejov hace tres o cuatro años. En esa ocasión tradujo sus piezas teatrales; y si por el sacrilegio que cometió entonces no ha recibido aún el condigno castigo, bien puede uno preguntar si hay justicia en este mundo ».

(Dice Chukovski que la traductora opera en ese trabajo las siguientes metamorfosis: De un perro guardián hace un árbol, « y no la confunde absolutamente la circunstancia de que ese árbol ladra y muere »; de un hombre hace un país; de Batushkov el poeta, un sacerdote; del crítico Dobrotiubov, san Francisco de Asís; de Gogol, un fabulista; del dramaturgo Ostrovski, una isla; de un gato montés, una tigre. Para ella, magistrado es magistratura, y pus es gente. . . « He gastado unos treinta mil rublos en mi curación » se convierte por obra de ella en « He asistido a varias decenas de miles de pacientes en mi vida ». Y « Usted ha sido víctima de su círculo » se transforma en « Usted se ha levantado mal de la cama esta mañana ». Luego el artículo continúa así:)

« Podría señalar docenas y docenas de pifias ridículas como éstas, hechas a costa de nuestro poeta; pero me atrevo a pensar que el lector habrá comprendido que ese hermoso libro, con letras de oro en la tapa, merece el fuego y algo peor.

» Ahora bien: lo que nos interesa realmente no son, por cierto, los errores cometidos por la encantadora joven que ha traducido el libro: su confusión de fechas, de dinero, de nombres, la libertad que se toma de convertir perros en árboles, y

personas en imperios... Lo malo no está en esos errores accidentales, aunque monstruosos, que bien podrían eliminarse, sino en el tono desesperadamente falso, embotado, rudo, en que se sume la traductora sin esperanza de salvación.

» Su traducción es, en realidad, un conflicto con Chejov, que asume la forma de una lieja larga y porfiada. Chejov es su gran enemigo. En lo más hondo de su corazón detesta ella el alma complicada y ricamente dotada del poeta. Con exasperación creciente notaba yo cómo iba extrayendo ella, línea a línea, de las obras de Chejov, hasta el último átomo de originalidad y suprimía toda palabra característica, y atenuaba y destruía su perfume, hasta convertirlas en un vulgar mostrador americano.

» Por ejemplo, cuando Chejov dice: « Me siento a esperar la Parca », ella traduce: « Tengo que sentarme aquí, preparado para que en cualquier momento la muerte llame a la puerta ». Justamente como el método de Ollendorf. Si alguien dice: « Se ha afeminado, está hecho un miriñaque viejo », ella traduce: « Estoy charlando como una cotorra ».

» El lenguaje enérgico, incisivo, de la mayor parte de los personajes de Chejov le choeca como una impropiedad... Arranca de raíz, en masa, todas las expresiones pintorescas y vigorosas. Ella necesita el lenguaje americano, incoloro e insípido, de las novelas americanas que fabrican innumerables solteronas para un número también ilimitado de otras solteronas.

» Por ejemplo, si Chejov dice: « Pero la madre es un verdadero rábano », miss Fell lo corrige: « Pero la madre es tan cicatera ». Si alguien observa irónicamente: « ¡Propietarios también! ¡que el diablo lo aguante, son propietarios! » ella traduce en el mismo estilo soso y moribundo de un insignificante manual de educación moral: « ¿ Cree usted que, porque tiene una propiedad, puede mandar a todo el mundo? » Y de ninguna manera permite que uno de los personajes diga: « Además, me siento como si me hubiera atracado de hongos ». Infaliblemente corrige: « Me siento como si fuera a volverme loco ».

» Y el resultado de estos esfuerzos es que todos los colores, todos los tonos en Chejov quedan borrados... ¡Hay que sorprenderse de que, cuando la Sociedad Teatral de Londres pre-

sentó, hace cuatro años, una de las piezas de Chejov, la actitud del público fuera sarcástica y hostil? La culpa es de miss Fell o de algún otro mutilador. . .

» Por supuesto, sé que, para traducir a Chejov debidamente, hay que ser por lo menos un Dickens; ¿y quién tiene derecho a enojarse con la joven porque ella no es un Dickens? Pero una conciencia literaria común habría debido impedirle el sacrilegio que tan ligeramente ha perpetrado. Mejor es que Inglaterra, Australia, Estados Unidos, no sepan absolutamente nada de Chejov, y no que lo juzguen por una desfiguración vulgar. Por ejemplo ¿quién consentiría en oír a Wágner interpretado por un organillo? ¿quién colgaría en sus paredes un Ticiano reproducido por un pintor de brocha gorda? »

Y después de haber puesto así en la picota a este mal traductor, Chukovski trata otras cosas.



Queda explicado por qué se traduce mal. Falta explicar ahora por qué, si se traduce mal, se traduce. Esto se explica con sólo cuatro palabras: porque el público quiere. Cuando el público reaccione y se proponga estar mejor servido, surgirán críticos que, como el que acabo de citar, tengan lista la picota para el mal traductor, y una copa de cicuta para el traductor inepto.

El traductor y sus enemigos naturales

Los malos escritores

Para el traductor... Me refiero al traductor genuino, al que, en el ejercicio de su arte, aplica ciencia, conciencia y maestría... Para el traductor no hay idioma difícil; lo que a veces hace dura e ingrata su tarea es el lenguaje del escritor, no su lengua. Es cierto que la traducción es más rápida cuando hay que interpretar entre idiomas de la misma familia, cuyo vocabulario tiene generalmente sus raíces en lenguas madres comunes, cuya sintaxis prescribe reglas semejantes y cuyos modos de decir, frutos de una cultura clásica similar, son también análogos. Y es cierto que la traducción es más lenta cuando se trata de idiomas de distinta familia, cuyo vocabulario tiene generalmente sus raíces en lenguas madres no comunes, cuya sintaxis prescribe reglas no semejantes y cuyos modos de decir, hijos de culturas clásicas diversas, son también diferentes. Pero éstas no son dificultades para el traductor, que, si tiene tal título, es precisamente porque ha adquirido la difícil facilidad de ver en el lenguaje las ideas a través de las palabras que las presentan, sea la lengua cual fuere.

Las dificultades en la traducción, repito, provienen del lenguaje del escritor, no de la lengua. Porque no todos los que escriben saben pensar, o no todos saben escribir, esto es, emplear los vocablos y giros adecuados para expresar o sugerir su idea o emoción de una manera clara, suficiente e inmediata. En una palabra, el escritor no siempre es pensador y no siempre es literato. Y a pesar de esto el público quiere leer esos escritos, en los que no hay fondo o no hay forma, y el traductor tiene que traducirlos.

Esta es la vía crucis del traductor, obligado en defensa propia a hacer aceptables los malos escritores, en cuanto a forma al menos, salvando o disimulando sus deficiencias. Por-

que el lector no hace justicia distributiva; si cuando tropieza con expresiones abstrusas, ambiguas o pobres, en un trabajo no traducido, exclama: « ¡Qué mal escrito está esto! » cuando encuentra esas expresiones en una obra traducida dice invariablemente: « ¡Qué mal traducido está esto! » El lector supone que el traductor no traduce sino originales perfectos, o considera que el traductor debe hacer perfectos los originales. De ahí la necesidad de lo que, en la jerga del oficio, llamamos « mano de gato », esto es, la corrección discreta cuando el original es defectuoso.

Y esta dificultad es seria porque el traductor debe mantenerse en equilibrio constante, evitando a un tiempo el error de desnaturalizar la idea al cambiar, ampliar o restringir la forma de expresión, y el peligro de incurrir, por empeño en mejorar, en los « ridículos e inútiles excesos » que Shakespeare describe con inspirados símiles en *El rey Juan*, en estos términos según la ejemplar traducción de Macpherson:

Así, pues...
dorar oro de ley, pintar el lirio,
un perfume añadir a la violeta,
el hielo repulir, al arco iris
más colores poner... juzgar se deben
ridículos e inútiles excesos.

Traducir en tales circunstancias se hace ya, no sólo una cuestión de ciencia, conciencia y maestría, sino también de buen gusto, y si esta tarea es dura, por el esfuerzo más que impone, es también ingrata, porque el brillo de ese esfuerzo se reflejará antes sobre el autor que sobre el traductor. Con un libro bien traducido en sus manos el lector dice infaliblemente: « ¡Qué bien escrito está esto! »

En resumidas cuentas el lector tiene razón. La función del traductor es traducir con inteligencia y arte; pero esa función no debe ser tan servil e inconsciente que consista en copiar también los errores, inadvertencias o equívocos que el autor mismo habría salvado si los hubiera visto. La capacidad de discernir discretamente, mejor dicho, un fondo de buen sentido y buen criterio, es por esto inherente a la función de traducir; función que sólo se hace casi mecánica cuando el autor por una parte y el traductor por la otra poseen en común el arte de la expresión justa, insustituible, inmejorable. Pero el caso

del buen escritor es raro; lo que abunda son los malos escritores.

Los malos escritores para la traducción forman dos grandes grupos: los que no piensan lo que dicen y los que dicen mal lo que piensan. Y en cada uno de estos grupos hay dos clases. Entre los primeros, los que no tienen nada que decir, están los que hablan como el loro, y que por eso podrían ser llamados psitacistas, y los que escriben por pura logorrea, tratando de no afirmar sino vaguedades, verdades sabidas o peregrulladas, y que por eso podrían ser llamados verbalistas, aunque « grafómanos » sería un término más expresivo. Entre los segundos, los que no saben escribir, están por una parte los chambones, que buscan mal las palabras, por la otra los gandules, que no las buscan absolutamente, y a un lado los cursis, que rebuscan sus formas de expresión hasta hacerlas extravagantes. Todos los individuos de este segundo grupo desprecian la vieja máxima de François de Neufchâteau:

Dans la langue parlée et dans la langue écrite
La clarté du discours est le premier mérite.

Veamos qué particularidades son las que hacen malos a los escritores desde el punto de vista de la traducción.



Desde que los filósofos descubrieron que el lenguaje es « un instrumento del pensamiento », es decir, desde que descubrieron que el lenguaje, además de su función esencial como medio de expresión de las ideas y emociones, podía servir también para pensar, como si dijéramos para elaborar el pensamiento, empezó a formarse el lenguaje metafísico con la abstracción de la abstracción por base. Condillae ha dicho: « Juzgamos y razonamos con palabras como calculamos con cifras ». Por ese camino, el de crear pensamientos combinando las palabras del lenguaje, el metafísico creía, y sigue creyendo, en la posibilidad de llegar a conocer las causas primeras y los primeros principios de las cosas.

Pido disculpa al lector si es metafísico. Pero, mientras nuestras ciencias positivas no sean ciencias exactas en su campo particular, y están muy lejos de serlo, siempre faltará el fundamento indispensable para crear una ciencia superior, pu-

ramente especulativa, que explique esas ciencias positivas. Mientras los pretendidos axiomas filosóficos no sean verdades inconesugas, y están muy lejos de serlo, las disquisiciones metafísicas no serán sino juegos de palabras, tan variados, tan raros y tan poco interesantes como las maravillas que muestra un calidoscopio: fatigan considerablemente la atención y en último análisis no dicen nada.

Remy de Gourmont ha hablado categóricamente al respecto, en esta forma: « Hay gran número de palabras que, como no corresponden a representaciones de la realidad, sólo pueden ser definidas como palabras, no como representaciones; o contienen tan compleja mezcla de residuos, muchas veces contradictorios, que pueden recibir indiferentemente las interpretaciones más diversas. Estas palabras son los términos abstractos. Todo el mundo cree comprenderlos, y nadie sabe lo que quieren decir verdaderamente. Porque la verdad es que no quieren decir nada. Las palabras de esta clase sirven para construir las metafísicas, las sociologías históricas y proféticas, todo lo teórico que hay en el derecho y en la política; en resumen, todo lo que puede caer bajo la vasta rúbrica: filosofía. Ahí es donde se encuentran, a millares, las deliciosas cuestiones insolubles sin las cuales la humanidad se habría muerto de tedio desde mucho tiempo atrás ».

Ahora bien: el término metafísico puede tener un sentido más o menos determinado para un metafísico genuino; pero, para la inmensa mayoría de los hombres, no es sino un símbolo de cosas que no se entienden de una manera clara. De ahí que esos términos sirvan admirablemente para simular profundidad de pensamiento; sobre todo, para saltar sobre escabrosos períodos de raciocinio. Los que así los usan pretenden darles el valor de frases enteras; tal vez tengan tal valor para ellos, pero la verdad es que no podrían demostrarlo. A no ser por la facilidad que poseen de hacer fluir esos términos, que en realidad no significan nada, descubrirían el hecho positivo de que no tienen nada que decir, y en consecuencia renunciarían a escribir; pero, excitados hasta la obcecación por el cúmulo de palabras huecas que afluyen a su menor llamamiento, no pueden ver que no tienen nada que decir, y escriben. Cándi-

damente unos, porque se creen metafísicos, y arteramente otros, para pasar por tales, todos escriben en la jerga creada al efecto, un lenguaje que se caracteriza por el culto ferviente al polisílabo. Ese es su recurso, su arma agresiva mejor dicho.

Estos escritores escriben, pues, como habla el loro: mecánica, inconsciente y petulantemente; y esto último, la pretensión ingenua o maliciosa de ser tenidos por filósofos trascendentales, es lo que los distingue del simple verbalista, con quien rivalizan en la tonta ocupación de decir vaciedades a los pazguatos maravillados de tan gran facundia. En realidad, considerado en sí mismo, el psitacismo no es sino una de las varias formas que asume la logorrea. Pero, mejor definido, por su papel en la historia de la literatura, el psitacismo es la variante moderna de la logomaquia, esa pasión furiosa por la discusión puramente verbalista, que tanta sangre hizo verter en la edad media por palabras y frases teológicas que nadie entendía, y que tanta tinta hizo volcar después por conceptos filosóficos que cada cual acomodaba a su gusto. Porque cada filósofo tenía su lenguaje propio, esto es, su vocabulario personal, y no había dos iguales; cada cual daba una acepción particular a un término, y de ahí aquellas agrias e interminables controversias que sólo acabaron cuando, después de mil combates, se impuso la obra de los enciclopedistas, con Bayle, Chambers y Diderot a la cabeza. Pero de tiempo en tiempo esa demencia, latente siempre en nosotros, tiene sus manifestaciones sintomáticas, que la patología estudia en el capítulo de las glosolalias, más o menos endémicas y epidémicas. Hasta en el siglo XIX Proudhon tuvo que decir: « Muchas veces la filosofía no es sino una logomaquia ». Y en pleno siglo XX hay logomaquia también en la mania psitacista.

El psitacismo es la plaga de estos tiempos a causa del desarrollo anormal que se ha dado a los estudios sociológicos. La ciencia sociológica es la madre infeliz del psitacismo; por superfetación ha engendrado al psitacista. Hacer consideraciones sobre los hechos tomando por base, no los hechos mismos, sino su significado trascendental (como si dijéramos: su textura atómica y no su estructura física) es como hacer de memoria una serie de cálculos algebraicos, género de recreación que no es para todos. Sólo el erudito puede entretenerse

en eso, y el que pretende imitarlo habla como el loro, repite lo que no entiende. Se anima a ello porque el continuo barajar de las palabras abstractas ha hecho de éstas naipes tan sobados que su valor ha acabado por borrarse; y con esos naipes borrosos en la mano el psitacista se considera habilitado para cobar él también su cuarto a espadas, comentando en estilo metafísico el hecho más insignificante.

La verdad es que este procedimiento no puede ser más sencillo. ¿No lo conoces, lector? Hélo aquí. Extrema la prosopopeya, presentando como agentes, como seres capaces de acción, a los conceptos abstractos; ni por asomo hagas obrar a los hombres; las cosas mismas son las que se hacen y deshacen entre ellas. Sobre todo, no expongas tu caso, no anuncies tu tema, porque es insignificante; formula en primer lugar tus abstracciones, desarrolla ampliamente tu filosofía, y sólo al fin explica en qué trivialidad la fundas. Si procedieras de otro modo, si empezaras por el principio, si revelases tu pobrisimo punto de partida, es obvio que nadie te leería; obrando como te digo, esto es, solapadamente, habrás conseguido tu objeto: demostrar que eres capaz de las reflexiones más profundas ante los hechos más superficiales. Ese es el caso histórico de Arquímedes en el baño, de Galileo ante la lámpara de la catedral, de Newton con la manzana, de Franklin con la pandorga, de todos los genios, en fin, de la humanidad. Y el sociólogo a la violeta cree estar entre ellos... No ha leído a Cadalso; lo odia mortalmente, sin embargo.

Resumámoslo. El psitacista se cree o se propone hacer creer que es pensador profundo. La obscuridad y la ambigüedad lo caracterizan, así como la pretensión de que se tomen sus palabras por ideas. Es un escritor del género de aquéllos que, con voces inusitadas, dice el padre Feijoo en su *Paralelo de las lenguas castellana y francesa*, «ponen por medio el no ser entendidos, para ser reputados por entendidos». Su arma es el término abstracto, al que supone una profundidad de sentido inaccesible para el común de los mortales, y que, según la expresión feliz de un crítico, «hipnotiza al que lo emplea haciéndole creer que está pensando cuando no piensa absolutamente nada». Esos términos hacen la escritura fácil y la lectura difícil, por lo menos para los que quieren entender lo que leen.

Y entre éstos está necesariamente el traductor, encargado de hacer inteligible en otro idioma esa logorrea, cuya razón de ser estriba justamente en que no puede interpretarse, porque ha sido afanosamente lucubrada para ello. ¿Qué partido debe tomar el traductor entonces? La solución del problema es fácil: a un psitacista sólo otro psitacista lo puede traducir, si no fielmente, lo que no importa nada, satisfactoriamente al menos para todo el resto de la turba psitacista.

Por la obscuridad en que también se envuelven, a esta clase de escritores hay que unir otros que florecen en las brumas del norte de Europa, y que son, como aquéllos, la desesperación del traductor concienzudo. Por nebulosidad cerebral orgánica, esos escritores presentan las ideas de espaldas, o de costado, o de reflejo. En tales casos, el traductor tiene que traducir volviendo al derecho lo que está al revés, y esta obra es realmente fatigosa, enervadora; no es ya de interpretación simple, es de metafrasis, de glosografía, de exégesis o hermenéutica mal aplicada. Cuando tengo esos originales por delante pienso siempre que, en el transcurso de los siglos, no ha perdido nada de su verdad esta afirmación de Quintiliano: por lo general, la obscuridad de un escritor guarda relación directa con su incapacidad.



Discúlpeme el lector que le haya hablado tan largamente del psitacista; pero los malos escritores de esta clase pululan como pestíferos efluvios, y conviene conocer en detalle la índole y la acción de ese virus maléfico para que podamos prevenirnos contra él y evitar el contagio, aislándolo en sus focos naturales, ya que no hay posibilidad de exterminarlo, porque la tontería humana es incurable.

El segundo lugar entre los malos escritores para la traducción corresponde a los que no deberían escribir puesto que no pueden afirmar ni negar nada. Me refiero a los verbalistas, que son el caso típico de la logorrea. Admito que dudar de todo, siguiendo el ejemplo doctrinario de Bayle, es un principio muy bueno para discutir dogmas; pero, cuando se trata de exponer o comentar hechos, pierde y hace perder lastimosamente el tiempo el escritor que no trae al análisis un criterio

determinado, que no presenta las cosas bajo una luz particular sino en la penumbra. Estos escritores tratan de eludir a todo trance la responsabilidad de una afirmación categórica, o porque no conocen suficientemente la materia que manosean, y corren por tanto el riesgo de dejar traslucir su ignorancia, o porque, como son sobre todo políticos, quieren mantenerse entre dos aguas, expresando vaguedades, verdades sabidas y pe-rogrulladas, a fin de poder estar a un tiempo en la gracia de Dios y al servicio del diablo.

Para estos escritores parecen haberse hecho ex profeso el « quizá », el « tal vez », el « casi », el « probablemente », el « parece que », el « puede ser », el « se creería », el « estoy por decir que » y demás cortapisas de la expresión, que usan como atenuaciones cobardes o insinuaciones hipócritas del pensamiento. Estos escritores no asertivos son tan deplorables como los embrollones de profesión en los tribunales de justicia. Contribuyen poderosamente a hacer dudoso todo concepto en la gran masa del público, y esta obra deletérea, venenosa, es condenable, ya sea que responda a ignorancia o desidia, o a doblez ingénita.

Cuando tiene que habérselas con tales escritores, el traductor anda como por un tremedal: en la imposibilidad de hacer pie en terreno firme. Está obligado a conjeturar a cada paso, y el traductor concienzudo tiene horror a la conjetura, prima hermana de la adivinanza y madre de muchísimos errores.

Otros escritores padecen en las letras de la singular enfermedad que en patología se llama paralalia. Tienen descompaginado en la cabeza el registro de las palabras, y cuando buscan un vocablo dan infaliblemente con otro parecido, y con el verdadero no dan nunca. De estos escritores puede decirse que poseen la poco envidiable habilidad de escribir con aproximaciones. También los hay que, por una razón nimia, las necesidades eufónicas de la frase, no vacilan en poner deliberadamente un vocablo por otro, sacrificando así la perspicuidad al eufonismo, el pensamiento a la melomanía. Para el traductor estos escritores chambones son odiosos porque le imponen un esfuerzo de precisión de la idea que ellos habrían debido hacer.

En fin, la raza de los escritores que profesan gran desdén a la lengua en que escriben se caracteriza por la afectación

en el estilo o por el uso de palabras comodines, esto es, de vocablos desteñidos, deformes, absolutamente inexpresivos, tantas son las acepciones que acumulan.

Es forzoso que el uso obstinado de un mismo término para expresar distintos conceptos empiece por hacer ambiguo y acabe por hacer ininteligible el sentido de ese término. Para el traductor estas palabras comodines son como borrones en la escritura: obligan a descifrar lo que está debajo de ellos. Y hay escritores aficionados a tales borrones, que a la verdad son muy cómodos porque ahorran la molestia de precisar el pensamiento. Esos escritores proceden como el carpintero que, porque ignora que hay una herramienta especial para el trabajo que tienen entre manos (lo que demuestra que no es carpintero) o porque se le hace cuesta arriba ir a buscarla (lo que demuestra que es chapucero) usa siempre el mismo formón, el mismo serrucho y el mismo cepillo para toda clase de obra.

Gracias a estos escritores gandules, cada día estamos más lejos de saber lo que significan ciertos vocablos que esa ignorancia o esa negligencia ha convertido en factótumes, en pericones, buenos para todos los mandados, lo mismo para un fregado que para un barrido; porque en tales vocablos las acepciones francesas e inglesas se unen a las castizas, a causa de la analogía gráfica de esos términos en las tres lenguas. Por ejemplo, « afirmar » tiene ya catorce sentidos, « espíritu » tiene diez y seis, y « contralor » tiene los siguientes:

Examen, fiscalización, revisión, inspección; intervención, vigilancia, superintendencia; regulación, restricción, límite, limitación; freno, traba, sujeción, represión; registro, contrarregistro; comprobación, verificación, contraste; señal, marca, sello; dirección, dominio, mando, manejo; predominio, preponderancia; autoridad, poder, gobierno, tutela.

Se explica bien el auge actual de ese arcaísmo, resultado expresamente para ahorrar a los gandules de las letras el trabajo de buscar y emplear el vocablo adecuado en una lista de treinta términos a cual más significativo.

Los malos escritores por afectación, los cursis, son los que, no siendo literatos, creen que lo serán si adoptan un estilo literario. Unos entienden que es estilo literario una manera de expresarse compuesta de frases rancias; suponen que el prestigio que a esas frases han dado los clásicos que las crearon va

a reflejarse sobre cualquiera que las use; otros piensan que es estilo literario el que repudia los modos de decir corrientes: consideran una vulgaridad hablar en forma directa y clara, y eso los hace caer en la altisonancia, en la anfibología y en el embolismo. Pero la vulgaridad no está en el uso de las formas de expresión comunes sino en el recurso de las frases rancias y en las maneras de escribir raras y presuntuosas.

Esto último es un vicio común a todas las lenguas, y tan antiguo como el culto de las letras; tuvo sus horas de triunfo con el gongorismo español, el marinismo italiano, el preciosismo francés y el eufuismo inglés. Los embolistas de esta especie abundan todavía en nuestra lengua, a pesar de que, desde hace siglos, Valdés puso al descubierto su miseria en el *Diálogo de las lenguas* diciendo que hay personas « que no van acomodando las palabras a las cosas, como se debe hacer, sino las cosas a las palabras, y así no dicen lo que querrían sino lo que quieren los vocablos ».

De modo que, cuando se trata de estos escritores, la tarea del traductor es doble: por un lado hay que traducir, y por el otro hay que hacer hablar al autor sin que se vea su vulgaridad o extravagancia.



En este capítulo no he hablado de la traducción sino como obra periodística. El periodismo, obligado a divulgar toda clase de novedades, no puede subordinar el valor de estos materiales a la aptitud o ineptitud literaria de los escritores que se lo suministran. De ahí la necesidad de traducir todo lo nuevo que surge en lengua extranjera, sea su forma cual fuere; y de ahí, por consiguiente, la vía erasis del traductor, cuyas estaciones de martirio acabo de enumerar. Felizmente este calvario no existe cuando la traducción tiene un fin literario; porque los malos escritores no se traducen, desde que la literatura no tiene provecho alguno que sacar de ellos.

La traducción de la poesía

Posibilidades e imposibilidades

Traducir es, no sólo reproducir las ideas del original, sino también expresarlas con los mismos conceptos, para que no se pierdan los efectos secundarios que el autor persigue. Porque éste, si es buen escritor, elige los diversos elementos que le ofrece el lenguaje para dar a su idea sentido y forma, y también los matices accesorios de la convicción o del sentimiento con que quiere expresarse. Con respecto a esto último hay que recordar que el lenguaje es también música: todo concepto que suena con alguna intensidad hace vibrar, como en un instrumento musical de cuerdas, las demás notas iguales, y también las armónicas, en toda la extensión del registro, cuando el lector, como el oyente, es capaz de percibirlos. Y tratándose de traducir a una lengua desarrollada, esta reproducción de los conceptos originales, en su fondo y forma, y con esos efectos secundarios, es hacedera; no tiene más limitación que la insensibilidad del traductor para los sonos accesorios de la lengua ajena, o su ignorancia de los recursos de la lengua propia con que puede repetirlos.

Tratándose de poesía, esta traducción completa es imposible, por regla general. Lo que caracteriza a la poesía es precisamente el lenguaje del poeta. La prosa habla sobre todo a la razón y a la lógica: es el lenguaje del pensamiento; y no hay pensamiento, por sutil que sea, que no pueda expresarse en toda lengua desarrollada. Pero la poesía habla principalmente al corazón y a la imaginación: es el lenguaje del sentimiento, y aquí ya no son las palabras de la lengua sino los conceptos que en ellas pone el poeta los que muestran los estados de ánimo y los movimientos del alma. Porque el poeta hace mucho más que elegir sus palabras: las amolda, las subordina a la imagen que quiere presentar, a la emoción que quiere describir, a la impresión que quiere causar, y esta adaptación de la

palabra al concepto es su arte exclusivamente personal. Tan personal como el del pintor, que también elige y combina sus colores, matices y tonos, y los diluye o recarga o neutraliza, para hacerles producir el deseado efecto. Repito que lo que caracteriza a la poesía es precisamente el lenguaje del poeta.

El propósito de embellecer la expresión a todo trance, salvando las cortapisas de la medida, satisfaciendo las exigencias del ritmo, sometiéndose a las imposiciones de la rima, obliga al poeta a hacer ciertas restricciones, ampliaciones o desviaciones del sentido recto de las palabras, y esto sólo por extraordinaria casualidad pueden permitirlo los términos equivalentes en otra lengua. Expresaré lo que antecede en forma más sintética diciendo que, en la obra poética, la frase es indivisible en sus elementos, porque todos éstos no tienen en ella sino un valor circunstancial. Por eso el traductor tendría que crear su lenguaje poético, como el autor ha creado el suyo, y por iguales que fueran las vibraciones de ambas almas, el instrumento no sería el mismo. Traducir en tales condiciones es como copiar un cuadro cambiando por completo la manera en que reside su originalidad. De ahí que Voltaire haya dicho que los poetas no se traducen, y Grimm que la traducción de un gran poeta es cosa imposible, y Lowell que la mejor traducción de poesía es sólo una imitación, en tela o cera, de flores naturales.



No está demás demostrar esta verdad con un par de ejemplos, en los que también es poeta el traductor del poeta.

Longfellow ha traducido las *Coplas* de Manrique; y del resultado de su esfuerzo dan una idea completa estas primeras estrofas:

O let the soul her slumbers break,
Let tho thought be quickened, and awake,
Awake to see
How soon this life is past and gone,
How death comes softly stealing on,
How silently!
Swiftly our pleasures glide away,
Our hearts recall the distant day
With many sighs:
The moments that are speeding fast
We heed not, but the past — the past —
More highly prize.

El original dice:

Recuerde el alma adormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callado;
cuán presto se va el placer,
cómo después de acordado
da dolor;
cómo a nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fué mejor.

Y la traducción dice:

¡Oh! que el alma sus ensueños torto,
que la mente se avive, y despierte,
despierte y vea
cuán pronto esta vida pasa y acaba,
cuán suave y furtiva llega la muerte,
cuán callada.

Rápidos nuestros placeres se deslizan,
nuestras corazonces recuerdan el lejano día
con muchos suspiros:
los momentos que están fluyendo aprisa
no nos importan; pero al pasado... al pasado...
valoramos más.

En la lengua inglesa, casi monosilábica en comparación con el castellano, el concepto traducido acaba antes que el verso, y a veces a la mitad de la estrofa; lo que obliga al traductor a repetirlo o ampliarlo, porque ha querido seguir al original en la medida del verso y en la forma de la estrofa, aunque con otro ritmo y otra rima necesariamente. En consecuencia, « cómo se pasa la vida » se convierte en « cuán pronto esta vida pasa y acaba »; « cómo se viene la muerte » se transforma en « cuán suave y furtiva llega la muerte »; y como tales perífrasis forzosas se multiplican, la traducción resulta una paráfrasis. Pero este recurso no basta, y para llenar los huecos se impone también el ripio, del que hay una muestra en la frase « los momentos que están fluyendo aprisa no nos importan », concepto que Manrique no ha expresado.

Veamos ahora esta deplorable traducción, obra de Leopardi, de la preciosa composición de Arnault: *La feuille*.

Lungi dal proprio ramo,
Povera foglia frale,
Dove vai tu? — Dal faggio
Là dov'io nacqui, mi divide il vento.
Esso, tornando, a volo
Dal bosco alla campagna,
Dalla valle mi porta alla montagna.
Seco perpetuamente
Vo pellegrina, e tutto l'altro ignoro.
Vo dove ogni altra cosa,
Dove naturalmente
Va la foglia di rosa,
E la foglia d'alloro.

El original dice:

« De la tige détachée,
Pauvre feuille desséchée,
Où vas tu? — « Je n'en sais rien:
L'orage a brisé le chêne
Qui seul était mon soutien.
De son inconstante haleine,
Le zéphir ou l'aquilon
Depuis ce jour me promène
De la forêt à la plaine,
De la montagne au vallon.
Je vais où le vent me mène,
Sans me plaindre ou m'effrayer;
Je vais où va toute chose,
Où va la feuille de rose
Et la feuille de laurier ».

Estamos muy lejos de que la traducción de una buena poesía valga tanto como el original, aunque la haga también un poeta.

Las obras poéticas pueden traducirse fielmente y hábilmente, pero no en verso, sino en prosa más o menos rítmica. Y la versión que hizo Chateaubriand de *El paraíso perdido* de Milton es un modelo excelente de este género de esfuerzo. Pero si la traducción en prosa reproduce las ideas y las imágenes del original, no reproduce su lenguaje poético ni su música rítmica y rimica. De modo que la obra traducida de tal modo pierde en la traducción una parte considerable de su valor artístico.

También los grandes poetas pueden ser traducidos en verso libremente, esto es, tomando de ellos el traductor las ideas e imágenes para presentarlas con otros conceptos. Pero la traducción libre no repite el texto original; lo que hace es desfigurarlo a

gusto del traductor. Es un ejemplo de esta clase la *Aminta* de Tasso traducida por Jáuregui. Ponderando en su Quijote esta traducción, junto con la de *El pastor Fido* por Cristóbal de Figueroa, Cervantes dice que ambas «pouen en duda cuál es la traducción o cuál el original». Lo que se explica; porque, en cuanto a forma, tan originales son las pseudotraducciones como los textos que les sirven de tema de composición, y el sello de la personalidad del autor, impreso en su obra, ha sido sustituido en la traducción por el sello de la personalidad del traductor.

Justo es reconocer que Jáuregui, en su *Aminta*, ha traducido fielmente toda vez que la pastoral de Tasso lo permitía. He aquí una muestra de la brillantez con que ha hecho en tales casos la versión exacta y cabal del texto:

Cuando yo, arrependida y suspirando,
esas palabras diga
que tú sines y adornas a tu gusto,
hacén sus fuentes volverán los ríos,
huirá el hambriento lobo del cordero,
el galgo de la liebre; amará el oso
el mar profundo, y el delfín los alpes.

El original dice:

Quando io dirò, pentita, sospirando,
Questo parole el'or tu fingi ed orni
Come a te piace, torneranno i fiumi
Alle lor fonti, e i lupi fuggiranno
Dagli agui, o' l' uetore le timide lepri;
Amerà l'orso il mare, o' l' delfin l'alpi.

Cuando se trata de lenguas hermanas, como la italiana y la castellana, estos casos de coincidencia en la expresión son frecuentes. En cambio se ofrecen muy rara vez cuando los idiomas son extraños entre sí, y a veces contrapuestos, como el inglés sintético y el castellano ampuloso. Por esto es una joya preciosa la traducción que hizo nuestro poeta Miralla del poema de Thomas Gray: *Elegy Written in a Country Churchyard*. Hay en ella coincidencias de expresión en número extraordinario; tantos han sido estos felices hallazgos que el traductor ha podido hacer la traducción en el mismo número de versos del original, en su misma medida, y además rimándolos en la misma forma. De ahí que se pueda presentar este trabajo como un esfuerzo acertado para intentar entre lenguas modernas la traducción en verso de la poesía.

Tan así es que Menéndez y Pelayo, en su *Historia de la poesía hispano-americana*, llama al trabajo de Miralla « literalísima traducción... hecha verso por verso, a pesar de la gran diferencia de concisión entre ambas lenguas ». Y hace del traductor este elogio excepcional: « Los demás intérpretes castellanos de esta elegía, entre los cuales se aventaja don Enrique de Vedia, han tenido que acudir a la paráfrasis, empleando una tercera parte más de versos que el original, con lo cual la expresión poética pierde mucho de su fuerza; pero Miralla acometió la lucha cuerpo a cuerpo; y si no puede decirse que saliera siempre victorioso, porque era empresa casi imposible, a lo menos superó enormes dificultades, y en algunas estrofas acertó a no perder nada del texto y a calcarle en una expresión sobria y castiza, sin afectación ni violencia ».

En su *Historia de la literatura argentina* (III, 617) Rojas encomia también esta traducción, calificándola de « grave, honda, sobria en el tono, y a la vez, en el vocabulario, fiel y castiza ».

Reproduzco a continuación cuatro de los cuartetos o serventesios de la traducción de Miralla, que transcribe en su obra el citado crítico español, y pongo el texto original a continuación, para que el lector pueda comprobar por sí mismo el mérito de este trabajo.

Na aquellos tilos y olmos sombreados
do el suelo en varios cúmulos ondea,
para siempre en sus nichos colocados
duermen los rudos padres de la aldea.

.. .. .
¡Cómo las mieses a su hoz cedían,
y los duros terrones a su arado!
¡cuán alegres sus yuntas dirigían!
¡cuántos bosques sus golpes han doblado!
Boato de blasón, mando envidiable,
y cuanto existe de opulento y pulero,
lo mismo tiene su hora inevitable:
la senda de la gloria va al sepulero.

.. .. .
¡Cuánta brillante asaz piedra preciosa
encierra el hondo mar en negra estancia!
¡Cuánta flor, sin ser vista, ruborosa,
en un desierto exhala su fragancia!

El original dice:

Beneath those rugged elms, that yew-tree's shade,
Where heaves the turf in many a mould'ring heap,
Each in his narrow cell for ever laid,
The rude forefathers of the hamlet sleep.

.....
Oft did the harvest to their sickle yield,
Their furrow oft the stubborn glebe has broke;
How jocund did they drive their team afield!
How bow'd the woods beneath their sturdy stroke!

The boast of heraldry, the pomp of power,
And all that beauty, all that wealth e'er gave,
Await alike th' inevitable hour:
The paths of glory lead but to the grave.

.....
Full many a gem of purest ray serene,
The dark unfathom'd caves of ocean bear;
Full many a flower is born to blush unseen,
And waste its sweetness on the desert air.

A fin de que el lector pueda ver, también por sí mismo, los méritos respectivos de una traducción literal y de una traducción libre de la poesía, las dos en verso, transcribo aquí la versión de estas mismas estrofas hecha por el referido escritor español De Vedia, a quien Menéndez y Pelayo llama « el mejor traductor de poesías inglesas », y cuya traducción en este caso califica de « clásica y magistral ».

Bajo de aquellos álamos frondosos,
del tejo melancólico a la sombra,
donde se alza en magotes numerosos
el césped verde en desigual alfombra,
en su estrecha morada colocados
bajo la humilde cruz que allí campea,
descansan sin afanes ni cuidados
los rústicos abuelos de la aldea.

.....
¡Cuántas veces la espiga ya madura
dobló a sus hoces la cerviz dorada!
¡cuántas otras la gleba inerte y dura
rompió su reja y quebrantó su azada!
¡Oh, cuál gozaban al lanzar con brío
en el abierto surco el rubio grano!
¡y cómo reposaba el monte umbrío
del hacha al golpe en su robusta mano!

El fausto de alta alcurnia, el gran tesoro,
y del poder la pompa soberana,

y cuanto la hermosura y cuanto el oro
 dar han podido a la ambición humana,
 todo trae la misma triste historia,
 todo en un mismo fin acaba y cesa,
 y la senda brillante de la gloria
 sólo conduce a la profunda luesca.

.....
 ¡Cuánta perla gentil, rica y lozana,
 de puro brillo y esplendor sereno,
 vedada siempre a la codicia humana,
 guarda la mar en su profundo seno!
 ¡Ay, cuánta flor ostenta sus primores
 en retirado valle sola y triste,
 y en medio de su aroma y sus colores
 nadie la mira y para nadie existe!

Como se ve, este traductor conserva la medida del verso original y rima del mismo modo los cuartetos; pero emplea doble número de estrofas para desarrollar cómodamente su traducción libre.

He aquí otro buen modelo de traducción libre de poesía. Se trata de un poemita de J. Montenackén, una delicada miniatura que erróneamente se ha atribuido a Alfred de Musset. El caso es singular porque la traducción del francés al inglés, la adaptación mejor dicho, ha sido hecha por el autor mismo de la composición original.

La vie est vaine:
 Un peu d'amour,
 Un peu de haine,
 Et puis... bonjour!

La vie est brève:
 Un peu d'espoir,
 Un peu de rêve,
 Et puis... bonsoir!

La vie est telle
 Que Dieu le fit;
 Et telle quelle...
 Elle suffít!

Life is but play:
 A throb, a tear;
 A sob, a sneer—
 And then—good day!

Life is but jest,
 A dream, a doom;
 A gleam, a gloom—
 And then—good rest!

Life is but such
 As wrought God's will;
 'Tis naught, and still—
 'Tis oft too much!

Puede verse en esto la prueba de que el autor mismo de una composición no puede repetir en otro idioma sus conceptos. Con esto y lo que antecede me parece bien demostrada mi afirmación de que no es empresa factible traducir las obras poéticas en verso y de una manera completa, es decir, formando otra poesía que reproduzca, junto con el pensamiento del poeta original, su misma forma de expresión.

Esta impracticabilidad la confiesan hasta los traductores más convencidos del buen éxito de su trabajo; por ejemplo, nuestro Juan Cruz Varela, que, según lo declaró, tradujo la Eneida porque no conocía ninguna traducción buena de ella. Sus palabras son éstas: « Mi sistema de traducir a Virgilio no es otro que el de imitar en lo posible su estilo, y aun usar sus mismas palabras en cuanto lo permiten la lengua y las inmensas trabas que, cuando se traduce, presenta la versificación ».



Todo lo escrito o transcrito hasta aquí como conclusiones sólo se refiere a las obras realmente poéticas, a las grandes composiciones de los grandes vates... Y eso no obsta a la posibilidad de traducir las composiciones en verso que no son realmente líricas o épicas. Porque no todas las composiciones en verso tienen en su fondo, según la verbosa definición del diccionario de la Academia española: « fuerza de invención, fogoso arrebato, sorprendente originalidad y osadía, exquisita sensibilidad, elevación o gracia, riqueza y novedad de expresión, y encanto indefinible ». Las producciones de esa otra clase inferior son traducibles, porque en tales casos el lenguaje, por florido o poético que sea, no es personal, es común.

Que esto es así lo demuestra la excelente traducción que Pérez Bonalde ha hecho de *El Cuervo* de Edgar Poe. En este caso el traductor reproduce fielmente, no sólo las ideas e imágenes del original, sino también su melopeya: la cadencia particular del verso y su rara combinación de consonancias. Y todo esto en los mismos versos octosílabos y casi sin alterar el número de ellos. Bien dice Pérez Triana, al presentar la obra de Pérez Bonalde en su edición príncipe neoyorquina, que el distinguido poeta venezolano ha hecho un milagro al reproducir en la traducción la idea, la cadencia y el ritmo, todos los distintivos del original, salvando las dificultades de la versión de una lengua de monosílabos a otra de polisílabos, y lo que es más, conservando intacto y completo el sello original del artista creador.

La primera estrofa basta para que el lector pueda comprobar por sí mismo la exactitud de este juicio. HeLa aquí:

Una fosea media noche, cuando, en tristes reflexiones,
sobre más de un raro infolio de olvidados cronicones
inclinaba soñoliento la cabeza, de repente

a mi puerta oi llamar;
como si alguien, suavemente, se pudiese con incierta
mano tímida a tocar:

« Es — me dije — una visita que llamando está n mi puerta;
eso es todo, y nada más ».

El original dice:

Once upon a midnight dreary, while I pondered, weak and weary,
Over many a quaint and curious volume of forgotten lore —
While I nodded, nearly napping, suddenly there came a tapping
As of some one gently rapping — rapping at my chamber door.
« 'Tis some visitor », I muttered, « tapping at my chamber door —
Only this and nothing more. »

Y cuando se trata de poetas medianos o de poesías medianeras, el recurso de la traducción libre puede convertir, como pasa con la prosa, la deficiente obra original en un trabajo artístico. Pero, repito, la traducción libre no es traducción, es composición.

He aquí un ejemplo de los trabajos de este género. Se trata de una composición en verso de Frédéric Soulié, inserta en la novela *El conde de Tolosa*, editada por la Biblioteca de *La Nación*:

No es amor verdadero aquél que canta
sus dichas y dolores,
y pone en la frente de quien lo encanta
su corona de flores;
el que dice: « Mirad, bella es mi dueña;
nadie tiene en el mundo
su dulce voz, su gracia que domoña,
ni su mirar profundo;
nadie tiene en ingenio tantos dones
ni la miel de sus labios;
nadie es más rica que ella en posesiones
y su corte es de sabios;
a su familia ilustre un rey de Francia
querría aliarse, empero...
yo, mísero juglar de obscura infancia,
yo soy su caballero... »
Esto amor es orgullo, fausto raro,
vanidad que alardea;
es fuego que uno enciende como un faro
que de lejos se vea;
espejo en que mirar su propia vida,

vino con que se embriaga,
trono que se erige, jardín que cuida
por la flor que le paga.
El amor verdadero funde en lloro
el corazón herido
como se funde en el crisol el oro:
sin llama y sin ruido;
es la flor que se cierra si sobre ella
lanza el sol sus fulgores,
y sólo se abre al rutilar la estrella
que vela sus amores.
El amor verdadero es el que culla,
ecioso en su retiro,
no habla tan quedo como en el labio estalla
la voz como un suspiro;
es el que se hace creer, porque es sincero,
sin jurar exaltado;
y, sencillez, no apunta a más terrero
que amar y ser amado...
Si un premio hay que ganar, que otro lo intente...
mi amor se lo abandona...
pues ella me ha mirado, y a mi frente
su beso la corona.

El original dice:

Non, l'amour vrai n'est pas l'amour bavard qui chanto
Son bonheur et ses fers,
Met au front dévoilé de celle qui l'enchanto
Sa couronne de vers;
Celui qui dit: « Voyez, elle est belle et je l'aime;
Aucune dans ces lieux
N'a sa voix enivrante et sa grâce suprême,
Aucune ses beaux yeux;
Nulle n'a son esprit qui sait remplir les heures
De ses doux entretiens;
Aucune n'est plus riche en royales demeures;
Nulle n'a plus de biens;
Nulle n'a son grand nom auquel un roi de France
Eût voulu s'allier;
Et moi, jongleur chétif et d'obscure naissance,
Je suis son chevalier. »
Cet amour n'est qu'orgueil, dont la vaine fanfare
Prend le monde à témoin;
C'est un feu sur le cœur allumé comme un phare,
Pour être vu de loin.
C'est un miroir brillant où l'on se voit soi-même;
Un vin pour s'enivrer;
Un trône où l'on se hausse, un jardin où l'on sème

Des fleurs pour s'en parer.
L'amour vrai c'est celui qui brûle et qui fond l'âme
D'un feu silencieux,
Comme l'or au creuset fond et brûle sans flamme
Qui resplendisse aux yeux.
L'amiant vrai, c'est la fleur qui se ferme et se voile
Sous un ciel lumineux,
Et qui s'ouvre quand vient la clarté d'une étoile
Qui ne suffit qu'à deux.
L'amour vrai, c'est celui dont la joie ou la peine
Se taisent à la fois;
Ou qui parle si bas qu'on brûle à son haleine
Sans entendre sa voix.
C'est celui que l'on croit, celui qui se fait croire
Sans serment enflammé;
Qui n'a qu'un avenir et ne veut d'autre gloire
Qu'aimer et qu'être aimé.
Et quand à ce prix d'or, oh! moi, je l'abandonne
A ceux qui le voudront,
Car son regard ce soir me promet pour couronne
Un baiser sur mon front.

He tenido ya ocasión de decir que Cervantes desacertó al afirmar en su Quijote que toda traducción, excepto del latín y del griego, es como el reverso de un tapiz, y que, cuando se trata de lenguas fáciles, la tarea de traducir es mecánica. En cambio acertó en la misma obra (tomo I, cap. VI) al juzgar la traducción de la poesía en estos términos: «Mucho de su valor natural quitarán a los libros de versos todos aquéllos que los quisieren volver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento».

Pero en los «libros de versos» hay obras realmente poéticas, y otras que no son sino poesías mediocres. Y, como queda demostrado, a estas últimas no se aplica la sentencia de Cervantes.

• • •

Vuelvo al tema principal diciendo que un traductor muy entendido en el arte confirma con toda la autoridad del profesional la impracticabilidad de la traducción fiel de las grandes creaciones de los grandes genios. Macpherson ha traducido los más célebres dramas de Shakespeare en muy buenos versos castellanos. ¿Hasta qué punto esta versión castellana reproduce, en cuanto a las formas de expresión, los conceptos del original? Dejemos la palabra al traductor mismo, que dice:

En *Otelo*: « La extraordinaria exuberancia, la originalidad y la riqueza de conceptos espureidos en el diálogo es verdadera maravilla... Verter correctamente tanta belleza a otra lengua es a menudo difícil y desconsoladora empresa ».

En *Romeo y Julieta*: « En esta obra campea el concepto confuso, la frase rebuscada, la exageración de la antítesis y el retruécano; y esto a veces unido a lo arcaico del lenguaje, es frecuentísima causa de obscuridad en el texto, y como fácilmente se comprenderá, de aumento de dificultades para su versión a otra lengua. El constante disrecreo de Mercurio... es verdaderamente intraducible... Me he permitido en ciertas ocasiones introducir alguna que otra variación ».

En *Hámlet*: « Todavía se encuentra en las mejores ediciones de estas célebres comedias palabras, frases y pasajes cuyo sentido es ambiguo, dudoso y muchas veces ininteligible; palabras, frases y pasajes que en ocasiones es necesario esclarecer y descifrar, bien o mal, con sólo la luz del propio criterio... La misión del traductor es presentar el original que se propone verter a otro idioma revestido siquiera del modesto atavio de un lenguaje inteligible... Y no le es lícito dejar confuso ni aun lo que, acaso, confusamente se escribiera en un principio. En raras ocasiones, por este motivo, me he visto obligado, a fin de obtener la necesaria lucidez, a violentar acaso el sentido, no seguramente de lo que escribió, sino de lo que aparece escrito por Shakespeare; pero, siempre que me ha sido posible, y hasta donde mi impericia me lo ha permitido, he procurado ser fiel intérprete, y nada más, del gran original que he tenido delante. Alguna vez, sin embargo, no he optado por la traducción literal; pues, en idiomas de tan distinta índole como son el español y el inglés, semejantes versiones son a veces falsas, y otras no producen el efecto deseado ».

En fin, no olvidemos que la tendencia común es juzgar toda traducción, no para apreciarla por su mérito propio, sino para descalificarla por su valor relativo, como copia de un original. Este parangón, realmente absurdo, puede no hacerse cuando el original es poco conocido; pero se hace inevitablemente cuando el original es obra maestra y objeto de culto universal. ¿Qué traducción puede resistir a semejante prueba? Y por otra parte ¿cómo obligar al lector a que juzgue la traducción sólo por su

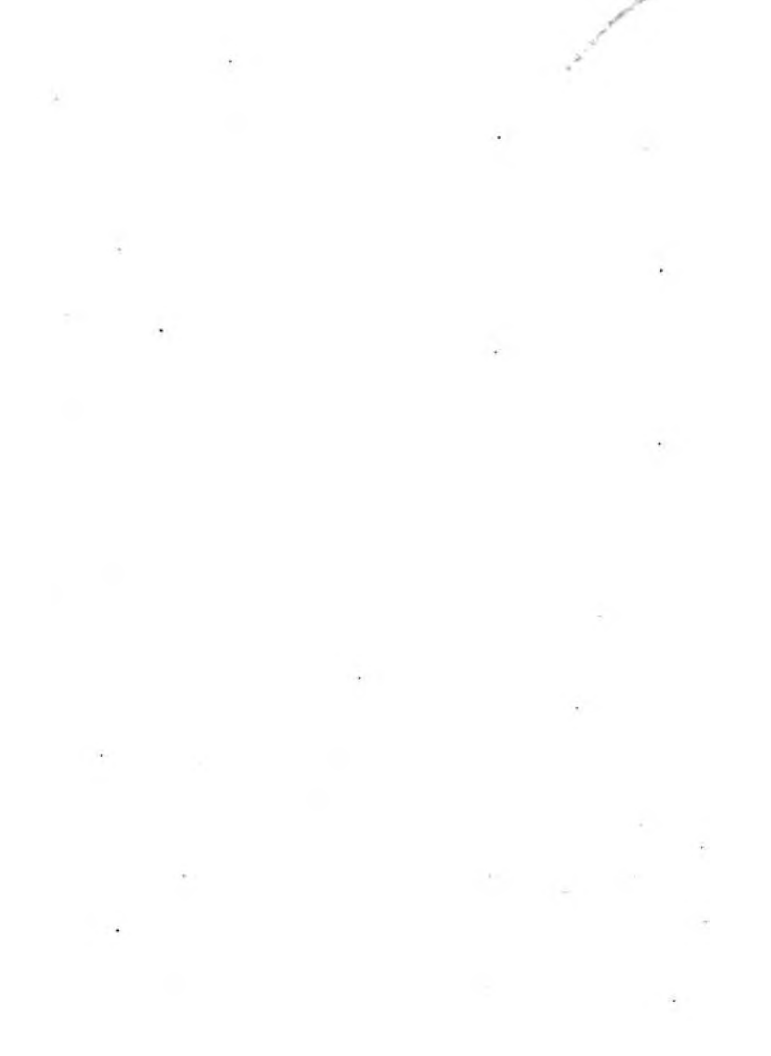
aspecto externo, y no vea a través de ella lo que como trasunto representa? Con un acertado símil, Chateaubriand ha puesto de relieve el particular asidero que ofrece a la crítica toda traducción por su fondo, es decir, porque pretende reproducir otra obra, y sean cuales fueren sus méritos como reproducción fiel y artística. El eximio autor y traductor de grandes poemas en prosa ha dicho: «Una traducción no es la «persona», es sólo un «retrato». Un gran maestro puede hacer un retrato admirable; convenido... pero, si se pusiera al original junto a la copia, los espectadores lo verían cada cual a su manera, y discreparían en sus juicios sobre el parecido».

• • •

La conclusión es que, por regla general, la traducción de la poesía no debe hacerse en verso. Porque, cuando a las diferencias naturales de la versión llana se agregan las licencias del lenguaje poético que adopta el traductor, y a ambas cosas se suman las cortapisas de la medida, las exigencias del ritmo y las imposiciones de la rima, el resultado es por fuerza e infaliblemente la desnaturalización completa, en cuanto a forma, del texto original.

Como toda regla general, también ésta admite excepciones; pero es sugerente el hecho de que, entre las excepciones posibles, no están las grandes obras de los grandes poetas, de las cuales no existe en ninguna lengua ninguna traducción satisfactoria: en prosa, porque la reproducción es incompleta, y en verso porque cada cual la hace a su arbitrio. Y la razón que imposibilita tales versiones es, repito, el elemento personal, intransmisible a otro idioma, que el lenguaje poético encarna. Hacerlas, intentarlas mejor dicho, es como invitarnos a oír con otra música la letra de un himno conocido.

Los diccionarios



El mal diccionario de la lengua

Sus definiciones vagas, insuficientes y contradictorias

Cosa muy sabida es que, entre los corruptores de nuestra lengua, están en primer término los malos escritores, y en segundo los malos traductores. Lo que no se sabe mucho es que, bien examinado el caso, ni unos ni otros pueden rivalizar en esa acción nociva con la obra de los malos lexicógrafos. No me arriesgo a decir que los malos diccionarios de la lengua hacen a los malos escritores y a los malos traductores; pero me atrevo a afirmar que los malos lexicógrafos hacen que sean malos muchos escritores y muchos traductores.

En este caso particular no aludo sino a los autores de diccionarios de la lengua castellana. Los ingleses tuvieron un Johnson, los angloamericanos un Webster y los franceses un Littré; y en los países de habla inglesa, y en los de habla francesa, esos dicionaristas son autoridad todavía. Detrás de ellos, a gran distancia, están los Grimm en Alemania, Tommaseo en Italia, Caldas Aulete en Portugal. Los españoles tuvieron un Salvá, verdadero Hércules dicionarista, que por haber aplicado su actividad excepcional a varias magnas empresas a la vez no pudo hacer de su *Diccionario de la lengua castellana* una obra imperecedera. Y como el esfuerzo de Salvá no ha sido desarrollado por ningún otro dicionarista, en los países de habla castellana ha imperado en absoluto la Academia española como única autoridad lexicográfica, reconocida en teoría por los más y respetada en la práctica por los menos.

Si nombro a Salvá solamente y prescindo de la obra de todos los demás autores modernos de diccionarios de la lengua castellana es porque ninguno de ellos ha demostrado en su léxico la erudición ni la probidad de aquel dicionarista. Todos dicen o dan a entender que sus diccionarios mejoran el de la Academia, porque amplían el vocabulario o las acepciones, o

modifican una que otra definición. Pero ese aumento del vocabulario y de las acepciones está hecho sin crítica, es obra de simple compilación; y en cuanto a las definiciones, repito que ninguno de los autores de diccionarios de la lengua castellana ha demostrado la erudición ni la probidad de Salvá.

No hago esta afirmación sin fundamento. Del examen de esos léxicos resulta que lo general es que sus autores no toquen las definiciones de la Academia sino para plagiarlas, y que, cuando las corrigen aquí y allá, a la ventura, las estropeen si son buenas o las empeoren si son malas. Salvá demostró su erudición y su probidad marcando especialmente en su léxico las modificaciones hechas al de la Academia, y escribiendo en éste y en sus demás diccionarios introducciones que son valiosas monografías, trabajos de lexicólogo de veras. Dotado, además, de una paciencia de benedictino, tenía la costumbre de indicar en cada edición de sus diccionarios, no como quiera, sino detallando y especificando, las correcciones, adiciones y mejoras que presentaba en ellos, y citaba hasta las palabras, a millares... De esa manera sometía su colaboración particular al juicio público. Los demás lexicógrafos han tenido buen cuidado de no hacer lo mismo: o porque el plagio no permitía tal cosa, o porque eso habría sido una guía reveladora de la insignificancia o desacierto de sus modificaciones. Este proceder solapado ayuda a quitar todo valor a sus diccionarios, en cuanto a las definiciones. Seguramente hay mérito en tales obras bajo algún otro aspecto: la introducción de neologismos necesarios (sobre todo de americanismos justificados) la mejor ordenación de las acepciones, las referencias a autores ejemplares con citas textuales, la disposición tipográfica de los artículos, etcétera. Pero considerar los diccionarios de la lengua castellana desde el punto de vista de las definiciones es el único objeto de este paréntesis crítico en mis tareas de traductor.

En los países de habla castellana no ha habido nunca un lexicógrafo que intente siquiera la obra de un diccionario original de la lengua castellana; Salvá mismo trabajó con material ajeno: la edición de 1843 de la Academia. De modo que, para el que estudia la lexicografía castellana, no hay en definitiva más que un solo diccionario auténtico y un sinnúmero de imitaciones. Y ese diccionario auténtico, único esfuerzo ge-

nuño, único fruto espontáneo de la lexicografía castellana, es el Diccionario de Autoridades de la Academia, de 1726/39, continuamente retocado en el curso de estos dos siglos, cada quince años término medio, porque se han hecho de él entores ediciones más hasta ahora. Por eso he dicho que la Academia es la única autoridad lexicográfica en los países de habla castellana.



Ahora bien: que el léxico académico sea el único texto original, genuino, auténtico y autorizado, no quiere decir que sea también texto sagrado. Sucede todo lo contrario; sus autores mismos no lo tienen en tal concepto: el actual director de la Academia española, Antonio Maura y Montaner, no vacila en escribir «humoraciones» como ejemplo estimulante para los aficionados a neologismos inútiles (véase su contestación al discurso de recepción del académico Casares). Nada extraño es, pues, que lo imperfecto y lo incompleto del diccionario de la Academia sea una verdad inconcusa, evidente, axiomática, si no para la totalidad, para la generalidad de los que lo han estudiado. Por lo absoluto de esta afirmación podría creerse que la crítica es precipitada, y en consecuencia injusta; tal vez nadie ha examinado a fondo esa obra tan compleja, y todos se han limitado a juzgarla a la trémula luz de una que otra consulta ocasional, porque no hallaron en ella tal o cual vocablo, o tal o cual acepción, o a la luz más vacilante aún de su decidida parcialidad por los neologismos o por los americanismos, que la Academia no acepta sino *cum grano satís*.

No hay tal crítica precipitada e injusta. Tengo a la vista lo que uno de los más sinceros admiradores de la Academia, José Ruiz León, escribió sobre este punto, con la autoridad de «quien, artículo por artículo, ha tenido que recorrer el Diccionario para analizarlo y poner en orden sus vocablos». Transcribo así las palabras mismas de este escritor en su *Inventario de la lengua castellana*, obra que clasifica ideológicamente los verbos del idioma. Pues bien: este escritor dice: «Una de las mayores dificultades (con que ha tropezado en el curso de esa obra) procede de la vaguedad, deficiencia o contradicción de que adolecen algunas definiciones del Diccionario». Luego cita ejemplos de «confusa sinonimia», «vaguedad e indecisión de

las diferencias que limitan las acepciones » y « definiciones defectivas o no satisfactorias ». Más adelante habla de « las meras referencias o vacilantes sinonimias que constituyen muchos de los artículos del Diccionario ». En resumen, dedica tres páginas de su libro a exponer y disculpar las « imperfecciones » de la obra de la Academia y « lo incompleto de su tarea ».

Vélez de Aragón (Vera y González) dice lo mismo en su *Diccionario general de la lengua castellana*. Este juicio no es tan autorizado como el anterior, visto que con él el autor trata de justificar su trabajo propio; si lo transcribo es sólo porque expone muy acertadamente la razón de que no pueda esperarse que la Academia llegue a hacer alguna vez un diccionario satisfactorio. He aquí ese juicio: « Los defectos del léxico de la Academia proceden, antes que de otra causa, de la reconocida incapacidad de las corporaciones para crear obras perfectas y acabadas. Las grandes producciones de la inteligencia humana, las obras destinadas a la inmortalidad, como sublimes esfuerzos del genio, han sido debidas siempre a un solo individuo. La colaboración de muchas personas, por doctas y discretas que sean, quita a una obra ese sello personal, esa unidad de plan y de pensamiento, que es el verdadero secreto de su fuerza; mata además la iniciativa de los autores, y si perfecciona el plan general da en cambio margen a gravísimos errores de detalle y a notables desigualdades y faltas de proporción entre las secciones diversas del libro. Ésta es la principal imperfección del diccionario de la Academia española de la lengua ».

Será una verdad eterna lo que dijo Salvá, hace tres cuartos de siglo, acerca de la imposibilidad de que una corporación llegue a formar un diccionario aceptable. En el caso de la Academia española, dos son los vicios ingénitos que harán siempre enclenque su léxico: no están en esa corporación todos los grandes literatos españoles, y según Salvá « sus individuos, muy instruidos y laboriosos como particulares, rehusan contribuir con sus conocimientos a los trabajos hechos de mancomún, hallando medios para utilizarlos mejor separadamente ».

Podría pensarse que los juicios transcriptos, de lexicógrafos del siglo pasado, no se aplican precisamente al diccionario actual de la Academia (1914). Pero el caso es que el sistema de definiciones del léxico académico no varía con el tiempo,

no tiende a perfeccionarse, se mantiene encastillado en la tradición y en la rutina; las nuevas ediciones no alteran sino el vocabulario, la etimología, la ortografía y la tipografía. Tan así es que, en 1918, Julio Casares, académico hoy, ha podido escribir que « en cuanto al conocimiento del idioma en general, y de la lengua antigua especialmente, el léxico oficial, dicho sea con el debido respeto, antes atrasa que adelanta » (*Crítica efímera*, I, 201).



En fin, el léxico académico es imperfecto e incompleto, sobre todo en cuanto a las definiciones; y los que pretenden corregirlo no lo mejoran, en esa parte principal al menos. He dicho ya que esto resulta del examen de sus diccionarios. También resulta del mismo examen que es corriente la idea de que las definiciones lexicológicas deben deducirse del concepto que dan al vocablo los escritores llamados clásicos si son antiguos, y estilistas si son modernos. Pero si en teoría este principio puede ser absoluto, en la práctica debe ser sólo relativo. Un escritor, por clásico o estilista que sea, puede torcer el sentido de algún vocablo. Por consiguiente, la obra del lexicógrafo no debe ser un servil diccionario de autoridades, bueno sólo para autorizar todas las licencias. Así como el retórico rechaza al buen escritor cuando se excede o se equivoca en sus formas de expresión, de la misma manera el lexicógrafo debe repudiar al buen escritor cuando desacierta en la elección de las palabras. Su misión es formar juicio propio de la acepción de cada vocablo; y para ello, junto con los buenos escritores, debe estudiar la etimología del término, y sobre todo hacer, en los casos especiales, la necesaria filología comparada en el campo de las principales lenguas modernas, las romances ante todo. En una palabra, antes de hacerse lexicógrafo debe ser lexicólogo, debe realizar el vasto trabajo de erudición de un Johnson, de un Webster, de un Littré. Sólo así evitará que su obra dé lugar a que siga justificándose esta apreciación de Charles Nodier: « Los diccionarios son plagios en orden alfabético ».

Además, debe tener tanto amor a su lengua y tanta fuerza y acierto para asumir su defensa, que pueda rechazar victoriosamente toda influencia tendiente a corromperla. Proclamar

que el uso es el que forma la lengua, y no distinguir entre uso debido y uso indebido, entre lo que se justifica por el estudio y la cultura, y lo que no es sino obra de la ignorancia, de la desidia y de la vulgaridad; permitir, en fin, que el capricho y el mal gusto prevalezcan sobre el juicio y el sentido artístico en la obra inmensa de renovación perenne de la lengua, es programa de memorialista, no es plan de lexicógrafo. En resumen, los diccionarios deben formarse, en cuanto a vocabulario y definiciones, sobre la base de los escritos de aquellos autores que, según la generalizada expresión italiana, *fanno testo di lingua*.

Pero la práctica de los autores de diccionarios de la lengua castellana está muy lejos de ser ésa. He tenido que leer tres veces esta profesión de fe, hecha por uno de ellos, para poder convencerme de que no estaba viendo visiones: « El Diccionario, testigo pasivo de todas las revoluciones del entendimiento, debe conservar hasta sus aberraciones; hacer constar lo que está recibido, escribir lo que se ha hablado: he ahí el Diccionario; no es el juez, es el escribano; no discute, registra; no tiene sino una ley, que es el uso; no tiene sino un árbitro, que es el tiempo ». Pero entonces ¿es el diccionario una compilación hecha sin discernimiento alguno, un catálogo de archivero, una nomenclatura de conservador de museo, un inventario notarial, un arcón de cosas todas buenas o todas malas porque no hay criterio que las califique? Y si es así ¿para qué sirve el diccionario? Basta; el disparate es evidente. El diccionario ha sido y será siempre un libro de consulta, esto es, una obra didáctica.

En otro léxico moderno, enciclopédico, cuyo autor no nombraré tampoco piadosamente, leo que la obra contiene « las voces registradas en todos los diccionarios publicados hasta el día en lengua castellana, y muchísimas que no se hallan en ningún diccionario »... y más adelante tropiezo con esta declaración estupenda, que debo leer tres veces también: « Ni por un momento han querido los redactores de este diccionario considerar como autoridades todos los autores citados »... Pero ¿no es esto una confesión paladina de que el propósito del lexicógrafo no es hacer una obra de erudición, de crítica lexicológica, sino una compilación de amanuense, y lo más abultada posible porque así será mayor el número de los interesados en

ella? ¿no salta a la vista el fin exclusivamente mercantil que ha inspirado y dado forma a tales libros? ¿Cómo se justifica que el entendido los haga a un lado en sus estudios!

De modo que, según lo declaran sus autores con una ingenuidad que raya en simpleza, los diccionarios de la lengua castellana no se hacen para enseñar el uso debido del lenguaje; no son sino inventarios de cosas que tanto pueden ser buenas como malas. Sus autores no comprometen opinión al respecto; no han estudiado el punto... Eso se deja a la discreción del lector... ¿Y si el lector no es discreto? ¿o si sigue la costumbre tradicional de tomar al diccionario por maestro?

He ahí por qué he dicho que, entre los corruptores de nuestra lengua, están en primer lugar los malos lexicógrafos.

• • •

Traductor ideal es el que puede escribir en la lengua ajena con la misma facilidad, desenvoltura y elocuencia con que escribe en la suya propia. Y estas cualidades no las alcanza un escritor sino leyendo continuamente los clásicos de ayer y los estilistas de hoy, para asimilar sus giros ejemplares, y ejerciendo sobre sí mismo una crítica constante que lo obligue a pulir y repulir sus formas de expresión, y también consultando infatigablemente el diccionario para aumentar cada vez más el acervo de su vocabulario propio. De la misma manera, el traductor que aspira a la excelencia en su arte se debe a la lectura de los clásicos y de los estilistas, al retoque de sus propias composiciones y a la consulta del diccionario, con la considerable diferencia de que tiene que hacer eso en más de una lengua.

El diccionario es, pues, para el traductor, como para el escritor, un auxiliar indispensable. No me refiero al diccionario bilingüe, texto escolar que, en el mejor de los casos, cuando no extravía al traductor, sólo sirve para darle una aproximación del término que busca; hablo del diccionario de la lengua, el libro que ofrece, en espléndido despliegue, las múltiples cristalizaciones irisadas y chispeantes que forman los vocablos presentados a la sola luz de sus acepciones propias.

En este terreno, el de la lexicografía, la lengua francesa tiene una superioridad indiscutible al lado de cualquier otra.

Gracias al trabajo secular, inmenso y muy cuidado de los escritores franceses, el sentido de las palabras y locuciones de esa lengua se ha precisado y se ha fijado, a tal punto que las sinonimias, tan vagas en otros idiomas, aparecen en ella escalonadas casi con gradaciones métricas. Mi experiencia ha corroborado en toda oportunidad esta afirmación de R. de Bury, que transcribo del *Mercur de France*: « El francés tiene una cualidad particular: es claro. Y además de ser claro, clarifica: es un filtro. Por eso la traducción al francés es una prueba temible para un libro inglés, o alemán, escandinavo sobre todo. La claridad del francés es tanta que los simbolistas mismos, que no querían ser claros, han tenido que serlo contra su voluntad. Cuando se dice « la claridad del francés » hay elipsis; se debe leer: « la claridad del cerebro francés ». Este es el filtro. Pero el instrumento ha adquirido necesariamente la cualidad maestra de su creador ».

El traductor francés tiene así una ventaja que sus colegas de otros países le envidian mortalmente: cuenta con un medio de expresión que el diccionario de la lengua hace firme y seguro, gracias a sus definiciones ejemplares. Y no hay peligro de que tan valioso recurso pierda alguna vez su eficacia. El literato francés es celoso de su lengua: la cuida con paternal ternura, repara incesantemente los desperfectos que en ella causa el mal uso. Es francés precisamente, del epigramatista Lebrun, este dístico que refleja esos afanes del literato francés con respecto a su lengua:

On fait, défait, refait ce beau dictionnaire,
Qui, toujours très bien fait, reste toujours à faire.

Vuelvo al tema. El traductor al castellano en nuestra época es un traductor sin diccionario de su lengua. Y como este instrumento es indispensable, tiene que suplirlo haciendo de lexicógrafo, como pueda, mientras traduce, esto es, tratando de fijar, completar y armonizar las definiciones vagas, insuficientes y contradictorias del diccionario castellano. Ahora bien: así como no podría haber música si cada nota no tuviera su valor determinado, de la misma manera es imposible manejar con eficacia el lenguaje si cada palabra no tiene una acepción establecida. En consecuencia, el diccionario debe tender, hasta don-

de eso es posible, a presentar la lengua como una especie de clavicordio, como una escala de valores fijos. Sólo así será el lenguaje el « delicado instrumento » de que habla Goethe en los versos cuyo sentido traduce este dístico, ramplón en su forma como un refrán:

Quando quieras tener buen resultado
sirveto de instrumento delicado.

Es claro que el consenso universal no está por la creación de un diccionario de acepciones fijas; son siempre muchos y muy poderosos los interesados en que, cuando hablan o escriben, no se vea el fondo de su pensamiento. Sólo a tal fin responde la pretensión de que el lector interprete las palabras del autor al arbitrio de éste. Y esta tendencia es tan antigua como el mundo: hace veinticinco siglos Confucio tuvo que declarar que « cuando no se conoce la fuerza de las palabras es imposible conocer a los hombres ».

También es cierto que la lengua es un recurso imperfecto para la comunicación de los pensamientos y de las emociones; considerado como forma de expresión o vehículo de transmisión de las ideas y de los sentimientos, el lenguaje hablado o escrito es realmente defectivo. Sobre todo como medio de expresar sensaciones insólitas; de ahí que Rodolfo Senet, en *Las estoglosias*, haya intentado la justificación científica de las glosolalias literarias, presentándolas como complemento emocional indispensable del lenguaje intelectual insuficiente. Pero, considerado como lengua y no como lenguaje, ningún idioma desarrollado es imperfecto. Llamo desarrollado al idioma que cuenta con literatura secular y siempre renovada.

Por otra parte, tienen razón los filósofos que afirman que las palabras no pueden expresar el mismo concepto para todo el mundo, porque las representaciones de la realidad que simbolizan no son exactamente las mismas para todos, desde que cada cual se forma su concepto propio de las cosas. Pero ¿acaso ha sido posible alguna vez conformar en algo a todo el mundo? Hágase el diccionario para la enorme mayoría de los que no extreman el análisis de las cosas; y si los sutiles no lo aceptan, que compongan ellos el suyo propio, si es que logran ponerse de acuerdo entre sí, lo que estaría precisamente contra la razón de su existencia.



El diccionario de la lengua que presente las palabras en el orden de sus ideas y no de sus letras es el desiderátum, la aspiración ansiosa de todo buen escritor. Y para saber qué idea encarna cada palabra es indispensable definirla. Ahora bien: el léxico de la Academia española no puede servir para esa obra. Sus definiciones, precisas sólo por excepción, harían imposible toda clasificación ideológica de los vocablos. Y la definición, a más de precisa, debe ser completa. Barcia ha dicho en *Sinónimos castellanos* que los diccionarios son gabinetes de historia natural, en que hallamos géneros y especies, no individuos; y agrega que, para el hombre, el conocimiento individual es siempre el más necesario. En efecto, el diccionario dice a qué género y especie, en la familia de las ideas, pertenece el concepto de una palabra determinada; pero no define la palabra misma porque no expone sus relaciones de afinidad con las demás de su especie.

Naturalmente, el plan del diccionario alfabético no permite dar este desarrollo a la definición de los artículos. De ahí que se imponga la obra del diccionario ideológico. Y para emprender esta obra no hay el recurso de esperar que, con el tiempo, el diccionario de la lengua vaya depurando sus definiciones, y pueda llegar a servir de base para tal reforma. Por negligencia o ignorancia de los escritores principalmente, el uso tiende siempre a desvirtuar las acepciones propias de los vocablos; y como el diccionario tal cual se hace hoy día no es más que la sanción del uso, nunca podrá ser más lógico ni más riguroso que el uso mismo.

La clasificación ideológica de las palabras será lo único que resolverá el problema de las definiciones precisas y completas, porque hará ver que no hay para qué dar a cierta palabra, que tiene ya su sentido propio, otro más que la hace usurpar las funciones de una congénere.

Dice Boissière en su *Dictionnaire analogique*: « Se han señalado faltas en todos los diccionarios; pero es muy probable que no se haya señalado más que una pequeña parte de las que contienen todas esas obras. Muchas han debido pasar inadvertidas, y la diseminación causada por el orden alfabético

es lo que las ha resguardado de los ataques de la crítica. Cuando se vea agrupados, reunidos en un solo campo visual, todos los términos que se refieren a la misma arte, a la misma especie de seres, será fácil notar una multitud de errores en los que hasta ahora no había reparado nadie. También en el dominio de las ideas generales los acercamientos analógicos pondrán de relieve ciertas inconsecuencias que los lexicógrafos alfabéticos podían permitirse impunemente, que se permitían en realidad, al parecer sin saberlo... Todas estas definiciones (de vocablos sinónimos) parecen excelentes cuando están lejos unas de otras; pero, al ver dos de tal naturaleza en el mismo grupo, todo el mundo advertirá que encierran al lector en un círculo y no le dan medio alguno de salir de él ».

Me figuro la perplejidad de los dicionaristas ante el grave problema de las definiciones. ¿Cómo dársela acertada a una palabra si no pueden compararla con sus afines, metidas Dios sabe dónde? ¿Acaso han empezado su obra clasificando en grueso las palabras para asignar luego a cada una de ellas, mediante definiciones precisas y completas, su sala, su sección, su armario, su compartimiento y su casilla propias? Como he dicho, el diccionario ideológico será el único léxico de definiciones precisas y completas, porque su autor, con todos los elementos de juicio a la vista, en cada caso, podrá determinar el sentido exacto y cabal de todo término. De manera que, en el estado actual de cosas, el autor de ese léxico ideal deberá tomar las definiciones del diccionario de la lengua bajo beneficio de inventario, para ampliarlas, restringirlas o corregirlas, cuando sean insuficientes, indecisas o transgresoras, y para adoptarlas cuando no autoricen el uso arbitrario del término a que se apliquen.



Antes habrá sentido el plan que considere mejor para resolver el arduo problema de graduar las sinonimias. En mis momentos de desesperación ante el estado de masa informe en que se encuentran los sinónimos en nuestra lengua, he esbozado para mí uno, que tal vez podría combinarse con los órdenes de clasificación establecidos por Barcia. En cuanto al diccionario de sinónimos de Olive, o de López Pelegrin, exhumado

en el *Zerolo*, lo menos que puede decirse de él, pasando por alto sus arbitrariedades y sus redundancias, es que carece absolutamente de base científica. He aquí mi esbozo:

Sinónimos son los vocablos que expresan la misma idea con muy leve diferencia circunstancial. Esta idea accesoria, fundida en el concepto principal, da a cada uno de esos términos un tono particular que lo distingue de los de su mismo color o matiz.

1°. En unos casos la diferencia circunstancial es la idea accesoria del medio en que el término es de uso privativo o corriente. En cada lengua hay más de un lenguaje. No son iguales, aunque digan lo mismo, las voces que suenan en la academia y en la taberna, en el hogar y en la calle, en el púlpito y en la tribuna, en el convento y en el cuartel, en el salón y en la cocina, en el informe del sabio y en la oda del poeta, en el libro antiguo y en la revista contemporánea, en los labios de las damas y en la boca de las palurdas, en la ciudad y en el poblacho. En cada lengua general hay, pues, una serie de lenguajes particulares: el académico y el familiar, el literario y el vulgar, el poético y el plebeyo, el arcaico y el neológico, el técnico y el eufémico, el regional y el barbaresco, y la germanía, caló o lunfardo.

Como estos lenguajes no son lenguas, su caudal consiste únicamente en cierto acopio de voces y locuciones que son privativas de cada uno de ellos. El académico dice « inspiración », el poeta dice « numen », el campesino dice « idea »; y en los tres círculos se ha dicho la misma cosa. Pero el académico no confunde la idea con la inspiración, el campesino no conoce este último término, y el poeta desecha uno y otro vocablo, que no despiertan tantas reminiscencias líricas como el suyo. Un teólogo dice « espíritu maligno », el orador sagrado dice « Lucifer », nosotros en casa decimos « diablo », y abuelita no dice sino « demonche ». Un viejo libro dice « vulto », nuestra cocinera dice « hocico », y nosotros no podemos decir sino « cara »; nos parece que « rostro » sólo cabe en el lenguaje escrito y es una afectación en el hablado. Un diario dice « independizar », y el maestro de gramática, corrigiendo, dice « libertar ». Se nos viene a los puntos de la pluma la palabra « solucionar », y la rechazamos para escribir « resolver », mien-

tras pensamos en nuestra antiestética manía de crear derivados cacofónicos inútiles. Un técnico dice «ulótrico», y ante nuestra sorpresa nos mira con lástima y se resigna a decir «crespo». Nuestro hijito cuenta no sé qué historia de «chafle», y le mandamos que diga «vigilante». «¿Quién grita así! ¿es la «mucama»?» preguntamos. «No, señor, es la «criada»; nos responde con retintín el gallego letrado e impertinente que nos sirve de «fámulo».

Llamemos *idiomáticos* a los sinónimos de esta clase, en los que la idea accesoria es la del lenguaje particular a que pertenecen.

2º. En otros casos la diferencia circunstancial es la de las distintas lenguas de que proceden los vocablos que tienen igual significación.

Por ejemplo: «almírez», «alfombra», «albuema» son palabras de origen árabe que significan exactamente lo mismo, cada una de ellas, que estas otras derivadas del latín: «mortero», «tapete», «esplicgo».

Llamemos *etimológicas* a los sinónimos de esta clase, en los que la idea accesoria es su origen lingüístico.

3º. La diferencia circunstancial puede ser de gradación del concepto.

Decimos: «Estaba, más que «contento», «alegre»; mejor dicho, «regocijado», casi «alborozado». La idea es la misma en todos los términos; pero ¡cómo va subiendo el tono en cada uno de ellos!

Esta es una gradación de intensidad, que puede ser creciente o decreciente. La hay de fuerza: «palpé», «apreté», «estrujé»; de volumen: «piedra», «peña», «peñasco»; de posición: «tendido», «acostado», «caído»; de situación: «próximo», «inmediato», «contiguo». La hay de peso, de cantidad, de medida... ¿Qué propiedad de los cuerpos no está sujeta a gradación? ¿qué hecho no sufre la misma ley? ¿qué idea no puede ser atenuada o reforzada? ¿qué color no puede ser apagado o avivado?

Llamemos *gradativos* a los sinónimos de esta clase, en los que la idea accesoria es de grado.

4º. La diferencia circunstancial puede ser un detalle calificativo,

A veces la calificación es clasificativa. Decimos: «Apareció un « religioso », un « fraile », un « franciscano ». Primero vimos el traje talar, después el hábito, después la comunidad. A veces es ponderativa: de « cicatero », « avaro » (que es cicatero codicioso); o denigrativa: de « planta », « maleza » (que es planta dañina); o apreciativa: de « niño », « nene » (que es niño querido); o despectiva: de « pedazo », « zoquete » (que es pedazo informe). Y la calificación puede referirse a muchas otras cualidades o condiciones de las cosas.

Llamemos *calificativos* a los sinónimos de esta clase, en los que la idea accesoria es una cualidad o condición.

5°. En fin, la diferencia circunstancial puede ser un efecto de la ley de las asociaciones constantes, por la cual, en el lenguaje, los vocablos habitualmente yuxtapuestos se transfunden entre ellos algo de la idea que encarnan. Este es el caso especial de ciertos adjetivos que, al usarse aplicados siempre a determinados nombres, toman parte del sentido de éstos, parecen hechos para ellos, hasta el extremo de que chocaría su aplicación a nombres de opuesto significado.

Un caso típico de esta clase de sinonimia lo ofrecen los adjetivos « inefable » e « indecible », que, siendo equivalentes, no pueden permutarse cuando se aplican a « placer » y a « dolor ». ¿Quién se animaría a decir « dolor inefable » o « placer indecible »? El uso ha hecho a « inefable » correlativo de « placer », y a « indecible » de « dolor ». Otros ejemplos de la misma naturaleza son: « opinión difundida » y « luz difusa »; « recuerdo imborrable » y « mancha indeleble ».

Llamemos *correlativos* a los sinónimos de esta clase, en los que la idea accesoria es de asociación obligada.



Resuelto el problema de los sinónimos y hecha la definición específica de los demás vocablos, quedaría preparado el material para el diccionario ideológico. En cuanto a su ordenación, habría que suprimir el absurdo orden alfabético para clasificar, según el plan que se adoptara, las palabras de la lengua por las ideas que expresan, no por las letras con que se escriben.

Pero la obra del diccionario ideológico es un tema trascendental, que debe ser tratado en capítulo aparte.

El diccionario ideológico de la lengua

Necesidad de esta obra magna

(Publicado en la *Revista del Mundo* (edición de *La Nación*) de julio de 1920 y reproducido por la *Revista de Educación* de La Plata en los ns. IX y X del año LXI)

El lenguaje es la masa maravillosa con que el hombre modela sus pensamientos para que los conozcan otros. Y llamamos palabras a los materiales que forman esa masa, expresiones a las combinaciones que hacemos de ellos, y giros a los modos de combinarlos. Estos materiales se distinguen entre sí por su clase, su forma y su color; y las clases son diversas, las formas variadas y los colores diferentes; y en cada clase hay una escala de calidades, en cada forma una progresión de figuras, y en cada color una gradación de tonos. Y, para coronar tanto recurso, las combinaciones de clase y calidad, forma y figura, color y tono, son innumerables, y los modos de hacerías también. De ahí la incomparable riqueza del lenguaje.

Pero ¿quién posee el conocimiento de todas las palabras, expresiones y giros de una lengua? Nadie, seguramente. La lectura más asidua sólo puede dar al más memorioso una parte de ese conocimiento; y no hay medio alguno de obtener el resto. Por amplio que sea, siempre resultará restringido, con respecto al todo, el vocabulario del orador más verboso y del escritor más fecundo. Sin embargo, como también tiene un límite, por vasto que sea, el campo de sus reflexiones e impresiones, uno y otro consiguen expresar satisfactoriamente sus ideas y emociones, a pesar de esa restricción relativa de sus recursos.

Ahora bien: no todos los hombres tienen el don de la elocuencia hablada o escrita; por el contrario, la generalidad carece de él, y en consecuencia, la mayor parte de los oradores y escritores. Por eso es tan común el caso de los que, al ha-

blar o al escribir, hallan dificultades para expresarse; y si a veces su esfuerzo salva esos tropiezos, lo corriente es que, vencidos en la lucha, no digan exactamente lo que querrían decir, porque les faltan las palabras adecuadas para ello.

Quiere uno acentuar la fuerza de una expresión, y todos los términos que acuden a su llamamiento son débiles; quiere suavizar el rigor de un juicio, y todos los conceptos que se le ofrecen son severos; quiere presentar su pensamiento de una manera festiva, y todas las expresiones que se le ocurren son serias; quiere dar un toque pintoresco a su figura, y la memoria le rehusa el término; quiere realzar su descripción con un vocablo específico, y éste se sume cada vez más en las sombras del recuerdo; quiere establecer la gradación de un sentimiento, y alguna de las voces que marcan los tonos de esa escala se resiste a presentarse. Según la expresión vulgar, tenemos la palabra « en la punta de la lengua », pero no en la mente, que es donde hace falta. En este caso hay olvido. Tenemos la intuición de que existe un vocablo especial para individualizar el objeto que describimos, y ese vocablo no surge en nuestra memoria. En este caso hay ignorancia. ¿Dónde buscar y encontrar la palabra rebelde y el vocablo desconocido? A veces el término que responde a nuestros clamores en tales circunstancias es precisamente el que queremos evitar, por demasiado vago o demasiado preciso, por excesivo, por insuficiente o por impropio, porque es culto o porque es vulgar. Se planta delante, como una pantalla, y no deja asomar al otro; y cuanto más lo rechazamos, tanto más persiste en imponerse. ¿Qué hacer? ¿A qué ayuda apelar?

Nuestro único recurso es la memoria, y cuando ésta se resiste a servirnos no hay más que hacer que renunciar al propósito de expresarnos con exactitud. Damos un color primario a nuestro sentimiento, en perjuicio de la impresión particular que queremos comunicar; denominamos nuestro objeto con un término genérico, en detrimento de la precisión de la figura; incurrimos en repeticiones, en menoscabo de la variedad; nos valemos de un circunloquio, o hacemos un rodeo, para orillar el obstáculo, y con esto suprimimos un detalle que daría realce al cuadro; o, cortando por lo sano, renunciemos a expresar el concepto, a presentar la imagen, a reflejar la emoción. Y en

resumen no pintamos, o lo hacemos con brocha gorda en vez de pincel fino; por lo cual nuestra composición se resiente de falta de colorido en el estilo, de monotonía en la descripción y de impropiedad en el lenguaje, revelándose así nuestra pobreza de vocabulario, esto es, nuestra carencia de sentido artístico. Hemos escrito, sí; pero no hemos hecho obra de belleza.

Muy bien: reconocemos nuestra deficiencia y preguntamos: ¿Cómo remediarla? ¿Cuál es el medio de ampliar en el momento preciso nuestro caudal de recursos del lenguaje? ¿Dónde está el libro que puede suministrarnos esos materiales en forma asimilable, ordenados por clases y calidades, formas y figuras, colores y tonos?



Pero ¿y el diccionario? dirá el lector.

¡Ah, el diccionario! En este libro monumental, hijo mimado de toda lengua, y por lo tanto vicioso, petulante, caprichoso y poco útil, podemos dar con la palabra si conocemos sus letras; pero ¿cómo encontrarla en él si no sabemos su nombre, si no tenemos de ella más que su idea?

Ruiz León, en su *Inventario de la lengua castellana*, dice: «Al que tiene que expresar una idea y busca la palabra, el diccionario da por única respuesta su inclemente e irracional catálogo alfabético». Y transcribe este juicio del académico español Francisco Cutanda: «El diccionario alfabético es muy bueno para explicar lo que se tiene delante y se quiere entender; pero es inútil, del todo inútil, para hallar lo que no se conoce, ni se posee, ni se sabe si existe».

Unos dicen que el diccionario es un tesoro, y tienen razón; en él están todas las palabras y locuciones de la lengua, es decir, todos los materiales de la masa que forma el lenguaje. Otros dicen que ese tesoro está cerrado con cien llaves, y esta verdad es más grande que la anterior, porque el diccionario no es un depósito en que los materiales estén ordenados por clase y calidad, forma y figura, color y tono; es un catálogo de nombres, y si no sabemos cómo se llaman los materiales que buscamos nos faltan las llaves para encontrarlos en él.

En el prefacio de su *Dictionnaire analogique*, Boissière parangona el diccionario con «una de las selvas del nuevo mun-

do, en la que el hombre no se atreve a penetrar, cuyas inmensas riquezas ni siquiera intenta conocer y utilizar, porque sabe de antemano que va a perderse en sus profundidades desconocidas». Otros lo comparan con un cementerio; por lo menos, dicen, en él las palabras están tendidas, rígidas y frías como losas sepulcrales, y sólo al ser llamadas por sus nombres se levantan. De modo que el que busca alguna de ellas e ignora su nombre, aun cuando sepa lo que significa, tendría que recorrer el cementerio para leer las inscripciones de esas lápidas; esto es, tendría que revisar el catálogo alfabético del diccionario, empezando siempre por la A, y en alguno de sus artículos encontraría al fin esa palabra. Pero ¿acaso es posible semejante tarea? No, por cierto; menos trabajo daría buscar una aguja en un pajar.

En fin, François Gouin, en *L'art d'enseigner et d'étudier les langues*, hace esta definición del diccionario: « Ese grave y austero volumen es una recopilación completa de todos los términos de una lengua aisladamente considerados. Es esa lengua anatomizada, que no está viva en él sino muerta, en estado de cadáver; y de cadáver despedazado, cuyos elementos aparecen sometidos a una clasificación que no es tal. Esa clasificación no se funda en un principio sino en una convención. De suerte que no tiene ninguna virtud lingüística; no está calificada para determinar el valor de los términos. Estos se clasifican al azar de sus letras, es decir, por lo que se llama «orden alfabético».

En efecto, no conozco en materia léxicográfica una ocurrencia más desgraciada que la aplicación del orden alfabético al diccionario de la lengua. Inmenso es el daño que esa clasificación trivial, antinatural y anticientífica ha hecho a la humanidad; porque ha contribuido a mantenerla en la ignorancia del lenguaje, haciendo del primer libro de la lengua un libro siempre cerrado. ¿Tan difícil era haber previsto, cuando surgió esa malhadada idea, que el diccionario de la lengua, único libro existente para la adquisición del lenguaje, sólo iba a prestar en esa forma el menor de sus servicios? ¿Tan difícil era comprender que, para enseñar el vocabulario, el método racional obliga a presentar las palabras formando racimos homogéneos de ideas afines, único medio de que se las pueda

asimilar, y no en granos sueltos, que no se suceden en orden de clase, ni de substancia, ni de gusto, lo que hace imposible asimilarlos, ni siquiera digerirlos, por mucho que uno mastique? Esto en cuanto al tipo del léxico. En cuanto al plan: ¿tan difícil era ver que en la palabra hay dos cosas esencialmente diferentes, la forma y la acepción, y que, para la adquisición del lenguaje, importa tanto saber las formas como conocer las acepciones? ¿Tan difícil era advertir que por eso el léxico debía ser doble: que, si se hacía un libro para poder encontrar las significaciones, era forzoso hacer simultáneamente otro que sirviera para encontrar las palabras? Muy bueno es el diccionario alfabético para explicar las ideas que expresan otros; mejor sería si nos diera también las voces que necesitamos para expresar las nuestras. Como bien dice Boissière en su obra citada, en el diccionario actual las significaciones están a nuestra disposición, pero las palabras no.

Que este error se haya cometido es un hecho consumado, sobre el cual sería ocioso disertar. Aparte de que es ley natural que el hombre empiece siempre andando a gatas. Pero que ese error se mantenga, una vez reconocido, es desidia imperdonable. Con respecto a nuestra lengua, más de un siglo ha trascurrido desde que, en 1799, el poeta Cienfuegos expuso a la Academia española, de la que era miembro, este anhelo: «Tú, que tanto has trabajado para dar un Vocabulario, acometerás luego la grande empresa de formar un Diccionario metódico en que las palabras ocupen su lugar, no según el orden alfabético, sino según el orden de las ideas, que es el orden de la naturaleza». Y hace más de cincuenta años que Barcia dijo que «no es diccionario el libro en que están anotadas las voces, sino el libro que las dé a conocer». Y hace también medio siglo que el citado académico Cutanda expuso ante la misma corporación la necesidad de clasificar metódicamente las palabras de la lengua, tachando al orden alfabético «de caprichoso, de absurdo, de no haber enseñado jamás nada a nadie» (Ruiz León, obra citada.)

Ultimamente, en 1921, el académico Casares, en su discurso de recepción, repitió el mismo apóstrofo, ya secular, en estos términos: «La obra más útil que hoy puede acometer la Real Academia Española, la más urgente para el adelanta-

miento de vuestra labor lexicográfica, y la más fecunda, a la par, en resultados beneficiosos para el encumbramiento de la lengua viva, es la de formar sin demora el inventario analógico del vocabulario castellano. Porque, después de recoger, y aun de *limpiar* y *fixar* con todo esmero el caudal léxico del idioma, todavía queda por hacer algo que es, a mi juicio, lo más difícil y también lo más importante: administrar acertadamente ese caudal, convertirlo en riqueza fértil, procurar que cada nueva palabra definida sea no sólo un artículo más que va a sepultarse en las páginas de un infolio, sino una realidad viviente incorporada al comercio de las ideas y a los medios de comunicación del pensamiento; poner, en fin, en circulación y beneficiar, para el mayor *esplendor* de la lengua, todas sus preciadas conquistas, desde las galas candorosas de los primeros tiempos hasta el más atrevido y recién acuñado de los neologismos de buena ley ».



El diccionario, el catálogo alfabético de la lengua, está muy lejos de ser un libro que ofrezca palabras al que, para expresar su idea, no recuerda o no conoce el vocablo propio de ella.

En la elaboración del pensamiento no surge idea alguna a la que no esté ligada una palabra. La idea y la expresión son simultáneas. Tal vez pueda definirse la idea diciendo que es la expresión del pensamiento. Pero la primera palabra que responde al llamamiento, al formularse la idea en la mente, no siempre es la que presenta el concepto propio de ella, su dición justa, o el grado de intensidad o atenuación, restricción o amplitud, vaguedad o precisión, que el pensamiento le va dando a medida que la depura al relacionarla con sus afines; por lo general, esa palabra es un término genérico, no específico, y a veces es colateral, y a veces antitético.

Entonces hay que hacer un esfuerzo de memoria, que en unos casos es fructuoso y en otros no; y el diccionario cuya necesidad imperiosa está demostrada tendría por objeto hacer siempre fructuoso ese esfuerzo de la memoria: sería el instrumento por medio del cual cada palabra haría surgir sus afines, una especie de teclado en el que cada tecla haría vibrar en

el encordado, no una sola cuerda, sino todas las notas armónicas, sucesivamente y en todos los registros.

Es obvio que, para llenar tal fin, este diccionario ideal, llamado a reforzar en sus momentos de debilidad nuestra facultad recordativa, tiene que presentar las palabras en su orden natural, tal como están grabadas en la memoria del hombre, que no las registra por cierto en orden alfabético. Tres son las operaciones que hace el hombre automáticamente e inconscientemente al asimilar las voces del lenguaje: primera, definir el concepto de la palabra para discernir sus relaciones de sentido con las demás; segunda, clasificarla en el género propio de ella; tercera, especificarla, asignándole un lugar entre los individuos de la misma filiación, y señalando, cuando es el caso, su sitio en la gradación, progresión o escala correspondiente. De modo que el lexicógrafo tiene que hacer el inventario de las agrupaciones que forman las palabras en la mente del hombre; y antes o después de eso debe establecer el orden en que ha de presentarlas. Para ello hay que formar el plan de clasificación, en el que las ideas se dividen sucesivamente en géneros y especies (que a su vez son géneros de otras especies), partiendo del concepto más general y extensivo para llegar, por series de categorías cada vez más comprensivas, a los conceptos particulares e indivisibles. Y como el objeto del libro es que, con una palabra por guía, encontremos en él los parientes ideológicos de ese vocablo, la última serie de categorías del plan de clasificación deben ser los términos genéricos que representen las familias, al pie de cada uno de los cuales se alinearán los específicos que representen los individuos.

Tendremos así el árbol genealógico de las palabras de la lengua. En él, cada una de ellas ocupará el lugar que le corresponda, no por sus letras sino por las relaciones de su idea con las demás ideas que el lenguaje expresa. Y serán complementos valiosos de la obra: por un lado, el cuadro sinóptico de las categorías presentadas en su filiación sucesiva; y por el otro, la nomenclatura alfabética de las palabras, hecha con el único objeto de indicar el lugar de cada una de ellas en el texto. Así, con uno u otro recurso, o por uno u otro camino, la palabra misma que deseamos evitar, porque es sólo aproximada, nos llevará al sitio que ocupa su familia, y ésta nos

ofrecerá, entre sus individuos, el vocablo preciso que deseamos recordar o conocer.

Resultará de esto un diccionario que, en comparación con el que la rutina nos ha impuesto, presentará sus artículos al revés: primero estará en él la definición, representada por el término genérico que nombra a la especie, y después el vocablo, representado por el término específico que nombra al individuo. Se habrá realizado así la inversión tan deseada, cuya fórmula ha expuesto Roget en estos términos, poco más o menos: « El diccionario que tenemos resuelve este problema: dada la palabra, encontrar su idea propia; el diccionario que necesitamos resolverá este otro: dada la idea, encontrar su palabra propia ».

En resumen, lo que hay que hacer es completar el diccionario de la lengua dándole la parte que le falta. Nada nuevo es este plan lexicográfico; todo lo contrario. Desde un principio los diccionarios bilingües se hacen en dos partes: la primera define los vocablos de la lengua extranjera y la segunda dice dónde se encuentran esos vocablos en la primera, y la guía para ello es la palabra de la lengua vernácula que expresa esa idea. Como bien dice Rouaix en su *Dictionnaire des idées*, el diccionario actual es, hablando con propiedad, un diccionario de « versión » (primera parte de un diccionario bilingüe), esto es, de palabras ignoradas traducidas por ideas conocidas; y lo que hace falta es un diccionario de « composición » (segunda parte de un diccionario bilingüe), esto es, de ideas conocidas traducidas por palabras ignoradas; en fin, un libro que lleve de la idea a la palabra, dificultad más grande que la de ir de la palabra a la idea.

¿Qué tentativas se han hecho para realizar esta obra? Vamos a verlo.

• • •

Tengo a la vista ocho de los diez libros compuestos hasta ahora para presentar en orden ideológico las palabras y locuciones de una lengua (*). Los de David Booth en inglés (ci-

(*) Me refiero a los libros originales solamente. Aparte de éstos hay cuatro adaptaciones de la obra de Roget: una en francés, *Dictionnaire idéologique* de T. Robertson; dos en alemán, *Deutscher Sprachschatz* de D. Sanders y *Deutscher Wortschatz* de A. Schelling; y una en español, *Diccionario de Ideas Afines* de Eduardo Benot.

Tampoco tengo en cuenta los *vornbolari metodici* que cunden en Italia de una

tado por Roget) y Léger Noël en francés (citado por Boissière) han resultado inaccesibles. Son las obras de Roget en inglés, de Ruiz León en castellano, de Premoli y Orsat Ponard en italiano, de Boissière, Blanc, Rouaix y Schéfer en francés. Y sólo en una de ellas, la de Blanc, se hace una tentativa afortunada para resolver científicamente el problema de catalogar las palabras por sus ideas; en todas las demás el plan de clasificación es arbitrario.

Dice Roget: « Para establecer el plan de clasificación de las ideas que se expresan con palabras he adoptado los principios que me han parecido más sencillos y naturales, y cuya comprensión y aplicación no requieren ingenio disciplinado ni profundos conocimientos metafísicos o arcaicos. Desechando todo refinamiento y sutileza inútil, he tomado por guía los caracteres más obvios de las ideas por las cuales había que catalogar las expresiones, ordenándolas en las clases y categorías que, según me lo han hecho ver la reflexión y la experiencia, llevarán más fácil y prontamente al lector a encontrar lo que busca. Empezando por las ideas que expresan las relaciones abstractas, paso a las que se refieren al espacio y a los fenómenos del mundo material, y después a las que se relacionan con la mente, y que comprenden la inteligencia, la voluntad y el sentimiento ». De modo que el plan de Roget es empírico.

Después de Roget, Ruiz León declara que los cuadros filosóficos de Bacon, Aembert, Ampère y Moigno son insuficientes para clasificar ideológicamente las palabras, porque muchas de éstas « carecen de filiación científica y no pueden por ende tener lugar propio en aquellas clasificaciones ». Transcribe en su apoyo la opinión del citado académico Cutanda: « Toda clasificación muy artificiosa y con pretensiones de filosófica debe desecharse ». Y encuentra en las categorías gramaticales el medio de resolver el problema « sin atender a conceptos más trascendentales »; agregando esto: « Como clave o división primordial, mientras no se invente otra que la aventaje, bien puede decirse que las categorías o partes de la oración cons-

manera singular, por la razón de que en ese país hay que dar a la lengua general armas especiales para su lucha contra el dialecto, profundamente arraigado hasta en las clases cultas. En tales vocabularios, parciales todos, la clasificación ideológica de las palabras es enteramente arbitraria, del mismo tipo que ofrecen las listas de vocablos usuales que complementan los manuales o guías de conversación, y las gramáticas elementales, de lenguas extranjeras.

tituyen un orden, natural y racional juntamente, cuya utilidad no cabe desconocer». En consecuencia, toma los verbos, los divide en cinco clases, subdivide la tercera de éstas en 271 capítulos, la cuarta en 255, la quinta en 6; y en esas divisiones y subdivisiones hace la agrupación de los vocablos. De esta obra, que se limita a los verbos, su autor mismo dice: « Mi método se clasifica desde luego de empírico ».

Boissière rechaza la ordenación ideológica como estructura general de su obra. He aquí sus razones: « ¿No es quimérica la pretensión de basar la busca de una palabra en la idea que encarna? ¿Qué orden fijo puede darse a las ideas? Es cierto que en el tiempo pasado ciertos filósofos han tratado de explicar la filiaición de las ideas; pero no han producido sino vanos sistemas, y sus meditaciones, que creían trascendentales, no han sido sino ensueños brumosos que a nadie interesan hoy. ¿Se quiere resucitar alguno de esos viejos sistemas y se espera que, para encontrar la palabra que corresponde a una idea, va uno a perder su tiempo buscando ante todo qué lugar asigna la filosofía a esa idea entre todas las demás? »... Y el autor halla luego el « medio muy sencillo » de dar un orden a las ideas « sin recurrir a las clasificaciones trascendentales de los filósofos ». Este medio es dividir arbitrariamente la lengua en dos lenguajes: uno fácil de recordar y el otro fácil de olvidar; y la obra está hecha sobre la base de que el primero de ellos sirve de guía para hacer conocer el otro: al efecto, se eligen 2.000 palabras del lenguaje usual y se hace de ellas gavetas para los términos no usuales. De modo que el plan de Boissière es también empírico.

Orsat Ponaril, en su *Vocabolario delle idee*, también renuncia a la clasificación ideológica general del lenguaje. Dice: « Después de haber estudiado gran número de clasificaciones, desde la de Bacon hasta las de los filósofos de nuestra época, al ver en todas grandes ventajas, pero también graves inconvenientes, el autor ha tomado el partido de reunir junto a las ideas más simples y más generales las voces análogas de nuestra lengua ».

Y los autores restantes, Premoli, Rouaix y Schéfer, ni siquiera hablan de la clasificación ideológica general del lenguaje. Todos, pues, menos Roget, Ruiz León y Blanc, orillan

la dificultad, y caen inevitablemente, como Boissière, en el orden alfabético. Y como Boissière, todos se limitan a hacer gavetas de una serie de vocablos de sentido amplio, elegidos a capricho; ordenan alfabéticamente esos vocablos, y bajo cada uno de ellos agrupan, también en orden alfabético casi siempre, un caudal de términos entresacados por el amplísimo principio de la analogía, esto es, porque tienen con la palabra gaveta relaciones directas o indirectas, inmediatas o mediatas, constantes o accidentales. La obra de Schéfer, *Dictionnaire des qualificatifs*, no comprende sino los adjetivos.

En cinco de estos libros (Roget, Ruiz León, Blanc, Rouaix y Schéfer) las agrupaciones así formadas son masas, a veces enormes, de palabras inconexas. En el de Boissière, la mayor parte de los grupos presentan las palabras con sus definiciones y señalan en algunos casos la correlación que hay entre ellas. En el de Orsat Ponard, en todos los grupos se definen las palabras, pero no se coordinan. Sólo Premoli, en su *Vocabolario nomenclatore*, se ha tomado el trabajo de coordinar las correlaciones.

Ahora bien: monseñor Blanc ha demostrado, en su *Dictionnaire logique*, que la dificultad del plan de clasificación científica de las ideas, que tan tremenda parecía, era en realidad tan nimia como la del «huevo de Colón». En su cuadro sinóptico este autor parte del Ser, distinguiendo el infinito y el finito; reconoce en este último dos formas: universal y particular; divide el particular en cuatro órdenes: el hombre, sus cosas, los seres irracionales y la materia; luego considera al hombre como individuo y como sociedad. Y sobre esas bases: el ser infinito, el ser universal, el hombre, la sociedad, las cosas humanas, los seres irracionales y las cosas naturales, establece 16 categorías, que comprenden 72 familias, subdivididas en 178 géneros. Después los géneros se subdividen a su vez en especies, y éstas en 5.000 individuos o grupos de individuos.

Este cuadro sinóptico es aceptable en general. Hay en sus bases la profundidad y la elevación que constituyen la obra filosófica, y su estructura se desarrolla según las formas legítimas de razonamiento que impone la lógica. Si el análisis revela luego en él uno que otro toque místico o arbitrario, esas pinceladas cambian el valor de la figura pero no la deforman;

en consecuencia, un criterio más ecléctico que doctrinario, más descansado sobre todo, dada la enorme tarea inicial ya hecha, puede suprimir o modificar esas pinceladas para hacer aceptable el cuadro también en sus detalles. Pero, repito, en cuanto a lo general, en cuanto al principio de su construcción, en ese cuadro tenemos al fin el tan buscado plan científico de clasificación de las palabras del lenguaje por las ideas que representan.

El principio en que se funda es perfectamente racional. Tratándose de ordenar ideológicamente las palabras del lenguaje, obra del hombre, el punto de partida natural, para establecer el plan de clasificación, no puede ser sino nuestra visión mental de las cosas y nociones a que hemos puesto un nombre; esto es, el método tiene que ser subjetivo. Mientras que un sistema metafísico que considerara el lenguaje con abstracción del hombre, como representación simbólica del universo y no como expresión de las ideas humanas, tendría que proceder objetivamente; en consecuencia, presentaría el cuadro de las nociones y cosas dividido en partes inconexas y dispersas, porque, al suprimir al hombre como foco convergente de esas nociones y cosas, habría suprimido el vínculo que las relaciona y las une. Por eso no pudieron resolver el problema Roget ni Ruiz León: una cosa es idear un aspecto exterior del universo, y otra muy distinta es reproducir la visión que de él tiene el hombre, desde dentro. De ahí que el Tiempo, esa « imagen móvil de la inmóvil eternidad » (Rousseau), que figura en primer término en el cuadro sinóptico de Roget, sea un concepto que está en último lugar en el plan de clasificación de monseñor Blanc, como uno de los accidentes de la materia; porque, dice el autor, « aunque es verdad que este accidente se atribuye en cierto modo a los seres espirituales, en los cuerpos es donde lo consideramos principalmente, y sólo así es como se somete a nuestras medidas y a nuestros cálculos ».



Satisfactorio en lo fundamental, el libro de monseñor Blanc es deficiente en su desarrollo.

En las obras de este género particular, hallar el plan de clasificación no es todo: la aplicación de este plan tropieza

luego con dos grandes dificultades. La primera es precisar el valor constante y accidental de las palabras; la segunda es determinar el deslinde de los términos genéricos. Generalmente se salva la primera apelando a las definiciones del más autorizado diccionario de la lengua, del que mejor establezca los valores nada absolutos, muy relativos, que representan las palabras; y la segunda, tomando el camino del medio, entre una latitud y una restricción extremas, para fijar el radio que, en el campo de las ideas, abarca el concepto de cada término genérico.

John L. Roget, al presentar la última edición del libro de su padre, ha expuesto esta última dificultad con un acierto que invita a repetir sus palabras. Helas aquí: « Si tratáramos de reducir cada palabra a su significado principal o primitivo, nos encontraríamos con que alguna acepción secundaria se ha asociado con ella tan firmemente que cortar esa vinculación sería quitar a nuestra lengua la riqueza que debe a una infinidad de adaptaciones naturales. Por otro lado, si intentáramos incluir en cada categoría todas las palabras que tienen alguna posibilidad de ser usadas apropiadamente, en relación con la idea principal para la que esa categoría ha sido creada, menoscabáramos, destruiríamos tal vez, la utilidad y el valor del libro; porque, empeñados en enriquecer nuestro tesoro de expresiones, fácilmente nos dejaríamos llevar por la natural asociación de un vocablo con otro, y agregaríamos palabras y más palabras hasta que los grupos irían absorbiéndose sucesivamente, uno tras otro, bajo un epígrafe único; y las divisiones fundamentales del sistema desaparecerían ».

Monseñor Blanc ha resuelto necesariamente estas dificultades de detalle; pero no es del caso considerar si lo ha hecho bien o mal. Porque, antes del examen de esa parte de su obra, se impone a nuestra observación algo más esencial: la forma de presentación de los términos específicos en la última serie de categorías. En esta parte, que es la de las agrupaciones, el libro de monseñor Blanc es tan deficiente como todos los de su género, con la sola excepción de Premoli.

¿De qué utilidad puede ser una obra que, destinada a ofrecernos la palabra que encarne la idea que queremos formular, nos presenta una serie de esqueletos de vocablos? ¿Es acaso

fácil y fructífera la consulta de un libro que, cuando le pedimos una palabra determinada, nos presenta de golpe cincuenta, cien, trescientas, quinientas, todas en lista, como conceptos aislados, no encadenados por la exposición de sus relaciones mutuas? La mente se distrae por fuerza ante una acumulación tan grande de elementos dispersos que se ofrecen a su consideración, y acaba por resistirse a seguir el movimiento calidoscópico, vertiginoso, de los conceptos presentados en tal forma; sobre todo cuando surgen ante ella vocablos poliédricos, de múltiples facetas, que obligan a repasar de memoria una larga serie de acepciones.

Los términos específicos deben presentarse, no como ideas aisladas, sino como piezas combinadas que forman una estructura, ya sea ésta el desarrollo gradual de la idea común a todos ellos, o la enumeración relacionada de cosas similares o de conceptos análogos. Dos principios deben regir el plan de agrupación: que la división en grupos tenga la mayor amplitud posible, para que cada uno de ellos no sea sino un pequeño racimo de palabras elegidas dentro del estrecho círculo de la sinonimia y de la analogía específica, con su antítesis a la zaga; y que en cada grupo las palabras correlativas estén presentadas coordinadamente. En resumen: no basta que haya gavetas, es menester que en cada gaveta haya también un casillero; y que, en cada casilla, las piezas formen sartas y no estén sueltas.

El primero de estos principios ha sido observado por nonseñor Blanc. El segundo lo ha sido sólo en parte. Por eso he dicho que su libro es deficiente en el desarrollo. Pero esta deficiencia es de detalle, y no amengua el valor general de la obra.



Curioso es advertir que el diccionario ideológico prestaría unos cuantos servicios de incalculable importancia aparte del primero, que puede resumirse así: hacer que la palabra llame a la idea que encarna, para que ésta presente los vocablos que la expresan en todas sus formas; así la palabra ayudará a analizar el pensamiento, y éste, a su vez, se servirá mejor de la palabra.

El segundo sería fijar de una manera precisa la significación de las palabras. Puestas éstas en orden correlativo, ya no sería posible definir las vagamente o contradictoriamente, ni hacer que unas usurpen las funciones de otras.

El tercero sería sacar del olvido preciosas joyas desusadas por la ignorancia, y que son de todo punto necesarias, pues no hay equivalentes modernos que las reemplacen (Ruiz León, obra citada). Así se acrecentará el caudal de recursos de la lengua, y más de un escritor encontrará al lado de la palabra que buscaba, y con la que al fin ha dado, otra más expresiva aún, cuya existencia no sospechaba. ¡Qué hallazgo!

El cuarto sería servir de texto escolar para la enseñanza del vocabulario. No habrá para el alumno un libro más entretenido si los artículos se redactan coordinando los términos específicos correlativos, a causa de las referencias que habrá que hacer a los mitos de los pueblos primitivos y a los usos de las sociedades antiguas para explicar la acepción de más de un vocablo al que está asociada una reminiscencia histórica. Puede decirse que casi en cada artículo cada vocablo contará un detalle de un relato interesante, que completarán sus congéneres, o presentará a nuestra visión mental encantada las irisaciones o los visos cambiantes de un concepto prismático o tornasolado. ¡Qué progreso sobre la absurda nomenclatura alfabética del diccionario actual, que impide la ilación de los artículos y que hace del primer libro de la lengua un horrible caos, un texto de lectura imposible! El diccionario ideológico sería el complemento que falta a la gramática y a la retórica; porque hoy la escuela enseña a usar las palabras, pero no a hacer acopio de ellas, por lo menos en una forma metódica, racional, descansada y placentera.

En fin, el quinto servicio de incalculable importancia que prestaría el diccionario ideológico sería ayudarnos a vencer nuestra indolencia o nuestro desdén por el lenguaje, que nos hace esclavos infelices del extranjerismo y del neologismo inútiles, esa polilla que estropea todas las lenguas, especialmente la nuestra, a causa de la afluencia de extranjerismos en los países hispanoamericanos. Cuando el escritor, que es el vehículo principal de esa plaga, tenga a mano el diccionario ideológico, esto es, el medio de encontrar fácilmente la justa dicción vernácula

que expresa la idea de la palabra intrusa, preferirá aquélla a ésta porque, si no, pondría en evidencia su ignorancia ante los que poscan ese libro, cuyo uso se habrá hecho corriente.

• • •

Tengo al lenguaje, sea cual fuere la lengua, un amor tan apasionado que es casi idolatría; tan intensos son los goces que le debe mi intelecto. Explíquese así el lector que me haya embarcado en un estudio tan minucioso del árido asunto de que acabo de hablarle, con la esperanza de ganar su concurso para la causa de devolver su espléndido prestigio antiguo al lenguaje; porque éste no es ya un delicado instrumento de arte sino una tosca herramienta de artesano. Con más razón que nunca hay que gemir hoy, repitiendo el clamor del poeta inglés Cowper: «¡Oh, santo intérprete del pensamiento humano! ¡cuán pocos te respetan o te usan como es debido!»

El diccionario Benot de Ideas Afines

Su inutilidad práctica

(Publicado en *La Nación* de septiembre 24 de 1898)

La primera entrega del nuevo *Diccionario de Ideas Afines* de la lengua castellana, que contiene el método de clasificación de los términos del lenguaje, nos hubiera bastado para nuestro juicio; pero hoy, cuando la obra está concluída en su parte principal, el juicio resultará más completo si no más acertado.

La noticia de que Eduardo Benot, el erudito filólogo, iba a darnos un diccionario «ordenado» de la lengua, nos llenó de regocijo. Pensamos que el genial autor de la *Arquitectura de las lenguas* era el más preparado en nuestros días para acometer con éxito la tarea de remover con las fuerzas ciclópeas de su talento la enorme masa informe de palabras que por tradición rutinaria nos presentan constantemente en orden alfabético los diccionarios de la lengua; pensamos que Eduardo Benot iba a aplicar su luminosa y vasta inteligencia a la obra de clasificarlas en su orden lógico, por razón de su significación, no de su escritura.

Y acertamos, en cuanto a la importancia de la obra, que es trascendental. Eduardo Benot ha entrado con seguro paso en la «senda oculta» que vislumbró el malogrado Roque Barcia; ha continuado su magna tarea de dar a cada palabra un puesto propio en el lenguaje; pero Eduardo Benot — y consideramos su resolución con el respeto que inspira lo inexplicable (*)

(*) Desde el primer momento tuve la sospecha de que el conocido filólogo era ajeno al libro que aparecía con su nombre, y ahora, en 1921, veo que esa sospecha era intuición. El académico español Casares, que debe conocer bien las interioridades del mundo literario madrileño, dice en *Nuevo concepto del diccionario de la lengua* que los autores del *Diccionario de Ideas Afines*, al que llama obra maléfica, «se cobijaron sin duda por sorpresa debajo del nombre glorioso de un ilustre polígrafo» y «ni siquiera consiguieron reunir a escote el minimum de cultura necesario para no destrozar el original en la parte en que sólo les tocaba traducirlo o copiarlo».

— ha ido a buscar inspiraciones en la célebre creación lexicográfica del médico inglés Peter Mark Roget, en vez de tomar en casa, en los dominios del habla castellana, lo bueno y valioso que hay en ella al respecto.

Peter Mark Roget nos ha dado con su *Thesaurus of English words and phrases* una teoría de clasificación ideológica del lenguaje. Excelente obra cuando se la considera en su esencia: es la impropia realización de una idea brillantísima. Mala teoría cuando se la juzga en su apariencia de método universal de clasificación de las ideas: su base es inaceptable desde el punto de vista científico, su desarrollo es ilógico, y además la obra es incompleta.

Eduardo Benot ha prolijado esa teoría, y ha hecho de ella el armazón de su obra. Esto nos obliga a examinar el método de Peter Mark Roget, no ya como simple opinión y acertado esfuerzo, bien dignos uno y otro del más entusiasta aplauso, sino en su nuevo aspecto de verdad evidente e incontestable.



Analicemos brevemente la primera clasificación del método.

Relaciones abstractas (idea subjetiva compuesta: entraña la doble presunción de la existencia de las cosas a que esas relaciones se refieren, y del entendimiento que realiza la abstracción). *Espacio, Materia* (ideas objetivas subordinadas a la existencia del mundo exterior). *Entendimiento, Volición, Afecciones* (ideas subjetivas, conjunto incompleto de las facultades del alma humana). Esta es la base fundamental de la obra.

El método de clasificación empieza, pues, y ése es su defecto capital, por tomar como idea primera y universal del lenguaje, como principio absoluto de todas las cosas a que la palabra humana está aplicada, el conjunto heterogéneo de cinco ideas inconciliables entre sí, con que se pretende representar la naturaleza, el hombre y las funciones del intelecto humano; y esto es inadmisibles como principio filosófico.

Consideramos que, en su doble representación de la naturaleza universal o mundo exterior, y de la inteligencia o en-

tendimiento humano, el lenguaje sólo puede tener uno u otro punto de partida: la naturaleza o el hombre; en otras palabras, sólo puede ser considerado disyuntivamente, sea por el principio objetivo, sea por el subjetivo.

Sin embargo, otra es la teoría de Peter Mark Roget, teoría cómoda por cierto, cuando le permite mezclar y confundir la realidad objetiva del espacio y la materia con las idealidades subjetivas del alma humana. Esta es la razón por la cual su método de clasificación resulta, además de confuso, inaceptable como plan conforme con la razón natural, es decir, como plan científico.



Si de la primera clasificación pasáramos a la « tabla sinóptica de categorías » que la desarrolla, incurriríamos en la monotonía de repetir las mismas observaciones hechas ya respecto de la falta de claridad y de fundamento racional de la teoría; nos limitaremos a observar solamente que, si Eduardo Benot se hubiera servido de los elementos que suministra cómodamente el método de Peter Mark Roget para disponerlos en orden más armónico, después de corregir sus deficiencias, en vez de limitarse a traducirlo un tanto caprichosamente, Eduardo Benot habría realizado la obra que se proponía.

Subordinar, por ejemplo, la idea de « vestido » y de « desnudo » a la de « dimensiones », la de « abogado » a la de « afecciones morales » y la de « mensajero » a la de « entendimiento », nos parecen otras tantas incongruencias, las menos importantes de las que contiene esa parte del método, cuyo defecto esencial consiste en la agrupación de términos inarmónicos: « esperanza », « valor », « temeridad », « deseo », como elementos constitutivos de « afecciones personales en proyecto », y en el empleo de vocablos como « disuasión », « semilíquidos » y otros, que no son palabras del lenguaje.

Anotamos aquí sin comentarios que podrían deslucirlo, el hecho curioso de que esta *clasificación*, que aparece al principio como plan general del Diccionario, queda suspendida a los pocos pasos, y por una transición tan violenta como inespera-

da, la obra continúa su desarrollo mediante otro plan, un plan de *agrupación*. Esto es, el método ha dado ya, bien o mal hecha, la clasificación de mil palabras; en seguida, estas mil palabras, pretendido compendio del lenguaje, sirven de base, no para una clasificación sucesiva de las 150.000 palabras restantes, sino para la continuación de la obra con prescindencia completa de toda clasificación, agrupándose a montones esas palabras debajo de cada una de las mil ideas clasificadas, que se desarrollan así en toda la enormidad de una extensión poco menos que infinita.

• • •

Pero dejemos el gabinete del sabio, donde hemos asomado las narices por un momento, y volvamos a nuestro cuartujo de estudiante para considerar la obra desde abajo, en cuanto a la utilidad que nos ofrece.

«Nunca, con seguridad, se nos ocurren todos los nombres emparentados con la idea; pero sí se nos presenta alguno de ellos. Pues bien: con esto únicamente basta ya. Un solo vocablo que se nos presente en la memoria es lo suficiente para encontrar todos los demás»... dice Eduardo Benot en el prólogo de su obra.

Efectivamente, en este momento se nos ha olvidado por completo el nombre de esos clavos de madera que sirven para fijar las ensambladuras de los tablones de una puerta; ¿cómo diantres se llaman?

No hay que afligirse: tenemos el tesoro de Eduardo Benot, y la llave, que está en nuestras manos, es la palabra «clavo», hermana gemela de la que buscamos.

En el *Diccionario de Ideas Afines* la idea de «clavo» nos lleva a la de «unión», y allá encontramos, formando el conjunto más caprichoso que la imaginación humana puede concebir, dos nutridas columnas de términos de todo género, entre los que no está el que necesitamos. La molestia de recurrir al diccionario nos ha dado, en cambio del «tarugo» que buscamos, las ideas de «cuarteto», «oblea», «museo», «botica» y «matrimonio», y 600 palabras más por el estilo.

El *Diccionario de Ideas Afines* nos lleva de la idea de « unión » a tantos y tan diversos términos porque al defecto capital del método de clasificación se agrega el del sistema de agrupación empleado para su desarrollo, y cuyo primer error lo demuestra evidentemente la extensión enorme que en él se da a las ideas, en vez de establecer la subdivisión natural de todas ellas.

• • •

¡No; no es eso! El diccionario « ordenado » que hace falta debe empezar por buscar su punto de partida en un principio filosófico único y universal, y por dar a ese principio su lógico desarrollo.

En cuanto al plan de la obra, bien lo dice Eduardo Benot en su prólogo: « Hay que catalogar las palabras por sus analogías y parentescos ideológicos, como en la historia natural se dividen las plantas y los animales en familias, tribus, géneros, especies e individuos ».

Necesitamos un diccionario que, no con la aproximación del término que buscamos, sino con la idea del género inmediato a la especie a que ese término pertenece, podamos encontrarlo inmediata e infaliblemente, sin tener que delectrear para ello un enorme hacinamiento de palabras. Para esto es necesario hacer la genealogía de las ideas: clasificarlas todas, no unas cuantas, en madres, hijas y hermanas, estableciendo al mismo tiempo la trabazón que liga íntimamente entre sí, en un conjunto compacto y homogéneo, todas las palabras del lenguaje.

Sólo así se conseguiría que cada palabra tuviera su lugar propio y exclusivo, inamovible e inviolable. Cada una estaría al lado de la que pudiera usurpar su puesto, y sólo así se distinguiría fácilmente el límite que a ambas separara.

La obra es difícil, pero no irrealizable; desde Roque Barcia hasta Eduardo Benot el progreso, en cuanto a esfuerzo, es casi una maravilla. Si el *Diccionario de Ideas Afines* tiene defectos, éstos no quitan un ápice a su importancia: la obra de Eduardo Benot servirá siempre para estudio, aunque no sea eficaz para consultas, porque, como el método de Peter Mark

Roget que le sirve de base, ella es también una teoría, no un axioma.

Por otra parte, y esto es personal, los errores del Diccionario de Benot son los errores inherentes a toda obra colosal, demasiado colosal para que la mente de un hombre, por poderosa que sea, pueda, además de abarcarla en sus detalles completos, realizar con éxito la empresa de revelarla según el sentimiento, no propio, sino de la generalidad.

Los diccionarios "argentinos"

Un par de obras de bambolla y de imperticia

Dice Brunetière en el prólogo de su estudio sobre Balzac: « No conozco nada más impertinente que el procedimiento de moda, que consiste en que, sea cual fuere el tema de que se trate, hay que tratarlo como si antes de nosotros nadie se hubiera ocupado de él, o ninguno lo hubiera comprendido en lo más mínimo, o como si hasta ahora sólo se hubiesen dicho al respecto las cosas más insignificantes ».

A esta observación agrego lo siguiente: De ahí que esos trabajos importen la negación del progreso en el orden a que pertenecen; en vez de mejorar o completar la obra anterior de otro, marcan un paso atrás en la vía del conocimiento porque retrotraen la cuestión tratada a su punto inicial, como si nada se hubiera hecho aún para dilucidarla. En consecuencia, éstos son libros sin novedad ni interés alguno, y hay que enterrarlos bajo el silencio.

Pero el silencio sería inhumano en ciertos casos, porque hay libros de éstos cuya condenación se impone. Tales son los libros de los autores que, por la índole didáctica del trabajo que presentan, están obligados a demostrarse más preparados que los que sólo componen obras de imaginación o de crítica superficial. Un libro de enseñanza hecho así, sin consultar los esfuerzos de otros, para mejorarlos o completarlos, no es inútil sino pernicioso: inculca los errores, las deficiencias y las dudas propias de todo trabajo que no es fruto del estudio.

Tengo por delante dos « diccionarios » argentinos, para cuyos autores nadie había hecho nunca antes que ellos, sobre la materia, cosa alguna que hubiera podido servirles de enseñanza. En ambos libros, cuyo título de « diccionario » es mentado porque se aplica a simples vocabularios, se compilan nues-

tros detestables vicios de expresión, no para declararlos piezas falsas del lenguaje sino para presentarlos como monedas de buena ley. Además, los dos libros están compuestos con un desconocimiento completo, no sólo de las nociones más rudimentarias de la lexicología, sino también de las reglas más elementales de la lexicografía. Pero de esto me ocuparé después. Lo que tengo que decir ante todo es que, para ambos autores, nadie había indicado aún el carácter que debían tener tales trabajos; ni Seijas, ni Turlera, ni Sánchez en nuestro país, ni Granada ni Martínez Vigil en la vecina orilla, habían hecho obra acertada al respecto; sobre todo, no existían para ellos las *Notas al castellano en la Argentina* de Monner Sans, libro ejemplar que, como bien dice Zeballos en la reseña bibliográfica y doctrinaria con que lo presenta «adelanta sobre cuanto en la Argentina se ha intentado y se ha hecho en la materia».

Por otra parte, para esos dos autores tampoco había escrito Zeballos en el citado prólogo esta profunda verdad: «Coleccionar barbarismos es obra estéril de curiosidad y de desocupados. La misión en esos casos es otra: en vez de autorizar y de reducir a sistema las obras inconscientes de la ignorancia, deben ser combatidas, enseñando lo verdadero». La consecuencia de que, para esos dos autores, esta verdad no había sido dicha y aquellos libros no habían sido hechos, son las dos obras ineptas que tengo a la vista, obras de bambolla en cuanto a su título y a su volumen, y de impericia en cuanto a la presentación de sus materiales. Y juzgadas como libros didácticos, porque han sido hechas para consulta, no son obras de reflexión erudita sino de observación trivial, y de pésima enseñanza sobre todo.

En primer lugar no se debe compilar barbarismos y solecismos, e inútiles americanismos y extranjerismos, por pura manía coleccionista; esa tarea sólo se justifica cuando responde a un propósito de crítica. En segundo lugar, lo único que hay que hacer con la parte aceptable de nuestras innovaciones en la lengua es una obra muy superior a un vocabulario regional: es el diccionario del castellano hecho para los americanos, provisto de todos nuestros neologismos necesarios, esto es, un inventario completo de las palabras y locuciones españolas, americanas y extranjeras que usamos autorizadamente.



Hace ya medio siglo, por lo menos, que, en cuanto a la necesidad de una autoridad propia en materia de lengua, los americanos de habla castellana estamos en la situación que decidió a Wébster, en Estados Unidos, a hacer su diccionario « americano » de la lengua inglesa, a los cincuenta años de proclamada la independencia de su patria. Voy a reproducir aquí lo que dijo entonces el eminente lexicógrafo, para demostrar que el paralelo que acabo de hacer se justifica:

« Es no sólo conveniente, sino en cierto modo necesario, que los habitantes de este país tengan un diccionario americano de la lengua inglesa; porque, aun cuando el cuerpo de esta lengua es el mismo aquí y en Inglaterra, y es de desear que esta identidad se perpetúe, con todo es forzoso que haya algunas diferencias. El lenguaje es la expresión de las ideas; y cuando los habitantes de un país no pueden mantener la identidad de ideas tampoco pueden conservar la identidad de lengua. Ahora bien: la identidad de ideas depende principalmente de la igualdad de las cosas u objetos con que están familiarizados los habitantes de ambos países. Y no hay dos partes del mundo, distantes una de la otra, en las que pueda encontrarse tal identidad. Hasta los objetos físicos tienen que ser distintos. Sin embargo, las principales diferencias entre los habitantes de este país y los de todos los demás proceden de las diferentes formas de gobierno, de las diferentes leyes, instituciones y costumbres... Pero eso no es todo. En muchos casos, la naturaleza de nuestros gobiernos y de nuestras instituciones civiles requiere un lenguaje adecuado para la definición de las palabras, aun cuando éstas expresen la misma cosa que en Inglaterra... Gran número de vocablos de nuestra lengua necesitan para su definición una fraseología adaptada a la condición y a las instituciones del pueblo americano, y el pueblo inglés debe recurrir a un diccionario americano para tener la comprensión correcta de tales términos. Es obvia, por lo tanto, la necesidad de un diccionario adaptado al pueblo americano; y supongo que, admitido este hecho, no puede haber divergencia de opinión con respecto al momento en que esa obra debe reemplazar a los diccionarios ingleses ».

He ahí algo que no han leído los autores de los dos « diccionarios » argentinos. Uno y otro contaban con « los auspicios » de la comisión nacional del Centenario », y se ofrecía a ambos la ocasión de presentar al mundo la prueba de que el pueblo argentino, a los cien años de vida libre, había conquistado ya, también en materia lexicográfica, un puesto entre las naciones más adelantadas. Pero esos auspicios y esa ocasión no incitaron a los dos autores sino a producir un par de obras que han probado precisamente que, en materia lexicográfica, el pueblo argentino estaba todavía, en el centenario de su emancipación, entre los países más atrasados de la tierra.

Lejos de haber lavado con su esfuerzo el borrón que sobre nuestra cultura literaria ha echado el caso de Calandrelli, quien en treinta años de esfuerzo no pudo encontrar la indispensable ayuda para publicar su obra monumental, que habría sido un triunfo bibliográfico para la filología entre nosotros, los dos autores de « diccionarios » argentinos han demostrado con sus libros míseros que este país no es todavía tierra preparada para que la lexicografía rinda frutos. Por el momento no hay en él sino glosógrafos, traperos de la lengua.

La preparación, el estudio, la competencia se revelan por fuerza hasta en la obra más pequeña cuando son cualidades que el autor posee de veras. En el caso de los dos « diccionarios » argentinos, habría cerrado mis ojos ante la falsedad del título y ante la mala calidad del texto si en la presentación de este último hubiera visto ciencia y arte suficientes. Pero en este capítulo justamente, más que en la elección del título y del texto de sus libros, es en lo que han revelado ambos autores su incapacidad total.

Por lo que se refiere a la compilación, los barbarismos y solecismos torpes, obra del analfabeto y del inculto, figuran a la par y con el mismo valor de los americanismos y extranjerismos justificados. El glosógrafo hace de todo una sola masa; no advierte que hasta el último peón de albañil tiene discernimiento, y lo aplica instintivamente para no mezclar en su carretilla lo servible con lo inservible, lo limpio con lo sucio, lo bueno con lo malo.

En cuanto a las definiciones, el glosógrafo ignora que éstas pierden todo valor cuando no reúnen las tres condiciones in-

dispensables de precisión, claridad y concisión. Ignora también que hace obra absurda cuando al definir no clasifica ni explica, y cree que clasificar es describir, y que explicar es demostrar. Ignora además que toda definición debe indicar el género próximo y la diferencia específica de la cosa definida. Lo ignora todo, en resumidas cuentas, y, por eso, de sus definiciones resulta que nos quedamos sin saber qué idea precisa expresa el vocablo.

Estos dos autores no tienen ni la excusa de que con su obra hacían algo nuevo, de lo que no había aún antecedentes. En su vida ha visto ninguno de los dos un texto de lexicología ni de lexicografía. Procediendo con la impertinencia a que Brunetière alude, ni siquiera se han tomado el trabajo de examinar qué es un léxico, cuáles son las condiciones necesarias que debe llenar. No digo que en este género de trabajos abunden los buenos modelos; pero, con seguridad, buenos preceptistas no faltan. Voy a citar al más moderno de ellos, con la esperanza de que el lexicógrafo argentino de mañana lo tendrá presente para que el crítico de su tiempo no lo trate a él con el desdén con que debo tratar yo a los glosógrafos de ayer entre nosotros.



He aquí cómo explican la obra erudita del lexicógrafo los editores de la última edición del *Webster* (1890):

« La compilación y explicación de las nuevas palabras y acepciones no es sino una parte del trabajo del lexicógrafo. Tarea más dura es distinguir la palabra estable de la efímera. Presentar satisfactoriamente la lengua que se usa en la actualidad, pero marcando como bastarda o dudosa toda acepción que condena el juicio de los mejores; llevar la condensación al más alto grado compatible con la expresión clara y adecuada; discernir qué términos científicos y técnicos pueden entrar en una obra como ésta — y esa operación es a veces difícil — he ahí algunas de las tareas que más seriamente pesan sobre el lexicógrafo. Y sus resultados no asumen una forma que pueda exponerse gráficamente, o describirse con números altos y fuertes calificativos; se resumen en una condición de utilidad difundida en todo el libro, utilidad que se aprecia tanto mejor cuanto más constantemente se la prueba, y que acaba por dar

a la obra el lugar debido en la estimación del público inteligente.

« El problema más embarazoso para el lexicógrafo es quizá el tratamiento de las palabras y frases que hasta cierto punto pertenecen a la lengua común del día, pero que no se justifican desde el punto de vista estrictamente filológico, y cuya suerte futura es dudosa. Lo que debe decidir al diccionarista es sobre todo la previsión del porvenir de tales palabras y frases, hasta donde sea posible hacerla. Su misión es consignar más bien lo que es la lengua, y no lo que debería ser. Se ha dicho con verdad que, en cierto modo, no es un senado académico ni un erudito enclaustrado, sino el común de las gentes, el árbitro definitivo de la lengua. Una parte de las palabras recién forjadas desaparece rápidamente, otra se hace clásica, y otra se queda junto a la incierta linde. El lenguaje ilícito, irregular y vigoroso del vulgo está enriqueciendo siempre a la lengua por un lado; y por el otro, siempre también está obrando en ella una tendencia a chafar desigualdades sutiles, a corromper, a enturbiar, a bastardear. Cuando sólo se trata de la negligente inobservancia de una diferencia importante, el deber del juez es bastante claro; no atenúa un error craso su repetición frecuente. Pero sobre la introducción u omisión de palabras y acepciones dudosas ninguna regla precisa puede sentarse. Un recurso obvio es anotar la expresión cuestionable marcándola como « familiar » o « vulgar ». Si se pensase que la presente obra, considerada en conjunto, se inclina demasiado al conservatismo, recuérdese que las influencias generales de estos tiempos tienden decididamente a multiplicar y fomentar las novedades idiomáticas. Los recién llegados a la lengua traen consigo el espíritu de la época; no buscan mucho en las autoridades el estímulo. Pero, para mantener una corrección y una pureza de lenguaje satisfactorias, y para preservar tanto la virilidad como la delicadeza de nuestra lengua, es menester cierta influencia sana y restrictiva que emane de las obras reconocidas como autoridades ».

Por supuesto, ni esto ni cosa alguna que enseñe cómo debe hacerse un léxico han leído nunca los autores de los dos « diccionarios » argentinos. Digamos la última palabra sobre este par de obras de bambolla y de impericia.



Al ver el escudo nacional estampado en blanco en la tapa celeste del *Diccionario Argentino*, pensé que esa aplicación del sagrado símbolo a un producto industrial era un llamamiento que el fabricante hacía, en el año 1910, a la efervescencia patriótica de sus compradores del momento. Pero ese adefesio no me previno contra el autor, y con la mayor atención fué como me puse a leer la introducción de su libro. Esperaba encontrar en él una obra que mejorara o completara las anteriores sobre la materia; no me acordaba entonces de la observación de Brunetière.

Según esa introducción, el *Diccionario Argentino* fué en germen « un vocabulario de barbarismos » (p. V). Pero, como al autor le pareció « el colmo de la insensatez bautizar con tal nombre » (V) nuestros deslices y desbarros lingüísticos; y como, por una parte, había « una multitud de términos usados en la República Argentina que no constaban en el diccionario de la lengua » (V); y como, por otro lado, « ¿será posible que este idioma nuestro, nacional, carezca de un diccionario propio? » (VI) el resultado de este baturrillo de consideraciones fué que « la obrilla que en un principio no era más que un simple índice alfabético de barbarismos vino a ser un diccionario argentino » (VI). El autor confiesa así paladinamente que cambió el nombre de la cosa sin cambiar la cosa misma; y que hizo eso por simple farolería.

Otra nota descollante hay en esa introducción. Al principio de un párrafo (VII) se lee esto: « El vocabulario del diario, de la revista y de la crónica es el vocabulario del pueblo ». Y al fin del mismo párrafo se lee esto otro: « He pedido, pues, al diario y a la crónica su ilustrada contribución »... Ilustre (es decir, distinguido, insigne, célebre) es, pues, el vocabulario del pueblo que ofrecen el diario y la crónica. Esto afirma el autor, a menos que su concepto de la ilustración no sea tan alto... Es peligroso detenerse en esto... *Glissez, mortels, n'appuyez pas.*

En fin, una nota más resalta en la introducción, y es la siguiente: « Por la premura con que he tenido que publicar esta obra no me ha sido posible definir numerosas voces y

frases, ni he podido tampoco consultar muchos y respetables autores » (XI). De modo que estamos en presencia, no de una obra cuidada en todos sus detalles, sino de un trabajo atropellado e incompleto. Dicho en una palabra, se trata de un frangollo.

Penosamente impresionado por estas tres notas de la introducción pasé a hojear el libro, recorriendo aquí y allá el vocabulario, leyendo una que otra definición, buscando al pie de tal o cual artículo las autoridades... El vocabulario era arrabalero en lo principal; las definiciones eran por lo general tanteos en las tinieblas; y las autoridades ¡gran Dios!... la mayor parte de las autoridades eran, en efecto, los diarios, las revistas y las crónicas. Había entre ellas hasta corresponsales telegráficos lugareños, a veces de lo más interior de las provincias y del fondo mismo de las gobernaciones... Cerré el libro. Mi juicio sobre él y sobre su autor estaba hecho.

Para este glosógrafo, las autoridades del pretendido idioma nacional son los presidentes de la Nación y sus ministros, los congresales, los gobernadores de provincia, todo otro personaje político influyente, y los diarios y semanarios con sus cronistas en la casa y sus corresponsales fuera de ella. Para este glosógrafo, nuestros mejores literatos: poetas y prosistas, no son los escritores privilegiados que *fanno testo di lingua*; éstos se expresan en castellano, y hay que eliminarlos por fuerza en un diccionario que se titula argentino. Pero el glosógrafo no puede eliminarlos también de la literatura argentina; y de ahí que las obras de esos literatos den un mentís rotundo a esta significación trascendental que el autor atribuye al libro que ha hecho: « En esta obra me he propuesto demostrar el estado actual de la lengua en la República Argentina, y que en ella no se habla ya el idioma que hablan en España » (VII).

Ni es cierto que los argentinos hayamos dejado de hablar en castellano, ni es cierto que el autor haya tenido el propósito de demostrar tal cosa; porque su « diccionario » no contiene todas nuestras expresiones: es sólo un vocabulario de barbarismos y solecismos, y de unos cuantos neologismos justificados, que pasa enteramente por alto nada menos que el fondo de nuestra lengua y sus formas más comunes. En su obra, toda expresión correcta está desechada y todo vicio del lenguaje es-

tá admitido. La ineptia ha llegado así al punto de exhibir la parte corrompida de nuestro idioma, no al lado de la parte sana, sino como si la parte sana no existiera. Zeballos condena-ba como una nimiedad propia de desocupados la tarea de au-torizar y reducir a sistema « las obras inconscientes de la ig-norancia » . . . ¡cuán lejos estaba de pensar que un día la igno-rancia iba a proclamar el imperio de sus vulgaridades léxicas y sintácticas sobre el lenguaje culto, creando un « diccionario argentino » para ella sola! . . . ¡Oh, Señor! En ninguna parte son los políticos con su habla hecha de frases desaliñadas, hue-ras y ambiguas, ni los diarios con su elocución precipitada, ni los semanarios con su dicción plebeya, los que cultivan y ha-cen fructificar la lengua. En todas partes éstos son justamen-te los que pisotean el espléndido sembrado, a la par del vulgo, para quien hablan y escriben principalmente. Y he aquí que en nuestro suelo aparece, con la pretensión de sancionar el utropello, un lexicógrafo de paeotilla que considera al diccio-nario no como escuela, en la que la autoridad es el maestro, sino como plaza pública, en la que la plebe ignava voca a su anto-jo descenfrenadamente.

A la jerga arrabalera que el *Diccionario Argentino* pre-senta como idioma nacional nuestro le sienta admirablemente esta definición que de la lengua franca ha hecho Haedo en su *Topografía de Argel*: « Es una mezcla de varias lenguas cristianas y de vocablos que por la mayor parte son italianos y españoles y algunos portugueses. . . Y juntado a esta con-fusión y mezcla la mala pronunciación de los moros y turcos, y que no saben ellos variar los modos, tiempos y casos como los cristianos, de quienes son propios aquellos vocablos y modos de hablar, viene a ser el hablar franco de Argel casi una jeri-gonza, o a lo menos un hablar de negro bozal traído a España de nuevo. Este hablar franco es tan general que no hay casa do no se use » . . . Exactamente esto mismo es el guirigay que ese engendro lexicográfico exhibe como lengua argentina. ¡Bo-nito concepto van a formarse de la cultura argentina los filó-logos extranjeros que lleguen a juzgar nuestra lengua por las palabras y locuciones que contiene el *Diccionario Argentino* pu-blicado bajo los auspicios de la comisión nacional del Centena-rio y con el escudo nacional en la tapa y en la portada!



Un año después de este aborto, se produce otro: aparece el *Diccionario de argentinismos, modismos y barbarismos*. Este libro no ostenta el escudo nacional; el autor ha preferido ponerle su sello propio: hace en la portada la enumeración de sus títulos juristas. Este despliegue de suficiencias de otro orden tiende a demostrar que no es necesario ser lexicólogo, ni lexicógrafo tampoco, para hacer un diccionario.

Me estremezco, y antes de leer echo una ojeada general a la obra. ¡Qué sorpresa! Este «diccionario» es principalmente un espectáculo de óptica, una especie de cosmorama. Hay en él doce vocabularios; y al final uno más: el índice de artículos de todos ellos; y después otro más: una lista alfabética de suscriptores de la obra. Pero eso no es todo: el autor agrega a las ya catorce partes tres más, complementarias, también alfabéticas: una de «adiciones», otra de «palabras extranjeras interesantes», otra de «refranes omitidos». Espera, lector, hay más todavía: una introducción, una explicación de las abreviaturas, una fe de erratas y un índice de materias. ¿Índice de materias en un diccionario? Sí, lector; no te sorprendas más de lo necesario, recuerda que este «diccionario» es obra de un jurista, y agradece al autor que te haya dado ese hilo para su laberinto, que consta de veintiuna partes, diez y ocho de ellas en orden alfabético.

Tenemos, pues, en resumen, que se llama diccionario a un cuerpo de docena y media de vocabularios. Esto es una novedad singularísima: vemos aplicado así a la obra lexicográfica el recurso de la agrupación metódica de baratijas en una sola canasta, arte práctica y estética que ha sido siempre exclusiva del bulhonero. Lector, sabemos ya a qué atenernos: mercancía presentada en tal forma no ha tenido jamás mérito artístico ni valor utilitario; y el que la ofrece así no es nunca un industrial, es siempre un mercachifle. ¿Dudas, lector? ¿te parece imposible que un docto de tantas reverencias, con tantos títulos?... Bueno; lee la Introducción. En las ocho páginas de esa declaración de ideas y propósitos verás demostrado otras tantas veces que el autor no es un lexicógrafo, no es más que un glosógrafo, y maníaco, dada la amplitud de su muy ruda fae-

na, e iliterato, vista la falta de claridad de sus conceptos y la falta de corrección de sus expresiones. Si te arredra leer las ocho páginas, echa apenas una ojeada a cada una de ellas y podrás juzgar al autor, al resolver en tu mente estas cuestioncitas que esa Introducción plantea:

En la primera página. ¿Qué diccionario posible es ésc, hecho por literatos conjuntamente con sabios, en colaboración con artistas, médicos, físicos y otros especialistas? ¿Es lexicógrafo el que confunde el diccionario de la lengua con la enciclopedia?

En la página 6. ¿Quién puede poner en limpio este galimatías a propósito de la locución « media noche »? ¿Cuáles son las definiciones malas? ¿cuáles son las buenas? Por ventura ¿serán todas malas? ¿serán todas buenas? No sabemos sino que el autor, que nos ha invitado a examinarlas con él, nos deja plantados ante ellas y se va a otra parte.

En la página 7. ¿Qué es eso de castellanismos en un diccionario de argentinismos? ¿A qué llama castellanismos el que escribe en castellano?

En la página 8. ¿Qué quiere decir « las tribus indígenas, de quienes somos herederos forzosos y por la fuerza »? ¿Se trata de un juego de palabras? No sabe el autor que Víctor Hugo ha llamado a eso *la fiente de l'esprit qui vole?*

En la página 9. ¿No revela el autor su desconocimiento de la filología del castellano y del portugués al decir « que el gallego ofrece un rico filón aun no explotado por la filología »?

En la página 10. ¿No demuestra el autor su vulgaridad de lenguaje cuando dice: « El diccionario de Zerolo es el que más prefiero »?

En la misma página. « No me he propuesto *athagar* » dice el texto impreso, y así debe haber dicho el escrito original. Un traspie ortográfico de esta naturaleza es el acompañamiento obligado de los tropezones más serios que da el autor en el camino ignorado en que se ha metido.

En la página 11. Decir que el léxico es « el pan de las escuelas » es una ineptia en el fondo y una vulgaridad en la forma. Agregar que es el pan de las escuelas porque, entre otras cosas, « ayuda a interpretar las cláusulas de una ley, de un contrato o de un testamento » es simple desatino.

En la última página. El autor ha demostrado ya suficientemente que es una autoridad en materia de torpezas de expresión; por si hubiera quedado duda al respecto, ofrece esta prueba más: « La madre España, patria en otros tiempos de grandes genios y varones esclarecidos »... El primer sentido de este cumplimiento zurdo es que en la madre España no hay ya genios grandes ni varones esclarecidos; por supuesto, no era la intención del autor decir tal cosa... Estos percances suceden al que no sabe manejar su lengua.

Lo que antecede basta para juzgar al autor, y por él, su obra.



Vámonos, lector, a otra parte. Y al marcharnos digamos, a propósito de estos dos autores de « diccionarios argentinos », lo que, a propósito de la turba ignara, dijo Virgilio al poeta:

Non racionum di lor, ma guarda o passa.

Las lenguas



El valor comparativo de las lenguas

Un paralelo imposible

La riqueza de una lengua, considerada ésta en sus elementos constitutivos, en su material y estructura solamente, y no por el mérito de las obras escritas en ella, consiste tanto en el número de sus recursos fonéticos, morfológicos, léxicos, sintácticos y retóricos, como en la variedad de los sonos e inflexiones que hace oír, en la diversidad de detalles de las cosas, de sutilezas del pensamiento y de gradaciones del sentimiento que da a conocer, y en la multiplicidad de formas que la expresión puede asumir en ella. En resumen, lo que constituye esa riqueza es la variedad en el número, la diversidad en la cantidad, la multiplicidad en la abundancia.

Hay que especificar para explicar esto.

En cuanto a material fonético, la riqueza de una lengua consiste en el número de sus fonemas y de las combinaciones de estos elementos, y también en el número de aplicaciones del acento tónico, que marca una inflexión en cada palabra, aparte del tono de la frase. Las lenguas que poseen esdrújulos en cantidad, y sobreesdrújulos, son más ricas, en este particular, que las que no conocen, o usan poco, el acento prosódico en la antepenúltima sílaba y en la anterior a ella.

La segunda riqueza, de orden morfológico, consiste: en un acopio de flexiones para indicar los accidentes del género, del número y del caso, y las variaciones de la conjugación; en un caudal de afijos para formar compuestos y derivados, tanto nominales y verbales como frecuentativos y superlativos, y sobre todo, aumentativos, diminutivos y despectivos; en un acervo de raíces y desinencias para forjar vocablos nuevos y adaptar extranjerismos. En este particular, la más pobre de las lenguas será la que necesite el auxilio de las preposiciones para establecer las relaciones entre los términos, y también la que

recurra a ellas para cambiar el significado de sus verbos; será igualmente la más pobre la que, por escasez de inflexiones verbales, necesite presentar siempre el sujeto pronominal junto al verbo; y la que, por falta de terminaciones nominales, tenga que servirse de adjetivos para aumentar, disminuir, reiterar o desvirtuar la significación de sus nombres.

La tercera riqueza, de orden léxico, consiste en poseer, aparte del vocabulario común de términos genéricos, muchos grupos de términos específicos descriptivos de detalles, y muchos grupos de sinónimos graduados, descriptivos de colores y matices, de tonos, timbres, cantidades e intensidades; y consiste también en un fondo suficiente de frases hechas, folklóricas y literarias, en otro de voces expletivas y de locuciones pleonásticas, en otro de vocablos eufémicos y en otro de dicciones antitéticas, valiosos elementos que dan al escritor y al orador recursos suplementarios para acentuar, atenuar o cambiar la expresión.

La cuarta riqueza, de orden sintáctico, consiste en la flexibilidad de la construcción gramatical, esto es, en la posesión de medios y arbitrios para variar los giros, mediante inversiones y transposiciones en la ordenación directa de las palabras en la oración, y para abreviar la expresión suprimiendo elementos no indispensables en la frase. En este particular, serán más ricas las lenguas de construcción libre, con respecto a las de construcción fija.

En fin, la quinta riqueza es puramente literaria, de orden retórico, y consiste en las galas del lenguaje que permiten dar formas especiales a la expresión, y en las combinaciones rítmicas y rítmicas que autoriza el arte métrica.

Hay en las lenguas un elemento más, que no representa una riqueza sino una ventaja: el grado de conformidad de la escritura con la pronunciación. En este particular, ninguna lengua es perfecta; en todas ellas la escritura presenta letras mudas, y también consonantes que no cambian de figura aunque su pronunciación varía según la letra que las acompaña. En cuanto a esta conformidad de la ortografía con la fonética, están en primer lugar las lenguas que han sacrificado la etimología en su escritura, y que son el italiano y el castellano; en

segundo lugar están el portugués y el alemán; y en tercero, el francés y el inglés.

En más de un buen libro he leído que la brevedad, impropia-mente llamada « gravedad » por los que confunden la lengua con el lenguaje, está entre las riquezas del idioma. Se afirma que la mejor de las lenguas es la más breve en cuanto a la forma de sus palabras y a la extensión de sus oraciones. Esto es como decir que las lenguas monosilábicas y sintéticas a la vez son las mejores de todas; y la elocución de los chinos, rápida, rígida, incisiva y explosiva, demostraría esa excelencia. Una afirmación semejante puede tomarse también como el clogio directo de las lenguas polisintéticas, en las que, por aféresis, sincopa y apócope, los vocablos se reducen todos a dos o tres letras fundamentales, y por contracción las menudencias de este picadillo se aglutinan para formar una sola palabra kilométrica, que es una frase entera; así hablan los quichuas, los guaraníes y los araucanos. Aplicada a las lenguas flexionales y analíticas, tal afirmación carece de sentido lógico: donde hay afijos y desinencias, y donde hay compuestos, no puede haber palabras cortas. Además, los millones de seres humanos que hablan una lengua determinada representan toda la escala de los temperamentos, y el lenguaje se subordina necesariamente a cada temperamento, así como a la diversidad casi infinita de las circunstancias en que el hombre habla. De modo que la mejor de las lenguas será aquella que, con palabras cortas y palabras largas, oraciones breves y oraciones amplias, suministre iguales recursos para la expresión concisa y para la expresión verbosa, para la elipsis y para el circunloquio, para la reticencia y para la redundancia, para los lacónicos y para los digresivos, para los taciturnos y para los locuaces; y que ofrezca también recursos, con palabras que no sean monosílabos ni polisílabos, y con giros que no sean sucintos ni hiperbólicos, para un término medio discreto entre todos esos extremos.

La enumeración ha concluido; no hay más riquezas en la lengua. Porque no se debe confundir la belleza y la gracia con la riqueza. Esta es fondo, la lengua misma; lo otro es forma, el lenguaje del escritor u orador, como es forma también la mayor o menor claridad, precisión y energía con que se expresan uno y otro.



Ahora bien: de la comparación de los elementos constitutivos de las seis lenguas modernas principales resulta que una lengua es superior a otra en alguno de los diferentes géneros de riqueza; pero, en cambio, es inferior a ella en otro género. Ninguna es superior o inferior en todos los géneros. Por ejemplo: si el castellano supera al francés en flexibilidad sintáctica, el francés aventaja al castellano en variedad de vocalizaciones; si el inglés supera al alemán en onomatopeyas, el alemán aventaja al inglés en flexiones; si el italiano supera al portugués en terminaciones nominales, el portugués aventaja al italiano en vocabulario.

Además, uno de esos géneros de riqueza, el que representa la fonética, no es susceptible de comparación. Es sabido que en el italiano hay una vocal por una consonante apenas, y que en el alemán hay casi dos consonantes por cada vocal. Pero ¿puede acaso fundarse en esa disparidad una superioridad en favor de aquella o de esta lengua? Si para nosotros, los latinos, las vocales son los sonos del lenguaje, y por eso llamamos a la italiana la lengua musical por excelencia, para los germánicos la eufonía está, por el contrario, en la influencia de las consonantes. ¿Quién tiene razón? Unos y otros, si su juicio es relativo; ni unos ni otros, si su juicio es absoluto. La melodía es música, la armonía es música también, y no hay la menor diferencia de valor estético entre ambas maneras de combinar los sonos. Lo que hay es aficionados a uno u otro género, por puro y simple arbitrio; y el arbitrio procede por impulso, no por raciocinio. Tan así es que Estienne, en su *Précidence du langage françois*, pudo decir, hace siglos, esta gran verdad: *Les jugemens de l'oreille sont fort differens quant au degré de douceur auquel un langage doit parvenir*. Y en castellano, la filosofía popular nos advierte, también desde tiempo inmemorial, que «de gustos no hay nada escrito».

Podría pensarse, fonética aparte, que alguno de los géneros de riqueza es tan importante que una inferioridad en él significaría una inferioridad en todo. No hay tal cosa. Es imposible atribuir un valor gradual a esos géneros, es decir, presentarlos en orden de mayor o menor importancia, porque

todos son indispensables como clases de material o como variedades de la estructura. ¿Puede acaso concebirse una lengua flexional y analítica sin fonemas, o sin afixos ni desinencias, o sin vocabulario, o sin medios para variar la construcción y enlazar la expresión?

Repito, pues, que de la comparación de los elementos constitutivos de las seis lenguas modernas principales resulta que ninguna de ellas es superior o inferior a otra en todos los géneros de riqueza; la superioridad y la inferioridad son siempre parciales, y no hay parte que sea más importante que otra. En consecuencia, sería arbitraria toda preeminencia que se quisiera dar a alguna de esas lenguas en virtud de una superioridad que no es absoluta; y por fuerza hay que llegar a la conclusión de que todo paralelo entre ellas, tendiente a colocar unas sobre otras, es imposible. «Las lenguas no tienen una medida común» dice Petit de Julleville en el prefacio de la última edición de la citada obra de Estienne.

En otras palabras: cuando el análisis permite descomponer lo complejo en sus elementos, la comparación de dos organismos en sus partes constitutivas no puede hacerse entre una que otra parte solamente, para convertir luego esa conclusión parcial y relativa en una conclusión total y absoluta.



Pero esto no impide que, en todas las lenguas, haya quienes proclamen la superioridad de la suya propia. He ahí algo que no debe pasar sin comentario; porque al afirmar con toda la fuerza de una verdad inconcusa esa superioridad imaginaria, los exaltados amenazan contagiarnos su patriótica tontería. Justo es, pues, que en defensa propia relacionemos aquí esos juicios, que puestos unos frente a otros toman el carácter de recíprocas desuentidas, y con sus contradicciones demuestran acabadamente su nulidad respectiva.

Reconozcamos, sin embargo, que hay buena fe, sinceridad, convicción profunda en ellos. Porque ¿cómo substraerse a la natural fascinación que la lengua ejerce sobre el que la cultiva con amor y acierto? Se explica bien que todos los que intentan hacer tales comparaciones lleguen fatalmente a la conclusión de que la lengua en que se expresan es la mejor de todas. Lo

malo no es esto, repito, sino que pretendan imponernos su error.

A título de curiosidad, como ejemplo de la aberración mental a que puede llevar el amor a la lengua propia, citaré este elogio supremo que hizo del vascuence el célebre Larramendi: « Otras Lenguas tuvieron sus niñeces, imperfecciones y rudezas, de que aun no han podido eximirse bien, quedando adultas; el Bascuence siempre fué Lengua adulta y perfecta, como sugerida en fin por el mismo Dios en la división de las Lenguas, y una de las setenta y dos primitivas y matrices... Otras Lenguas son formadas por el ingenio y gusto de los hombres, y por eso susceptibles de aces, yerros e inconsecuencias, efectos de achacoso origen. El Bascuence fué Lengua formada por sólo el ingenio de Dios, que como infinitamente perspicaz se la imprimió a los primeros Padres del Bascuence tan bella, tan ingeniosa, tan Filosófica, consiguiente, cortés, dulcísima y con otras prendas propias de una Lengua de tan honrado principio ».

¿Debo recordar al lector que el vascuence, por su carencia de flexiones, de voces genéricas y de términos abstractos, y por su sintaxis rígida, es un rezago del balbuceo rudimentario, imperfecto e ingenuo de la humanidad en su infancia, un hermano de nuestro quichua, tan admirado por Astarloa? ¿debo recordar también que el vascuence, lo mismo que el quichua, está llamado a desaparecer por irremediable incapacidad morfológica para acompañar en sus formas cada vez más complejas a la evolución perenne de las ideas y de los sentimientos?



Remy de Gourmont, en el prólogo de un libro de sonetos de Leopoldo Díaz, ha dicho que, en comparación con el castellano, el giro francés es « más lógico, más conforme a la evolución natural del pensamiento ». Perfectamente; Monlau ha afirmado antes que él, en sus *Rudimentos de etimología*, que « la influencia francesa forma un estilo con pretensiones de sentencioso o aforístico que destruye la sonora volubilidad del castellano, para sustituirla con el movimiento rastrero del idioma francés ».

Una traducción española de Spencer, editada en Valencia, atribuye a ese autor, en *El progreso, su ley y su causa* (cap. V)

la afirmación de que « la lengua inglesa es superior a todas las demás ». Pero, si el gran filósofo escribió eso alguna vez, lo borró de una plumada cuando incluyó el referido estudio en sus *Essays*, en texto definitivo. De modo que, en realidad, Spencer no ha dicho tal cosa. Ahora bien: no por esto falta a la lengua inglesa el pauegírigo obligado. El filólogo angloamericano James Hadley ha dicho: « La lengua inglesa supera al francés en recursos para variar la expresión, y tal vez no es inferior al alemán, más rico que ella en inflexiones, porque la libertad natural de ese idioma está trabada, en el estilo corriente de su prosa, por restricciones incómodas y engorrosas ».

Hablando también del alemán, dice García Ayuso en *El estudio de la filología*: « Los conceptos filosóficos, abstractos, con los poéticos, constituyen la principal riqueza del alemán. Este es más universal y vago (que el latín) en sus ideas, y a pesar de su riqueza inagotable, son muchas de sus palabras susceptibles de las significaciones más opuestas, cosa en general odiosa al neolatino, amante de la precisión unida a la concisión. Este expresa con facilidad sensaciones y sentimientos finos, hablando directamente al corazón; aquél ama las ideas profundas, y se dirige al entendimiento; carácter que penetra hasta su rica y preciosa poesía... El poeta puede aprovechar esta generalidad en la significación con grande efecto, desarrollando, por medio de una sola expresión, un cuadro completo, y despertando las simpatías y sensaciones que desea; mas desde luego se concibe ser inmensas las desventajas que esa vaguedad trae consigo ».

Pero ¿no ha dicho Klopstock, muy arrogantemente, que su lengua no tiene rival en el mundo? He aquí sus conceptos:

Que de las lenguas vivas
ni la mejor de todas
se aventure a medirse
en lucha más que audaz con la teutona.

Dicho en pocas palabras y con fuerza,
tanto en fondo variable como en formas
de expresión, siempre nuevas y alemanas,
ella es rica y supera a cualquier otra.

Es tal como nosotros hemos sido
en la edad ya remota
en que ¡hecho bien nos estudiaba:
sui mezela es ella, incomparable y sola.

Dostoyevski ha tenido la misma debilidad: reconoce que el ruso es una lengua « joven e imprecisa todavía », pero no ve contradicción alguna en agregar que en el instrumento de esa lengua hay más cuerdas y llaves que en las mejores lenguas europeas, y por lo tanto, la lengua rusa es más variada y más rica que cualquier otra.

Schlegel ha afirmado que « en fuerza de expresión, el portugués sobrepuja a toda otra lengua cuando se trata del sentimiento tierno ». Pero esta blandura no es cualidad recomendable a los ojos del ginebrino Sismondi, que ha dicho que el portugués no es sino « un castellano deshuesado ».

En *L'idioma gentile* (libro recomendable, que bien podría llamarse en segundo término: « Manual universal del arte del lenguaje ») Edmondo De Amicis entona el ditirambo forzoso a la lengua propia; pero se muestra discreto en el manejo del superlativo descollante, remate obligado de tales exaltaciones, porque se limita a afirmar que la lengua italiana es « única en su capacidad para trasladar la nobleza del estilo latino y del griego » y « armoniosa como ninguna otra en el mundo ». Pero ¿ acaso piensa lo mismo el que no es italiano? En el siglo XVI, el erudito francés Henri Estienne escribió el libro a que he hecho ya referencia, en el que examina sucesivamente las principales cualidades que constituyen lo que él llama la « belleza » de una lengua: la gravedad, la dulzura, la gracia, la brevedad, la riqueza, y demostró (para los franceses naturalmente) que en todos esos caracteres el francés sobrepujaba al italiano. Los españoles creen también en la superioridad del castellano con respecto al italiano. García Ayuso, en el libro ya citado, llama « afeminada » a esta última lengua, por el exceso de sus vocalizaciones; y Capmany ha formulado así su conclusión al respecto: « La lengua italiana podrá llevar alguna ventaja a la española en la suavidad y acento, y en las licencias para el lenguaje poético; pero, en cuanto a gala, número, armonía y gravedad, seguramente está la superioridad a favor de la nuestra ».

Es arbitrario, repito, sentar conclusiones sobre el valor comparativo de las lenguas, considerando sólo uno que otro detalle de su material o de su estructura, o atendiendo únicamente, como en el caso que antecede, a sus cualidades extrínsecas

con prescindencia de las intrínsecas. Esto último es lo corriente, sin embargo. Han llegado a acuñarse frases como éstas, que circulan con aspecto de valores sólidos y que en realidad son monedas de cobre con baño de oro: «La dulzura del italiano»... «la energía del inglés»... «la sonoridad del castellano»... «la claridad del francés»... «la blandura del portugués»... «la sutileza del alemán»... No parece sino que, para ser en la expresión dulce, y enérgico, y sonoro, y claro, y blando, y sutil, fuera menester cambiar de lengua en cada caso. A este extremo absurdo lleva la confusión que se hace corrientemente entre la lengua y el lenguaje, entre la capacidad del instrumento y la habilidad del que lo maneja. Pero de esto hablaré luego; concluyamos ahora la enumeración de los paralelos imposibles.

Según un paciente cómputo hecho por el académico español conde de Casa Valencia, el diccionario de la Academia española (ed. 1899) registra 50.227 palabras, y el de la Academia francesa (ed. 1877) contiene 30.625 solamente. De esto podría deducirse que los que se expresan en la lengua castellana están en condiciones de hacerlo con más variedad que los franceses en su idioma; pero sería un error afirmar que, por lo tanto, se expresan con más perspicuidad, con más elocuencia o con más desenvoltura. Bien dice Olive en su *Diccionario de sinónimos* que «la pluralidad de voces y palabras no prueba mayor o menor riqueza de las lenguas».

Por otra parte, para que una comparación de este género pudiera ser concluyente sería menester establecer ante todo que se comparan cosas semejantes. Habría que averiguar si en el diccionario francés están las voces del *argot*, como están en el castellano las de la germanía, y si aquél contiene los obsoletismos y los provincialismos que plagan a éste; habría que comprobar si en el diccionario francés figuran como del lenguaje común los innumerables términos heráldicos, náuticos, coreográficos, de esgrima y de montería, y los tecnicismos de todas las ciencias, artes e industrias, que la Academia española presenta en su léxico como de uso corriente fuera de sus respectivos círculos; habría que verificar si el diccionario francés forma artículo aparte con los adverbios terminados en «mente», con los participios activos y pasivos, y con los derivados verba-

les y nominales cuyo solo objeto es cambiar el oficio que hace en la oración el primitivo; habría que ver, en fin, si el diccionario francés considera locuciones, no sólo los compuestos imperfectos (en los que la coordinación cambia el significado propio de los simples y da al conjunto un sentido distinto del que tienen sus componentes por separado) sino también a las más corrientes combinaciones de sustantivo y adjetivo, en las que cada elemento conserva su significación propia, por lo que es redundante toda definición del conjunto. Y si, después de esto, se descartara también del diccionario de la Academia española el gran número de extranjerismos, principalmente galicismos, que el uso ha impuesto en nuestra lengua y que esa corporación ha debido sancionar, habría que preguntar, como hace Toro y Gómez en *Por la cultura y por la raza*, « a qué queda reducido ese fabuloso saldo a favor nuestro ».



Es corriente, he dicho, confundir en el juicio la literatura de una lengua con la lengua misma, y llegar así al extremo de juzgar la utilidad del instrumento por el arte del que lo maneja. Nuestro Groussac, a pesar de su espíritu analista, incurre en esta inadvertencia cuando afirma lo siguiente en su disertación *A propósito de americanismos*: « El castellano ha sido un instrumento admirable en tiempos y en manos de Luis de León y Cervantes, como el latín y el griego en boca de Virgilio y Platón; se halla hoy casi tan inhábil como aquéllos para interpretar la civilización contemporánea. Admitamos que quede como instrumento perfecto para expresar las ideas de un pueblo que, desde entonces, no las tiene originales ni fecundas en ciencias, en filosofía ni en arte, caminando hace dos siglos a remolque de los que inventan y producen ». Y un poco más adelante califica al castellano de « lengua anticuada », de « instrumento harto pesado para las sutilezas modernas, comparándolo con otros afinados y *assouplis* por tres siglos de plástica incesante ».

También es corriente el vicio, demostrado igualmente en la transcripción que antecede, de formular conclusiones absolutas sin exponer ni someramente las razones en que se fundan. Groussac nos invita a creer, bajo su palabra solamente, que « el

castellano es inhábil para interpretar la civilización contemporánea » y « un instrumento harto pesado para las sutilezas modernas ». Y para hacer ver la fuerza de esa convicción suya encaja en la última frase un vocablo francés, encargado de sugerirnos la sospecha de que en castellano no hay palabra que dé esa idea. ¡ Bah! en esa frase, « templado » habría dicho tanto como *assoupli*.

El que afirma o el que niega, cuando calla sus razones no convence. Lo que hace la capacidad de una lengua como medio de expresión de las ideas y de los sentimientos no es la habilidad de sus escritores en una época determinada. Esa capacidad consiste en la mayor o menor riqueza de los elementos que la constituyen. ¿Qué lengua es superior a la castellana en fonética, en morfología, en léxico, en sintaxis y en recursos retóricos? No debe ser el francés precisamente, una lengua que no conoce los esdrújulos, y tan pobre en combinaciones fonéticas que es el idioma de los equívocos por excelencia; que no tiene terminaciones nominales para denotar golpes; que no distingue entre « ser » y « estar » ni entre « haber » y « tener »; que no cuenta con la ventaja del género neutro, valiosísimo recurso, por lo menos, para las generalizaciones y abstracciones; que hace del sujeto pronominal un miserable esclavo del verbo, sin una sola ocasión de asueto; que, por su tendencia a la conjugación perifrástica, está condenada a arrastrar siempre a sus verbos en la carretilla de los auxiliares; una lengua, en fin, cuya construcción forzosamente directa, y por tanto trivial y monótona, está muy lejos de hacerla ideal para sus escritores propios. Admirablemente ha definido Voltaire a un tiempo la extrema indigencia idiomática de su lengua, y su incomparable riqueza literaria, diciendo de ella que es « una pobrecita que da limosna a todo el mundo ». Se alegrará que el francés tiene sus excelencias de otro orden; concedido, no olvidemos que el castellano tiene también las suyas, y punto en boca.

Hecha la salvedad que antecede, reconozco que Groussac, cuando afirma que el castellano es una lengua vieja e inepta, alude a los hábitos mentales y al estilo literario de los escritores peninsulares contemporáneos. ¿Es realmente anticuado el estilo actual de los literatos españoles? Opongamos a la afirmación de Groussac esta observación, vieja ya, de Gil de Zárate: « El séquito de sus encadenados e interminables incisos le daba a veces (a la lengua castellana) un aire pesado y molesto;

ahora, en frases más cortas, se dirige rápidamente a su objeto; sus artificiosos giros solían producir afectación y obscurecer su sentido; ahora busca la claridad sin dejar de ser elegante; antes sacrificaba la verdad a la pompa de la frase; ahora, con menos brillantez, da más verdad a su colorido. Sin cuidarse tanto de la forma, y menos simétrica, menos acompañada, se mueve con más animación y vida, acomodándose mejor a la pintura de las pasiones humanas, y prestándose dócil a todas las necesidades de la moderna elocuencia ».

Groussac y Gil de Zárate tienen razón; no hay contradicción entre ellos. Uno habla de la regla, el otro de la excepción. La regla es que no hay nada más rancio que el estilo de la mayor parte de los escritores españoles de esta época; ni nada más atentatorio que eso contra sus méritos. Su pasión invencible por la ampulosa y redundante expresión arcaica los presenta como actores en escena, como muñecos parlantes, como escritores sin novedad ni originalidad, serviles imitadores de los clásicos. Ese lenguaje antiguo, altisonante y pomposo debió desaparecer totalmente con la capa y la espada, el sombrero de falda con plumas y con cintas, la gorguera, el jubón, los greñescos o las calzas atacadas, y los zapatos con hebilla o las botas de embudo. Sin embargo, en este traje grotesco se nos presentan hoy esos escritores, con la ingenua pretensión de que juzguemos el valor de sus ideas por el prestigio de su indumentaria heroica, unido al prestigio de la prosopopeya y de la voz campanuda del Comendador.

En efecto, el escritor español, por regla general, es anacrónico en su estilo. Pero, por Dios ¿qué tiene que ver esta incapacidad de adaptación del escritor con la capacidad de adaptación del castellano? Esta lengua, como toda lengua desarrollada, evoluciona constantemente, para conformar a nuevas condiciones los elementos léxicos y sintácticos que constituyen la parte más mudable de su material y estructura.



La ocasión es oportuna para decir que la lengua castellana tiene en sí algo que la hace simpática a la generalidad, fuera de sus dominios. Aunque no se la declara mejor que la propia, se la elogia gustosamente. Boudin Dubornial, en el prefa-

cio de su traducción del Quijote, habla de « la aparente esterilidad de nuestra lengua (la francesa) en comparación con la majestuosa abundancia y la espirituosa (sic) expresión de la lengua de Cervantes ». Refiriéndose a la elocución de Alenlá Galiano, el célebre Quinet dice que, en los labios de ese orador, « la lengua castellana parece reunir a un tiempo la melodía del italiano, la acritud del árabe, el vigor del sajón, la gracia del provenzal, todo eso junto a una majestad que sólo a ella es peculiar ». Y en el primer tomo de los *Entretenimientos gramaticales* de Rivodó leo el siguiente juicio, de Cyprien Robbe, autor de una *Grammaire de la langue espagnole*: « La lengua castellana es la más majestuosa de Europa; es la única de las lenguas modernas en que se unen la armonía griega con la majestad latina, y la pompa brillante de los hijos del desierto (los árabes) con el viril vigor de los hijos de Germania (los godos) ».

El filólogo español Navarro Tomás, en su *Manual de pronunciación española*, afirma que « los extranjeros elogian comúnmente las cualidades de la entonación española » y agrega lo siguiente: « El ilustre fonético J. Storm, *Englische Philologie*, Leipzig 1892, pág. 186, dice a este propósito que, así como la entonación del francés es en general alta, clara y refinada, y la del italiano amplia, varia y movida, la del español es « la más grave, digna, marcial y varonil entre las lenguas romances ». Otra opinión autorizada es la del culto romanista F. Wulff, *Un chapitre de phonétique*, Stockholm 1889, pág. 6, según el cual el habla castellana « es acaso la más sonora, la más armoniosa, la más elegante y la más expresiva de las lenguas neolatinas ». En libros de divulgación como el de Schütz, *Hauptsprachen unserer Zeit*, Frankfurt 1910, pág. 103, se dice asimismo que el español es un idioma armonioso y arrogante, « el más arrogante de los actuales idiomas neolatinos ».

Lo que antecede parece justificar esta apreciación que hace la Academia española, en su *Gramática*, de la excelencia fonética de nuestra lengua: « Debe el idioma su variedad y armonía prosódicas a lo muy variamente colocados que pueden estar en las palabras los acentos, bien que en castellano sea incomparablemente mayor el número de voces que lo llevan en la penúltima sílaba. Con tal preponderancia resulta grave y

noble el idioma; y mezclándose con las dicciones llanas las voces agudas, menos abundantes, y las esdrújulas, más escasas aún, se interrumpe la monotonía y alcanza la frase animación y hermosura ».

• • •

Volviendo al tema, cierro este capítulo con el único juicio autorizado que se ha formulado hasta hoy sobre la cuestión del valor comparativo de las lenguas; es una salida por la tangente, única solución del problema que puede ofrecerse al que se empeñe en plantearlo a pesar de todo. Ese juicio lo ha formulado Voltaire al decir que la mejor lengua es la que tiene mayor número de obras maestras en su literatura.

La paronomasia en la traducción

Una zancadilla del diablo

En estos tiempos de aspiraciones puramente materiales la gente es poco amiga de meditar; los creyentes mismos se distraen con la Historia Sagrada o la Biblia en la mano. Por eso, porque no se lee atentamente la tradición del pueblo de Dios, seguimos los traductores en desgracia; esto es, sin ocupar en la jerarquía social el primerísimo puesto que nos corresponde.

No se sonría el lector. Nuestra misión en el mundo es más trascendental que la de los políticos que gobiernan nuestras voluntades, que la de los banqueros que manejan nuestro dinero y que la de los filósofos que rigen nuestras inteligencias; sólo puede compararse, y muy favorablemente, con la de los teólogos que atosigan nuestras conciencias.

No haga el lector ese gesto de duda. Ante todo, nuestra institución es de origen divino. Si, ha leído bien el lector: de origen divino. Ahí está lo que dicen las Actas de los Apóstoles en el capítulo relativo a la venida del Espíritu Santo y al don de lenguas. ¿No fué el Espíritu Santo mismo el que bajó del cielo en forma de llamas flotantes, y al posarse así en la cabeza de los apóstoles les dió la inspiración, y también la facultad de hablar todas las lenguas?

Es cierto que en la iconografía no figura el Traductor, aunque debería estar en ella con el símbolo que le es propio: la lengua de fuego sobre la cabeza. Pero, por más que los estamperos antiguos y modernos nos hayan olvidado, no por eso es menos auténtico el origen divino de nuestra institución. El texto sagrado afirma (y ningún concilio ha dado nunca otra interpretación a ese pasaje) que el don de lenguas es obra del Espíritu Santo.

El primerísimo puesto en la jerarquía social nos corresponde a los traductores por una razón más. Dios mismo, por

la boca de Moisés, ha contado en todos sus detalles la intentona de los hijos de Noé cuando, después del diluvio, se pusieron a construir la torre de Babel para escalar el cielo; y no menos cierto es el fracaso que tuvo tan importante empresa. Recordará el lector que Dios desbarató esa tentativa de escalamiento confundiendo las lenguas de los temerarios que así lo desafiaban. Y confundidas las lenguas, los trabajos no pudieron proseguir, la obra quedó paralizada.

La razón de ser del traductor está precisamente en esa confusión de las lenguas, castigo del ciclo que el Espíritu Santo atenuó más tarde un poco en la forma referida: creando al traductor. En efecto ¿para qué ha venido éste al mundo si no es para que los hombres se entiendan entre sí no obstante la diversidad de sus lenguas, y de esa manera sea posible la construcción de la torre que debe llevarnos al cielo? ¿Alcanza ahora el lector a medir toda la trascendencia de la misión del traductor?

Naturalmente que sí. Pero preguntará cómo es que la nueva torre de Babel no está construída todavía. Es cierto, dirá, que en la antigüedad y en la edad media los traductores eran pocos y muy tímidos; pero en los tiempos modernos y en la era contemporánea han ido ensanando cada vez más sus filas y cobrando cada vez más bríos, y ahora son ya innumerables y muy audaces.

Lector, tienes razón. Bueno; fuerza es confesarlo. Si no ha comenzado aún la magna empresa es porque, a pesar de nuestros esfuerzos, todavía subsiste un resto de confusión en las lenguas. Pero esto no es culpa nuestra; es pura y sencillamente obra del diablo.

—¿Del diablo?

—Sí, lector; del diablo.



Creo en el diablo decididamente. No en la siniestra encarnación del mal que han prohiado todas las teologías y a la que tan horrible figura dieron en nuestro mundo cristiano los místicos pintores de la edad media; tampoco creo en el genio tutelar, bueno o malo, que, según los antiguos, acompaña a cada hombre en su destierro a este valle de lágrimas; en lo que

creo es en el duende familiar y travieso, incorpóreo pero infatigable y ubicuo. Creo en él decididamente. Lo considero el único agente posible de los mil y un pequeños vejámenes ridículos que sufre el hombre, en todo el curso de su existencia, por obra aparente de las cosas inanimadas que lo rodean.

Creo en ese espíritu bromista y chacolero, que dota a estas cosas de cara inocente y alma atravesada, que les da inacción ostensible y pillería solapada, para que frustren nuestro esfuerzo o lo hagan producir un resultado contrario e impensado. Creo en el diablo que pone siempre punta arriba la tachuela que cae al suelo, para que se nos clave en el pie cuando la pisemos infaliblemente; creo en el diablo que hace rodar el botón del cuello de la camisa hasta el más lejano rincón de la pieza y debajo del mueble más pesado, desde donde desalía burlonamente nuestras pesquisas para dar con él y nuestros trabajos para recobrarlo; creo en el diablo que, cuando nos bajamos de la cama en medio de la noche, nos pone en la obscuridad un mueble por delante para que tropecemos con él y nos rompamos la espinilla; creo en el diablo que, cuando con la mayor circunspección queremos tomar en la mesa una aceituna entre las desmochadas puntas del tenedor, la hace salir como una bala, para que vaya a dar contra la nariz de nuestro poco sufrido suegro en perspectiva.

Creo también en la acción de este diablillo enredador en el lenguaje. Sólo este engendro turbulento, maestro en malicias, puede ser el autor de las paronimias insidiosas o falsas analogías que plagan todos los idiomas, y que al presentar semejanzas aparentes contribuyen de una manera considerable a la confusión de las lenguas.



Es cosa averiguada que con estas paronimias falsas el diablo ha querido burlarse de Dios, remedando grotescamente sus deseos cuando estaba en lo mejor de su tarea de confundir las lenguas. Sabido es que al Señor se le escaparon entonces tres palabras, que subsisten aún, con formas parónimas e igual significado, en casi todas las lenguas del mundo. Un místico diría que el Creador, en su infinita bondad, hizo eso deliberadamente, para que el hombre fuera entendido por su pró-

jimo en cualquier parte de la tierra cuando pidiera vino, sal y un saco. Sea como fuere, lo cierto es que « vino » es *vino* en castellano, italiano, ruso, serbocroata, checo, esloveno y búlgaro; *vin* en francés, rumano, nordanés, islandés y sueco; *ven* en albanés, *vinho* en portugués, *vinum* en latín, *oinos* en griego, *wino* en polaco, *wine* en inglés, *wein* en alemán, *vain* en árabe, *wijn* en holandés, *wiini* en finés, *bor* en húngaro. La segunda palabra es *sal* en castellano, portugués y latín, *sel* en francés, *salt* en inglés, nordanés, islandés y sueco; *salz* en alemán, *sale* en italiano, *sare* en rumano, *hals* en griego, *hallt* en galés, *sol* en ruso y búlgaro, *sol* en polaco, checo y esloveno, *só* en húngaro y serbocroata, *suola* en finés, *zout* en holandés; *krüp* en albanés es la única excepción. Y la tercera es *sac* en francés y rumano, *sacco* en italiano y portugués, *saccos* en griego, *saccus* en latín, *sack* en inglés, alemán y sueco, *saco* en castellano, *sach* en galés, *zes* en albanés, *sack* en nordanés, *sekk* en islandés, *säkki* en finés, *zak* en holandés, *zsák* en húngaro, *zok* en checo y *dzac* en serbocroata; sólo al ruso, polaco, esloveno y búlgaro no ha pasado esa palabra en su forma típica.

Ahora bien: en estos casos de paronomasia, que llamaré de esencia divina, la paronimia es exacta. Y al contrario, en los de carácter diabólico la paronimia es falsa. Más aún, es insidiosa. Confesémoslo con franqueza: esos vocablos satánicos, aparentemente semejantes, son una trampa disimulada e infame en la que, por andar con paso acelerado, cae a veces el traductor más dueho.

De las investigaciones que me he tomado el trabajo de hacer al respecto resulta que el diablo procedió a formar sus parónimos insidiosos de la siguiente manera.

Ante todo la tomó con el santo nombre de Dios en las diversas lenguas. Empezó por establecer que, etimológicamente considerados, dios y demonio son sinónimos, visto que en griego antiguo *daimon* (*daemon*) significa « dios », y que en inglés moderno el eufemismo *deuce*, cuya traducción es « diantre », proviene del vocablo latino *deus*, esto es, de dios.

Luego resolvió que, si *theos* es dios en griego, en finés sería libro; y que libro en nordanés fuera *bog*; y que *bog*, a su vez, fuera dios en ruso. Esto es ya bastante complicado. Pero, para enmarañarlo mejor, el gran maestro en enredos dijo:

—Si *bog* es dios en ruso y *bog* es libro en nordanés, *bog* será nudo en húngaro, *bog* será proa en sucoo y *bog* será pantano en inglés.

Después de haber chacoteado así con lo más sagrado, el espíritu malévolo, siempre a caza de perversidades, acertó a ver uno de nuestros atlas y exclamó:

—¡Hola! ¡Perú, Turquía! ¡qué ocurrencias desgraciadas las del hombre! ¡Dónde se ha visto que ésos sean nombres buenos para países! Servirán mejor para llamar al pavo.

Y dispuso que *perú* fuera pavo en portugués, y *turkey* pavo en inglés.

—¿Cómo así? — dijo en otra ocasión; — ¡los italianos llaman verso a la línea! Muy bien; que los ingleses llamen línea al verso.

Y la buena madre latina, siempre conciliadora, se arregló para dar la razón etimológica a la hija italiana y a la entenada inglesa.

—¡Basta de distinciones sutiles! — exclamó el diablo un día. — Violín, violón y guitarra son un solo y mismo instrumento.

Y desde entonces quedó creado este rompecabezas: en castellano violón no es violín ni guitarra; pero los franceses llaman violón al violín, y los portugueses llaman violón a la guitarra.

Luego el diablo se propuso ridiculizar a los alemanes. Intervino en una reunión de gramáticos que estaban arreglando los géneros en esa lengua (¡gran Dios! ¡cómo los descompusieron!) y dijo:

—Que en alemán sol sea femenino, luna masculino, y señorita neutro. Dígase: *die Sonne, der Mond, das Fräulein*.

Hubo un refunfuño general, que el diablo castigó agregando:

—¿Qué es esto que veo aquí? ¡un dedal! Que en alemán se le llame *Fingerhut* (sombbrero del dedo). ¡Qué es estotro! ¡un guante! Que en alemán se le llame *Handschuh* (zapato de la mano).

Un portugués que asistía a la escena desde la calle, metida la cabeza en la ventana, soltó la carcajada.

— ¡Te divierte esto? — le preguntó el diablo. — Pues para ti la sombrilla y el paraguas serán sombreros. Llama *chapeo de sol* a la sombrilla, y *chapeo de chuva* al paraguas.

— ¡Vive Dios, y qué gracia tiene el maldito! — exclamó un español que acompañaba al portugués.

Al oír el nombre de Dios, el diablo hizo la mueca de angustia que conocemos, y para vengarse del imprudente dijo:

— Que los españoles llamen « charretera » a la hombrera. Así dirán etimológicamente que ellos tienen los jarretes en los hombros.

Una vez el diablo fué a pasar el invierno en el extremo norte de Rusia, y como en ese lugar y en esa estación no podía entretener sus ocios como de costumbre, matando moscas con el rabo, tomó en sus manos el alfabeto manuserito de la lengua de ese país, y trastornó sus minúsculas de tal modo que sus correspondencias con la escritura latina forman este cuadro irrisorio:

La **n** es nuestra **p**; la **p** es **r**; la **r** es la **ch** castellana; la **g** es **d**; la **d** es **b**; la **b** es **v**; la **v** es **y**; la **y** es **u**; la **u** es **i**; la **c** es **s**; la **m** es **t**.

Otra vez hizo una visita a la Academia española. La encontró completamente absorta en resolver problemas de ortografía, y para ayudar al trastorno decretó estas reglas contradictorias:

1ª. Escribese con **k** el nombre de esa letra, llámesela *ka*; pero escribese con **c** el nombre de la **q**, llámesela *cu*.

2ª. Dígase *clac*, *frac* y *lietac*; pero no se diga *tae*, *vivac*, *cornac*, sino *taque*, *vivaque*, *cornaca*.

3ª. En la letra **K** del libro que « limpia, fija y da esplendor » llámese *kirghis* al pueblo que habita en el Turquestán; pero en la letra **Q** llámese *quirguiz* a otro pueblo, que resulta ser el mismo.

4ª. Dígase *impudicia*; pero ¡enidado!... no se diga « *pudicia* » sino *pu~~di~~cia*.

Más tarde asistió a una disputa entre un español y un francés sobre la superioridad de una u otra lengua, y dirimió la cuestión diciendo:

— Veo que las nimiedades os gustan; ahí va esto. Que el francés tenga el privilegio de la palabra más larga en letras:

anticonstitutionnellement; y el español que se contente con ésta: «desproporcionadamente».

Cuando Ariosto supo esto se rió de tales privilegios y escribió su célebre verso de 11 sílabas y 26 letras:

*Chi troppo sai, cade repente,
Precipitevolissimamente.*

Pero volvamos al diablo, quiero decir al caso.

El español no se contentó con la miseria que se le daba, y pidió más.

—Te doy, — dijo el diablo, — «deferentemente» y «preferentemente», dos palabritas que hacen sonar la misma vocal media docena de veces.

—¡Más, más! — gritó el español, engolosinado.

El diablo pensó un momento; luego dijo:

—Eres un enamorado del verbo poner. Lo usas a troche y moche; le has dado 31 acepciones. Bueno; dale 26 más, anteponiéndole otros tantos prefijos. Así no se sabrá si tu lengua es flexional o aglutinante. Escribe, que voy a dictarte: anteponer, aponer, componer, descomponer, recomponer, contraponer, deponer, disponer, indisponer, predisponer, entreponer, exponer, imponer, interponer, oponer, posponer, preponer, proponer, suponer, presuponer, reponer, sobreponer, superponer, transponer, trasponer, yuxtaponer.

El español escribió, y se marchó alborozado, apretando su tesoro contra el pecho. En el camino tropezó con un inglés, a quien contó su dicha. ¡Imprudente! la expansión es siempre indiscreta. Y el inglés echó a correr tras el diablo, lo alcanzó y le pidió un favor igual. Quería que su lengua flexional fuera también un poco aglutinante, y si no era mucho pedir, un poco monosilábica además. Es sabido que nadie está contento con su suerte, por buena que ella sea.

—Un favor igual no puede ser; — dijo el diablo. — Soy buen artista y no me repito nunca. Se me ocurre esto. Para que tu lengua parezca monosilábica, como la china, no expresas los sexos con desinencias sino con palabras aparte: di, como los hijos del Celeste Imperio: criado-hombre y criado-mujer, pavo-gallo y pavo-gallina, cabra-él y cabra-ella, burro-macho y burro-hembra. Y para que tu lengua parezca aglutinante, como la vascuence, por ejemplo, una lengua que, como bien

dicen los vascos, yo mismo no pude aprender durante los siete años que pasé entre ellos con ese único objeto. . . ¿ En qué estábamos? ¡ Ah, sí! Bueno: para que tu lengua parezca aglutinante, agrega a tus verbos preposiciones, adverbios, todo lo que quieras, sin limitación alguna, hasta dar al vocablo los sentidos más contradictorios. Así harás de tu lengua una riqueza inaccesible para el extranjero, como es tu insula.

El inglés se fué regocijado, y no tardó mucho en desarrollarse este diálogo entre él y un extranjero que quería entrar en su lengua:

« I begin to understand your language better; but your verbs trouble me still. You mix them up so with prepositions — By the bye, I saw your friend, Mrs. Berky, just now. She said she intends to break down her school earlier than usual. Am I right there? »

« Break up her school, she must have said. »

« Oh, yes, I remember; break up her school. »

« Why does she do that? »

« Because her health is broken into. »

« Broken down. »

« Broken down? Oh, yes. And indeed, since fever has broken up in her town — »

« Broken out. »

« She thinks she will leave it for a few weeks. »

« Will she leave her house alone? »

« No; she is afraid it will be broken — broken — How do I say that? »

« Broken into. »

« Certainly; it is what I meant to say. »

« Is her son to be married soon? »

« No, that engagement is broken — broken — »

« Broken off. Ah, I had not heard of that. »

« She is very sorry about it. Her son only broke the news down to her last week. Am I right? I am anxious to speak English well. »

« He merely broke the news; no preposition this time. »

« It is hard to understand. Oh me! »

El extranjero se alejó con las manos en la cabeza; y el

inglés, muy contento, fué a ver de nuevo al diablo para pedirle más.

—Quisiera que mi lengua fuese más inaccesible todavía. Dame otro recurso para ello.

—Toma al latín y al griego sus raíces para tus palabras, y dales otro sentido; — fué la respuesta inmediata.

—No entiendo; — dijo el inglés.

—Es fácil, siu embargo; — explicó el diablo. — En materia de adjetivos, usa *actual* por real, *candid* por imparcial, *formal* por externo, *material* por importante, *real* por genuino, *sensible* por impresionante, *virtual* por implícito; en cuanto a nombres, usa *anticipation* por previsión, *experience* por práctica, *gesture* por ademán, *ingenuity* por ingenio, *note* por billete, *opportunity* por facilidad, *process* por desarrollo, *progress* por marcha, *technicality* por fórmula; y cuando se trate de adverbios usa *practically* por positivamente. ¿Entiendes ahora?

—Sí; — dijo el inglés, y agradecido besó la cola al diablo.

Ante esta demostración de ternura ciega, el diablo asumió su forma más simpática, la figura con que lo presenta Shakespeare en *Sueño de una noche de vervena*. Era entonces Puck o el buen Robín, el geniecillo de las jugarretas traviesas, el que desnata la leche, corta la espuma de la cerveza, enloquece al padrillo remedando el relincho de la yegua, extravía a los viajeros para reírse de ellos, y a espaldas nuestras retira el banco en que vamos a sentarnos. Y dijo al inglés:

—Voy a hacerte un regalito. En algunos casos alórrate el trabajo de agregar partículas a tus verbos; haz que por sí solos tengan sentido contradictorio. Para decir aferrar y para decir separar, sírvete de la misma palabra: *to cleave*; para decir permitir y para decir impedir, emplea *to let*; para decir atacar y para decir defender, usa *to propugn*; para decir enredar y para decir desenredar, recurre a *to reel*. Otro regalito más. Haz que *ominous* represente unas veces fausto y otras infausto; que *nervous* signifique unas veces fuerte y otras débil; que *priceless* quiera decir de mucho valor y sin valor alguno; y que *shameful* (con vergüenza) y *shameless* (sin vergüenza) sean sinónimos. ¿Te gusta?

Mudo de emoción, y también trémulo, el inglés no dijo nada. Se tiró al suelo de brucees, a los pies de su bienhechor, y

hundió el rostro en el polvo como un idólatra. Esto hizo que el buen Robin llevara su generosidad hasta la munificencia. Dijo al inglés:

—¿Quieres que tu lengua sea más inaccesible aún para el extranjero? Pues haz de ella dos idiomas en uno. Haz que el inglés sea una especie de lengua bifurcada. ¿Comprendes?

El inglés no comprendió; meneó la cabeza desalentadamente, y Puck explicó:

—Sírrete de palabras sajonas, esto es, sencillas, francas y substanciales, para todo lo que sea sucesos corrientes y sentimientos naturales; y emplea otras de origen francés y latino, esto es, vocablos elegantes, airosos, artificiales, para todo lo que sea pompa de la retórica, sutileza de la controversia o reserva cortés de la diplomacia. ¿Entiendes ahora?

El inglés meneó la cabeza afirmativamente, y el buen Robin agregó este consejo inicu:

—Pero no basta que tengas dos lenguas en una; habla en ambas a la vez, mezcla las dos usando a un tiempo palabras diferentes que signifiquen lo mismo. Di, por ejemplo: *to acknowledge and confess, to begin and commence, goodness and mercy, will and testament, power and might*. Usa juntas estas dobles formas de expresión en tu lenguaje litúrgico, y también en el forense. En resumen, haz que tus curas y tus curiales digan siempre de dos maneras distintas, y a un tiempo, la mismísima cosa. Y ahora piensa, hijito, en la cara que van a poner los traductores cuando quieran reproducir esas fórmulas tautológicas, redundantes, en sus lenguas no bifurcadas, y vean que no pueden...

Puck soltó una carcajada perversa; y riéndose del inglés también, le dijo:

—¿Quieres ser original, extravagante, excéntrico, estrafulario y estrambótico? Llama bíblicamente «sábado» al día de la semana que para todo el resto del mundo es domingo.

El inglés se levantó, llorando de regocijo; y cuando pudo mover los pies, se fué. Se fué recordando haber leído en Diodoro de Sicilia que los pueblos antiguos de la Taprobana (Ceilán, florón hoy de la corona imperial británica) tenían la lengua doble, partida hasta la raíz; y según el referido historiador, eso animaba singularmente su elocución, y les per-

mitía el placer de sostener simultáneamente dos conversaciones distintas.

Cuando el inglés se hubo marchado, el alemán, muerto de envidia, y con lágrimas en los ojos y en la voz, preguntó al diablo:

—¿Y para mí no hay nada?

—Sí, hijito; — le respondió el diablo compadecido. — Vamos a ver ¿qué puedo darte a ti sin repetir mis recursos? ¡Ah! tengo una idea... Es ésta. Las lenguas orientales se escriben de derecha a izquierda, y se entienden de derecha a izquierda; y las lenguas occidentales se escriben de izquierda a derecha, y se entienden de izquierda a derecha. Pues bien: para que tu lengua sea original, haz que se escriba de izquierda a derecha como las occidentales, y que se entienda de derecha a izquierda como las orientales.

—¿Cómo me las arreglaré para eso? — preguntó el alemán, radiante ya de entusiasmo.

—Es una simple cuestión de sintaxis; — explicó el diablo. — Inventa una construcción para tu uso exclusivo, que te permita colocar las palabras, no con una que otra inversión en el orden de la relación directa entre ellas, sino enteramente transpuestas. Por ejemplo, cuando quieras decir: « porque tú has sido más aplicado », exprésate así: « porque tú aplicado más sido has »... *weil du fleissiger gewesen bist*... ¿Entiendes ahora?

—Perfectamente; — dijo el alemán, y se fué a perfeccionar la idea para constituirse un privilegio.

Cuando Calderón supo esto exclamó: « ¡ Quiá! ¡ qué privilegio ni qué niño muerto! » y escribió aquella airosa redondilla que empieza así:

²De una dama era galán
³un vidriero que vivía
en Tremecén...

Lucyq el diablo llamó al francés, y hablándole al oído le dió instrucciones secretas sobre el modo de hacer la concordancia del participio. Las instrucciones fueron de tal género que el francés besó tres veces al diablo en los dos carrillos y después dió cuatro zapatetas en el aire. No era para menos. He aquí cómo cuenta G. Dubray, en *Le roman des mots*, las consecuencias de esa ocurrencia diabólica:

« Un monsieur quelconque écrit une lettre. Sous sa plume arrive cette phrase, un peu forcée : « Des opérettes ! Combien j'en ai entendues à Paris ! » Pour peu qu'on n'ait pas ouvert sa grammaire depuis trois ou quatre ans (et c'est le cas du plus grand nombre) on trouvera dans cette phrase sournoise des traquenards abominables. Rappelant ses souvenirs d'école les plus frais, l'épistolier, légèrement inquiet, se dit :

— Le complément direct est-il avant ou après le participe ? Il est avant. Bon ! J'écrirai donc : *entendues*, puisqu'il s'agit d'opérettes.

Soupir de satisfaction.

— Mais pardon ! insinue la conscience d'ancien écolier. — Il y a là le pronom *en*, et vous savez qu'il n'est pas sans influence.

— C'est juste ! exclame notre écrivain déjà troublé.

Il court à sa grammaire, l'ouvre et lit : « Le pronom *en*, étant du neutre, empêche le participe de varier.

— Ouf ! J'allais en faire de belles !

D'une main prompte et rageuse le pauvre barre les solennelles, les terribles lettres *e*, *s*. Satisfait s'apprête à passer à une autre phrase. Tout à coup, horreur ! ses yeux tombent sur cette remarque : « Mais quand le pronom *en* est précédé d'un adverbe de quantité (*combien, tant, plus, etc.*) le participe est variable ».

— Ça n'aura donc pas de fin ! s'écrie le malheureux, le front tout en sueur.

Tremblant de rencontrer d'autres pièges, il parcourt, plein d'angoisse, l'odieux chapitre des participes. Non ! plus de difficultés. Cette fois l'épistolier est au bout de ses peines. Il termine sa lettre, sur le compte de laquelle il n'est pas trop rassuré. Que de fautes ont pu se glisser encore ! Pour en avoir le cœur net, notre homme court chez un ami, un fort en thèmes, une autorité en matière de grammaire. Il lui lit son épître. Arrivé à la malencontreuse phrase, il articule lentement, les yeux dans les yeux de l'auditeur, pour juger de l'effet. Oh ! il la sait par cœur, sa phrase ! « Combien j'en ai entendues à Paris ! » Le *s à Paris* résonne comme s'il y avait un *z*, comme s'il y en avait deux.

—Mais pardon, mon cher! Vous lisez comme un... charcutier, passez-moi le mot... Entendus à Paris!... C'est affreux! c'est barbare!... Bien faire accorder les participes, rien de mieux; mais marquer cet accord par une liaison horripilante, cela ne se fait pas.

Et s'être donné tant de mal! Ha! »

La noticia de las raras particularidades que el diablo, para remedar la obra de Dios, estaba concediendo a las lenguas, no tardó en circular por el mundo, y todos los pueblos enviaron representantes encargados de gestionar análogas concesiones.

El francés salió con una larga lista de paronomasias, entre las que estaban: *affecter* que no siempre es afectar, *affirmer* que rara vez es afirmar, *brusque* que en la mitad de los casos no es brusco, *embrasser* que por lo general es besar, *capable* que no es tal cosa, *letrine* que no es lo que parece, *jument* que no es jumento, *geste* que nunca es gesto, *carte* que nunca es carta, *esprit* que en muy pocas ocasiones es espíritu, *nombre* que no es nombre, *broche* que no es broche, *sol* que no es sol, *sable* que no es sable, *sillon* que no es sillón, *large* que no es largo, *sauce* que no es sauce, *salir* que no es salir, *subir* que no es subir, *sursaut* que no es sobresalto.

El portugués obtuvo *anno*, que no puede traducirse como suena, *atracadar* que es pineta, *atribuição* que a veces es alusión, *escaler* que no es escalera, *estremecido* que es idolatrado, *vaso* que es buque, *trampa* que es... no me atrevo a escribirlo, *largo* que no es largo, *luncta* que es anteojos y *todavía* que es sin embargo.

El italiano consiguió su *tuttavia*, que tampoco es todavía, su *officina* que no es oficina, su *brutto* que no es bruto, su *burro* que no es burro, su *caldo* que no es caldo, su *largo* que no es largo, y su *loro* que no es loro.

Hecho el recuento resultó que el francés tenía más de 400 de esas paronomasias, el portugués más de 200 y el italiano más de 150. Y estos tres, después de haberse hablado al oído, sacaron la lengua al español, los tres a un tiempo, burlándose de él por los tropiezos que iba a dar cuando quisiera traducirlos; y se fueron.

Pero se volvieron, llamados por el diablo, que dijo a todos:

—Tomad estas otras joyas, con las que pueden engalanarse por igual todas las lenguas. Decid: « el desierto de Sahara » aunque *sahara* dice ya « desierto »; y « los suburbios de la ciudad » aunque en « suburbio » está ya dicho « ciudad »; y « suicidarse » aunque el « se » está ya en el *sui*; y « autopsia » aunque en tal trance el operador no se ve a sí mismo, ni el operado tampoco; y « gozar de mala fama » aunque eso no sea un goce para el interesado; y « cerrar la puerta » aunque lo que se cierra es la pieza; y « encender el fuego » aunque no hay fuego que no esté encendido. Decid también: « este sombrero no me entra en la cabeza » o « este zapato no me entra en el pie », aunque lo que en realidad entra o no entra es la cabeza en el sombrero y el pie en el zapato... y el dedo en el anillo, y la mano en el guante, y el cuerpo en la camisa, y el brazo en la manga, y la pierna en el calzón... ¡Sigo enumerando! — preguntó el diablo.

—¡ Oh, basta, por favor! — gritaron todos.

Un argentino no quiso quedarse sin privilegio exclusivo, e insistió en tenerlo. El diablo le dijo:

—Tu país no ha estado nunca bajo el yugo árabe. No importa: implora a Alá, diciendo « ojalá » cuando debas decir « quiera Dios ». Tu país está en el hemisferio sur. No importa; di « un cierzo helado », aunque tu viento norte es siempre cálido. En tu país el mes de la cosecha es febrero. No importa; cuando andes a caza de gangas y las consigas, di que « has hecho tu agosto ». Entre tu país y Roma no están los Alpes, y lo que hay detrás de tus montes son chilenos. No importa; llama « ultramontanos », a la francesa, a los sostenedores de las prerrogativas del papado.

• • •

Ahora responde, lector, con la mano en el pecho, a esta pregunta:

—¿ Crees que los traductores tenemos la culpa de que la nueva torre de Babel no esté hecha todavía?

—No, por cierto, traductor. Está visto que Dios y el diablo se han puesto de acuerdo para impedir la obra.

Un problemita de etimología

Santiago, Diego, Jacobo, Jácome, Jaime

Este tema fué tratado sucintamente por el autor en *La Nación* de enero 5 de 1914.)

No creo estar más que a dos dedos de la verdad cuando afirmo que la nota más alta en el concierto de las extravagancias del lenguaje, de aquéllas cuya investigación nos sume en las cavernas tenebrosas de la etimología, la dan las modificaciones que ha sufrido a través de los montes y los mares, y de los siglos y edades, el nombre que tuvo en vida el apóstol conocido por Santiago en nuestra lengua. Porque en castellano lo mismo puede decirse Santiago que Diego, Jacobo, Jácome, Jaime.

Voy a tratar de explicar sumariamente estas extrañas metamorfosis, así como la simultaneidad de su existencia. Pero ante todo hay que consignar una particularidad ajena al nombre de Santiago, aunque no al caso.

Yaqobh («el suplantador» por lo del talón o por lo del plato de lentejas) fué el nombre hebreo del gran luchador, hijo de Isaac y de Rebeca, y hermano gemelo de Esaú, con quien, no menos peleador que él, luchaba ya en el vientre de la madre (habla la tradición) y cuyos descendientes, dignos hijos de sus padres, lucharon a su vez unos contra otros encarnizadamente, en el curso de los siglos, hasta exterminarse por completo. Ese Jacob (en castellano) fué el mismo que, mo-deño de enamorados, para conquistar a su prima se hizo esclavo de su tío por siete años, con tan poco suerte que, al cabo de sus penurias, le dieron otra prima, la Lía, y tuvo que trabajar siete años más para obtener al fin a Raquel, su preferida. En fin, Jacob fué el patriarca que, en su afán de luchar, luchó también contra un ángel, al que venció; por cuya razón el celeste mensajero cambió a Jacob su nombre de «suplantador» por el de Israel, que quiere decir «guerrero de Dios».

La particularidad a que me refiero está en que, aunque el nombre de Yaqobh aplicado por sus contemporáneos al pescador de Genesaret ha tomado formas distintas en varias de las lenguas modernas, ese mismo nombre aplicado al patriarca ha pasado a todas ellas tal como es en su lengua oriental, salvo las mutaciones puramente ortográficas del caso.

Dejo al patriarca y vuelvo al apóstol. El nombre de éste empezó por convertirse en Jácobos y en Jacobus porque los padres de la Iglesia lo greicizaron y latinizaron así, propalando esas formas con sus escritos; y de ahí salieron directamente el Jacobo castellano y el Jacopo italiano, que se aplican por primera vez al monje siríaco Zánzalo Baradeo, fundador de la secta de los jacobitas.

Aquí mismo, en sus primeras formas de Jacobo y Jacopo, empieza la evolución curiosa de este nombre. La forma Jacopo (en la que la labial blanda latina se conmuta en la afín fuerte correspondiente) se hace vernácula en Italia: se aplica sólo a personajes italianos desde el siglo XIII hasta el XV. desde Jacopo de Varágine hasta Jacopo Saunazaro; y la forma Giacomo, que designa al apóstol, se hace en ese país exótica, se reserva casi exclusivamente para nombrar a extranjeros; hasta que, allí por el siglo XVI, la forma Giacomo empieza a prevalecer sobre la de Jacopo, que al fin se pierde. En cuanto a la forma Jacobo, en España este nombre aparece aplicado únicamente a personajes exóticos, mientras se da el de Santiago al apóstol, y se llama Diego, o Jaime, o Jácome a los personajes españoles. Tampoco en Portugal, Francia y Gran Bretaña sirvieron las formas griega y latina para designar al apóstol, porque los nombres Thiago, Jacques y James no se derivan de esas formas sino indirectamente.

En cambio, del Jácobos griego y del Jacobus latino salieron precisamente las formas regulares que designan al apóstol en las lenguas del norte, centro y oriente de Europa.

Ahora bien: ¿por qué son irregulares las que representan ese mismo nombre en castellano, portugués, italiano, francés e inglés? Por la razón evidente de que, en los dominios de esas cinco lenguas, el nombre del santo se propaló en el tiempo antiguo más bien por la tradición oral que por la escrita.



Que el apóstol estuvo en vida en España es una cuestión tremendamente controvertida; pero, a Dios gracias, no me toca a mí tratarla. Lo que interesa en este caso es que el apóstol estuvo en España después de muerto... (no me refiero a su viaje, cadáver ya, en un buque de mármol) y muerto, tuvo en ese país una actuación brillante. Esto, por suerte, es un hecho incontrovertido.

No tuerza el lector las narices. Concedo que tal vez fué imaginaria la visión que tuvo el rey Don Ramiro y que le indujo a dar a los moros la batalla de Clavijo para despachurrarlos; admito también que quizá fué un sueño la aparición que, treinta años antes, había llevado al obispo de Tria Flavia a afirmar que los restos del apóstol estaban en una cueva de su diócesis. Pero hay que considerar como realidades tangibles el santuario de Compostela y las peregrinaciones cristianas a él, que empezaron en el siglo IX y que, ganando cada vez más en frecuencia y en volumen, hicieron de ese lugar, durante cinco o seis siglos, la Meca de occidente. Por eso he dicho que el santo tuvo en España una vida póstuma.

Pues bien: este hecho hizo que el vulgo de España, sin más maestro de lenguaje y de historia que la tradición oral, diera al nombre del apóstol, en su latín popular y en sus lenguas regionales subsiguientes, formas que no eran sino infiel trasunto de la que, en latín clásico y en bajo latín, enseñaban los manuscritos y propalaban los doctos. Una de aquellas formas, que reproducía el nombre primitivo de Yaqobh, ablandando la gutural fuerte en la *n*fin correspondiente, era Yague, denominación que da al santo de Compostela el *Cantar del mio Cid* (vs. 731 y 1138) y que la fonética castellana cristalizó luego en Yago; y con el andar del tiempo el antenombre de «santo» que acompañaba constantemente a esa forma castellana convirtiéndola en Sant'Yago, acabó por amalgamarse con ella, y quedó creado el nombre de Santiago.

Tan rápida y sólida fué esta amalgama que la biografía española no registra una sola aplicación del nombre Yago o Yague en los tiempos antiguos. Estas formas no aparecen sino como apellidos a fines del siglo XVI, con el eronista aragonés

fray Francisco Yago y con Juan Yagüe de Salas, el autor del poema *Los amantes de Teruel*. Según Halliwell-Phillipps, el erudito shakespeariano, se la encuentra en la *Historia de Gales*, obra impresa en 1584. Lo que no se ha podido averiguar es de dónde la sacó el inmortal dramaturgo para su *Otelo*, basado en los *Heccatomithi* de Cinthio; porque este autor ferrarés, que no puso nombre a su moro, tampoco lo dió al infame alférez promotor de la tragedia que relata. Por otra parte, el Iago de Shakespeare bien podría no ser hijo etimológico del santo de Compostela sino un parónimo insidioso, derivado en realidad de Iaco, nombre místico del dios Baco.

Vuelvo al tema. Las transformaciones del nombre del apóstol examinadas hasta aquí no son irregulares; pero ahora empiezan las deformaciones. En las regiones lusitanas de la península ibérica, el nombre gallego del apóstol, que era Santiago, forma más generalizada que la de Xabe, pierde con el tiempo, aunque no del todo, el ajiño que se había apropiado, y se reduce, no al Yago primitivo, sino a algo nuevo: al Thiago portugués, forma corriente en esa lengua todavía.

Diré de paso que este fenómeno de prótesis, la captación que hace un nombre de pila de la *t* final de «sant» al desprenderse de este epíteto, se observa también en el nombre castellano Telmo, que procede del italiano Sant'Elmo, corrupción de Ermo, que es a su vez contracción de Erasmo, patrono de los navegantes.

Luego la forma Thiago pasa por León y llega a Castilla, y en esas regiones, siguiendo las leyes de la conmutación fonética, la dental fuerte *th* se ablanda en *d*, la tónica *a* se debilita en *e*, y Thiago se convierte en Diego, pasando antes por Didago y Diago.

Que el culto al apóstol Santiago era popular en España antes de la erección del santuario que atrajo luego las peregrinaciones de todo el mundo cristiano está probado por la existencia de la forma Diego a fines del siglo VIII; en un acta de donación del rey de Asturias Alfonso el Casto, documento del año 804 que cita Godoy y Alcántara en su libro sobre los apellidos españoles, figuran entre los confirmantes un Didacus Didaz y un Didago Pelaiez. Pero es indudable que el prestigio del santo de Compostela, al acrecerse con las peregrinaciones,

hizo que la forma Diego se generalizara rápidamente en las tierras de la monarquía asturleonés y de sus vecinos los condes de Castilla. Así lo demuestran los numerosos Didaeus que nombran las escrituras y actas notariales de esas regiones en los siglos IX y X, y entre los cuales descuello un nombre histórico, el de Diego Rodríguez Porecellos, conde castellano poblador de Burgos. Más tarde, en el siglo XI, la biografía española registra con tal nombre dos vicarios de la catedral de Santiago: Diego Pelayo y el famoso Diego Gelmírez, así como el padre del Cid Campeador, Diego Lainez, y curiosa coincidencia, también el conde Díaz de Oviedo, padre de Jimena. Y a principios del siglo siguiente, ése es precisamente el nombre que se da al santo que en toda España se llama Diego de Alcalá, y que en Aragón se conoce bajo el de Jaime.

Esta forma, Jaime, nos lleva a otra de las que el vulgo, en las comarcas del norte de España, dió al nombre del apóstol cuando éste iniciaba en esas tierras su gloriosa vida póstuma. El origen de Jaime no debe ser bable, por cuanto no hay rastros de tal forma en gallego, ni en leonés ni en castellano; es más probable que sea provenzal, a juzgar por el Jaume catalán del código de Bernal de Selot (Bernardo Desclot) a fines del siglo XIII, y por el Jaume languedociano de Lorédan Larchey, formas homógrafas y casi homófonas que acusan una relación directa o una filiación común, caracterizada por el « me » protético que ostentan como apéndice caudal. Y tienden a confirmar este origen provenzal, por un lado la circunstancia de que, en la biografía española, ese nombre aparece por primera vez en Aragón, en el siglo XII, aplicado a un obispo de Huesca, y por el otro el hecho histórico siguiente. En el siglo XIII, María, condesa del señorío provenzal de Montpellier, esposa de Pedro II. rey de Aragón, resolvió poner a su hijo recién nacido bajo la protección de uno de los doce apóstoles, el que eligiera el Cielo mismo; y al efecto mandó encender doce cirios de igual tamaño, uno para cada apóstol, disponiendo que el santo elegido sería aquél cuya luminaria tardara más en consumirse. El Cielo quiso que el cirio de Santiago el Mayor resultara ser el de mejor fábrica, y en consecuencia la reina hizo dar al príncipe en la pila el nombre del santo de Compostela en su forma provenzal (Jacme tal vez, según la *Chro-*

nica del rey Jaime) que la fonética castellana transformó luego en Jayme, o Jaime por corrección ortográfica.

Ahora bien: ¿qué razón de ser tiene el « me » protético de la forma Jaime y sus afines: la italiana Giacomo, la inglesa James, la francesa antigua Jacqueme y la castellana antigua Jácome? Sobre esto los etimologistas guardan silencio; y lo único que los legos podemos conjeturar prudentemente es que esa prótesis era propia de la primitiva forma provenzal, y que esta forma, adaptada a la fonética de cada lengua, fué propagada por los peregrinos en España, Italia y Francia, así como fué introducida en Escocia, en el siglo XIV, por Douglas el Bueno, que la había tomado para sí, tal vez en el curso de sus andanzas por España, porque estuvo allá al servicio de Alfonso el Vengador. La forma Jácome existía ya en este último país desde el siglo XIII por lo menos, pues ése es el nombre de pila del Ruíz, ayo de Alfonso X, que está probablemente entre los que ayudaron al sabio monarca a escribir las *Siete partidas*.

¿Y el « me » protético? Pedro de Mugica, en su *Gramática del castellano antiguo* (I, 65) cita la forma Jacomu, del latín vulgar; pero no apoya esta cita en datos de lugar ni de tiempo. Probablemente ese Jacomu no es sino una adaptación directa de Jácome, de Jacqueme o de Giacomo, creada por algún tabelión español, francés o italiano de la época para latinizar la forma vernácula, como se creó Didacus y Diacus para latinizar la de Didago o Diago, hoy Diego.

Por otra parte, Lorédan Larehey, en su *Dictionnaire des noms*, presenta la forma Jaume como homónima de Jacques y de Guillaume en la lengua de oc. Esto parece despejar la incógnita: la prótesis « me » de Jaime tendría su origen etimológico en el Jaume de Guillaume. Pero ¿es exacta la afirmación de Lorédan Larehey? ¿Es cierto que Jaume, contracción evidente de Guillaume, llegó a ser, por extensión, un sustituto de Jacques, que en la lengua languedociana tiene las formas más regulares de Jam, Jame y Jamme? A la verdad, se siente uno tentado a desecher toda duda al respecto cuando advierte que la forma Jaume aparece al mismo tiempo en la lengua catalana justamente como nombre del apóstol.

Hay que anotar aquí la curiosa particularidad de que

Santiago no fué nunca nombre de pila en España, al menos hasta el siglo XVI; en el siglo siguiente su uso empieza a generalizarse como apellido, adoptado comúnmente por monjes que lo agregan a su nombre de pila, no tanto por necesidad de ilustre cognomento como para proclamar a todos vientos su consagración total al santo epónimo. Diego y Jaime eran los dos nombres de pila (más corrientes que Jácome, Yago y Yagüe, y que el exótico Jacobo) que correspondían al del apóstol Santiago; y el primero, Diego, fué esparciéndose por toda España, mientras el segundo se difundía solamente en las tierras del ex reino de Aragón. En Andalucía sobre todo, el prestigio del santo de Alcalá favoreció a la forma Diego, que con los descubrimientos y conquistas cruzó los mares en el siglo XVI, a la zaga del nombre más prestigioso aún de Santiago, para fijarse permanentemente en numerosas denominaciones geográficas de la América española, lo que no ocurrió con la forma Jaime. La toponomástica del atlas de Stieler registra en esta parte del mundo 31 Santiagos, 15 Diegos y 1 Jaime.

Hay que decir que también a los peregrinos de Compostela en la edad media se debe el hecho de que, no sólo entre los españoles sino también entre los portugueses y entre los franceses, se generalizara y se arraigara desde esa época en las masas populares la costumbre de aplicar el nombre del apóstol al espléndido surco estelar que, a causa de los paganos griegos y latinos, la gente culta de todos los países denomina « vía láctea » cuando no « galaxia »; porque, así como el vulgo de España dió en llamar a esa maravilla « el camino de Santiago », el de Portugal la llamó « o carreiro de São Thiago », y el de Francia « le chemin de saint Jacques ».



Son tantas las conclusiones alcanzadas en el curso de este estudio que se impone su recapitulación y correlación para que el lector tenga una síntesis de ellas. Las resumiré en estos términos:

El nombre del apóstol poliónimo fué esparcido en el mundo cristiano por los escritos de los padres de la Iglesia, que lo convirtieron en el Jácobos griego y en el Jacobus latino.

Del Jacobus latino salieron el Jacobo castellano y el Jaco-

po italiano; pero no para designar al apóstol. Jacobo sólo apareció en España a fines del siglo XIV o principios del XV como nombre exótico; Jacopo fué en Italia, entre los siglos XIII y XV, una forma vernácula, aplicable sólo a personajes italianos.

En España, Portugal, Italia, Francia y Gran Bretaña prevaleció, sobre la forma escrita del nombre del apóstol, la forma oral que, tomada al vulgo del norte de España, propalaban los peregrinos a su regreso del santuario de Compostela.

Tres son las formas orales que irradiaron de ese centro, derivadas del Sanctus Jacobus latino, mejor dicho, del vocativo Sancte Jacobe. Una se esparció hacia el este, otra hacia el sudeste y otra hacia el sur.

La primera de estas radicales autóctonas, la del este, fué alguna forma provenzal, caracterizada por un « me » final protético; tal vez el Jaume (de Guillaume) que cita Lorédan Larchey como forma languedociana de Jacques, a la par de Jam, Jame y Jammé. De esa forma habrían salido el Jaume catalán, el Jaeme aragonés, el Jayme y el Jácome castellanos; y luego el James inglés.

La segunda radical autóctona, la del sudeste, fué el Sancti Yague que cita el *Canlar del mio Cid*, más tarde convertido en Santiago, nombre del que se derivaron luego, tal vez por corrección docta, los apellidos Yago y Yagüe.

En fin, la tercera radical autóctona, la que pasó al sur de la península, fué el Santhiago gallego, reducido luego a Thiago, forma que, al entrar en León y Castilla, se hace Diego (siglo VIII); y este nombre aparece mucho antes que el aragonés Jaime (siglo XII) que el castellano Jácome (siglo XIII) y que el exótico Jacobo (siglo XIV o XV).

Casi es inútil decir que, por falta de santos populares que los prestigiaran, estos dos últimos nombres, Jácome y Jacobo, han estado siempre lejos de las pilas bautismales españolas, a las que tampoco llegó nunca el de Santiago, al menos en el tiempo antiguo, porque era, y es todavía, una impropiedad palmaria dar a un recién nacido el título de santo que el nombre de Santiago implica.

De este estudio puede deducirse una conclusión más, que interesa particularmente al traductor. Es ésta:

La existencia de cinco formas castellanas del nombre del apóstol hace pensar en la conveniencia de que el traductor dé una aplicación adecuada a cada una de ellas. Esta, por ejemplo: Santiago designaría a los tres apóstoles, el Mayor, el Menor y el Justo; Diego sería el nombre de pila castellano correspondiente al de esos santos, y traduciría al Thiago portugués; Jaime transcribiría al James inglés y al Jacques francés; Jacobo sería la forma equivalente de los Jacobs, Jakobs y Jacobos del norte, centro y oriente de Europa; y Jácome serviría para traducir al Giacomo italiano.

Una aplicación así de cada forma castellana a su equivalente casi homógrafa y casi homófona en la lengua extranjera evitaría en lo sucesivo en nuestra lengua contradicciones empíricas como la de llamar San Jaime al palacio de Londres en que se reúne la corte inglesa, mientras llamamos Jacobos a los reyes de Escocia y de Inglaterra. En la lengua inglesa, en todas mejor dicho, excepto la castellana, esos monarcas y ese palacio se llaman de igual modo, tienen el mismo nombre del apóstol Santiago. También se evitarían errores crasos como el de llamar Jaime al santo ermitaño griego del siglo IX (enciclopedia Serrano) y Jaime al santo diácono de Numidia del siglo III (suplementos de la enciclopedia de Montaner & Simón, y de la de Zerolo) porque es una doble impropiedad dar un nombre aragonés a personajes orientales, y hacer figurar ese nombre en la historia siglos antes de su primera aparición sobre la tierra. Estoy seguro de que esos dos santos no nos escuchan cuando en castellano los llamamos Jaimes; uno y otro son en realidad Jacobos, como el de Nísibe, el de Amida, el de Palestina, el de Pérsida, y demás Jacobos orientales del *Martyrologium Romanum*.

Esto de aplicar arbitrariamente cualquiera de las formas castellanas a la traducción del nombre del apóstol en otras lenguas puede disculparse como peccata minuta. Lo imperdonable es que se advierta la misma arbitrariedad en nuestras enciclopedias con respecto al nombre de pila de un personaje tan genuinamente español como Lainez, el segundo general de los jesuitas. Según unas (Montaner, Zerolo, Salvat, Espasa) ese Lainez se llamaba Diego; según otras (Diccionario Histórico

[Barcelona, 1832] Fernández Cuesta, Serrano, Vélez de Aragón) su nombre de pila era Santiago...

• • •

Respire el lector jadeante. El revoloteo que ha tenido que dar ha terminado. Ha sido fatigoso pero útil: gracias a él sabe ahora cómo y por qué tiene en castellano cinco formas homólogas el nombre del pescador del lago de Genesaret, que con tanto esplendor irradia en la historia del cristianismo.

Nuestros clásicos franceses

Sus incomparables enseñanzas

Publicado en el Suplemento Semanal Ilustrado de *La Nación* de abril 16 de 1903

Días pasados, en estas mismas columnas, M. Loyson-Bridet, seudónimo de un escritor francés, si no muy conocido, muy sagaz y talentoso sin embargo (Mareel Schwob) se ha entretenido en poner de manifiesto ante nuestro público, gracias a la amplitud realmente generosa con que este diario entiende su misión periodística... se ha entretenido, decía, en poner de manifiesto ciertos vicios y deformidades secretas que, con respecto a ciencia gramatical y a arte literario, son comunes, inherentes, a todos los que, en cualquier parte del mundo, dentro y fuera de Francia, estamos empeñados en esta obra diaria y sin tregua del periodismo, febrilmente activa y precipitada para gran dolor nuestro, y superlativamente efímera para gran gusto del público, ávido de impresiones siempre frescas.

¡Quién lo hubiera dicho! Efímeras como son las flores que, de sol a sol, brotan a millares y tumultuosamente de nuestro ingenio para ir a llenar otra vez las columnas que el afán de novedad del público ha dejado despiadadamente en blanco, salvo ¡oh preferencia injusta! en la parte reservada a los avisos... efímera, decía, como es nuestra obra periodística, resulta ahora que hay quienes se ocupan de coleccionarla y encuadernarla, y de abrirla y hojearla de vez en cuando, y de examinarla y estudiarla amorosamente con la paciencia y el lente del entomólogo. ¡Oh revelación! ¡oh maravilla y júbilo inmenso el nuestro, que nunca habíamos creído estar haciendo obra imperecedera, destinada a transmitirse de generación en generación como precioso legado!

Siendo esto así, sana y santa es entonces la tarea que ha emprendido M. Loyson-Bridet, de hacernos ver los errores, cuando no dispartes garrafales, que, en nuestro precipitado interés de suministrar al público impresiones y sorpresas nue-

vas, también de índole gramatical y literaria, estábamos cometiendo a destajo, y en los que el público no había reparado, quizá porque no se le había ocurrido que es en los diarios, y no en los libros, donde debe buscar la fluidez de estilo y otras galas literarias. Bienvenida, sea, pues, la enseñanza que la ardua y prolija investigación de M. Loyson-Bridet nos brinda, gracias a la cual, y a un leve esfuerzo de parte nuestra, hemos de transformarnos todos, de humildes y anónimos amanuenses como somos, en eximios literatos de nombre ilustre y pregonado.

¡Qué mejor obsequio de agradecidos podíamos hacer a nuestro esclarecido Mentor, hombre de letras pero no de diarios, y qué mejor satisfacción podíamos darle que ponernos a copiar su obra maestra, para realizar nuestro propósito de retribuirle en la misma exactísima medida sus valiosas enseñanzas? Ofrecemos, pues, a M. Loyson-Bridet nuestra modesta, trivial, insignificante (en relación con el extraordinario volumen que habría querido darle nuestro reconocimiento) recopilación de ciertos errores, cuando no disparates garrafales, que son comunes, inherentes, a todos los que, no en cualquier parte del mundo, sino dentro mismo de Francia, están empeñados en la obra infinitamente tranquila y descansada de hacer libros, frutos privilegiados, primorosos, de largas horas de meditaciones, destinados a perdurar, a perpetuarse.

EL ARTE DE HACER LIBROS

Dedicataria—

A vosotros, jóvenes de la generación más fresca, que podéis disponer de tiempo porque no hacéis vida afanosa, porque no habéis vendido aún vuestra alma al diablo de la Política y del Negocio, reyes consortes de nuestro país por el momento; a vosotros, que mientras llega la hora, que ha de llegar, de que el vampiro del mercantilismo os sorba el seso, os entretenéis en atizar el fuego sagrado del arte literario; a vosotros, cultores del pensamiento, únicos de quienes puede esperar la patria algo más que el favor sensual de que le desarrollemos sus fuentes de riquezas naturales; a vosotros está dedicado este artículo, que es de diario y que, por lo tanto, está muy precipitadamente escrito, aunque muy bien pensado, y para cuyos probables errores gramaticales y literarios solicito vuestra indulgencia.

De la necesidad imperiosa de hacer libros—

Jóvenes, no vaciléis ni un momento porque el preceptista Boileau, en su *Arte poética*, haya dicho: « Antes de poneros a escribir aprended a pensar », y en sus *Sátiras* haya agregado: « Escriba el que quiera, que en ese oficio puede perderse tinta y papel impunemente ». No importa; no importa absolutamente que no tengáis nada que decir, o que, faltos de la instrucción suficiente, creáis que son nuevas ideas y observaciones ya muy viejas y sabidas. No importa; trabajad. No deis lugar a que un Charles de Lacretelle os diga: « Cededme vuestros veinte años si no sabéis qué hacer de ellos ». Trabajad; haced libros, sobre todo. Por varias razones. En primer lugar (y con esto solo habría bastante) porque Cervantes ha dicho que « no hay libro tan malo que no tenga algo bueno »; y si en algo es una autoridad Cervantes, lo es precisamente en libros.

En segundo lugar, por pura bondad de alma; porque, aun cuando vuestros libros no se vendan (¡qué diablos! todo puede suceder) de vuestro bolsillo, o del de vuestro Mecenas, ha de salir necesariamente una cantidad que (después de dejar el vellón y la carne en las manos de los intermediarios) será repartida en huesos entre los obreros de las fábricas de papel, de tinta, de máquinas, de tipos y de linotipos, y entre los compositores o tipógrafos, maquinistas impresores y encuadernadores.

En tercer lugar, porque... pero esto merece capítulo aparte.

Del idioma nacional—

Porque es altamente patriótico ayudar al extranjero en su obra demoledora del idioma nacional; cuanto más pronto acabemos de entregar al pulpo del cosmopolitismo las últimas piltrafas de nuestro patrimonio, tanto más rápidamente completará él su obra cartaginesa, y el país se irá entonces a las nubes. En este gran crisol donde está fundiéndose ahora la nacionalidad del porvenir, está haciéndose también la amalgama de la lengua que ha de corresponderle; pues bien: como tomar para base de esta amalgama el idioma en que se expresaban los creadores de la patria nuestra, e ir modificándolo paulatinamente a fin de mantenerlo siempre en armonía con las condiciones especiales de nuestro ambiente, y con los progresos del pensamiento, sería para vosotros una tarea tan pe-

nosa como improductiva, mejor será que dejéis que ésta, como tantas otras cosas de nuestra tierra, vaya haciéndose sola. No os cuidéis absolutamente de si la posteridad podrá o no reprocharos este abandono; de injusticias históricas están llenos los anales de la humanidad. A vosotros os basta y sobra la satisfacción de la conciencia; ¿acaso no os habéis consagrado con toda el alma a la patriótica tarea de cultivar las letras? ¿como para ocuparos de cuestiones de lengua estáis vosotros!

De la gramática—

Declarad, pues, terminantemente inútiles la gramática y el diccionario. ¡Andadores a vuestra edad! ¡no faltaba más! Y si algún loro purista, rutinario y rancio, se atreviera a reprocharos vuestra resolución valiente, tapadle la boca en seguida haciéndole saber, porque tal vez lo ignore, que ni Homero, ni Píndaro, ni Eurípides; ni Sófoles, ni Aristófanes, ni Tucídides; ni Jenofonte, ni otros, esperaron que naciera Aristóteles y que publicara la primer gramática griega para escribir sus obras inmortales; y que Montaigne, Lafontaine, Molière, Pascal, Corneille, Bossuet, Boileau, Racine y otros crearon la lengua francesa un siglo antes que apareciera la primer gramática; y que... etcétera, porque éste es un razonamiento que puede hacerse con todas las lenguas. Podéis espetarle, además, este otro argumento: que los griegos llamaban « gramáticos » a los que tenían a su cargo la tarea de enseñar las primeras letras a los niños. ¡Vaya! decir que la gramática es necesaria para poder expresar los pensamientos es como decir que hace falta conocer las leyes del equilibrio para poder andar. En fin, Quintiliano ha dicho: « Hablar gramaticalmente es una cosa; hablar latín es otra ».

Del diccionario—

No menos abundantes y convincentes son los argumentos de que podéis disponer para hacer callar a los que proclaman las virtudes del diccionario. ¡Vaya al diablo el diccionario! ¿Que Voltaire ha dicho de él « que es el primer libro de una lengua »? Ante todo, la misión lógica del diccionario debería ser suministrar el vocablo al que tiene la idea, y no conocer o no recordar el término con que esa idea se expresa; y lo que

el diccionario hace es justamente lo contrario: da la idea al que ya tiene la palabra. « Ahora bien, podéis decir, sólo un idiota es capaz de un absurdo semejante: saber una palabra e ignorar al mismo tiempo lo que ella significa ». Y podéis agregar, considerando la pretendida utilidad del diccionario, no ya de una manera general sino a la luz de nuestro caso particular: « ¿ Nos entendería acaso nuestro medio cosmopolita si para dirigirnos a él empleáramos estrictamente las voces y locuciones que están registradas en el diccionario castellano? ¿ nos entenderíamos nosotros mismos, recíprocamente? ¿ No estamos obligados a emplear un idioma quillango para que puedan entendernos a un tiempo el francés, el portugués, el español, el italiano y el inglés? ¡ Oh! ¡ es tener ganas de fastidiar!

De nuestros maestros—

Haced libros, pues, sin gramática ni diccionario; lo único que podéis tener a la vista son los excelentes modelos de nuestros clásicos. Esto sí, porque su compañía es fecunda en enseñanzas, y muy entretenida. Pero no vayáis a creer que los clásicos nuestros son los creadores de nuestra lengua y los fundadores de nuestra literatura nacional. No; pueden seguir durmiendo en paz unos y otros; a los primeros les tenemos una prevención histórica, y a los segundos una inquina política; y esta prevención y esta inquina, perfectamente fútiles, amenazan durar un buen rato todavía. Entretanto, mientras llega el momento de que los tengamos propios, nuestros clásicos son las glorias, grandes y eternas, de la literatura francesa. Estas glorias representan para nosotros lo mismo que los clásicos griegos y latinos representaban para nuestros abuelos: el más completo archivo del pensamiento humano.

De la elección de modelo—

Pero no seáis escrupulosos: no entréis a hacer apreciaciones y análisis sutiles para determinar qué autores y qué obras de nuestra biblioteca clásica son los que más convienen al progreso de nuestras letras. La dificultad de elección sería tremenda, dado el caudal inabarcable de esa literatura; cerrad, pues, los ojos, echad la garra al montón, y que la elección la haga el acaso. Y una vez con el libro en la mano, tomadlo cie-

gamente por modelo, sobre todo en cuanto a estilo; no os detengáis a examinar si tiene errores. Mejor, mucho mejor si los tiene, porque entonces su autor será un genio. . . La Rochefoucauld lo ha dicho: « Sólo los grandes hombres tienen grandes defectos ».

(A propósito de citas. No perdonéis ocasión de meter al público por los ojos, con insistencia, las frases célebres de nuestros clásicos; de este modo haréis ver, con toda delicadeza, que vuestra escuela es francesa, esto es, genuina. Y citadlas siempre en francés; esto es esencialísimo, aun cuando esas frases tengan su origen en los clásicos griegos o latinos o castellanos, y, por lo tanto, estén en este último idioma desde hace unos cuantos siglos; no vayáis a traducirlas, para que el público vea bien que tenéis en gran desprecio al idioma en que escribís.)

De la sinceridad del literato—

Antes de complementar esta parte doctrinaria de mi artículo con una serie, breve pero brillante, de bellezas de nuestros grandes clásicos, muy dignas, en mi opinión modesta, de ser admiradas y tenidas constantemente como ejemplo, diré cuatro palabras sobre una cuestión que considero previa para todo el que se dispone a hacer un libro: la de la sinceridad del literato.

En otros tiempos, muy remotos por cierto, el libro era un arca santa en la cual el autor depositaba sus más nobles anhelos por el perfeccionamiento moral de la humanidad, y la sinceridad del libro daba la medida de su valor. « Mi libro es un libro de buena fe », decía Montaigne. Hoy no; hoy no se escribe ya para moralizar, ni para instruir, sino para entretener, y el libro es ahora un producto industrial. Por lo tanto, como industriales, os está permitido echaros a la espalda la conciencia, y decir lo contrario de lo que sentís, o escribir lo contrario de lo que pensáis, que nadie os va a pedir cuenta de ello. Imitad, por ejemplo, a nuestro clásico Eugène Sue, cuando, metiendo la pluma en su magnífico tintero de plata, escribía: « Nadie tiene derecho a superfluidades mientras haya alguno que carezca de lo necesario »; y como otro de nuestros clásicos, Fortuné du Boisgobey, calificad de imbécil al amigo

que se acerque a confesaros que sigue con interés, en vuestro libro, la suerte de unos personajes que habéis creado. Imitad a Francisque Sarcy, que ha dicho: « Yo escribo al correr de la pluma, sin verificar fechas ni el detalle de los hechos ni las citas ». Esto es más descansado.

De la gracia infinita de los anacronismos—

Lo de escribir a vuela pluma es, no sólo cómodo, sino también hábil. Eso da muchos recursos para hacer reír al lector más ceñudo. Un poco de sal, aunque sea gruesa, hace siempre más agradable el condimento. El escritor novel debe tener presente que los anacronismos son tal vez el mejor de esos recursos. No tema nada a la crítica, pues tiene la mejor de las defensas. Diga con toda la boca a su Aristarco que Virgilio ha hecho a Eneas contemporáneo de Dido; y que, en varias escenas sacadas del Evangelio, los pintores flamencos ponen anteojos a algunos personajes; y que, para Shakespeare, había relojes y cañones en tiempo de Julio César; y que, según Calderón en *La Virgen del Sagrario*, entre las partes del mundo descritas por Herodoto está América.

Jóvenes, aprovechad, pues, el brillante ejemplo. Imitad a Víctor Hugo cuando en *Aymeryllot* hace hablar a Carlomagno de la Sorbona, fundada cinco siglos después.

Imitad a Scribe, que en su discurso de recepción en la Academia dijo: « ¡Acaso nos instruye la comedia de Molière de los grandes acontecimientos del siglo de Luis XIV! ¡Nos habla acaso de la revocación del edicto de Nantes! »

Poco importa que Molière hubiera muerto en 1673, doce años antes de la revocación del edicto de Nantes.

De la perfecta inutilidad de las ciencias—

Nuestro clásico Beaumarchais lo ha dicho: « Quien dice autor dice audaz ». ¡Naturalmente!... y eso de que sea necesario hacer estudios para poder escribir un libro es un contrasentido. O tiene uno necesidad de libros, y entonces mal puede hacerlos, o no los necesita para nada, por cuanto puede crearlos. Es claro que no ha de ser mucha vuestra ciencia si nunca habéis estudiado; pero si sois escritores, y para ello basta que lo queráis así, entonces estáis necesariamente dotados de las cualidades que constituyen en esencia al escritor modelo, tal como éste se revela en las obras de nuestros grandes clásicos:

tenéis la intuición, que suple a la observación y que os hace ver lo que nunca habéis visto, y tenéis la imaginación, que suple a la impresión y que os hace sentir lo que nunca habéis sentido. No es ciencia lo que necesitáis sino audacia para ejercer libremente vuestras preciosas facultades. Los libros, pues, que los lean los que no los hacen. El pastelero no come nunca sus pasteles.

La historia, por ejemplo, que se vaya al diablo. Imitad en esto a Víctor Hugo, otra vez, que, en la *Leyenda de los siglos*, atribuye a Salomón el traslado del Arca de Jerusalén, realizado por David.

Imitad a nuestra George Sand, en el prefacio de *Chantier*, volumen de poesías de Charles Foney:

Y, como Herades, lo único que saben hacer es lavarse las manos ante todas las iniquidades sociales.

Imitad a nuestro Francisque Sarcéy otra vez:

Enrique reclama sus cartas a grito herido; y lo que hacen es mandarlo de Poncio a Pilatos.

La geografía también, que se vaya al diablo. Seguid en esto el ejemplo de nuestro clásico Jules Janin:

San Juan Crisóstomo, ese Bossuet africano.

¡Es claro! Porque san Juan Crisóstomo nació en Antioquía, en la Turquía asiática.

Y como él también, haced una sola masa de Cannas, la aldea italiana de la Apulia, y Cannes, la risueña ciudad francesa del Mediterráneo:

¡Quién no conoce la ciudad de Cannes, doblemente célebre por la victoria de Anibal sobre los romanos y por el desembarco de Bonaparte!

Y como Alfred de Musset, transplantad Barcelona a la región andaluza:

¡Habéis visto en Barcelona
a la trigueña andaluza?

La aritmética, lo mismo; no existe nada más inútil en literatura. Hasta hay quienes dicen que el enemigo natural de las letras son los números. Sacad las cuentas a la manera de nuestro clásico Flaubert, en *La señora Bovary*:

Una mañana, el tío Renault fué a llevar a Carlos el importe de la compostura de su pierna: setenta y cinco francos, todo en monedas de dos francos.

Las ciencias naturales dejadas a los especialistas, que por regla general son miopes. Vosotros podéis dispensaros muy bien de anteojos para ver y conocer el mundo, y con mucha más razón para adivinarlo. Nuestro gran Balzac, por ejemplo, habla en las *Memorias de dos recién casados* de una azalea trepadora, que no está registrada en ningún catálogo de botánica. Esto puede daros una idea de la inmensa superioridad que la imaginación del escritor tiene siempre sobre la observación del sabio.

Imitad, pues, a Balzac. Imitad a Duvert, que en *La hermana de Jocrisse* dice:

Un solterón sin familia es... no sé qué decir... es una trufa que no tiene raíces y que no produce flores.

Imitad a nuestro clásico Anatole France, cuando en *El maniquí de mimbre* dice:

Tú ves a la República nadando entre las potencias como una pintada entre una banda de gaviotas.

¿Que la pintada no nada? «Lo siento por el pobre animalito» podría replicar Anatole France, como dicen que replicó en análogas circunstancias el autor inmortale de *Hojas al viento*.

Imitad a Auguste Maquet en *La bella Gabriella*:

El caballo, que se moría de sed, sumergió sus ollares humeantes en el agua fresca.

¿No respira el caballo cuando bebe? Sí; pero los caballos de Maquet son de otra especie: tienen todas las virtudes de Bucéfalo, y algunas más, inéditas. En *El conde de Lavernie* leemos esto:

¿Adónde iba La Goberge? Su caballo mismo no lo sabía...

Al cuerpo humano pintadlo a vuestro gusto. Imitad a Flaubert, otra vez, en *La señora Bovary*:

Recibió, en ocasión de su cumpleaños, una hermosa cabeza freuológica, toda mareada con divisiones hasta el tórax, y pintada de azul.

Y a Auguste Maquet, otra vez, también en *La bella Gabriella*:

El corazón del rey, ese corazón por el cual respira toda Francia.

Y a nuestro gran Alejandro Dumas en el sumario de uno de los capítulos de *El capitán Pánfilo*:

De cómo, por no haber podido digerir el alfiler que tenía atravesado la mariposa, sufrió Yaca una perforación de la peritonitis.

Del estilo y de las trocatintas—

Probablemente no habéis leído nunca el *Arte poética* de Boileau, aunque éste es uno de nuestros clásicos y aquella una de sus obras maestras. Y libreme Dios de aconsejaros su lectura, porque no se ha escrito nunca un libro que esté más directamente en pugna con el principio de libertad y absoluta independencia que vosotros encarnáis. No vaciléis en inscribir esa obra de intolerante preceptismo en el *Index expurgatorius* que habéis formado con las lueubraciones, preceptistas también, de los retóricos, de los gramáticos y de los lexicógrafos más notables; pero conservad en la memoria, para burlaros de ella, aquella máxima:

Viento vece o más repasad vuestra obra;
pulida y repulida, pulida sin cesar...

que todo el mundo conoce y que nadie observa. ¡No faltaba más! Por el contrario, haced gala de escribir sin la más leve raspadura ni emienda; podéis hacerlo impunemente, porque son muy pocos los que están en el secreto de que eso no prueba sino que no tenéis más que una manera de decir las cosas, porque vuestro vocabulario o vuestro sentido crítico no da para más, y en consecuencia para vosotros no hay palabras y giros que comparar ni elegir.

¡Leer veinte veces lo que se ha escrito! La sola idea de semejante facna hace estremecer. No; la máxima es irrisoria. Por fortuna, no faltan clásicos que den consejos mucho más prácticos. Tenemos, por ejemplo, el de Dorat, el poeta: «Trabajad poco el verso y mucho el buen éxito». ¡Esta sí que es máxima excelente! ¡gloria al genio! Aferraos a ella, y adelante.

Los frutos naturales del estilo desaliñado son las incoherencias, las ambigüedades, las concordancias vizcaínas, y sobre todo las trocatintas. He dicho ya que hay que divertir al lector. También hay que intrigarlo, y las trocatintas son el recurso más seguro para ello.

Escribid como nuestro gran Víctor Hugo, esta vez en *Los miserables*:

Ella no sabía latín, pero lo comprendía bastante bien.

Y como Lamartine en *Jocelyn*:

Me parece que Dios me oye mejor por su boca... Aparoco en el umbral y retrocede hacia atrás.

Y como Théophile Gautier en *El capitán Fracasse*:

Isabel se entregó a los cuidados de tocador que requiere, cuando se trata de una joven delicada y cuidadosa de su persona, un largo viaje hecho en compañía de hombres.

¿Acertará el lector a colocar en su debido sitio la cláusula condicional? Eso es cuestión suya; no del autor, ni mía.

Imitad a los Goncourt en su *Diario*:

Veo una chucuela con un par de botas de montar colgadas de una cuerda al hombro, y que lleva en la otra mano un barómetro dorado, viejo.

Y a Ponson du Terrail:

Herido en la pierna y en Waterloo.

O en este otro ejemplo, más brillante todavía:

El anciano general de Morfontaine, que había conservado sus costumbres militares, se paseaba por las grandes alamedas, con las manos cruzadas a la espalda y la cabeza descubierta. Llevaba un diario en la mano, y leía.

Aunque Alphonse Daudet, en *Tartarin en los Alpes*, ofrece una muestra mejor del género cuando dice:

Mudo, de brazos cruzados, Tartarin observa, juzga los golpes, critica en voz alta.

También Paul de Saint-Victor, en *Las dos máscaras*, maneja el recurso con acierto:

Ezequiel, que tiene por pupitre un robusto niño doblado en dos como una cariátide, transcribe y comenta un versículo sagrado. Con un ojo lee, con el otro escribe.

Escribid como Chateaubriand en la *Vida de Rancé*:

— Señora, — dice a la reina el duque de Montbazou, — permitidme que me retire. Mi mujer me está esperando, y en cuanto ayo un caballo creo que soy yo.

Y como José María de Heredia:

... Las olas de azul
orlan con un hilo plateado el Mediterráneo.

Y como Alejandro Dumas, otra vez, en *El zar Nicolás I*:
Conducido por su fiel cochero Iván, Alejandro sale de San Petersburgo, a la que sólo volvería a ver, cadáver ya, cuatro años más tarde.

Y como Jules Claretie, en *El príncipe Zilah*:

Se encontró en un comedor, en el que jugaban los hijitos del receptor; el más pequeño, de unos diez y ocho meses apenas, rodaba a los pies de otros dos, que tenían tres o cuatro.

¿Tres o cuatro pies? No. ¿Tres o cuatro meses? Tampoco; son criaturas mayores que la de año y medio. ¿Tres o cuatro qué, entonces?... No olvide el lector que hay acertijos difíciles.

Imitad, en fin, a Alexis Bouvier cuando dice:

El miserable se precipitó sobre el niño, le agarró la cabeza, le vació el contenido en la boca, y el pobrecito cayó sofocado.

¿El contenido de la cabeza? No; en la página anterior M. Bouvier ha hablado de un frasco de veneno.

De la hipérbole, de la metáfora y de la prosopopeya—

Estas galas del lenguaje están destinadas a vestir la desnudez, vulgar y fea a veces, del tema. Nuestros clásicos nos ofrecen luminosos modelos del empleo discreto de ellas.

Víctor Hugo... otra vez... escribe en *La leyenda de los siglos* — *Booz dormido*:

... La tierra
mojada y blanda aún por el diluvio.

En aquellos momentos, cuando Booz andaba por el mundo, hacía apenas unos 2100 años que el diluvio había cesado. Pero por hipérbole se puede hacer durar la humedad una veintena de siglos.

George Sand, en *Mauprat*, presenta otro ejemplo del género:

Metiendo la cabeza entre las manos, echó a correr como un loco y no paró hasta el otro lado de los Pirineos.

El personaje estaba en París cuando empezó a correr.

Dennery, por su parte, ha dicho esto:

No contaba más que ochenta años, pero parecía tener el doble.

Xavier de Montépin, a su vez, escribe esto en *Los bajos fondos de París*:

Los minutos se sucedían a los minutos con una rapidez vertiginosa.

Pero la metáfora y la prosopopeya se prestan mejor que la hipérbole para que el escritor demuestre su ingenio.

Pascal, en *Pensamientos diversos*, dice:

El hombre es sólo una caña, pero una caña que picusa.

Balzac ha escrito esta frase en *El hijo maldito*:

La mano que el feroz católico tiene fuera del lecho acaba de pintar su carácter.

Y Quesnay de Beaurepaire esta otra:

Su mano de ave de rapiña.

Jules de Gastyne, en *La duquesa de Etampes*, dice:

—Os estáis burlando de mí, micer; — dijo la joven, bajando sobre sus ojos azules sus largas pestañas rizadas, tendidas como un manto de terciopelo sobre un estuche de perlas.

El mismo autor escribe en *El espectro blanco*:

Ella salió del aposento, pero sus huesos sudaban de terror.

H. Fouquier contribuye con esta joya:

Este periodista diputado tiene, como el águila, alas para volar y dientes para morder.

Al lado de la cual parece insignificante esta otra de Victor Hugo:

Esa lágrima era la demora de su hijo.

No vaciléis ante ninguna extravagancia. No vaciléis en declarar a madama de Maintenon hipócrita, citando la autenticidad de Auguste Maquet, que en *El conde de Lavernie* dice:

Al oír el nombre de Louvois, la marquesa aguzó las orejas, como lo hace, al son del clarín, el corcel que ansía la guerra.

La galería de cuadros de esta especie es tan larga como entretenida. Estamos apenas en la mitad del camino. Edmond Rostand ha dicho a Mme. Reichenberg:

...Tu voz

es un bombón inglés que se chupa con la oreja.

Ponson du Terrail, en las *Aventuras de Rocambola*, ha escrito:

Este hombre es un cerrojo personificado.

Y de la misma pluma ha salido este precioso arabesco:

Su mano era viscosa y fría como la de una serpiente.

De Alfred de Musset tenemos esto:

La boca guarda silencio para oír hablar al corazón.

De Paul Adam:

Como gotas de sudor que se asoman a la cara de un hombre aterrorizado, así aparecieron rostros en todas las ventanas de la ciudad.

De Pierre Maël en *La roca que mata*:

Porque, en muchas cosas, la Revolución se había puesto a seguirle los pasos al régimen que acababa de matar.

Del mismo en la misma:

La celada abría ya sus fauces y afilaba sus dientes.

De Pourquery de Boisierin:

Vuestra mano izquierda sabe tal vez lo que hace la derecha, pero no lo dice.

Llegamos al fin de la galería con esta obra maestra de Brandois:

El ejército y la marina esperan con el arma al brazo; pero esta arma tiene estremecimientos, y lo único que desea es saltar fuera de la vaina.

Del genio y de los dos modos de revelarlo—

He dicho que hay que divertir al lector y que hay que intrigarlo. Para hacer obra completa, hay que pasmarlo también. Esto es mucho más difícil; tanto, que sólo el autor genial puede hacerlo. Ahora bien: autor genial puede ser cualquiera. Lo de que « el genio nace y no se hace » es voz que hacen correr los que están en el secreto, para desalentar a los competidores. El secreto es éste: hay que ser excepcional. Y la excepción no admite términos medios. En este caso, el estilo moderado de la antigua clasificación retórica no existe; hay que ser, o sencillo hasta las lágrimas o sublime hasta el delirio.

Nuestros clásicos nos ofrecen los siguientes ejemplos de sencillez desgarradora. Deje el lector correr su llanto libremente.

Ponsard ha dicho:

Cuando una pasa de la raya, ya no hay límites.

Hayin:

En cuanto un francés transpone la frontera, entra en territorio extranjero.

Napoleón III, en *La extinción del pauperismo*:

La riqueza de un país depende de la prosperidad general.

Ponson du Terrail:

—¡Ah! ¡Ah! — dijo el otro, en portugués.

Balzac, en *La bolsa*:

—¡Son las once! ¡son las once! — repitió el personaje mudo.

El mismo, en *Beatriz*:

—Ya no veo claro; — dijo la anciana ciega.

P. A. de Monsigny, en *El desertor*:

Morir no es nada; es nuestra última hora.

Désaugiers, en *El delirio báquico*:

Cuando uno muere es por mucho tiempo.

Déjaure en *Montano y Estefanía*:

A todo el que es virtuoso
le gusta ver la aurora.

Dumas, en el prefacio de *El capitán Pablo*:

Llegó la noche, si es que puede llamarse noche a la ausencia de la luz del día.

De lo sublime delirante hay estas valiosas muestras, en cada una de las cuales el lector debe detenerse a meditar largamente, porque han sido hechas para eso.

De Paul de Cassagnac:

Porque, muy por arriba de las luchas políticas, está el amor a la patria, y la patria es la agricultura.

De Chateaubriand, en *De Buonaparte y de los Borbones*:

Buonaparte fué, es cierto, un gran vencedor de batallas; pero, fuera de eso, el general más insignificante era tan hábil como él.

De Víctor Hugo, en *Angelo*:

La Tisbé. — Ven: por poco que yo valga, he tenido madre. ¿Sabe usted lo que es tener madre! ¿Ha tenido usted madre alguna vez?

De Pascal, en *Pensamientos diversos*:

Los ríos son caminos que andan, y que llevan adonde uno quiere.

De Fénelon:

El agua ha sido hecha para sostener esos prodigiosos edificios flotantes que se llaman buques.

Bernardin de Saint-Pierre (que fué director del Museo de Historia Natural de París y miembro del Instituto) ha dicho en las *Armonías de la naturaleza*:

En cualquier parte donde estén, las pulgas se arrojan siempre sobre los colores blancos; este instinto les ha sido dado a fin de que podamos cazarlas con más facilidad.

El mismo en las mismas armonías:

Los perros son, por lo común, de dos colores opuestos, uno claro y el otro obscuro, a fin de que, en cualquier parte de la casa donde estén, puedan ser distinguidos de los muebles, con cuyo color padrian confundirse.

El mismo en *Estudios de la naturaleza — Armonías vegetales de las plantas con el hombre*:

No es menor la correlación entre las formas y los tamaños de los frutos. Hay muchos que están formados para la boca del hombre, como las cerezas y las ciruelas; otros para su mano, como las peras y las manzanas; otros, mucho más grandes, como los melones, están divididos en rajas y parecen destinados a ser comidos en familia.

Epílogo—

Debo rematar esta compilación con un arabesco digno de ella. Al efecto citaré, como justo homenaje al Maestro en el arte, las más notables lucubraciones de Monsieur Prudhomme, el Gedeón candoroso y Perogrullo dogmático de los franceses. Pasad ¡oh jóvenes! vuestros ojos por estas fuentes eternas de inspiración:

Tal es mi opinión, y la comparto sin quitarle un ápice.

Sacad al hombre de la sociedad, y lo habréis aislado.

El carro del Estado navega sobre un volcán.

Napoleón I era un ambicioso; si se hubiera contentado con seguir siendo oficial de artillería, tal vez estaría aún en el trono.

Este sabbat es el día más hermoso de mi vida; sabré aprovecharlo para defender nuestras instituciones, y en caso necesario para combatirlos.

Estas frases lapidarias son la mejor recapitulación de nuestro tema; son como las cinco cuentas gruesas que rematan la corona espiritual del rosario...

Indice analitico



Temas tratados

| | |
|---------------------------------------|--|
| academia— | |
| argentina | 80, 84, 95. |
| » correspondiente | 77-86, 128. |
| de la lengua americana | 84. |
| española | 34, 37-9, 52, 56-7, 61-2, 68, 77-86, 195-6, 235-8. |
| alfabetos | 189-96, 304. |
| antiespañolismo | 24-6, 28-32, 41, 50, 58-9, 61-2, 73, 126, 134. |
| antropocentrismo porteño | 32, 68, 117. |
| castellano— | |
| allende y aquende | 76-7, 113, 150-4. |
| colonial | 54, 114, 139. |
| histórico | 142. |
| peninsular | 37, 113, 142, 150-4. |
| <hr/> | |
| guirigay arrabalero | 22, 141, 147-8, 152. |
| jergas gringocriollas | 96-7, 141, 146, 148. |
| lenguaje familiar | 146-7, 151-2. |
| » gauchesco | 22, 74, 96, 110, 115, 140-1, 146-8, 152. |
| lunfardo | 141, 147-8. |
| <hr/> | |
| acepciones de Sarmiento | 49. |
| adaptaciones indígenas | 139, 144. |
| » lusitanas | 147. |
| alfabeto | 189, 192, 195. |
| arcaísmo mediterráneo | 141, 144, 148. |
| autoridades: | |
| americanas | 38, 80, 83-5, 127, 272-3. |
| apócrifas | 108, 121, 235-6, 239-42, 277-9. |
| auténticas | 67, 87-8, 128, 235-7, 239-40, 276. |
| española (Academia) | 38-9, |
| 62-4, 67, 69, 77-84, 127-8, 235, 237. | |
| vulgo | 27, 29-30, 46-7, 59-60, 66, 131. |
| barbarismos | 95-7, 115-6, 149. |

castellano (sigue)—

| | |
|-----------------------------------|---|
| bien ajeno | 30-3, 73. |
| » propio | 21-3, 51-2, 76, 80, 126, 129, 134, 142. |
| construcción coordinada | 153. |
| » subordinada | 153. |
| corrupción | 22, 30, 40, 53-4, 60, 66-70, 73-7, 86, 88-99, 116, 125, 128-9, 131, 146, 148-9, 235, 241, 325-7. |
| curiosidades | 304-5, 313-22. |
| denominación oficial | 100-4, 129. |
| diccionarios | 235-42. |
| enseñanza | 22, 29-30, 38, 51-2, 60, 67-8, 70, 74, 80, 86-8, 95, 98, 100-4, 106, 115, 119, 131-2, 134, 146, 148. |
| evolución americana | 36, 47, 67-9, 80, 82, 94, 111-3, 116-8, 134-5, 138-40. |
| gramáticas | 103-4. |
| hibridaciones | 138-40, 146. |
| hispanismos | 152-3, 312. |
| influencia americanista | 24-30, 126-7. |
| » cosmopolita | 47, 53, 64, 66, 68-70, 74, 86, 118, 131-2, 136, 151. |
| » francesa | 22, 29, 36, 64, 136, 148-9. |
| » indígena | 22, 138-40, 144-6, 148. |
| juicio de Alberdi | 41. |
| » » Echeverría | 27. |
| » » Gutiérrez | 69. |
| » » Sarmiento | 47. |
| lengua continental | 37, 92, 102, 124, 135. |
| lenguaje de Alberdi | 39, 71. |
| » » Echeverría | 27, 71. |
| » » Gutiérrez | 70-1. |
| » » Sarmiento | 54, 71. |
| ortografía | 44, 52, 86, 127, 136, 195-6, 286, 304. |
| pronunciación | 67-8, 113, 115, 144-5, 151. |
| pureza | 27, 29, 39-40, 48, 54-6, 65-8, 70, 91, 133. |
| purismo | 34, 38-40, 46-7, 49, 56, 63, 69, 126-7, 134. |
| solecismos | 95-6, 115-6, 149. |
| traducciones | 45, 52, 66, 74, 134, 166-7, 172-6. |
| ventajas | 22, 27, 34, 41, 103, 120, 124, 126, 132-3, 145, 149, 192-4, 286, 288, 290, 292-8, 309. |

| | |
|--|---|
| confusiones | 28, |
| 32-4, 37, 40, 63-5, 105, 116, 124, 145, 287, 293-4, 321. | |
| criollismo | 90-1, 94-9, 128-9. |
| curiosidades— | |
| alfabeto | 189-96, 304. |
| castellano | 304-5, 313-22. |
| lenguas | 301-12. |
| literatura francesa | 329-38. |
| traducción | 158-9, 163-4, 185-6, 205. |
| transcripción | 161-4. |
| transliteración | 192-5. |
| diccionario— | |
| alfabético | 244-5, 251-3, 263. |
| americano | 272-3. |
| « argentino » | 271-2, 274-5, 277-82. |
| bilingüe | 241, 256. |
| castellano | 235-42. |
| de la Academia | 78, 80, 195, 227, 237-9, 244, 293, 304. |
| » » lengua | 172, 241, 243-5, 256. |
| de sinónimos | 245. |
| ideológico | 172-6, 244-5, 248, 253-70. |
| editores | 74, 177-8. |
| escritores— | |
| argentinos | 23-4, 29, 64, 75-7, 125, 153-4. |
| barbáricos | 91, 134. |
| disciplinados | 23, 75-6, 143. |
| españoles y españolados | 23-6, 29, 34, 43-9, 76, 153-4, 295-6. |
| franceses | 35, 242, 328-38. |
| indisciplinados | 75, 91, 129, 134. |
| malos | 209, 211-8, 325-32. |
| modelos | 76, 88, 108, 121, 128, 133. |
| plebeyos | 74, 96-9, 134, 148. |
| gaucho | 89, 98, 124, 138, 146. |
| gramática argentina | 103-4. |
| guerrilleros de la lexicografía | 87. |
| idioma— | |
| americano | 64, 81, 85, 93. |
| hispanoamericano | 50, 81. |
| nacional | 32, 68, 118, 131-2, 141-3. |

- idioma (sigue)—**
 privativo (argentino) 31-3, 50, 60, 64-5, 68-9,
 86, 91-5, 100, 105-6, 111-22, 124, 126-9, 134, 140-1.
- idioma nacional** 100-4.
- idioma patrló** 101-2.
- idiomólogos** 91-2, 96, 105, 118-9, 128-9.
- idiosincrasia argentina** 64, 71, 73, 76, 84, 87, 109, 134, 152-4.
- lengua—**
 culta 72, 122, 131-2, 143.
 vulgar 72, 122, 131, 143.
-
- cambio 35, 45, 124.
 comunidad 31, 73, 93, 273.
 curiosidades 301-12.
 definiciones 35, 82, 124.
 divisiones 72, 142, 246, 287.
 evolución 36-7, 47, 94, 111-3, 116-8, 131, 160.
 influencia extranjera 39-40, 143, 146.
 riqueza 285-9, 293.
- lengua franca** 121, 279.
- lenguaje—**
 idiomático 151-2, 170.
 metafísico 175, 211-4.
 poético 219-20, 232.
-
- asimilación 255.
 deficiencias 243.
 definiciones 72, 131, 134, 219, 249.
 dificultades 172-3, 250-1.
 funciones 131-2, 175, 211.
 variedades 142, 246, 287.
- lenguas americanas** 22, 112, 137-41, 144, 148.
 aimará 138, 140.
 araucano 137-9, 287.
 guaraní 106, 119, 137-9, 141, 145, 287.
 quichua 106, 119, 137-9, 141, 144-5, 287, 290.
- lenguas europeas—**
 alemán 119, 287-8, 291, 293, 303, 309.
 francés 33, 35, 100, 106, 109.
 119, 149, 192, 241-2, 287-8, 290-3, 297, 304, 309-11.

lenguas europeas (sigue)—

| | |
|--|--|
| inglés | 100, 119, 287-8, 291, 293, 305-8. |
| italiano | 256-7, 286, 288, 292-3, 305, 311. |
| latín | 112-3, 119. |
| portugués | 287-8, 292-3, 304, 311. |
| rumano | 119. |
| ruso | 119, 292, 304. |
| vascuence | 290, 305. |
| lexicografía | 239-41, 274-6. |
| literatura argentina | 23-7, 36, 43, 48, 55, 90, 124, 130, 133, 140. |
| patología lingüística | 115, 160, 213, 216, 243. |
| polémicas | 47, 60, 70, 78, 127-8. |
| prensa argentina | 59, 74, 86-7, 92, 99, 106, 134. |
| sinonimia | 245-8. |
| traducción— | |
| absurda (caleo) | 197-200. |
| adornista (parafrástica) | 166-76, 182-3, 203-4. |
| chapucera | 205-8. |
| delirante | 184-6. |
| escolar (didáctica) | 202. |
| española | 166-7, 172-6. |
| galopcada | 204. |
| gramatical (literal) | 167-8, 171, 201-3, 231. |
| libre | 158, 222, 228. |
| literaria | 167, 202. |
| mercenaria | 167, 177-8. |
| nieta (de segundo grado) | 204. |
| poética | 219-32. |
| popular | 161-4. |
| <hr/> | |
| institución divina | 299. |
| <hr/> | |
| curiosidades | 158-9, 163-4, 185-6, 205. |
| definiciones | 165-6, 168-70, 219-20, 232. |
| deméritos | 167-70, 199. |
| dificultades | 174, 200, 209-10, 215-8. |
| imposibilidades | 170, 219-20, 226, 230-2. |
| méritos | 170, 175, 197. |
| modelos | 167, 170, 210, 222-30. |

traducción (sigue)—

| | |
|---|------------------------------|
| normas | 171, 183-5. |
| preceptos | 158, 199-203, 210, 231, 241. |
| tropiezos | 307, 311. |
| utilidades | 174. |
| transcripción | 161-4, 188-91. |
| transliteración | 187, 191-6. |
| <i>traperos de la lengua</i> | 87, 274. |
| vocabularios de argentinismos | 79, 84-7, 95-6, 272. |

Autores citados

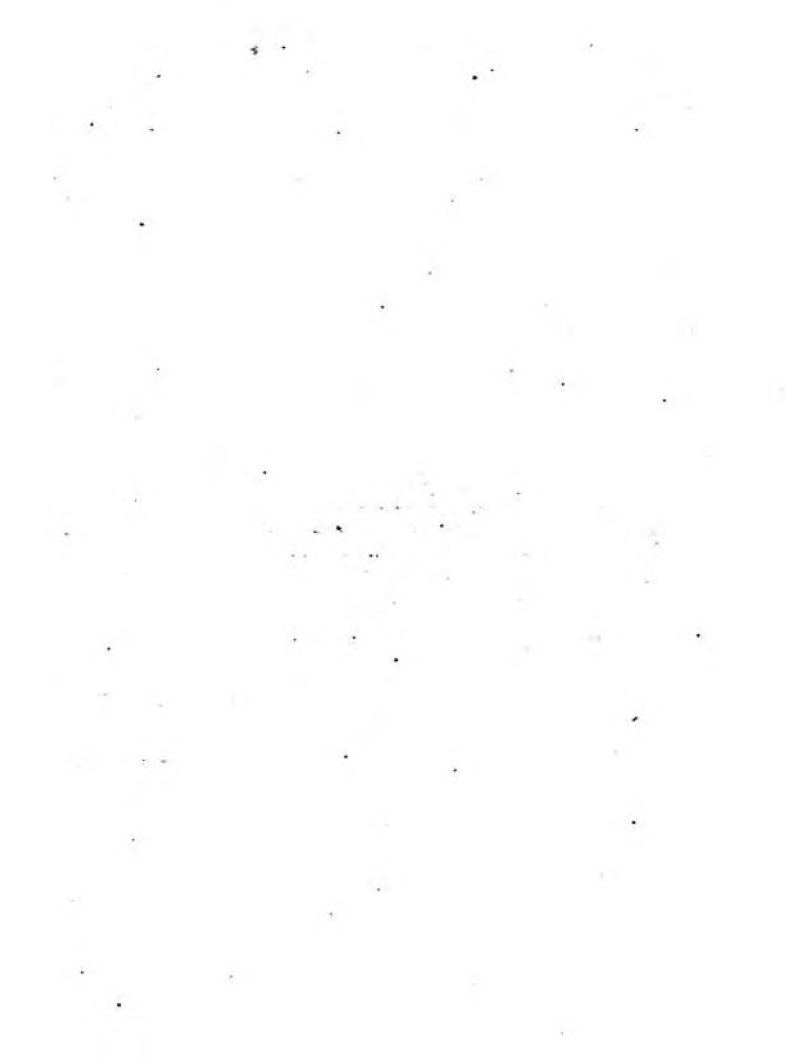
| | | | |
|-------------------------------------|---------------------------|-----------------------------------|-------------------------|
| Abeille | 106-23, 129. | Blanc | 257-62. |
| Ablaucourt | 182-3. | Boileau | 325-8, 332. |
| Adm | 335. | Boissière | 244, 251-3, 257-9. |
| <i>Adolphe Dennery</i> | 334. | Boissumade | 203. |
| Alberdi | 23, 28, | Booth | 256. |
| 31-42, 50, 63, 69, 71-3, 75, 77-8, | | Boseán | 109. |
| 81, 85, 92-3, 104, 120, 126-8. | | Bossuet | 326. |
| Alealá Galindo | 24, 297. | Boudin Dubornial | 297. |
| Alembert | 257. | Bouvier | 334. |
| Alfonso el Sabio | 205, 318. | Brandois | 336. |
| Alvarez | 98. | Bréal | 92. |
| Ampère | 267. | Brunetiere | 271, 275, 277. |
| Amyot | 170. | Bunge | 105. |
| <i>Anatole France</i> | 331. | Bury | 242. |
| Argerich | 78, 80-1, 84, 92-3, 128. | Cadalso | 214. |
| Ariosto | 305. | Calandrelli | 87, 112, 120, 274. |
| Aristófanes | 326. | Caldas Aulete | 235. |
| Aristóteles | 326. | Calderón | 309, 329. |
| Arnault | 221-2. | Cané | 65, 108, 120-1, 120. |
| Arquímedes | 214. | Capmany | 202. |
| Ascasubi | 89, 96, 98, 147. | Carballido | 102-3, 120. |
| Astarloa | 290. | Carriegos | 96. |
| Auteroche | 183. | Casares | 65, 237, 239, 253, 265. |
| Avellaneda | 15, 29. | Casa Valencia, conde de | 293. |
| Hacon | 257. | Cassagnae | 337. |
| Baculard d'Arnaud | 178. | Castiglione | 169. |
| Baillet | 177. | Cervantes | 14, |
| Balzac, Guez de | 199. | 17, 169-71, 223, 230, 325. | |
| Balzac II. de. | 271, 331, 334, 336. | Cienfuegos | 23, 253. |
| Barcia | 244-5, 253, 265, 269. | <i>Cinthio</i> | 316. |
| Boyle | 177, 199-200, 213, 215. | Claretie | 333. |
| Boyo | 96. | Clemenceau | 86. |
| Beaunarchais | 329. | Clemencia | 170. |
| Benot | 171, 256, 263-70. | Condillac | 211. |
| Béranger | 205. | Confucio | 247. |
| Bermúdez | 96. | Corneille | 326. |
| Bernal de Sclot | 317. | Cowper | 264. |
| Bernardin de Saint-Pierre | 337-8. | Cuervo | 204. |
| Berra | 60, 64-5, 68-70, 82, 127. | Cutanda | 251, 253, 257. |
| Bilbao | 59. | Chámbers | 213. |

| | | | |
|-------------------------------------|----------------|----------------------------------|--------------------------|
| Chasles | 167. | García Vellosa | 65. |
| Chateaubriand | 170. | Garcilaso | 197. |
| 203, 222, 232, 333, 337. | | Garzón | 80, 271-2, 274-9. |
| Chejov | 206-8. | Gautier | 333. |
| Chukovski | 206-8. | George Sand | 330, 334. |
| Dante | 32, 282. | Gil de Zárate | 295-6. |
| Daniel | 333. | Godoy y Alcántara | 316. |
| De Amicis | 292. | Goethe | 243. |
| Déjaure | 337. | Goncourt | 333. |
| Del Campo | 89, 96, 98. | González | 76. |
| Del Solar 64-5, 78-80, 93-4, 128-9. | | Gosse | 164. |
| Delpiano | 96. | Gouin | 252. |
| Désaugiers | 337. | Gourmont | 212, 290. |
| Desclot | 317. | Granada | 96, 110, 272. |
| Díaz T. | 290. | Gray | 223. |
| Díaz Sotolar | 96. | Grimm | 220, 235. |
| Diderot | 213. | Gronssac | 63, 102-3, 108, |
| Diodoro de Sicilia | 308. | 120-1, 123-5, 129, 135, 294-6. | |
| Bisracl | 180-2. | Guedeville | 183. |
| Droz | 332. | Guido y Spano | 331. |
| Dostoyevski | 292. | Gutiérrez E. | 89, 96-7. |
| Doyz | 205. | Gutiérrez J. M. | 28, 38-41, |
| Dryden | 202. | 57-74, 75, 81-5, 82, 124, 127-8. | |
| Du Boisgobry | 328. | Gutiérrez R. | 98. |
| Dubray | 309. | Hadley | 291. |
| Dumas | 331, 333, 337. | Haedo | 279. |
| Du Ruy | 177. | Halliwel-Phillipps | 316. |
| Dussault | 167. | Havin | 336. |
| Duvert | 331. | Heredia | 333. |
| Echeverría | 23-30, 36, | Hermosilla | 23, 202. |
| 58, 71-9, 75, 82, 123, 125-6, 128. | | Hernández | 89, 98. |
| Espronceda | 24. | Herodoto | 329. |
| Estienne | 288, 292. | Honoro | 202, 326. |
| Eurípides | 325. | Horneio | 263. |
| Feijoo | 140, 214. | Hugo | 329-30, 332, 334-5, 337. |
| Fénelon | 337. | Iriarte | 168. |
| Figarillo | 31, 81. | Isla | 168, 170. |
| Figueron | 223. | Jannin | 330. |
| Flaubert | 330. | Jáuregui | 223. |
| Florian | 171. | Jenofonte | 326. |
| Foney | 330. | Jerónimo | 158-9, 164-6, 187. |
| Fouquier | 335. | Johnson | 235, 239. |
| François de Neufchâteau | 211. | Jovellanos | 23. |
| Franklin | 214. | Juan Caucho | 64. |
| Fray Mocho | 98-9, 147. | Jules de Castyng | 335. |
| Galileo | 214. | Klopstock | 291. |
| Gálvez | 129, 132-3. | Lacretelle | 325. |
| García Argus | 291-2. | Lafane Quevedo | 96. |

| | | | |
|-----------------------------|-----------------------|---------------------------------|----------------|
| Lafontaine | 326. | Montenacken | 228. |
| Laharpe | 168. | Montépiu | 334. |
| Lalauze | 158, 182, 185-6. | Montesquieu | 267. |
| Lamartine | 197, 332. | Mozart | 166. |
| Larclier | 317-3. | Mugica | 318. |
| La Rochefoucauld | 328. | Muñiz | 85. |
| Larza | 24, 34, 43, 166. | Musset | 226, 330, 335. |
| Larramendi | 290. | Napoleón III | 336. |
| Lebrun | 242. | Narvaez Tomás | 151, 297. |
| Leguizamón | 98, 130. | Newton | 214. |
| Leibniz | 16. | Nodier | 239. |
| Leopardi | 221-2. | Noël | 237. |
| Leatti | 162. | Obligado | 78-9, |
| Lesage | 170. | 84-6, 92, 95, 98, 128-9, 135. | |
| Le Tourneur | 184-5. | Olive | 245, 293. |
| Litré | 92, 235, 239. | Olivera | 130, 120. |
| Longfellow | 220-1. | Orsat Ponarri | 257-9. |
| López Pelegrin | 245. | Oruela | 82, 95, 128-9. |
| López Y. F. | 27. | Pascal | 326, 334, 337. |
| 100, 104, 112-3, 144-5. | | Payró | 129-30. |
| López y Planes | 100, 164. | Pellegrini | 106. |
| Lowell | 220. | Pelliza | 70, 82, 127. |
| Luyson-Bridot | 323-4. | Pérez Boualde | 227-8. |
| Lugones | 129, 131-2. | Pérez Triana | 227. |
| Macpherson | 210, 230-1. | Petit de Jullevilla | 280. |
| Manrique | 220-1. | Pico de la Mirándula | 110. |
| Mantilla | 55. | Pierre Maré | 335. |
| Maquet | 331, 335. | Pindaro | 326. |
| Marolles | 180-2. | Plauto | 183. |
| Marlínuez R. T. | 96. | Plutarcu | 170. |
| Marlínuez Vigil | 94, 273. | Poz | 227-8. |
| Maspero | 110. | Ponsard | 336. |
| Mateo | 150. | Ponsou du Tornil | 333, 335-6. |
| Maura y Montaner | 237. | Pourquery de Boiscrin | 335. |
| Máximo Gorki | 205. | Premoli | 257-9, 261. |
| Mena | 70. | Proudhon | 213. |
| Menéndez Pidal | 64-5, 68. | Quesada E. | 64-5, |
| Menéndez y Pelayo | 25, 170, 224-5. | 83-7, 108, 120-1, 129, 147. | |
| Milton | 170, 203, 222. | Quesada Y. G. | 85, 91, 128. |
| Miralla | 223-4. | Quesada y Beaurepaire | 335. |
| Mitre | 12, 17, 29, 97. | Quinet | 297. |
| Moigno | 257. | Quintana | 23. |
| Molière | 326. | Quintiliano | 215, 326. |
| Molina Nadal | 96. | Racine | 24. |
| Moulan | 163, 290. | Rivas, duque de | 297. |
| Monner Sans | 83, 87, 96, 120, 272. | Rivodó | 297. |
| Monsigny | 337. | Robbe | 297. |
| Montaigne | 326, 328. | Robertson | 256. |

| | | | |
|---------------------------------|--------------------------|----------------------------------|-----------------------|
| Roget J. L. | 261. | Soto y Calvo | 98. |
| Roget P. M. | 171-6, | Soulié | 228-30. |
| 256-60, 266-7, 269-70. | | Spencer | 290. |
| Rojas | 108, 120, 122, 129, | Suc | 170, 328. |
| 133, 137-40, 144, 146, 224. | | Tagle | 96. |
| Rollin | 170. | Tasso | 223. |
| Rostand | 333. | Terán | 108, 120-1, 129, 135. |
| Rouaix | 256-9. | <i>Tirso de Molina</i> | 25. |
| Rousseau | 260. | Tomaseo | 235. |
| Ruiz León | 237, | Toro y Gómez | 294. |
| 251, 253, 257-60, 263. | | Trolles | 95. |
| Saavedra | 167. | Tucidiés | 326. |
| Saint-Victor | 333. | Turdera | 96, 272. |
| Salvá | 235-6, 238. | Unanuno | 147, 167. |
| Sánchez el Brocense | 170. | Urien | 65. |
| Sánchez E. T. | 96, 272. | Valdés A. J. | 103. |
| Sánchez R. | 103. | Valdés J. | 218. |
| Sánders | 256. | Varela F. | 22, 125-6. |
| Sarcay | 329-30. | Varela J. C. | 227. |
| Sarmiento | 11, 28-9, | Vedia, E. de | 225-6. |
| 43-66, 62-3, 69-73, 75, 81, 85, | | Vedia, M. de | 64-5, |
| 87, 92, 96, 104, 124-8, 147. | | 78, 81-2, 93-5, 108, 120, 123-9. | |
| Sastre | 24, 104. | Vega Belgrano | 95. |
| Scribe | 329. | <i>Vélez de Aragón</i> | 104, 238. |
| Schéfer | 257-9. | Vera y González | 104, 238. |
| Schelling | 256. | Véron | 168. |
| Schlegel | 170, 292. | Vieuña Mackenna | 62. |
| Schwob | 323-4. | Villamayor | 96. |
| Segovia | 96, 271-2, 274-6, 280-2. | Villemain | 201. |
| Seijas | 96, 272. | Villergas | 40, 60, 69. |
| Selva | 65, 87, 120. | Virgilio | 282, 329. |
| Senet | 243. | <i>Voltaire</i> | 16, 168, 178, |
| Senillosa | 104. | 185, 197, 220, 295, 298, 326. | |
| Serrano | 158. | Webster | 235, 239, 273. |
| Sévigné | 168. | Weigel Muñoz | 129, 133. |
| Shakespeare | 32, | Wilde | 129-31. |
| 170, 210, 230, 307, 316, 329. | | Young | 184-5. |
| Simón el Metafrasta 165-6, 182. | | Zamora | 25. |
| Sismondi | 292. | Zaballos | 83, 272, 279. |
| Sófocles | 326. | Zorrilla | 24. |

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 15 DE NOVIEMBRE DE 1922
EN LA IMPRENTA LÓPEZ
CALLE BOLIVAR 535
BUENOS AIRES



SOCIEDAD EDITORIAL ARGENTINA

(COOPERATIVA LIMITADA)

DIRECTORIO: Dr. Mariano de Vedia y Mitre (Presidente); Dr. Juan Carlos Rébora; Dr. Manuel María Oliver; Sr. José Fernández Corla; Sr. Mariano Antonio Barrenechea (Secretario-Tesorero).

CORRESPONDENCIA: CASILLA DE CORREO, 1112

OBRAS PUBLICADAS

DIEGO LUIS MOLINARI

El Sofista

Comedia de las ideas fundamentales

1 vol. \$ 1.50

...«El Sofista» es un libro original e ingenioso y su homónimo protagonista, concededor de las antinomias fundamentales de todas las cosas, domina el diálogo, envolviendo en los giros de su dialéctica capciosa a los representantes de todos los valores sociales y morales.»...

El Orden (Tucumán).

...«El Sofista» es un libro por todo concepto interesante, a la vez que original, en el que su autor manifiesta en forma clara y rotunda, sus vastos conocimientos filosóficos, así como sus excelentes cualidades de escritor correcto y mesurado.»...

La Razón (Buenos Aires).

...Con toda gallardía ha sabido vencer el autor de «El Sofista» las dificultades, casi insuperables de suyo, ofrecidas por el género del diálogo.

...La obra surge íntegra, meditada y desenvuelta, ágil y severa, rotunda y acabada.»

La Época (Buenos Aires).

ATALIVA HERRERA

Paz Provinciana

(Poesías)

1 vol. \$ 2.00

Este nuevo tomo de poesías revela, como las anteriores producciones líricas del mismo autor, un profundo amor a su tierra y una penetración aguda del alma de los paisajes provincianos. En versos sencillos, canta la dulzura serena de los días monótonos, las pequeñas cosas de la existencia cotidiana.

Así se estreñecen apenas sus versos tranquilos por una emoción que pasa ligera, a través de ellos, como en aquella poesía titulada «Los glaucos», llena de frescura y de candor. Otras veces su acento se torna más grave y meditativo. Nos parece que entonces es cuando el autor de «Paz provinciana» logra sus más inspiradas acentos. Por ejemplo, recordamos su «Oración», de una contenida y melódica tristeza.

La Nación (Buenos Aires).

El señor Herrera, conocido ya en nuestras letras, nos muestra, esta vez con sus versos, una nueva faz de su temperamento artístico de poeta sudamericano.

«Paz provinciana» es un canto sedoso y nostálgico, que recuerda el ambiente triste y tranquilo de nuestras ciudades del interior.

Sus versos, llenos de emoción y de sano lirismo, son una manifestación hermosa de nuestro ambiente, con todo su cálido romanticismo.

La Razón (Buenos Aires).

Este libro nos ha producido una impresión de sencillez, de belleza tranquila y pura. Quizá por la familiaridad del ambiente que refleja, es más accesible a nuestro espíritu, por mitad sujeto a la agitada vida del presente y a la venturosa paz de antaño. Poesías limpias de afectación, espontáneas, sinceras, tienen un vigor evocativo tan notable que pueden ser ofrecidas como modelo no superado en nuestra patria. Con esto decimos que su inspiración no es exótica, ni proviene de filosofías de ninguna laya. Hartos estamos en divagaciones trascendentales puestas en verso, recurso habitual de los filósofos zurdos que simulan condensar en estrofas un pensamiento que no tienen. En presencia de aquellos alexandrinos hinchados de Budismo que andan por allí, las poesías éstas nos resultan de evidente superioridad, debiendo advertir que por su valor intrínseco, resisten comparación con las de cualquier otro género del difícil arte. ¡Cómo no las hemos de preferir, si forman un oasis de luz en la selva obscura de librerías pretenciosas con que se empuja al público de hoy día!

Los Principios (Córdoba).

Después de «El poema nativo», que le dio carta de naturaleza, definitivamente, «Las vírgenes del sol» acuñaron el mérito singular de Ataliva Herrera como cantor de la vida autóctona, destacando la recia convergadura de su estilo. Ahora da su nota la musa salubriega, y un volumen nuevo, «Paz provincianas», se dedica a la armoniosa cuerda, tan idílica, tan dulce y tan seductora en su tonalidad inconfundible. El poeta ha querido hacer alarde donoso de su aptitud de artista frente a la naturaleza circunstante, y seguro de sí mismo, arrostra la tarea con el airoso garbo de su temple.

La Epoca (Buenos Aires).

GUILLERMO HOUSE

Del Llano y La Montaña

(Linduras Provincianas)

2ª edición, 1 vol. \$ 2.00

Es una obra varia y desigual, una especie de viaje de Buenos Aires a la cordillera, matizado de descripciones rápidas, de cuadros fugaces, de rincones provincianos, de «folk-lore» argentino, de añoranza de cosas que ya no existen. Hay capítulos de mérito, como «Cuesta arriba», «El yeroquis», «La chimita». De todos modos, es un libro, que debe resultar grato a todos los que aman lo autóctono y las cosas de la tierra.

Los Andes (Mendoza).

MARIANO ANTONIO BARRENECHEA

El Escepticismo Contemporáneo

(Estudios críticos: Un pensador francés: Remy de Gourmont; Dostojewski y el Espíritu ruso, Las tendencias culturales de Federico Nietzsche y el Pensamiento de Max Stirner; Esbozo de una teoría del Escepticismo contemporáneo).

1 vol. \$ 3.00

En definitiva, «El escepticismo contemporáneo» es un libro vigoroso e intenso, obra de un espíritu inquieto e inquietante, nutrido de vastos conocimientos y sólida doctrina, que, sin perderse en el farrago contradictorio y confuso de los hechos que presentamos y vivimos en esta época convulsionaria, trata de desentrañar de ellos su significado profundo, su trascendencia filosófica, su alcance sociológico futuro.

Es el libro de un talento robusto e ilustrado, que se lee con provecho y deleite.

Angel Lupi en «Los Andes» (Mendoza).

... Coincidase o no con las profundas ideas sustentadas en él, lo cierto es que este libro se presenta como uno de los estudios más serios y completos hechos en el país durante los últimos tiempos...

La Razón (Buenos Aires).

... ¡Qué agradable es el ejercicio de la crítica cuando el juicio sobre la obra no obliga a la censura! ¡Y cómo adquiere importancia la obra ante los ojos de la crítica cuando induce a meditar!...

Todo esto sucede con el último libro de Mariano A. Barrenechea «El escepticismo contemporáneo». Compuesto de estudios distintos, unidos bajo el mismo título por su afinidad filosófica. Su lectura requiere el cuidado especial que las enumeraciones famosas de examen de la evolución. Principalmente su parte más definitiva como pensamiento inducido de los datos y consideraciones que presenta con riqueza de historia y de observación: la que esboza una teoría del escepticismo contemporáneo...

Guillermo Stock en «Fray Mocho» (Buenos Aires).

... Bien venidos sean los libros como el de Barrenechea, porque demuestran que hay gente estudiosa, gente que tiene una sensibilidad humana que les hace detestar el dolor inútil, el dolor a que están condenados los que trabajan, dolor que no deriva del trabajo mismo sino de la existencia de la explotación y opresión que ejercen los amos.

Bartolomé Busio en «Bandera Proletaria» (Buenos Aires).

Es un libro muy interesante... El capítulo titulado «Esbozo de una Teoría del Escepticismo Contemporáneo» está dedicado casi totalmente a discurrir sobre el movimiento socialista en general... Barrenechea es un intelectual que ha comprendido la grandeza del movimiento obrero revolucionario, un intelectual que no comete la imbecilidad de considerar al movimiento de esos trabajadores como una manifestación de «barbarie», de «grosería material», lleno de odios y de venganzas...

Páginas Libres (Necrochea).

DAVID PEÑA

Oscar Wilde . Poema dramático
en tres actos

(CON PROLOGO DEL Dr. MARIANO DE VEDIA Y MITRE)

1 \$ vol. 2.00

La SOCIEDAD EDITORIAL ARGENTINA publicará en el año entrante obras de las señoritas Vicenta Castro, Adela García Salaberry y de los señores Fausto Burgos, Luis María Jordán, Guillermo Stock, José C. Belbey, Héctor Olivera Lavié, Delfor B. Méndez y de otros accionistas.

Para pedidos de todas estas obras dirigirse a los señores

MORO & TELLO .

LIBREROS EDITORES

TALCAHUANO, 74

BUENOS AIRES

